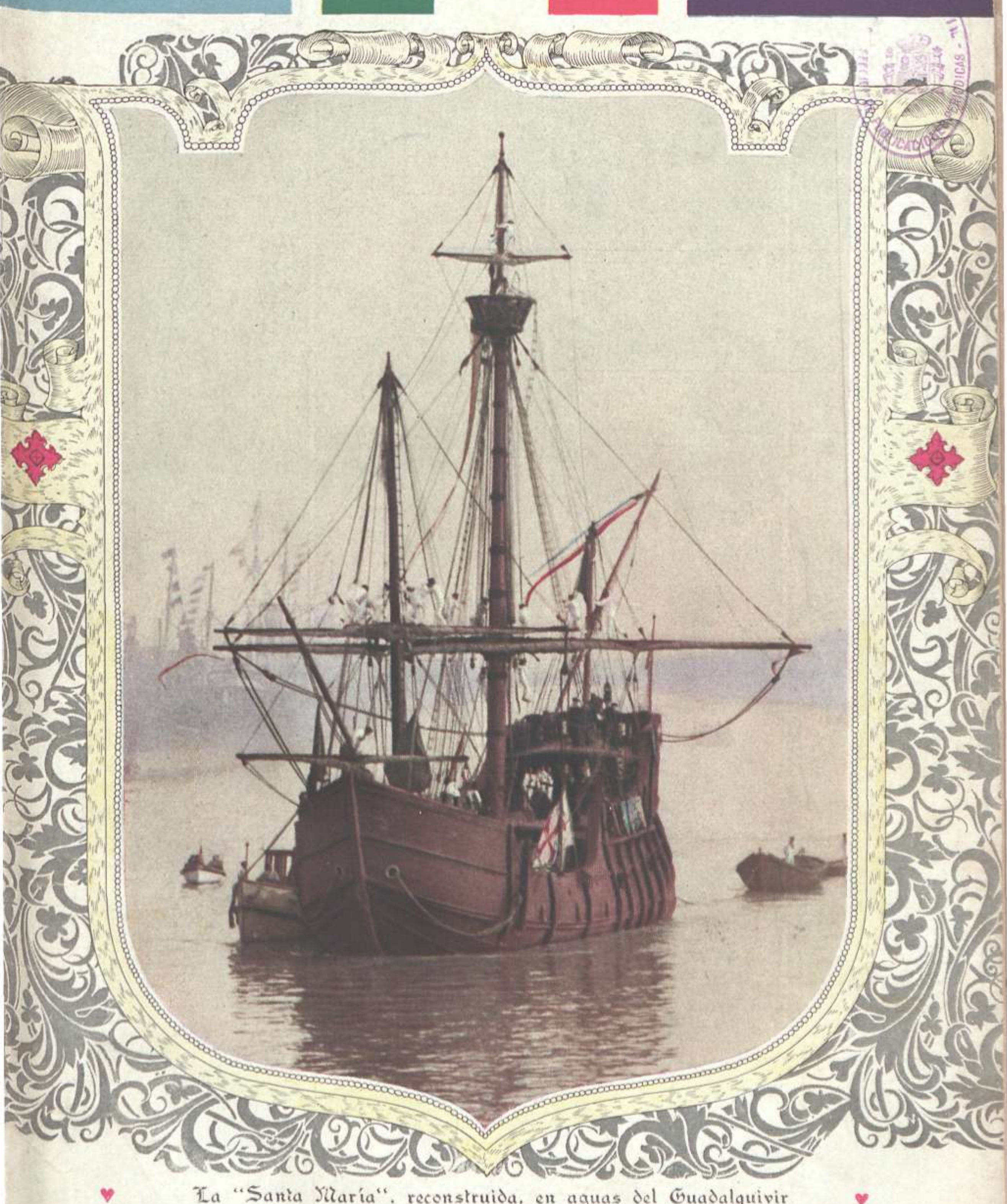


La "Santa María", reconstruida, en aguas del Guadalquivir

Caras y Caretas

Día de la Raza


A mi con salsas?...
Já! Já!...
como no sean con YBARRA!
8
ACEITE DE OLIVA
COMESTIBLE
SELECTO
ACEITE PURO DE OLIVA
Y
YBARRA
PRODUCTO ESPAÑOL
HIJOS DE
SEVILLA
ACEITE PURO DE OLIVA
YBARRA
HIJOS DE YBARRA
ARGENTINA
Fco. ACUÑA de FIGUEROA 358
BUENOS AIRES

UNA NOVELA EN NUEVE PALABRAS

Por HUGO WAST



A balsa que cruza el Paraná, frente a Santa Fe, pone hora y media desde la costa entrerriana a la santafecina.

Es un gran barco de quilla escasa, en cuyo entrepuente se aglomeran los automóviles y camiones de mercaderías, que sus conductores vigilan; mientras los pasajeros, en los escaños de la cubierta, conversan o miran el paisaje.

Islas bajas, costas verdes, inmenso cristal del río, que la proa corta como un áspero diamante. De cuando en cuando, un lento camalote, que deriva en la corriente. Como mi vida, como la vida de todos los hombres, desde un país remoto, que ignoramos, hacia el mar eterno.

En una de aquellas travesías, escuché una conversación.

Decía el pasajero viejo, el que tenía acento inglés:

—Cierta revista norteamericana ofreció un buen premio a la novela más corta. Se le presentaron centenares; unas de mil palabras, otras de cien, otras de cincuenta. La que ganó sólo tenía nueve.

—¿Una novela en nueve palabras? ¡Imposible!

—Sí, señor; una verdadera novela en sólo nueve palabras. No he podido olvidarla: *es así...*

Y el pasajero viejo pronunció lentamente las nueve palabras, que yo tampoco he podido olvidar. En esas nueve palabras cabía la historia de Mariana; y eran exactamente las que ella escribió un día en un cartelito, que clavó en su puerta, para que lo leyeran los que pasaban por la calle.

Mariana tenía veintidós años, cuando llegó de Chile, con sus padres.

Una gota de sangre araucana daba a su pálido rostro un matiz, que lo hacía raro, misterioso, interesante.

Los primeros tiempos en Buenos Aires fueron felices. El padre, que poseía varios idiomas, obtuvo una cátedra en un colegio nacional; la hermana mayor se empleó en una agencia de vapores; la madre y Mariana, atendían los quehaceres domésticos. Vivían en una casita con jardín a la calle, en un barrio de Flores.

Mariana salía de compras y regresaba a la hora en que se encienden las luces de las calles.

Un día volvió más tarde. En su frente había un ligero ceño de preocupación. La gota de sangre araucana arrebolaba sus mejillas.

—¿Qué te pasa?

—He hallado empleo.

—¿Buscabas, acaso, empleo?

—¿No vivimos bien con lo que ganan tu padre y tu hermana?

—¿Dónde lo has hallado?

Preguntas de los tres a un tiempo. Mariana tiró sobre la cama el sombrerito y se sentó.

—Voy a ser cajera en un banco. Me pagarán 200 pesos para comenzar. ¿Qué más quieren saber?

Su tono desabrido dejó perplejos a los padres. Lucy, la hermana, no pudo contenerse.

—Ya sé quién te ha dado el empleo, o al menos quién te ha recomendado. Ese hombre que te acompañaba días pasados en la confitería del Retiro.

—¡Acertaste! — respodió Mariana tranquilamente. — ¿Me viste con él?

—Como si te hubiera visto.

—Pues, te engañaron. No conozco esa confitería, y el empleo lo he conseguido yo sola, por un aviso del diario. Sé alemán, inglés, taquigrafía, contabilidad. No necesito que me recomiende nadie. ¿Estás satisfecha, Lucy?

No, Lucy no estaba satisfecha. Mariana sintió su desconfianza y evitó la discusión, que no le convenía.

Aturdidamente se había dejado envolver por los festejos de Enrique Guy, hombre de posición en el comercio.

Su vida alegre y pura habíase llenado de sombras repentinas, de extrañas inquietudes, de ambiciones locas. El la hablaba de casarse, pero ni quería conocer a sus padres, ni presentarla a nadie como novia.

—Tú no conoces nuestras costumbres — le decía como excusa. — Tengo en trámite un gran negocio. Cuando lo haya realizado, podremos casarnos.

¡Ella lo amaba! En una hojita de papel dibujó sus iniciales y escribió: "Me ha ganado el corazón y la voluntad. ¿A dónde voy? ¡No sé! A donde él me lleve, que será mi destino. Seré fuerte. Quiero ser fuerte".

La pluma se detuvo, y tras un rato de vacilación, escribió con letra insegura: "¡Ay, de mí!... ¿Hasta cuándo podré serlo?"

Si todavía en esa época hubiera confiado su secreto a Lucy, su voluntad de ser buena habría sido más firme.

No lo hizo; le gustaba la soledad interior, y toda confidencia le parecía una debilidad.

Estaba sola, pues, sola en su propia alma, como la última rosa de un jardín azotada por los primeros vientos invernales.

Cinco o seis horas al día, pasábase en el mostrador del banco, a donde Guy la hizo colocar, haciendo operaciones, maquinalmente, con el corazón y el pensamiento lejos de allí.

Y dos veces por semana, él llegaba hasta su ventanilla y le decía una palabra o le

deslizaba un papel, con una simple cifra, la hora exacta en que debían encontrarse.

De noche ya, salía del banco, junto con sus compañeras, que se dispersaban a los cuatro vientos de la ciudad.

—¿A dónde vas?

—¿No vienes con nosotras?

—¿Algún día nos vas a contar cómo se llama tu novio?

—¡Mi novio no tiene nombre!

Y huía apretando los labios.

¡Cuánto pesa un secreto en esa edad de las dulces confidencias!

En una calleja sin movimiento de transeúntes, al pie de un paredón que cerraba la huerta de un convento, la esperaba Enrique Guy, con su automóvil. ¿Por qué tanto misterio, si él era hombre libre y estaba dispuesto a casarse?

Un día él le dijo: "Todavía no debo ir a tu casa, pero te llevaré a la mía".

Y como ella se negase impetuosamente, la tranquilizó con estas palabras:

—¡Zonza! ¿No sabes que mi madre vive? ¿No quieres conocerla?

—No, no quiero conocerla antes que tú conozcas a mis padres. ¿Qué va a pensar ella de mí?

Tuvieron una áspera disputa. El, torpe y egoísta, la hirió cruelmente con una advertencia.

—Ya es tarde para que te permitas estos arranques de dignidad. Estás en mis manos. ¿Quién va a quererte si yo te dejo?

—Si me dejaras serías un hombre sin honor.

¡Cínica risa de él!

—¡Mariana! ¡Tú no puedes hablar de honor, conmigo al menos!

El pobre corazón traicionado se volvió yerto, como de piedra.

—¿Qué tienes? — le preguntó su madre esa noche.

Mariana estuvo a punto de arrojársele al cuello y descargar su pesado secreto de inexperiencia y amor.

Pero su madre no la había acostumbrado a las confidencias. No conocía el misterioso mundo de las almas y no estaba hecha para la misericordia.

—Hoy he tenido una falla de caja. En el balance me faltaron cien pesos.

Los padres creyeron, pero la perspicaz mirada de Lucy obligó a Mariana a bajar los ojos.

Pasaron las últimas semanas del invierno. En los jardines hinchábanse los brotes. Los árboles tenían hojas transparentes; y flotaba en el aire el delgado perfume de las islas en flor.

Mariana, con el traje claro, de la nueva estación, llegó hasta la puerta de una iglesia. Hacía meses que no comulgaba, porque no se atrevía a confesarse.

Sentía ganas de llorar. Se lamentaba de la soledad de su alma. Había escondido sus inquietudes, y eso era ya una carga intolerable. Se había creído fuerte, porque era orgullosa; y ahora sentíase desamparada, como una barquita en alta mar.

¡Qué ansias de volver a las aguas tranquilas!

¡Qué hambre de confidencias! ¿Pero a quién contarle aquello? A alguien que la oyera sin juzgarla, y la perdonase en nombre de Dios.

Ya hacía casi un mes que ella se negaba a acudir a las citas de Guy. Y acababa de recibir una carta, la última que él le escribiría.

En esos días, el joven empleado de una casa que tenía negocios con su banco le había confesado su amor.

Fué una confidencia triste. La amaba desde mucho tiempo atrás, y no tenía ninguna esperanza...

—¿Por qué no tiene esperanza? — le preguntó ella disimulando su turbación con una sonrisa.

—¡Porque yo sé su secreto!...

La muchacha no se atrevió a negar.

Esa tarde, estrujando en su bolsillo el papel de Enrique Guy, llegó hasta la iglesia. Entró casi de puntillas, para no turbar el silencio de la iglesia y se arrodilló cerca de un confesionario, donde otros penitentes aguardaban turno.

Se puso a pensar de qué podrían acusarse aquella vieja dama, aquel señor respetable, aquella mendiga, aquel obrero, aquella colegiala...

¡Ay! Ninguno de ellos prepararía los oídos del confesor para escuchar lo de ella, infinitamente triste y bochornoso.

¡No, no, no! La soberbia, que se escondía bajo la suavidad de su tristeza, sopló a su oído palabras de obstinación. Ni podía humillarse, ni lograba arrepentirse, ni Dios tenía tanta misericordia como ella necesitaba.

Y huyó del templo, repitiendo su dolorida negación: ¡No, no, no! Y se abandonó a lo que se imaginó que fuera su destino.

Dos o tres meses después, sus padres recibían una carta en que les anunciaba que se iba a vivir sola, que no la buscasen, y que pronto se casaría y que volvería a su familia. Dejó el empleo para que no le siguieran la pista, y se instaló en un depar-

tamento que Enrique Guy alquiló para ella.

¡Qué egoísta y brutal era aquel hombre!

Los pobres argumentos de ella se estrellaban en el hastío de él. Ya no la quería y sólo aguardaba una oportunidad para plantarla.

—¿Entonces, nunca te casarás conmigo? — le preguntó ella un día, con tanta angustia, que él se sintió conmovido.

—No sé; más adelante...

—Ya no puedo aguardar mucho tiempo...

—¿Acaso te vas a morir?

—¡Podría ser! Voy a ser madre, y en mis condiciones...

El corazón humano es siempre un misterio. Aquella revelación, que ella temía hacer, lo transformó. Ya no era el amante aburrido y torpe, sino el padre lleno de ilusión.

Un rey no aguarda al heredero de su reino con más embeleso que él aguardaba aquella criatura que iba a encadenarlo, para siempre.

—Le pondremos tu nombre o el mío — le dijo con desacostumbrada dulzura. — Y cuando pueda salir, nos casaremos, para irnos a Europa.

El coche de reparto de una gran tienda le llevó la cuna y el ajuar, exquisito, como para un príncipe.

¡Con qué amor dispuso Mariana aquella cuna sobre la cual iba a reconstruir su vida!

Su pieza era pobre, pero la cuna resplandecía en un rincón y la transfiguraba.

Y pasaron algunos meses; y el niño nació para el cielo y no llegó a ocupar la cuna que le habían destinado.

Mariana estuvo muchos días entre la vida y la muerte; y cuando pudo reconocer a los que, por caridad, la cuidaban, supo que Enrique Guy no había vuelto más. Averiguó de él y le contaron que se había embarcado para Europa.

Ni siquiera podía refugiarse en la casa de sus padres, que la consideraban muerta, y habían regresado a su patria, donde un cambio político les devolvió su posición.

Buscó empleo, y no halló, y se fué llenando de deudas, con el lechero, el panadero, el propietario. No desesperó, sin embargo. Le parecía sentir en el aire una blanda caricia que la reanimaba. Era sin duda el alma de su hijito que volaba alrededor de su cuna.

Para no morirse de hambre, se fué desprendiendo de todo lo que podía valer algo; hasta que un día su pobreza llegó a lo sumo, y se vió obligada a escribir un cartelito que fijó en la puerta de su pieza, para que lo leyeran los que pasaban por la calle.

Aquel letrero no contenía más que nueve palabras, pero en ellas estaba su novela de madre llena de ilusiones, hasta el desenlace brutal de la miseria, cómplice de la muerte. Y aquel letrero decía así: *"Se vende su cuna y su ropita sin usar"*.

Nadie se interesó por comprarlas, y pasaron varios días atroces. Al cuarto o al quinto, alguien llamó a la puerta.

El visitante era aquel que la amaba en silencio.

—¡Buenos días, Mariana! Me ha costado bastante hallar su dirección. Aunque no nos vemos, he pensado en usted, y le he encontrado un empleo. No es gran cosa, pero podrá vivir. Es en donde yo trabajo. Estaremos juntos y podré verla siempre.

Mariana, abochornada, contestó:

—¿Pero usted no sabe...?

—Yo sé todo. No piense más en ello. Todavía es tiempo de rehacer la vida. ¿No ha leído nunca lo que dice el Señor, en el Evangelio, de los que vacilan al comienzo de las obras buenas?

—Dígamelo usted — respondió ella.

—Dice que los que empuñan el arado y miran para atrás no son dignos del reino.

Mariana juntó las manos.

—¿Qué debo hacer?

—Olvidar el pasado, y preparar el porvenir.

—Que yo haga eso — replicó ella tristemente — no es tan difícil; pero que otros lo hagan...

—¿Quiénes serían esos otros?

—A decir verdad, he pensado en uno solo.

—¿En quién?

Mariana extendió las manos, que tenía juntas, y él se apoderó de ellas con dulce firmeza.

—¿Usted, de veras, no mirará para atrás?

—No, para ser digno del reino — respondió él.

Y esa tarde no hablaron más, ni fué preciso.

DIBUJO DE EDUARDO ALVAREZ

Hugo Wast

TOLEDO

Por MARUJA VIDAL FERNANDEZ

I

SALVE, Toledo, la hermosa,
la antigua joya engarzada
en la corona de gloria
de la invicta madre España!

¡Salve la del Greco amada
para su mansión y templo;
por ti fué inmortal su nombre,
y en ti se inspiró su genio!

Sultana con fe de Cristo,
a cuyos pies canta el Tajo
romances de amor y gloria
que enaltecen tu pasado.

¡Toledo! Alcázar del Arte
donde escrita en cada piedra
dejó la mano del tiempo
de tu historia la grandeza.

Tus callejas misteriosas
pretéritas sombras guardan,
envueltas en blancos jaiques
o en recias cotas de malla.

Legendarias caravanas
que van como en procesión...
¡Paso al tribunal supremo
de la Santa Inquisición!

II

NOCHES de luna en Toledo,
noches brujas y encantadas,
con fragancias de romero
de las sierras toledanas.

Aun parece que en la lira
del viento se oye vibrar
la plegaria del muecín
desde el calado alminar.

¡Canto de eterna belleza
en blanca piedra labrada,
es tu catedral soberbia,
la más hermosa de España!

Allí entre nubes de incienso
se arrodilla el corazón,
admirando la grandeza
de una raza y de su Dios.

Como el acero bruñido
de tus espadas famosas,
¡eres, Toledo, la eterna...
eres, Toledo, la hermosa!



DIBUJO DE BATLLE



TRENES DE PEREGRINOS

Por LUIS MARIA JORDAN

Debemos forzar mucho la memoria para tratar de dar alguna vida a aquello tan perdido en la lejanía y en la distancia. Han pasado tantos años, que no nos animaríamos a contarlos sin errar la cuenta, pero así y todo, revemos la vieja estación del Once de Septiembre, repleta de gente, en una de estas mañanas de diciembre, que por definición eran las bellas mañanas destinadas a la Virgen, se arremolinaban en el andén o tomaban asiento en los vagones, como podían y a la buena de Dios, quinientas, mil o mil quinientas personas. Algunos grupos venían luciendo estandartes, flámulas, banderas y gallardetes. Todo aquello flameaba al sol o se despeinaba en los andenes con el regocijo inquieto de los niños y la unción seráfica de las devotas. Aquí una de ellas con su canasta de comestibles; allí, otra, con grandes velas llevadas para los altares de la Señora; varias mujeres jóvenes en corrillos animados, y docenas de hombres de todo pelaje y todo credo: o acompañantes de las devotas o simples viajeros por curiosidad.

El tren aquel no llegaba nunca. Subían pasajeros en Caballito, en Flores y en casi todas las estaciones intermedias. Después de dos horas y media o tres de marcha muy lenta, se llegaba a la famosa Villa de Luján. Viene al recuerdo aquella calle larga, cubierta de polvo o de barro, según los casos, y flanqueada por una doble hilera de eucaliptos. Era necesario recorrerla a pie, entre el rimero abigarrado de los peregrinos.

¡Oh, qué dulce aparece al recuerdo la Villa aquella, en donde formaron su nido los abuelos, después de haber estado huyendo de la tiranía los mejores años de su existencia. ¡Cómo recuerdo la barba unitaria del anciano, que era tan dulce como parco en palabras y que todos los días bendecía en el grave latín eclesiástico los limpios manteles de la mesa familiar! La abuela conservaba más que él los restos de la vida agitada que ambos llevaron, y en su gesto enérgico y en su boca fina y en su mirada casi celeste, denotaba la energía de la vieja matrona unitaria que había huído de Buenos Aires con su esposo, sin contar apenas dieciséis años, para escapar a las furias de la mazorca... Y se dibuja clara en el recuerdo la vieja casa

solariega: el patio, al que daban todas las habitaciones de la misma; el palomar del lado del este; los naranjos que costeaban la entrada del portalón; y la vieja sala con muebles de caoba y un perenne olorcillo a espliego y a lavándula...

La iglesia de entonces era muy otra de la actual Basílica: construcción pobre, acaso colonial; hecha con el apremio del escaso dinero y con la humilde contribución de los devotos. Aquel camarín era lo único suntuoso en la vieja fábrica. Se ascendía a él por una escalerilla lateral y los ojos atónitos miraban, sin poder contar, millares y millares de exvotos: piernas y brazos de mutilados; corazones de plata y oro; cuellos, cabezas, manos: todos los órganos del hombre transformados en metal precioso para ofrecer así un homenaje a la Patrona. Luego los sables heroicos y bravíos que habían dejado en el altar los viejos soldados de la patria; armas de toda clase, muletas, sillas de ruedas, piernas artificiales... ¡la mar! Aquello decía bien claro cuánta y cuánta amargura había obtenido consuelo en el seno de la Virgen y cuánto dolor se había amortiguado o desaparecido en el recogimiento y la oración.

Todo un pueblo crédulo y sencillo se recogía para orar ante aquellos altares. De vuelta, chicos y grandes traíamos, para los que no asistieron, cintas de seda que eran las "medidas" de la Virgen; lapiceros con la efigie de la Señora agrandada a través de un simple juego de óptica; velas milagrosas que tenían el don de atenuar la violencia de las tempestades; estampas, medallitas, rosarios: toda una verdadera industria, ya que no un arte, dedicado exclusivamente al culto de la sagrada Imagen...

Hoy aquello ya ha cambiado mucho. ¿Será mejor? ¿Será peor?...

Los devotos llegan en trenes especiales también y bajan a cuatro o cinco cuadras de la iglesia. Antes de llegar al magnífico templo, una nube de mendigos les cerca el paso a mitad de camino: ciegos, mudos, paralíticos, baldados, simuladores, pedigüeños, corredores de hoteles, vendedores de velas y baratijas, santeros, adivinos, etc. Es una muchedumbre humana como cualquiera de las otras; montón maloliente y semihambriento que lucha a brazo partido con sus necesidades diarias.

Los peregrinos se vuelcan como una inmensa ola en las inmensas naves de la inmensa basílica. Caben mil, dos mil, qué sé yo cuántas almas. Aquello da al visitante una sensación de grandeza que le hace recordar su propia pequeñez. Organos magníficos lloran las notas del canto gregoriano por la voz numerosísima de sus espléndidas tuberías. La voz de los predicadores llega a ser ahogada por la amplitud de la construcción y la mirada se pierde en lo alto buscando el basamento de las dos cúpulas, que, desde el exterior, se van a una distancia mayor de quince kilómetros.

En uno de los púlpitos habla en su lengua natal un sacerdote italiano. Es un hombre joven, con toda su barba, en la que empieza a platear el otoño. Habla con pasión y con fervor. Los devotos siguen con unción el movimiento rápido de sus manos, que giran en el aire como tejiendo un pensamiento que no se ve. La función, con distintos actos religiosos, dura toda la mañana.

A las doce, el gentío se arremolina buscando sitios o sombra para almorzar. Hácia el oeste, se eleva el Refugio de los Peregrinos: una manzana dedicada por la iglesia para reparo y descanso de los fieles. Generalmente el pobrerío se dirige allí; se abren canastas de comestibles; se desenvuelven fiambres llevados en papeles; se sacan botellas con todo linaje de bebidas, se toma el agua de la fuente cercana y se cambian impresiones sobre lo observado en las primeras horas.

Hacia afuera, los mozos de los hoteles atajan a los peregrinos para convencerlos de que la comida de los suyos es la única buena. Todos muestran suculentas listas: tallarines al jugo, ravioles de la misma manera; lechón adobado; cordero al asador; pollos y gallinas en caldo, en puchero, al horno y a la parrilla, más buenos vinillos del país para acompañar la comilona.

A las dos de la tarde el panorama va cambiando de aspecto. En donde hay un pedacito de sombra se echan los devotos, ahitos de unción y de comida. Bajo los árboles de la plaza; en los recovecos del templo, en las arcadas del Museo Colonial, descansan centenares de seres con la indolente simplicidad de las épocas primitivas.

Las mocitas, más despeinadas y menos elegantes que a la mañana, miran lánguidamente a los transeúntes que tienen mayores comodidades como pidiéndoles la limosna del asiento de los autos de lujo.

El sol, mientras tanto, va calcinando devotos y edificios. Un polvillo fino, levantado al pasar por millares de personas y cientos de automóviles, deja una pátina grisácea sobre los objetos y ahonda las ojeras de curiosos y devotas. La mugre pertinaz se va pegando en todo: en los trajes de luto de algunas señoras, en las manos impregnadas de estearina de los que compran velas y en las bocas no bien lavadas de los que vienen de almorzar.

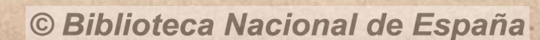
Alguna que otra bandera, que vimos por la mañana flamear al sol como una llama, se distiende con pereza entre los árboles de la vieja plaza. La concurrencia, que quiere aprovechar el día a todo trance, se desparrama entre las salas del museo, o en los sitios para descanso, o en los paradores al aire libre, o sobre las márgenes del río donde algún impenitente pescador trata en vano de conseguir una mojarra.

Al caer de la tarde comienza el desfile de la caravana que vuelve. Mucha gente se dirige a pie a la estación; otra se apretuja en los camiones en que fuera, para hacer al fresco su viaje de regreso; los más entusiastas suben con ellos algunas botellas de cerveza y rompen la marcha al son de canciones populares. Un grupo como de treinta hombres y mujeres que venía delante de nosotros cantaba con bastante buena voz el célebre tango "Leguisamo". No sería muy del ambiente aquella sinfonía (?), pero, en realidad, los cantores no lo hacían del todo mal. Dos muchachas, sentadas sobre la culata del vehículo, de espaldas al conductor, cubrían sus piernas con hojas de diarios para no provocar las groserías de los otros camiones que las cruzaban...

Y a las seis o siete de la tarde todo aquel mundo heterogéneo, popular y plebeyo estará de nuevo en sus hogares. Han pasado un día de fe, de campo, de aire puro y de buena comilona. Volverán desde mañana a consagrarse nuevamente a sus tareas de todos los días y acaso a mitad de semana, en el momento de una inquietud, de una incertidumbre o de una pena, vuelvan sus ojos, un poco extraviados, hacia la pequeña imagen milagrosa que vieron, casi al pasar, en el altar mayor de la basílica. Y éste habrá sido el mejor triunfo del sacerdote cuya prédica nos tocó escuchar en una mañana diáfana y luminosa del mes de diciembre...

LUIS MARIA JORDAN

DIBUJO DE VALDIVIA



Soldado de Húsares de Pueyrredón. Había cuatro compañías de cincuenta y un hombres cada una.

Soldado de Arribeños. Había nueve compañías de sesenta hombres cada una.

UN DESFILE HISTORICO, QUE RENOVARA EL ECO DE LOS CLARINES DE 1807

Por RICARDO GUTIERREZ



En este 12 de Octubre en que celebramos la bella fiesta de la fraternidad hispanoamericana, el libro de una limpia historia podrá ser leído por las multitudes, si se realiza el desfile de tropas que deben ostentar uniformes, equipo y armamentos de los cuerpos más gloriosos de nuestro ejército.

En la urbe enorme y cosmopolita, un poco utilitaria pero inmensamente román-



▲

Soldado de Patricios. Veintitrés compañías de cincuenta hombres cada una.

▼

tica, como hurgando en la caja de los recuerdos, retrocederemos a los tiempos de la Gran Aldea, cuando españoles y criollos, unidos en el valor que la sangre castellana acuerda, defendían sobre el barro de las calles la noble enseña del león contra el zarpazo del leopardo, mientras las mujeres luchaban desde las azoteas para expulsar a los invasores, y hasta los esclavos, en solidaridad de cariño con sus señores, oponían sus pechos a las balas inglesas.

Milagro es volver así las miradas hacia las horas primigenias. Templar el alma en las antiguas virtudes de unidad. Advertir las casonas de voladas rejas; muros simples como los espíritus de antaño, techumbres humildes, peinetones, miriñaques... Patios donde lloraban las guitarras y mecía el secreto de los amores el manso perfume de los jazmines.

Volver las miradas a la placidez de tiempos sencillos, que no impedían el relampagueo de las espadas, es, sin duda, un milagro... cuando ello sucede en el estruendo de la ciudad moderna, que abre todos los ojos del asombro en las ventanas de los rascacielos, mientras el progreso avanza como un monstruo, que respira en las chimeneas de las fábricas, sacude su vitalidad poderosa en el estruendo ensordecedor de las máquinas y gruñe en el ajetreo ferroviario.

Los patricios uniformes parecerán estremecerse con una embriaguez de himno y los cañones seculares presentirán — sin amenguar su orgullo — el zumbar de la hélice de un torpedo o el ronco trepidar de los motores de una escuadrilla de aeroplanos. Mas, cubiertos de honra, fatigados de batalla, dirán para sí que ellos fundaron esta nacionalidad, que creó otros medios, pero mucho más tarde.

Una emoción profunda nos invadirá ante el paso de las tropas. Son aquellas que en 1807 formaron el muro de corazones, donde se estrellaron los once mil soldados de Murray y Whitelocke, como anteriormente los de Berresford. Fueron los Húsares de Pueyrredón, los Patricios, Arribeños, Cazadores Correntinos, Artilleros de la Unión, Pardos y Morenos, Granaderos de Terrada. A su paso, evocará la imaginación el cuadro formidable de las dos invasiones, cuando cada casa era una fortaleza y cada dama un soldado.



Pasarán viejas glorias. El clarín rasgará el aire.

Patria, amor, sacrificio. Se habrá deslizado el alma de la epopeya, desde el rumor de las crinolinas, el distante perfume de los malvones y el canto pausado de los serenos, hasta el poderío del presente; mientras experimentaremos el goce de la marcha decidida de una nacionalidad, que nadie osará interrumpir.

▼ Ricardo Gutiérrez ▼



CUENTOS Y SUCEDIDOS

EL SECRETO PARA QUITAR LAS CANAS

Por B. GONZALEZ ARRILI

Al cura caballero lo avejentaban las canas, aparecidas de manera tan curiosa que, más que naturales, hacían las veces de puestas sobre las patillas con polvos de arroz, como hicieron en su tiempo, y volverían por ello, algunos currutacos presumidos.

El que alguien pudiera sospechar esa coquetería en hombre tan dado a manifestar su condición de tal en cuanta ocasión, buena o mala, se presentara, lo sacaba de quicio.

Nada más que por eso, el hombre cayó algunas veces en el femenil pecado de cubrir sus canas, claro está que prematuras, con los betunes que le recomendaran los boticarios y amigos discretos. Pero nunca lo conformaron, pues aquellos betunes ensuciaban y no teñían de acuerdo a sus deseos estéticos.

Años hacía había él pescado en las paginitas mal impresas del fenecido "Telégrafo" una curiosa noticia. Marchaba para el Perú, en busca de mejor fortuna, un "sujeto que descubrió el secreto de quitar las canas, dejando el pelo negro de modo que jamás mude de color".

Púsose en campaña, con la diligencia que le era habitual, para encontrar a aquel endemoniado sujeto, pero la información más exacta que le dieron en casa del editor del periódidico, fué la de que, al aparecer la noticia, ya estaba el poseedor del secreto a varias jornadas de camino, rumbo a la magnífica ciudad de los reyes.

Tiempo después, cuando comenzara a resignarse, una nueva información volvió a despertarle las ganas de teñirse: el hombre buscado había aparecido en Lima y hecho un comunicado, según el cual su secreto para teñir el pelo permanecía aún oculto a los *físicos*. Para inquietud de aquellos que se interesaran por su invento, el anónimo sujeto aseguraba que "no quiere dar su nombre por ahora, porque conoce el carácter del novelero populacho y tal vez no hagan farsa los que o no tienen canas o aunque las tengan sean tan viejos que no piensen en quitarlas, pero no porque el secreto tenga nada de ficción, ni los *simples* de que se compone inconveniente alguno, pues habiendo hecho constar al magistrado de la ciudad los buenos efectos del secreto, le concedió permiso, con precedente informe del protomédico, para que lo usase con las personas que quisieren".

Y a renglón seguido agregaba, escurriendo un poquito de filosofía de poco precio: "El mundo se compone de gentes de diverso modo de pensar; y no duda el autor que, poseídos de distinto humor del de los que hemos hablado, habrá quienes quieran aprovecharse de este singular remedio, y en este caso pueden ocurrir a la librería de don Guillermo del Río para tomar noticia privada de la habitación o paradero del sujeto".

El anuncio estaba redactado de manera que no lo harían mejor los poseedores del igual "secreto" un siglo más tarde: misterio y ciencias físicas, seguridad de teñir y ocultación, a medias, del desinteresado inventor, autorización oficial para revelar el secreto, o mejor, para entintar a quien quisiera aguantar el entintado...

Con todo, el cura ardía en deseos de ponerse en comunicación con el alejado sujeto, y no tuvo más arbitrio que escribir una carta al señor Del Río, en Lima, y quedarse en espera de la respuesta.

Aquello lo sabía únicamente fray Julián de Santa Eulalia, buen guardador de secretos, pero, a pesar de ello, — a pesar de guardarlos — sabía sacarlos a relucir cuando no se encontraba entre el interesado y él una tercera persona, seguramente para evitar que en el mucho encierro se apolillaran... Sacábalos en broma. Su manera casi invariable de comenzar a mover la matraca era:

— ¿No ha llegado correo del Perú?...

El otro, siguiendo la chanza, llevábase las manos a las sienes, y respondía:

— Mira...

El cabello de aquellas inmediaciones continuaba blanqueando de una manera progresiva y alarmante...



DIBUJO DE CABALLÉ



CONCURSOS PARA MAESTROS DE ESCUELA EN EL VIRREYNATO DEL RIO DE LA PLATA

Por ISMAEL MOYA

Mal andaban las escuelas de primeras letras del Real Colegio de San Carlos, en 1797.

En tal año, desempeñaban el magisterio en aquellos establecimientos José Antonio Díaz y Francisco Antonio de Berea, y, como la práctica pedagógica de éstos no condijese con las esperanzas concebidas, no demoraron las desavenencias con la autoridad municipal, cuyos alcaldes, regidores y procurador general tenían en mucho su deber de velar por la enseñanza pública. Y tanto es así que el caballero síndico procurador hubo de zaherir la conducta de los maestros, a tales extremos que, por repetidas veces, los aludidos se dirigen al Cabildo, ora protestando, ora pidiendo su reemplazo. En 1801 la tirantez recrudece. En 1803 culmina, produciendo las fatigas que veréis.

La verdad en esta contienda muy poco favorece a los quejumbrosos enseñantes, los cuales, al entender del Cabildo, pretendían cohonestar su falta de conocimiento y el notorio abandono

de sus funciones, con trasnochadas exhortaciones y bien calculadas quejas. Mas, como no eran ya los tiempos de Victoria y de Angulo, en los que no había maestros y, por ende, se imponía el cuidado de los pocos que para las tareas del aula demostrasen aptitudes, el Cabildo resolvió dar parte al Virrey demandado, conjuntamente, el relevo de los dos pedagogos y la designación de personas capacitadas.

Era tal el desquicio en las tales escuelas que iban aparejados la pésima calidad de la enseñanza, el olvido de los métodos y el abuso de malos procedimientos, con un relajamiento profundo de la disciplina. Doloroso momento hubiese pasado el progresista don Juan José de Vértiz, alma tutelar del Colegio, de haber asistido a las incidencias. Menos mal que, a la fecha del último conflicto, el virrey Sobremonte estaba allí para dar su fallo salvador. El Cabildo, por su parte, tenía ya sus miras. El 9 de julio de 1803, el Virrey, que había aceptado las renuncias de Díaz y de Berea, expidió un decreto llamando a concurso para el cargo de maestro de primeras letras. Las condiciones, dadas a conocer por el Cabildo, eran tales:

"Que los individuos que pretendan o haian de suceder en los cargos renunciados, han de ser, precisamente, de buena vista y costumbres, han de poseer y hablar el idioma castellano con la propiedad debida, sin barbarismos ni solecismos. Que el que haia de enseñar a escrivir, ha de estar instruído en este arte y en las reglas de ortografía castellana y aritmética. Que ambos han de sugetarse, precisamente, a examen de dos inteligentes que nombre este Cavildo a su presencia, o la de dos Diputados que igualmente se nombrarán, así en la gramática castellana, pronunciación del idioma, como en la aritmética, ortografía y escritura, presentando muestras de sus letras y formando otras en el lugar que se designe. Y que por último haian de presentar testimonios que acrediten su edad, estado y modo como se han conducido en los pueblos de su naturaleza o residencia y la limpieza de su sangre. Y en estos términos y con estas cualidades se fijen edictos en los parajes públicos de la Ciudad convocando y emplazando a todos los que quieran hacer opción a estos empleos con inserción en ellos de las referidas cualidades, para que en el término de un mes contado desde la fecha del edicto, se presenten con los documentos prescritos a sufrir el examen prevenido que ha de hacerse en el día designado."

Cuatro candidatos se presentaron: José Aguirre, Agustín Norzagaray y Velasco, Elías Galván y Andrés José Faneca. Y el Cabildo, habiendo "examinado los documentos con que instruien sus instancias", acordó admitirlos. El examen tuvo efecto el 22 de noviembre de 1803, a las 9 horas, con asistencia del alcalde de primer voto, del regidor don Francisco de la Mata y Bustamante y del síndico procurador general. La tarea de examinar les correspondió al maestro Francisco Xavier Argerich, a don José Nadal y a don Justo Núñez. El decreto correspondiente habilitaba a los diputados asistentes para intervenir con preguntas.

La prueba asumió proporciones inusitadas. A la solemnidad que prestaba al acto la presencia de los representantes del Cabildo, uníase la severidad de las condiciones del examen y la dificultad de los temas. Predominaba en los jurados y en las autoridades, la intención de endilgar la enseñanza por mejores carriles, dando un impulso vigoroso a las nobles empresas de la educación.

Después del examen, tanto Argerich como sus compañeros, concibieron la refundición de las dos escuelas, argumentando en favor de su tesis que correspondía dar la dirección a una persona, la cual, bajo su responsabilidad, podía contratar los servicios de monitores.

Agregaban que también era menester preparar un plan sobre el régimen y gobierno de las escuelas, orden y método en la enseñanza de los niños y una reglamentación nueva a la cual debía someterse el maestro en lo sucesivo.

A los dos días, vale expresar, el 24 de noviembre, la junta se expidió declarando que no había lugar a terna porque entre los que se presentaron a examen, sólo Elías Galván "fué aprobado por su idoneidad y suficiencia, no habiendo entre los demás ninguno capaz de desempeñar el cargo". El Cabildo, por su conducto, haciéndose eco de las expresiones escuchadas en su seno, solicitó al Virrey proveyera de conformidad al punto de la refundición de las escuelas y asegurando que los examinadores compondrían un plan de estudios completo y definitivo. El decreto del Virrey aceptando el veredicto, contiene indicaciones valiosas, y está fechado del 6 de mayo de 1805. Dice:

"Se aprueba y se confirma la propuesta que con precedente examen ha hecho dicho I. Cabildo de don Elías Galván, para maestro de primeras letras del Colegio de San Carlos, debiendo en conformidad de ella despachársele el consiguiente nombramiento con el salario de 650 pesos corrientes que se le asigna." Agrega más adelante: "Y deberá estar prevenido que si se le nota la menor omisión en el cumplimiento de tan interesante y recomendable encargo, se le removerá y separará del oficio, no pudiendo por lo mismo alegar un derecho de propiedad, pues, como en tal delicada materia no es disimulable cualquier falta o descuido por leve que sea, será en esta virtud consiguiente su remoción."

Digo, desde ahora, que el Marqués de Sobremonte, fué sensible a todas estas medidas que ponían en la indiferencia y rutina de aquellos tiempos, un tono de renovación, un sano prurito de adelanto espiritual afianzado cada vez más gracias a las minorías cultas acaudilladas por los intelectuales que luego serían el espíritu y la carne de la Revolución de Mayo.

Estas pruebas fueron un triunfo para el maestro Argerich que presidió la junta. En el proceso de la gesta libertadora, volveréis a encontrar al viejo Argerich convertido en un ejemplo de patriotas.

La agitación que produjo la incidencia de 1797, alargada hasta 1803 y definitivamente terminada con la designación de Galván en 1805, fructificó para bien de la enseñanza primaria.

¡Lástima que aquellas escuelitas de San Carlos permanecieran clausuradas bastante tiempo! Recién en Octubre de 1804, vuelve a agitarse la cuestión financiera, diremos, ya que la docente hacía tiempo que terminara. El Cabildo, al proponer al Virrey la anualidad de 650 pesos para el maestro, tuvo en cuenta las entradas producidas por tres puestos de pan que funcio-

naban en la Recova bajo la superintendencia del mismo Cabildo. Desde el 1º de junio hasta el 30 de septiembre, tales puestos produjeron una entrada de 1.350 pesos. Con el resto se dispuso la creación de tres nuevas escuelas, fijándose en 300 pesos anuales el haber de cada maestro, el cual debería costearse la vivienda. Posteriormente fué revocada esta última condición, habilitándose a los maestros con medios para su alojamiento.

Bien veis cómo con tan menguados recursos se afrontaban las responsabilidades de dar al pueblo escuelas donde instruirse. Es que la palabra de orden del Cabildo, por entonces, era la creación de escuelas. Hubo, claro está, inconvenientes que vencer. Ni siquiera se contaba con locales más o menos apropiados. La misma escuela del Real Colegio de San Carlos, tuvo que buscar otro local a raíz de las instancias del doctor Chorroarín que era, a la sazón, el director del colegio y utilizaba las dos piezas donde, años antes, funcionaron las clases primarias, para otros destinos también culturales.

El nuevo concurso de maestros fué organizado con motivo de la creación de las tres escuelas a que me he referido y que debían ser abiertas en las parroquias de la Concepción, la Piedad y el Socorro. El decreto dictado en tal oportunidad ordenaba que debían "fijarse carteles anunciando al público la apertura de dichas escuelas para el día que queda señalado a efecto de que concurran los niños acompañados de sus padres, a matricularse sin estipendio alguno en el libro que a este fin se tendrá dispuesto, a cuia diligencia asistirán para maior solemnidad del acto el alcalde ordinario de primer voto y el síndico procurador general, quienes por separado darán cuenta del número de niños que concurriese."

Resulta enternecedora esta solicitud de la autoridad, tan dada a levantar el nivel espiritual de la ciudad con institutos de tanta trascendencia social como las escuelas primarias. ¡Ejemplo para muchos gobernadores de provincia, de la actualidad, ausentes siempre de las preocupaciones que animaron a estos lejanos cabildantes, del tipo de aquellos que hubo en Santa Fe en 1577!

Actuaron como jurados en el nuevo concurso el viejo Argerich, José Campos Nadal y el flamante maestro Elías Galván, como técnicos. Los concurrentes fueron cuatro también, y resultaron airosos Andrés Faneca, destinado a la escuela de la Concepción; José María Cevallos, a la de la Piedad, y Juan Rufo Zorrilla, a la del Socorro. El cuarto concursante, don Mariano Creu, quedó por el momento desahuciado. Los tres fueron luego confirmados por el Virrey.

De aquellas tres nuevas escuelas, salieron generaciones de argentinos cultos que, en el transcurso de las luchas por la libertad, contribuyeron a cimentar las piedras sillares de nuestra liberación espiritual.



Ismael Moya

DIBUJO DE VALDIVIA

Canción con un poco del alma nuestra

Por Salvador Merlino

I

Como buenos porteños, bebemos nuestro mate.
Como buenos porteños, amamos nuestras calles:
las del centro, brillantes,
y las de los suburbios, tristes y miserables.

Como buenos porteños, amamos nuestro barrio.
(*¿Viste qué cielo hermoso tiene Villa Lugano?*)
Es el alma porteña una calle y un tango.
Y el mate, casi casi representa el pasado.

Somos un poco tristes, como buenos porteños,
mas la tristeza nuestra es de afuera hacia adentro.
Tristeza sin raíces, intelectual, que el fuego
de la amistad destruye, porque no es alma, es eco.

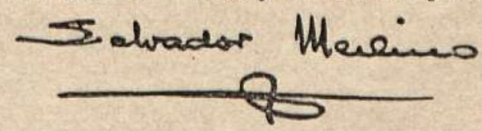
Como buenos porteños, soñamos cosas raras:
la capital del mundo en la orilla del Plata,
una raza argentina y una lengua vernácula.
Pero yo sueño sólo con la niña y la casa.

Sueño contigo siempre, mi preciosa nenita,
y si a ratos te olvido, bien que no es culpa mía.
Tenemos muchas cosas que pensar en la vida.
Somos un pueblo joven ¡y es la ciudad tan linda!

II

Cuando mi carne sea nada más que un recuerdo,
y tú quieras honrar mi memoria y mis versos,
no digas que fuí grande; di la verdad con esto:
"Fué una palabra honrada y un corazón porteño".







LA ♥ EXPERIENCIA

Por FRANCISCO GRANDMONTAGNE

SCHOPENHAUER, con su áspero humorismo, define la experiencia diciendo que es una filosofía formada a tropezones. Así es, en efecto. Pero lo problemático es que esta filosofía adquirida a golpes, sirva para algo en la vida, constituya una enseñanza eficaz. Porque, en realidad, la experiencia suele modificar el pensamiento, pero rara vez sirve para corregir la conducta. Y es que la acción, más que del pensamiento, surge del carácter, del instinto y de los movimientos de la voluntad, que son mucho más indóciles, pertinaces y obstinados que la mente. La razón utiliza la experiencia

para razonar; pero los tropezones anteriores no impiden incurrir en los mismos errores. Ello se debe a que el hombre es mucho más razonador que razonable. En cuanto a la mujer, ya Aureliano Schol decía que sólo se equivoca cuando reflexiona.

De lo poco que sirve la experiencia nos ofrecen una prueba concluyente los jugadores y los alcohólicos. La filosofía a tropezones del jugador no le impide tornar a caer sobre el mismo tapete. Una larguísima experiencia resulta completamente inútil para detenerle en su pasión. Reflexionará sobre sus reveses con mucha cordura, sin que le sustraigan sus sensatas cavilaciones a recibirlos de nuevo. El alcohólico, por su parte, bien sabe que, como dice Horacio, "el vino es un luchador traidor que agarra por los pies". La experiencia será igualmente estéril; volverá a caer enlazado por el mismo sitio. Cuando se trata de inclinaciones del gusto, modalidad del carácter, o contextura de la voluntad, la experiencia es impotente para vencer los rumbos más desatentados de la conducta.

Pero saquemos el problema del fondo de los vicios para verlo bajo otros aspectos. En uno de los más profundos ensayos comprendidos en "La voluntad en la Naturaleza", sostiene Schopenhauer que el carácter, en lo fundamental, es inalterable, no logrando la educación sino ligerísimas modificaciones. Según el acedo filósofo, el que mata por una causa determinada cometerá idéntico crimen cuantas veces se presente el mismo motivo determinante, sin que le detengan la experiencia de la ergástula ni los sufrimientos de un largo encierro en el presidio.

La experiencia, filosofía dolorosa, no consiste en haber visto muchas cosas, sino en el tino con que se ha reflexionado sobre ellas. Al tonto, la experiencia no le corrige la tontería, se la deja intacta. En el "arte de mirar", como dice Frantes y Sureda, se funda la verdadera experiencia. Hay muchos que la tienen en abundancia y, a pesar de ello, sacan siempre consecuencias absurdas. Así, cuanto más experimentan, más yerran, siendo su vida una incesante carrera de tumbos.

En el orden moral ocurre con frecuencia que la primera experiencia, antes de apartarnos del pecado nos zambulle en él definitivamente. A este propósito, Vilhem Muller pone un ejemplo tan pintoresco como exacto: "Cuando atravesamos una calle después de haber llovido, andamos con precaución para que no se nos embarren los zapatos; mas, si por descuido, metemos el pie en un charco, ya no seguimos preservando los zapatos. Por eso debemos preservar el alma del primer charco".

En la vida corriente, en los negocios, en el trato social y en cualquier género de actividad no conviene dar excesiva importancia a la experiencia adversa, pues esta actitud espiritual acaba por paralizar la acción, por hacernos indecisos, siendo arrollados por la energía de los demás.

Existe un adagio popularísimo que, como todos los proverbios, aparentemente sólidos, carece de consistencia: "El gato escaldado, del agua fría huye". Esta pequeña sentencia que de tanto crédito goza en el mundo es la mejor definición del recelo y de la experiencia llevados a la exageración. Porque es evidente que si el gato, por haberse escaldado una vez, huyese del agua fría, terminaría por morirse de sed, accidente más funesto que correr el peligro de escaldarse. Bien está, en el tráfago del mundo y en el roce con nuestros semejantes, vivir un poco escamados, pero no tanto, pues no menos inconvenientes que en afrontar los riesgos puede haber en eludirlos, cayendo en una inercia improductiva y ruinosa.

Mejor que en la propia es fundar la conducta en la experiencia ajena. Cuesta menos; es una filosofía más económica. Pero como todo conocimiento entra por la vía del dolor, la mayor eficacia pedagógica está en el propio sufrimiento. Los errores de los demás nos adiestran poco. Napoleón solía decir a sus generales que las ajenas locuras nunca sirven para hacernos ser cuerdos. Se usa mucho la frase de escarmentar en cabeza ajena, como medida de previsión; pero, en realidad, y sólo se escarmienta en la propia, y aun esto mismo es dudoso, como antes hemos apuntado. La inmutabilidad del carácter — hay que repetirlo — nos lleva a reincidir en iguales o parejos actos, sin que la huella de la experiencia modifique en el fondo nuestra manera de obrar, pensar y sentir. Y lo mismo que los individuos son las colectividades, pues éstas, se forman de aquellos. Prueba irrefutable son las guerras. Ninguna experiencia hay más dolorosa. Sin embargo, los pueblos siguen inmolándose por los mismos motivos que en el curso de los siglos lo llevaron a perecer. La cruenta historia del mundo constituye una terrible experiencia totalmente ineficaz.

Es axiomático que la vejez acumula gran experiencia. Esto no pasa de ser un tópico, porque se puede tener muchos años y haber vivido poco. El mismo Goethe, que tanto profundizó en el tema, no se sustrajo a este vulgar axioma: "Quien ha vivido largos años—dice—tiene mucha experiencia y nada le parece nuevo en el mundo". Pero su héroe inmortal contradice el aserto. Gracias a su contacto con el diablo pudo el doctor Fausto conocer la vida. Sin esta relación no hubiera salido de sus retortas y de sus textos de filosofía. No se penetra en el contenido del mundo desde un gabinete de estudio, sino zambulléndose en la marea social.

Todos, viejos y jóvenes, tenemos experiencia en la medida de nuestra edad, de nuestro sentido observador, de nuestro intelecto y de los afanes y peripecias en el curso de nuestra vida. Pero muy pocas veces la experiencia impone el rumbo a nuestra conducta. Precisamente el más grato deporte estriba en prescindir de la tiranía de sus lecciones...

Francisco Grandmontagne

San Sebastián, septiembre de 1933.

DIBUJO DE ALVAREZ

Sala de operaciones

CARAS Y CARETAS

▼ Por JORGE ORGAZ ▼



El muñón de la pierna amputada

El muñón del amputado sufre la presencia de la pierna ausente.

La recuerda en carne propia, que ésa es la única manera auténtica de recordar.

Percibe un dolor que ahora es suyo y que fué de ella: que todo verdadero dolor es así, ajeno y nuestro.

La luz de muchas estrellas es también muñón de amputación. Es también memoria. Luz de tiempo en la cicatriz del perecer. Recuerdo. Sólo recuerdo. Nada más que recuerdo.

¿Y la vida del hombre? ¡De donde hace mil años fuimos amputados! Qué tremenda ausencia es ésta que al vivir recordamos. ¿De qué estrella muerta somos luz de recuerdo?



Ritmo cardíaco

Cabalgata de sístoles y diástoles en la oquedad del pecho. Armonía de dos ruidos dentro de silencios iguales.

Tun, tac. Tun, tac.

El sístole es y afirma; el diástole es y espera.

Tun, tac. Tun, tac.

Armonía del mundo en el corazón del hombre. Armonía de Dios en el corazón del mundo.

El día es un sístole de luz que se rehace en el diástole de cada noche.

Y la esperanza es un sístole de fe que se rehace en el diástole de cada angustia.

Operación quirúrgica

Freud salta de tras el cloroformo y, libre, despierto, anuncia el espectáculo con un monólogo que parece absurdo. Lo enmudece el letargo y luego en la sala se expande un aséptico silencio blanco.

El Azar — frívolo efebo ciego — se yergue entonces sobre la punta de sus pies de bisturí y danza. Danza que ritma el corazón. Danza de los siete velos del misterio.

Desde las bambalinas del sueño, el síncope, entre tanto, espera.

Traspunta el destino.



Mesa de autopsias

Mármol donde sólo se acuestan los pobres para no rehuir la última expoliación de la vida.

Donde el suicidio sigue siendo un secreto, más allá de las vísceras.

Donde la carne ennoblece sus formas haciéndolas solemnes.

Donde el error enseña y la verdad se achica, hasta perderse.

Donde el silencio está grávido de simples palabras.

Donde la ciencia descuartiza a la muerte, hundiéndole preguntas y abriéndole cuestiones.

Donde el sabio auténtico comprende su pecado de creérselo

DIBUJOS DE VALDIVIA





Don Mariano de Vedia y Mitre, nuestro Lord Mayor, entregado a las difíciles tareas que requiere la ciudad, no olvida a su gran Shakespeare, el dilecto amigo de sus vigilias de estudioso. No concebimos a Vedia y Mitre — en sus momentos de retiro — sin la compañía del genial poeta inglés, y el soneto que publicamos en esta página, destinado gentilmente a "Caras y Caretas", es una hermosa expresión de esa frecuencia a que aludimos y cuyos frutos gusta el lector inteligente.



Doctor Mariano de Vedia y Mitre, apunte del natural, por Valdivia.

¶ *Let not my love be call'd idolatry*

No llaméis a mi amor idolatría
Ni al ser que amo un ídolo, tampoco,
Porque siempre que entono una armonía
Un solo objeto sin cesar evoco.
Puro como hoy mi amor, será mañana,
Pues es constante por su propia esencia
Mi verso a la constancia así se hermana,
Que él con mi amor no tiene diferencia.
Bondad, virtud, belleza, es mi argumento,
Bondad, virtud, belleza, y no he variado
Sino en las notas de mi amante acento,
Tres temas que uno solo así han formado.
Bondad, virtud, belleza, al fin ahora
Un solo hogar de amor las atesora.

♥ ♥ ♥ *Mariano de Vedia y Mitre* ♥ ♥ ♥

Elogio de la diplomacia

Sus grandes

Juan Durán y Cuerbo. – Arellano y Aróspide. – Ramiro Gil de y Guardiola. – Conde de Cadagua de la Quintana. – Marqués de Danvila. – José C. Paz. – Luis L. Domínguez. – Vicente G. Wilde. – Marco M. Avellaneda. – Enrique Larreta.

Por JUAN JOSE

Identidad

Nunca es más inútil la diplomacia que cuando se trata de la amistad de mi país con España. Sin embargo, podemos vanagloriarnos mutuamente de haber intercambiado los mejores ministros...

Estas palabras son de Roque Sáenz Peña. Hermosas palabras que sintetizan la cordial amistad de ambas naciones. Idéntica raza. Igual idioma. Las mismas virtudes y...

—*Los mismos defectos* — ha dicho Benavente.

¿Apasionados? ¿Líricos? ¿Magnánimos? ¿Atropelladores? ¿Juan Moreira? ¿Don Quijote? Magníficos defectos propios de una estirpe romántica...

Primer tratado de amistad

Después de la Revolución de 1810, pasaron muchos años sin que se estableciera entre los dos países la diplomacia de los protocolos. Pero, ya existía la diplomacia del espíritu. El primero que intentó oficializar esa diplomacia moral para afianzarla, fué el general Urquiza. Era en 1856. Acababan de llegar al río de la Plata dos corbetas de la armada española: la *Masoneda* y la *Luisa Fernanda*. Desde hacía casi medio siglo ningún barco de guerra con bandera de España, había querido fondear en nuestras aguas. La llegada de las dos corbetas fué un hermoso pretexto. El pueblo tributó a los marinos españoles un homenaje de reconciliación. Las mujeres criollas alfombraron de rosas las calles por donde iban a pasar los jefes y tripulantes de los dos navíos. Urquiza aprovechó la circunstancia. Envió a España a Juan Bautista Alberdi para negociar un tratado de paz y de amistad. España — no obstante los cuarenta y seis años transcurridos desde la emancipación de su colonia — negábase tácitamente a reconocer la independencia de los argentinos. Alberdi inició las gestiones. Y siete años después — el 21 de septiembre de 1863 — el general Mitre, en su carácter de presidente de la Nación, firmó el tratado que concibiera Alberdi, mediante el cual *España reconocía, por primera vez, que las provincias del río de la Plata eran independientes...* ¡Ironías del destino que reune en la gloria a los próceres, aunque éstos, en la tierra, hayan sido rivales!

—*Mitre — Alberti.*

Urquiza y los españoles

Al firmarse el tratado de 1863, los españoles y los argentinos adquirieron oficialmente categoría de hermanos. Pero, esa categoría ya era reconocida — antes de ese tratado — por una ley argentina que consideraba a los españoles co hijos del país, puesto que les imponía la obligación de prestar servicios militares. Los españoles protestaron con delicadeza:

—*Mucho nos honra ser soldados argentinos, pero siendo españoles no desearíamos mezclarnos en las guerras civiles de un pueblo al que tanto queremos.*

El erudito historiador Manuel Bilbao cita los nombres de algunos prestigiosos caballeros que pidieron al general Urquiza aboliera la obligación del servicio militar para los españoles. Eran: Vicente Casares, Benito Hortelano, Vicente Rosa y Lázaro Elortondo. El general Urquiza contestó:

—*Tienen razón. Yo haría lo mismo...*

hispanoargentina

figuras

Uribarri y Ossorio. – Luis de la Barrera y Riera. – Pablo Soler Amposta. – Duque de Amalfi. – Ramiro de Maeztu. – Alfonso Quesada. – Mariano Demaría. – Roque Sáenz Peña. – Eduardo – Carlos de Estrada. – Daniel García Mansilla.

DE SOIZA REILLY

Y eximió a los españoles del servicio militar.

La habilidad de Roca

AUN cuando el tratado de amistad con España se firmó en 1863, ninguna de las dos naciones envió inmediatamente ministros plenipotenciarios. Después del tratado, las cuestiones protocolares estuvieron en manos de los cónsules. El primer cónsul español fué don José Zambrano. El período de las misiones diplomáticas comenzó en 1882. El gobierno argentino nombró Encargado de Negocios en España al doctor José C. Paz, fundador de "La Prensa". Al mismo tiempo, España designaba al doctor Juan Durán y Cuerbo, "Encargado de Negocios" en la República Argentina. Durán y Cuerbo era un gran periodista como lo era también el doctor Paz. ¿Coincidencia? ¡No!... Fué el general Roca quien como presidente de la Nación insinuó a España la utilidad de poner la diplomacia en manos de los periodistas.

Alguien le preguntó:

—*¿Por qué, general?*

—*Entre España y la Argentina nunca podrán producirse entreveros de fondo. Todos serán conflictos de palabras. Y para arreglar las palabras con palabras, nadie mejor que los hombres de letras...*

Y Roca, con su perspicacia extraordinaria, siguió pensando así. Al año siguiente elevó al doctor Paz a la categoría de Ministro Plenipotenciario. Y lo mismo hizo España con Durán y Cuerbo. Más adelante, Roca continuó creyendo en la eficacia diplomática de las palabras. Las relaciones con España llegaron a enfriarse inocentemente. ¿Algún roce de intereses políticos? ¿Alguna herida involuntaria en el amor propio de los españoles? Tan pronto como Roca se enteró del asunto, dijo:

—*Con España no podemos tener ningún conflicto. Eso lo arreglo yo en cuatro minutos: es cuestión de palabras.*

Llamó a uno de los hijos del autor del Himno Nacional:

—*¿Qué le parece, doctor López, si suprimimos del Himno Nacional algunas palabras que pueden ser ofensivas para España?*

López le contestó:

—*Si mi padre viviese en estos tiempos y usted le formulase ese pregunta, él le respondería: "Sí, señor presidente: puede suprimirlas".*

En seguida, Roca firmó el decreto mandando suprimir las estrofas hirientes: "*A sus plantas rendido un león...*"

Día de la Raza

EL presidente de la Nación Hipólito Yrigoyen contribuyó a afianzar las relaciones con España. Dió un decreto que pasará a la historia.

—*12 de octubre: Día de la Raza.*

Juan Durán y Cuerbo

EL 1º de junio de 1882, el gobierno español designa a don Juan Durán y Cuerbo "Encargado de Negocios". El 29 de mayo de 1883 lo asciende a "Ministro Residente". Durán y Cuerbo realiza hábiles gestiones. Regresa a su país y vuelve en 1891, ya con el cargo de Ministro Plenipotenciario. Hombre de letras y de exquisita distinción, se vincula al país, en todas sus esferas.

Ramiro Gil de Uribarri

El 2 de agosto de 1905 el gobierno español designa a don Ramiro Gil de Uribarri y Ossorio en reemplazo de don Juan Durán y Cuerbo. Sereno, metódico, sonriente, su silueta deja en los salones un recuerdo imborrable. Noble corazón. Filántropo. Un día se presenta en la Legación un núcleo de señoras ilustres a pedirle su óbolo para los niños pobres. Por deficiencias burocráticas, el ministro hace varios meses que no recibe dinero de España. Cuando las damas le solicitan su limosna, instintivamente echa mano al bolsillo. En ese instante recuerda que no tiene un centavo. Se pone rojo de vergüenza. ¿Confesar que no tiene dinero? Se quita una preciosa sortija de brillantes, herencia de su madre:

—*Aquí tenéis, señoras.*

La sortija es puesta en remate. El ministro acude a la subasta. Adquiere su sortija. Cuando se la coloca otra vez en el dedo, la besa. El público — desconocedor de la tragedia — sonríe:

—*Debe ser un loco.*

Pero el ministro al salir luce tal bondad en los gestos y en los ojos, que, viéndolo pasar, todos los miran con cariño.

—*España y yo, somos así, señora...*

Pablo Soler y Guardiola

Primer embajador de España en la Argentina. 1911. Digno sucesor de los ministros anteriores por su cultura, su gentileza, su don maravilloso de encantar. Vive, actualmente en España, retirado de la carrera diplomática a la que prestó servicios de valía. Una de sus hijas contrajo enlace con un distinguido joven argentino, el señor Melquiades Sáenz, que desempeña en Madrid el cargo de cónsul agregado a la Embajada de nuestro país.

Luis de la Barrera y Riera

Enemigo del ruido; no le gustan las fiestas. Estudia con eficacia, muchos problemas económicos de gran utilidad para las dos naciones. Su ausencia de los salones redunda en beneficio de su ministerio. Ha muerto.

Arellano y Aróspide

Ministro de gran influencia por sus excepcionales dotes de caballero fino, correcto, amable, sutil. Conversador maravilloso. Artista de alma. Lo secunda en su acción diplomática, su esposa, bellísima y dignísima cubana. Arellano y Aróspide, hombre sin fortuna, hace su carrera paso a paso, de escalón en escalón, ganándose los triunfos por sus méritos. A veces se le oye decir delante de las obras de arte, con envidia:

—*¡Si yo fuese rico!*

De repente la fortuna le sonríe. Su esposa hereda la enorme fortuna de un tío de la Habana. ¡Tristezas de la vida! Tan pronto como tienen en su poder la herencia, el destino los hiere. Ambos enferman. Los dos mueren en pleno triunfo, con poca diferencia uno del otro...

Cadagua de la Quintana

Imaginaos a Don Quijote de la Mancha metido a ministro o metido a Felipe II. Alto, magro, solemne. Su personalidad se destaca cuando la Infanta Isabel llega a Buenos Aires. Viejo y siempre altivo — monárquico de los más elevados quilates — se refugia en Bilbao. Hace un año se enferma. Está débil.

—*Es menester* — le dice el médico — *que se alimente usted si es que quiere librarse de la muerte.*

—*¿Y qué me importa la muerte si ya no tengo rey?*

Acaba de morir.

Marqués de Amposta

Gran embajador. Al llegar a Buenos Aires, dice:

—*Vengo para que los argentinos me hagan el honor de quererme.*

Se hace querer con creces. Trae, además, un millón de duros para adquirir el edificio destinado a la Embajada de España. Como un hijo de Siam, el marqués tiene para los elefantes un cariño exótico. En su escudo pondría de buena gana un elefante, como los siameses lo llevan en la bandera de su reino. Colecciona elefantes de oro, de plata, de marfil, de piedra, de madera, de vidrio. Posee la más rica colección de elefantes que exista en el mundo. El alfiler de su corbata es un elefante. Los gemelos de los puños, son dos elefantitos. Sobre la mesa suele tener elefantes con el lomo repleto de tinta. En las paredes, otros elefantes, con sus grandes colmillos solemnes, pierden su orgullo en actitud implorante de percheros...

Cuando el marqués de Amposta se va, deja en nuestro país la huella de su paso. Todo el mundo lo quiere... Al regresar a

España el amor lo cautiva. Se casa con una gran señora de la aristocracia valenciana, la bella y rica condesa de Berlanga de Duero. Ella, al casarse con él impone una severa condición:

—*Dejarás la diplomacia.*

—*Pero... ¡He nacido para la diplomacia!*

—*Dejarás la diplomacia.*

Y el marqués de Amposta a quien las niñas criollas llaman El Invencible, abandona la diplomacia — diplomáticamente — por amor...

Duque de Amalfi

EL 6 de diciembre de 1926 es nombrado embajador extraordinario don Antonio de Zayas y Beaumont, duque de Amalfi. Escritor, aristócrata, buen amigo de los argentinos.

Ramiro de Maeztu

NO es diplomático de carrera. Pero diestro en el periodismo, hombre de talento profundo, practica una diplomacia integral que le conquista muchas admiraciones. Alguien corre a anunciarle:

—*¡Ha caído el rey! ¿Seguirá usted con la República?*

No contesta. Toma la pluma. Escribe.

—*¿Qué está escribiendo, señor Embajador?*

—*Ya no soy Embajador. Soy periodista.*

Alfonso Danvila y Burguero

El gran Danvila!

El 9 de junio de 1930, Alfonso Danvila y Burguero es designado, en virtud de sus méritos, embajador de la República Española. ¿Embajador de España? Danvila es algo tan nuestro, tan argentino, tan criollo, y lo queremos tanto que si algún día España no quisiera tenerlo de embajador, todo el país lo elegiría a Danvila embajador argentino en España. Escritor brillante y sólido; buen conocedor de los problemas hispano argentinos; buen republicano, buen idealisa, es para nosotros la verdadera imagen de la España moderna...

Diplomacia argentina

La Argentina puede también vanagloriarse — como decía Sáenz Peña — *de sus diplomáticos...*

Después del doctor José C. Paz, padre del actual director de "La Prensa", ocupa con igual prestigio la jefatura de nuestra legación don Luis L. Domínguez. Lo designan ministro plenipotenciario en 1885. Político. Soldado. Hombre de la organización. Poeta. Autor de los versos famosos:

Cada comarca en la tierra
tiene un rasgo prominente:
el Brasil, su sol ardiente;
minas de plata, el Perú;
Montevideo, su Cerro;
Buenos Aires, patria hermosa,
tiene la pampa grandiosa:
la pampa tiene el ombú.

En 1892, es nombrado ministro plenipotenciario el historiador Vicente G. Quesada — primer coleccionista argentino de muebles españoles. — Luego, en 1905, lo reemplaza el doctor Mariano Demaría.

—*¡Gallarda figura la suya!* — me cuenta el embajador señor Danvila. — *Era bondadoso, finísimo, vivaz, ¡una luz!... En el paseo de la Castellana llamaba la atención por su elegante barba y porque andaba a caballo con bombachas de gaucho...*

Continúa una brillante sucesión de grandes ministros y embajadores: Roque Sáenz Peña, Eduardo Wilde — con su admirable Guillermina, — José Figueroa Alcorta, Roberto Levillier, Marco M. Avellaneda, Enrique Larreta, Carlos de Estrada, Daniel García Mansilla...

—*Marco Avellaneda* — agrega Danvila — *se hizo dueño del corazón de España. En Madrid se le sigue llamando afectuosamente: el "Gran Embajador de la Argentina". Otro que vive también en el alma española, como joya propia, es Enrique Larreta. En cuanto a Daniel García Mansilla, actual embajador, ya sabe usted cuánto se le quiere y cuánto se le admira por sus dotes personales y por su destreza diplomática.*

Diplomacia femenina

NO es justo olvidar en esta reseña a las mujeres argentinas — esposas e hijas de los diplomáticos — que supieron suavizar con sus sonrisas, las asperezas de la diplomacia. Pertenecen a la misma estirpe de mujeres que en 1856 alfombraron de rosas las calles porteñas por donde iban a pasar los soldados de España...

Soiza Reilly

▼ LA TIERRA DE

Avila de los Caballeros vista a través de las fotografías que el arrollan los principales pasajes de su obra maestra y del

▼ ▼ *Por* CONRADO E.

Es bueno para el espíritu visitar de vez en cuando a don Enrique Larreta en su palacio español de Belgrano. El apartamiento y la calma que se respiran en sus salas pavimentadas de roja baldosa valenciana, y que hablan sin embargo de una inquietud ya superada y de una vida activa contenida por el íntimo fervor del arte o de la fe, predisponen el ánimo a la consideración y el comercio de las cosas superiores. Y muy luego se hace presente el dueño de casa, cuya señoril cortesanía y cuya palabra precisa y sabrosa a la vez cumplen la promesa de ese hermoso marco y son su magnífica tela. Tan es así, que cuando los remolinos de este agitado vivir nuestro de hoy se empeñan en no darnos la oportunidad de encontrar al ilustre escritor, acabamos por sentir nostalgia de su verba y de su ambiente, y buscamos un pretexto para justificarnos ante nosotros mismos esa fuga a la urgencia cotidiana, y también para justificar ante el propio Larreta una repentina aparición tan extraña como la larga ausencia. Quienes disfrutan de la amistad y el trato de este hombre singular, señor en una época en que el señorío ha desaparecido casi, entenderán lo que digo.

Tiempo atrás, en una de esas visitas que hay que hacer a don Enrique Larreta para presentarle un escritor amigo que está de paso en el país y quiere conocerle, o de las otras cuyo motivo procura uno mismo, me había mostrado unas sugestivas fotografías que él mismo tomara de varios lugares de Avila donde acontece la acción de su novela ya inmortal, le había hecho yo prometer que me reservaría su primicia para "Caras y Caretas". Porque, en efecto, cuando una creación literaria nos ha llegado al alma, ¿qué puede haber de más bello que revivirla en el mundo real? Uno de los libros más completos que nos ha dado el talento de Unamuno y uno de los homenajes más altos al genio cervantino es "La ruta de don Quijote", y son ya muchos los españoles y los forasteros que se dan a seguir por las rutas de la Mancha la marcha ideal de aquel "espejo de caballeros" que, adelantándose en siglos a Pirandello, adquirió existencia más consistente y verdadera que la histórica.

¡La tierra de don Ramiro! El solar en que nació y se formó el agitado personaje, reflejo fiel del alma humana toda, que al conjuro del arte de Larreta ha pasado de la fantasía a la inmortalidad sin cruzar por el rudo tamiz del mundo... Los lugares en que amó y en que luchó, sus sitios de meditación y de solaz, las piedras que reflejaron las sombras imaginarias que se mueven con contornos más nítidos que los reales en las páginas de la gran novela... Ver todo eso tal como lo vió el artista... Si precisara estrambote el soneto perfecto que es "La gloria de don Ramiro" — que no lo precisa — podría decirse que esta ilustración gráfica de la escena por el propio autor y la interpretación que del alma de esos parajes hace él, y de la razón porque los eligió para su obra, lo brinda.

¡Pues ahora que se acerca las bodas de plata de ese libro que ha hecho entrar a la Argentina por la puerta de oro de la historia literaria española, he recordado esa promesa y he ido a ver a don Enrique Larreta para pedirle que diera esas fotografías al público y que le explicara al mismo tiempo, por intermedio de CARAS Y CARETAS y mío, el motivo accidental y el profundo de la ubicación de los principales episodios que describe, en la ciudad de Avila de los Caballeros.

Y esto que sigue es lo que dijo Larreta al cronista, con la fidelidad que la memoria de éste y su deslustrado estilo permite.

Me pide usted que le explique cómo y por qué elegí Avila para escenario de mi novela. Responderé pronta y sinceramente a las dos preguntas que entraña la suya, aunque la primera no le haga mucha gracia a mi amor propio artístico.

Pues ha de saber usted que a un puro azar se debe en un principio la elección de la ciudad de Santa Teresa como escenario de don Ramiro, azar que no pudo ser más afortunado para el libro.

Ya he contado a quien me preguntaba sobre la idea inicial de la obra, y a usted mismo otra vez, que mi proyecto fué el de escribir una novela de la época colonial, y entendí que el lugar y momento más característicos sería Lima en tiempos de Santa Rosa. Teniendo que ser el protagonista un español llegado a la Ciudad de los Reyes, debí pensar en qué punto de la Península haría nacer a mi héroe.

No había estado todavía, hay que puntualizarlo, en tierras hispanas, a pesar del gran amor y la honda admiración que ya les tenía, y entonces no se me ocurrió mejor expediente para seguir adelantando mi proyecto, que recorrer los volúmenes de una espléndida colección de fotograbados titulada "España monumental y artística", y ante tanta maravilla como desplegaban sus páginas ante mi vista, me atrajo la atención desde el primer momento una ciudad a la que muchos viajeros y artistas habían concedido hasta entonces secundario valor, y que se me apareció como la más típicamente castellana, y por ende española, de todas. Era Avila, con sus murallas y sus templos, encerrada en el silencioso culto de su tradición. Pues la tenía, y mucha, Avila de los Caballeros, que había sabido luchar heroicamente con sus hombres y hasta con sus mujeres contra el moro invasor.

Si hoy tuviera que volver a escribir "La gloria de don Ramiro" elegiría mil veces sin vacilar a Avila para centro de su acción, tal es el acierto que — el tiempo lo ha demostrado — significó su primitiva elección. Pero como digo, lo debo a la pura casualidad y no hay mérito alguno en ello.

(El cronista piensa que Enrique Larreta llama pudorosamente azar a lo que en verdad es intuición del artista, y que las obras maestras tienen su sino — en el sentido de Spéngler, y

propio Enrique Larreta hizo de los lugares en que se des-
símbolo que encarna, reflejado por el gran escritor en la novela.

EGGERS-LECOUR ▼ ▼

no en el del duque de Rivas, claro está — que las guía desde la subconsciencia misma del autor. Pero no quiere cambiar con una interlínea de corte libresco el tono confidencial en que se desliza el reportaje. Y además, cree que no siempre es digno decir a los grandes lo bueno que se piensa de ellos...)

Tiempo después, ya casado, hice el anhelado viaje a España, y una de las primeras ciudades que quise visitar fué Avila, por dos razones: mi deseo de cotejar el ensueño con la realidad, y el hecho de que mi esposa, que era muy "teresiana", deseara seguir el itinerario de Santa Teresa de Jesús, que naturalmente incluía a Avila, su villa natal.

Fué éste uno de los pocos casos en que la realidad no destruye el ensueño. Antes bien, le dió en mi mente nueva y más ardorosa vida. ¡Avila superaba, aún en este siglo, a lo que mi fantasía podía ambicionar!

Pequeña y reducida como es, no creo que haya ciudad más interesante en España. En mi concepto — y conste que soy vasco — España es Castilla, y nada representa a Castilla mejor que Avila.

Esa doble naturaleza del alma española, activa y contemplativa, la encarna Avila en sus murallas almenadas y en sus callados conventos. Y como para extremar y depurar aún más el símbolo, el ábside de la catedral, el centro y punto más alto de la ciudad, es un torreón que servía y fué utilizado en la defensa contra los invasores. Es la de Avila una verdadera catedral-fortaleza, como creo que no haya otra, y su cimborio una imagen de la España de Felipe II que yo quería reflejar en mi héroe. Ese carácter de la ciudad se refleja en un aspecto de esa visión, en la comparación que hago de las murallas con las almenas como avemarías y las torres como padrenuestros, y en su centro como crucifijo la Catedral.

De ahí la decisión de colocar en Avila el solar de don Ramiro. Y viene al caso recordar una anécdota: el temor que sintió Maurice Barrés, el gran escritor francés, en Toledo, en 1902, cuando le comuniqué mi proyecto de hacer avilés de nacimiento a mi protagonista, hijo de una castellana y un moro. "Ne le faites-vous pas naitre trop?", me preguntó mi ilustre colega, quien no creía que los árabes hubiesen llegado tan arriba en sus conquistas, y temía por la verosimilitud. Ignoraba además la existencia de la antigua morería en el arrabal de Santiago.

Y volvamos al "porqué" de mi elección de Avila. Acabo de esbozárselo en la descripción ideal y sintetizada de la ciudad que le he hecho, pero es preciso decir unas palabras más a fin de que se comprenda cuán íntima es para mí la unión entre la ciudad y el libro.

La idea filosófica de "La gloria de don Ramiro", encarnada en su protagonista, era la de poner en escena ese dramático conflicto entre la contemplación y la acción, o mejor dicho, entre la acción y el renunciamiento, que constituye el fondo del alma española y casi habría que decir del alma humana toda.

Otros novelistas han visto otras dualidades del hombre, y el primero y principal de todos Cervantes, mas, por artificio de escritor y por llegar más al lector, sin duda, desdobla esa personalidad y crea las dos inmortales figuras de don Quijote y Sancho. Eso es más comprensible pero menos real que pintarlo tal cual sucede: en el espíritu de un solo y mismo personaje. Tal fué lo que me propuse hacer.

Y esa idea de la obra, nada podía servirla mejor que Avila, con su doble aspecto, místico y guerrero. Diría más bien a la inversa que la idea del incesante conflicto en que se agita don Ramiro me la dió la ciudad, que está tomada de ella, y que sus mismas piedras me la sugirieron.

El reportaje ha terminado virtualmente. Pero don Enrique Larreta añade por vía anecdótica otro detalle que tiene interés y novedad — espero — para el lector.

—¿Sabe usted — dice — que Avila está muy especialmente vinculada a Buenos Aires? Revisando documentos relativos a las fundaciones de nuestra ciudad, para un trabajo que hube de preparar hace algún tiempo, encontré en la primera, la de don Pedro de Mendoza, muchos nombres de conocidos míos. Eran de avileses, y vea usted si los recuerdo: estaban los Zimbrón, Rodrigo, Cepeda, hermano de Santa Teresa, Verdugo, los Henao, el padre de Osorio, y otros. La ciudad de don Ramiro está, pues, históricamente emparentada con la nuestra...

Me levanto, porque es ya tarde, siendo de advertir que esto que aparece aquí como un largo monólogo no es más que lo principal y público por así decirlo, de un animado diálogo en que la verbosidad del cronista no ha ido muy en zaga (en la cantidad y no en la calidad) a la palabra colorida y oportuna de nuestro gran compatriota. Por eso se ha hecho tarde. Mas al acompañarme Larreta con hidalga gentileza por entre las anchas estancias, ricas en bienes artísticos y en sugestiones estéticas, se detiene junto a un par de tizonas pendientes de un muro y dice:

— Estas dos espadas fueron, con un bargueño, los objetos que sirvieron de base a mi colección actual. Contemplándolas, me di más de una vez a soñar, y las describo en el capítulo VI de la obra. Son las que el escudero muestra y enseña a manejar a Ramiro.

Se detiene. Lo real y lo ideal vuelven a confundirse en su imaginación creadora y por reflejo, en la mente del periodista visitante. Las espadas de Medrano, la escalera en que Ramiro mató a Beatriz, el lugar del duelo con don Gonzalo, la casona de los Aguila... ¿pero es que verdaderamente no habrá existido el atormentado personaje?

PARA LOOR DEL

Por ARTURO

— ¿Adónde estamos, Almirante?
— preguntaba Pinzón,
de carabela a carabela
a Cristóbal Colón.
— ¿Adónde estamos, Almirante?
— Frente a Cipango, buen Pinzón,
si bien leí los manuscritos
de Salomón.
Allá mañana yantaremos,
sea en palacio o en mesón.

La Pinta va con sus tres mástiles
gallardamente al sol.
La Niña al viento su velamen
español.
Y la Santa María, más que todas
envuelta en luz,
la clara enseña en el trinquete:
en fondo blanco, verde cruz.

Y está en el puente el Almirante
inmortal:
almirante, virrey,
capitán general
de toda tierra no sabida,
por mandato real.

Martín Alonso torna a popa
de su bajel.
¡Albricias!, grita a todos.
¡Albricias!, grita a todos él:
que tierra vió desde el castillo
del bajel.
Ríen de gloria los mancebos;
alegre todo pecho está;
y un dulce viento los bajeles
llevando va.
Dice Pinzón:
— Nunca tuvimos
en tanto y tanto navegar
mar tan dichoso como ahora
ni tal bogar.
Y como está la mar tan llana,
quien lo quisiere eche a nadar.

Y los alegres marineros
ya eran delfines en el mar.

Tierra, la tierra prometida,
viéndola están;
montaña azul del horizonte
donde ellos príncipes serán.

Mas cae el sol. Llegó la hora
de alinearse y de rezar.
Tedéum cantan. Y anochece
divinamente sobre el mar.

Ya anocheció.
— Será mañana;
dice Colón,
cuando se cumplan las palabras
de Estrabón.

Y da un suspiro. Sopla un aire
murmurador.
Reza Colón:
— Abril parece . . .
¡verdad, Señor!
Abril de allá de Andalucía,
de Andalucía toda en flor.
Y en la noche tan mansa sólo falta
oír la voz del ruiseñor.

Duerme la noche. Y el recuerdo
forja sueños de abril;
y el Almirante con sus mapas
color marfil,
sueña que sueña maravillas
a triste lumbre de candil.

ALMIRANTE

CAPDEVILA

— ¿Adónde estamos, Almirante?
Nadie pregunte más:
que fué mentira de las olas,
mejor diréis de Satanás . . .
Aquella tierra, aquellos montes,
niebla no más . . .
Van los navíos navegando
y dice el mar: Jamás, jamás.

— ¿Y aquella luz que se mecía
bien como antorcha terrenal?
¿Y aquella brisa que dijimos
viento terral?
¡Por vida vuestra, Señoría,
que fué burla infernal!
Llana mirad la mar inmensa,
sin ninguna señal.
Amaneció para nosotros
como en yermo de sal.
Mejor se meta en agua el tiempo
y llueva lluvia torrencial
que ver así la mar tendida,
tendida, inmensa y siempre igual.

Mas aquí dice el Almirante:
— Creed palabra de Colón.
Anoche tuve de Dios mismo,
revelación.
Jerusalén reedificada;
glorificando el monte Sión . . .,
Entre los cielos y las olas,
ésta era anoche la visión.
¿Y quién lo hará, salvo nosotros?
¡Creed palabra de Colón!

Y ellos:
— Creímos. Mas ahora
cáesenos el corazón.
Nunca seremos remediados.
Mal os mentía la visión.
¿A qué rezábamos anoche
viendo la santa noche entrar?
Soltó su mano de nosotros
Dios, y nos hunde ya en el mar.
¡A qué rezábamos, cuitados! . . .

Y él, como en ansia de llorar:

— Nunca se pierde la plegaria,
sea en la tierra o en el mar.
Sabed aún que amaneciendo
volaron, cierto, aquí
dos pajarillos que cantaban . . .
— ¿Y los oísteis?
— Los oí.
— Mas, ¿dónde son?
— Desparecieron;
pero de cierto yo los vi.

Y ellos con burla muy ladinos
contestábanle así:
— ¡Tierra!, cantaban en su canto.
— ¡Por Dios que sí!



Y al otro día en el divino
azul de la extensión,
mirad la Tierra Prometida . . .
¡la bien cumplida promisión! . . .

Clamó Pinzón:
— Confianza hubimos,
y ya las tierras son.
— ¡Benditas sean de Dios vivo!,
clamó Colón.
¡Y alta la gloria de su Nombre,
y la nuestra, Pinzón,
y alta la enseña de Castilla
y de León!

AMERICO VESPUCCI

el hombre de ciencia cuyo nombre se dió al Nuevo Mundo

Por EDUARDO MARIO

Estudioso, activo, explorador experimentado, tuvo el mérito de ser el primero que escribió sobre las tierras descubiertas por Colón así como trazó las cartas correspondientes a las tierras con que había aumentado sus dominios la monarquía española.

Supuesto retrato de Américo Vespucci, en su juventud, que es un fragmento del famoso fresco de Ognissanti.



Reproducción de una de las xilografías que ilustraron la edición de las cartas de Vespucci, ejecutada en el siglo XV. En ella aparece, en primer término, el rey de Portugal; el navegante a bordo de uno de sus barcos; y, en el fondo, un grupo de indígenas, en la que se supone costa americana.

AMÉRICO Vespucci, descendiente de una de las más antiguas y nobles familias florentinas, nació aproximadamente en el año 1451, recibiendo el bautismo en la iglesia de Santa María del Fiore el 18 de marzo del mismo año. Su padre, Anastasio; su madre, Isabel Mini. Su educación fué esmerada, como correspondía a los jóvenes de su posición, comprendiendo la gramática, el latín, la lógica y algunas nociones de cosmogonía, todo, desde luego, fundado esencialmente en textos aristotélicos.

Poco sabemos de sus actividades en Firenze hasta el año 1492, en que partió para España. Parece que estuvo como agregado a la embajada enviada a Francia, en 1480, acompañando a su pariente Guido Antonio Vespucci, quien buscaba para la república el apoyo de Luis XI contra el papa Sixto IX.

Como está dicho, en 1492, enterado de los descubrimientos realizados por Colón y aprovechándose de la inclinación que a favorecer a los navegantes demostraba el rey Fernando, pasó a Sevilla, donde se vinculó a Giovanozzo Berardi, proveedor de la armada española y, como tal, armador de la primera expedición de Colón, la del 1492-1493, y de la segunda en 1494-1495. El rey, enterado de los conocimientos del florentino, le entregó una pequeña flota, la que, comandada por Alfonso de Ojeda, zarpó en mayo de 1497.

A los diez grados de latitud norte, después de larga navegación, descubrió una gran extensión de tierra, la que posteriormente recibió el nombre de Nueva Andalucía. Regresó a España, donde estuvo para finales de noviembre de 1498. Al año siguiente, en 1499, Fernando le entregó una nueva flota con la cual reconoció las costas de la Guayana, aunque sin pasar la línea. Y para el mes de noviembre, con gran acopio de notas y croquis cartográficos, estuvo de regreso en Cádiz.

Designado piloto mayor del reino en 1508, trazó los primeros mapas del Nuevo Mundo y escribió una serie de relaciones de sus viajes y descubrimientos, las que dió la gente en llamar *Cartas Américas* y con las que adquirió inusitada fama en toda Europa.

Indudablemente, Américo Vespucci fué de los hombres más expertos que en la época existían. Lo atestigua el que para él se creara el puesto de piloto mayor, en el que, a su muerte, le sucedería Juan Díaz de Solís. En su historia del descubridor del río de la Plata, dice Clemente Fregeiro: "En aquella época, la ignorancia de los pilotos era por lo común supina, a tal punto que más de una vez ocurrieron lamentables desgracias que se hubieran evitado fácilmente con un mediano conocimiento de la astronomía náutica. La creación de este cargo tuvo por objeto destruir precisamente ese mal de raíz. El sujeto designado para desempeñarlo debía ser muy instruído en cosmografía, al mismo tiempo que versado en la práctica del navegante; y sus funciones se extendían a dar la enseñanza de las materias correspondientes al aprendizaje del arte de pilotear las naves a todos aquellos que lo necesitaran, recibirles sus respectivos exámenes y expedirles certificados de competencia. Además de estas funciones docentes el piloto mayor debía llevar un registro de cartas, el que se denominó *Padrón Real*, para el conocimiento exacto de las tierras recién descubiertas". Estas actividades de Vespucci, las mencionadas cartas y sus relatos fueron, sin duda alguna, las que insensiblemente llevaron a las gentes a dar el nombre de América al continente descubierto por Colón, denominación que, por vez primera aparece en 1509, en un globo terráqueo hecho en Estrasburgo.

La asignación por el cargo de piloto mayor era de 75.000 maravedís; en aquella época Vespucci ya estaba casado con María Cerezo, cuyo nombre igualmente aparece mencionado en algunos documentos referentes a América. Falleció en Sevilla el 22 de marzo de 1512, recibiendo sepultura en la catedral de dicha ciudad.

Eduardo Mario



PORTADORES DE GÉRMENES

La ciencia llama así a las personas que siembran inconscientemente, a su alrededor, microbios de enfermedades contagiosas, sin ser molestados para nada.

En las fábricas

hay muchos portadores de gérmenes que siembran resfríos, tos y bronquitis.

Como no hay remedios para prevenir estas dolencias, es necesario curarlas enseguida, para evitar miles de contagios. Para ello le recomendamos las

Pastillas Iodeina

(MONTAGU)

La Iodeina (Bi-ioduro de codeina) es el remedio específico para las vías respiratorias, descongestiona los bronquios, sanea las mucosas, limpia la tubería pulmonar, agota las secreciones y calma la tos. La Iodeina hace abortar los resfríos y nunca daña el estómago.

En su casa tome Jarabe Iodeina.

En todas las farmacias y en la

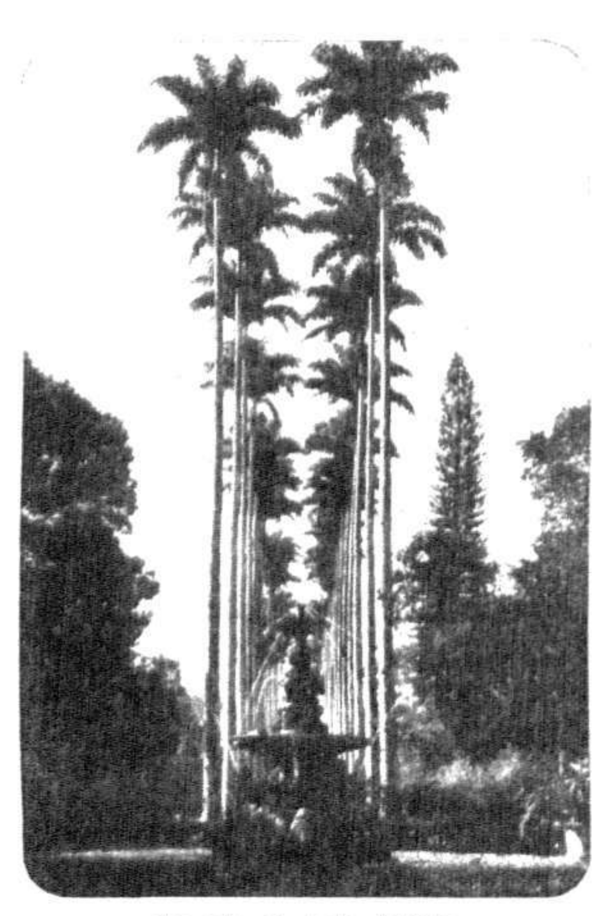
Farmacia Franco-Inglesa

Sarmiento y Florida — LA MAYOR DEL MUNDO — Buenos Aires



Vista parcial de Río de Janeiro.

BRASIL
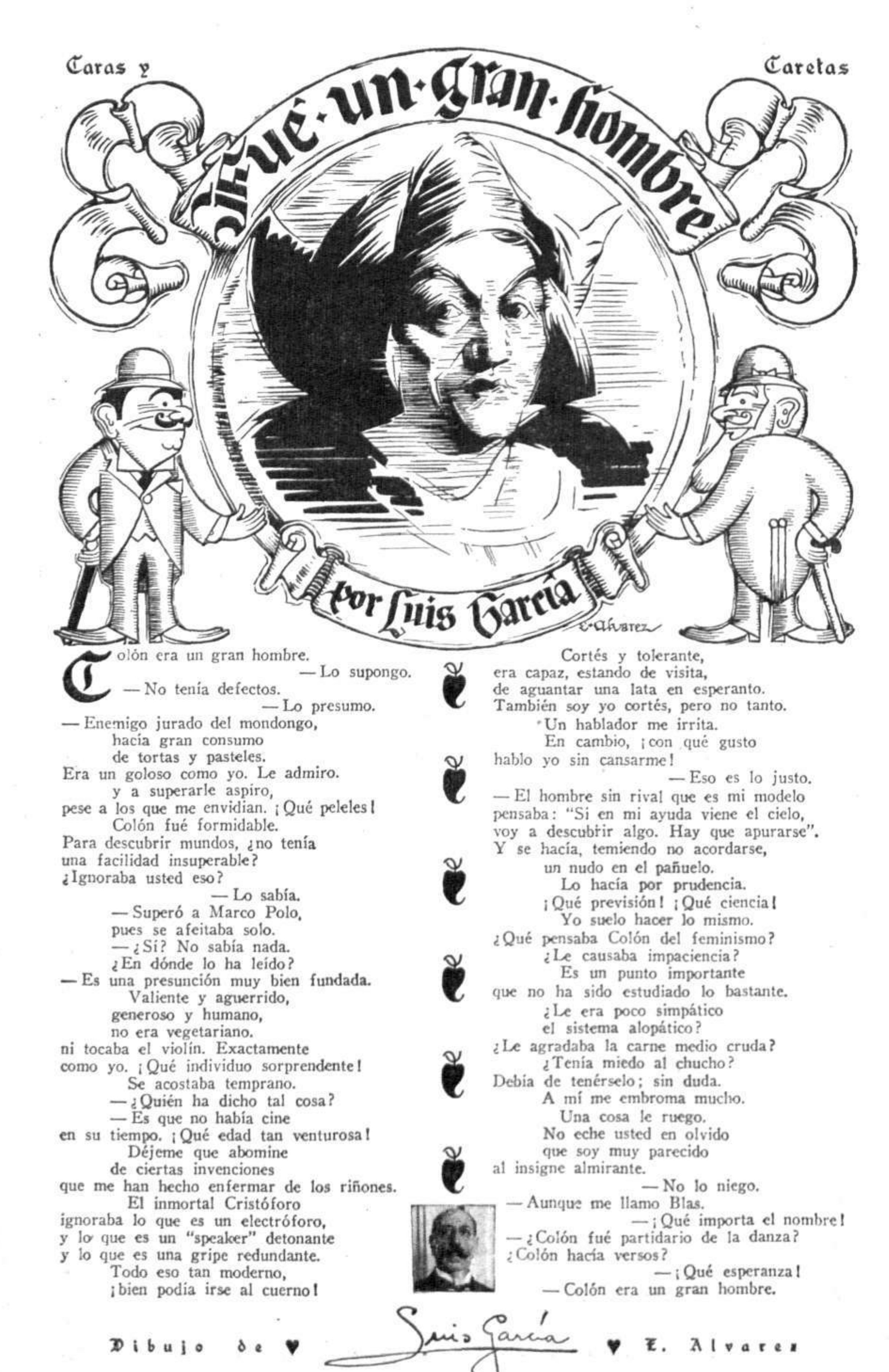


Una calle del Jardín Botánico.

La feracidad y la riqueza del suelo brasileño escapan a toda descripción. El Brasil es asombroso en ese sentido y en el de su cultura. La gigantesca vía fluvial amazónica resulta uno de los focos del comercio y de la industria mundiales, así como sus afluentes. Una flora y una fauna admirables ofrecen sus productos, pródigos y nobles. Río de Janeiro, Sao Paulo, Santos, Pernambuco y cien puertos más, hállanse plenos de vida industriosa. Clima tropical y ecuatorial, apto para todos los cultivos, el Brasil aprovecha plenamente esos tesoros. Sus cuarenta millones de habitantes trabajan de común en el progreso de ese país tan rinco y prometedor. Emporio del café, del algodón, del cacao, del caucho y otras materias, el país sabe aprovechar tanta fuente de utilidades. Una de las ramas de la industria forestal es el caucho, tan necesario en las fábricas norteamericanas y europeas, que alcanza una exportación superior a los 2.000.000 de toneladas. El algodón y otros textiles también dan vida a importantísimas fábricas. La minería supone un renglón de suma importancia en el comercio. Son célebres los diamantes y otras piedras preciosas extraídas de los yacimientos brasileños. La industria ha construido en Santos, Minas Geraes, Bahía, Espíritu Santo y otros sitios, estaciones de energía hidráulica, aprovechando los magníficos saltos de agua allí existentes. La potencia de esas mismas usinas es de 400.000 kilovatios, hallándose en estudio la construcción de otros aprovechamientos de la hulla blanca. El Brasil se industrializa de modo portentoso, convirtiéndose en una fuente de riqueza incalculable.

Triunfa en la vida

En la vida difícil de estos tiempos sólo triunfa quien para alcanzar un fin determinado elige a conciencia los medios más apropiados. — Quien duda de que esta elección de los medios más adecuados es de máxima importancia cuando se trata de la salud. ¡Cuántos males crónicos no habrían sido evitados si se hubiera elegido en seguida el remedio adecuado!. — Cada enfermedad tiene su medicamento único y especial. Para el reumatismo y la gota es este remedio el Atophan, el antirreumático por excelencia, que ataca y suprime el mal de raíz. No pierda el tiempo en ensayos: triunfe sobre el mal tomando





Colón era un gran hombre.
— Lo supongo.
— No tenía defectos.
— Lo presumo.
— Enemigo jurado del mondongo,
hacía gran consumo
de tortas y pasteles.
Era un goloso como yo. Le admiro.
y a superarle aspiro,
pese a los que me envidian. ¡Qué peleles!
Colón fué formidable.
Para descubrir mundos, ¿no tenía
una facilidad insuperable?
¿Ignoraba usted eso?
— Lo sabía.
— Superó a Marco Polo,
pues se afeitaba solo.
— ¿Sí? No sabía nada.
¿En dónde lo ha leído?
— Es una presunción muy bien fundada.
Valiente y aguerrido,
generoso y humano,
no era vegetariano,
ni tocaba el violín. Exactamente
como yo. ¡Qué individuo sorprendente!
Se acostaba temprano.
— ¿Quién ha dicho tal cosa?
— Es que no había cine
en su tiempo. ¡Qué edad tan venturosa!
Déjeme que abomine
de ciertas invenciones
que me han hecho enfermar de los riñones.
El inmortal Cristóforo
ignoraba lo que es un electróforo,
y lo que es un "speaker" detonante
y lo que es una gripe redundante.
Todo eso tan moderno,
¡bien podía irse al cuerno!
Cortés y tolerante,
era capaz, estando de visita,
de aguantar una lata en esperanto.
También soy yo cortés, pero no tanto.
Un hablador me irrita.
En cambio, ¡con qué gusto
hablo yo sin cansarme!
— Eso es lo justo.
— El hombre sin rival que es mi modelo
pensaba: "Si en mi ayuda viene el cielo,
voy a descubrir algo. Hay que apurarse".
Y se hacía, temiendo no acordarse,
un nudo en el pañuelo.
Lo hacía por prudencia.
¡Qué previsión! ¡Qué ciencia!
Yo suelo hacer lo mismo.
¿Qué pensaba Colón del feminismo?
¿Le causaba impaciencia?
Es un punto importante
que no ha sido estudiado lo bastante.
¿Le era poco simpático
el sistema alopático?
¿Le agradaba la carne medio cruda?
¿Tenía miedo al chucho?
Debía de tenérselo; sin duda.
A mí me embroma mucho.
Una cosa le ruego.
No eche usted en olvido
que soy muy parecido
al insigne almirante.
— No lo niego.
— Aunque me llamo Blas.
— ¡Qué importa el nombre!
— ¿Colón fué partidario de la danza?
¿Colón hacía versos?
— ¡Qué esperanza!
— Colón era un gran hombre.

Luis García

Dibujo de E. Alvarez

Mariano Moreno

Hacia 1765, las tempestades del Cabo de Hornos impedían doblarlo a la tripulación de un navío. Mal afortunada también, en el estrecho de Magallanes, que escogió para pasar, naufragó en él, siendo arrojados sobre la Tierra del Fuego un centenar de viajeros, destituídos de todo recurso que no fueran la plegaria y su energía. — Hambrientos y helados, emplearon, a pesar de tan crudas fatigas, meses en construir un nuevo buque, en el cual, desistiendo de su viaje al Perú, dieron rumbo hacia el Río de la Plata. — Uno de los náufragos de la "Concepción" se estableció en Buenos Aires. Su primer hijo se llamó Mariano. A la sombra del techo paterno, embellecido por la presencia radiosa de una madre santa, aquel espíritu, fiero desde la infancia y susceptible de toda pasión grandiosa, se desenvolvía con extraordinaria rapidez, robustecido por un sentimiento religioso eficaz y vívido, y diariamente adquiría mayor elasticidad y vigor para recorrer las regiones de la ciencia que sus maestros le abrían. — Su discreción prematura era el encanto y el asombro de la íntimas y modestas veladas de su familia, y el "capista" de San Carlos, no tardó en ser el orgullo de las aulas y el terror de las "conclusiones". — Un fraile franciscano, de corazón de ángel y alma de revolucionario, Cayetano Rodríguez, descubrió en el espíritu de aquel adolescente fuerzas superiores al radio escolástico, de cuyos límites desbordaban, y cuya dialéctica era para él un instrumento dócil y familiar; y ponía en sus manos libros que le iniciaban en rumbos más abiertos, y le ofrecían espectáculos en que pudiera buscar contemplaciones dignas de su espíritu. Mientras fué niño, presidió siempre los pasatiempos de sus compañeros, arrastrado por un instinto misterioso de superioridad. — Cuando llegó a la juventud, discurría con impetuosidad genial, y su palabra era dominante y atractiva. Poseía una voluntad de hierro, resistente a todo combate, y tenaz en medio de las agresiones de la suerte. — Viajando hacia el Perú, un día fué abandonado enfermo y casi agonizante, sin lecho ni abrigo; pero, ni las torturas ni los deslumbramientos del delirio febril enervaron su fibra, ni arrebataron a su razón el dominio de su vida.



José Manuel Estrada. Argentino (1842-1894) Escritor y catedrático.

JOSE MANUEL ESTRADA

Las lloronas



Ricardo Palma. Peruano. (1833-1926). Literato e historiador.

Existió en Lima, hasta hace unos cincuenta años, una asociación de mujeres cuyo oficio era gimotear y echar lagrimones como garbanzos. ¡Vaya una profesión perra y barrabasada! Lo particular es que toda socia era vieja como el pecado, fea como un chisme y con pespuntes de bruja y rufiana. En España, dábanlas el nombre de *plañidoras;* pero en estos reinos del Perú se las bautizó con el de *doloridas* o *lloronas.*

No bien moría un prójimo que dejase hacienda con qué pagar un decente funeral, cuando el albacea y deudos se echaban por esas calles en busca de la llorona de más fama, la cual se encargaba de contratar a las comadres que la habían de acompañar. El estipendio, según reza un añejo centon que he consultado, era de cuatro pesos para la plañidera en jefe y dos para cada subalterna. Y cuando los dolientes, echándola de rumbosos, añadían algunos realejos sobre el precio de tarifa, entonces las doloridas estaban también obligadas a hacer algo de extraordinario, y este algo era acompañar el llanto con patatuses, convulsiones epilépticas y repelones. Ellas esperaban, a la puerta del templo, la entrada y salida del cadáver, para dar rienda suelta a su aflicción de contrabando.

Dígase lo que se quiera en contra de ellas; pero lo que yo sostengo es que ganaban la plata en conciencia. Habíalas tan adiestradas, que no parece sino que llevaban dentro del cuerpo un almacén de lágrimas, tanto eran éstan bien fingidas, merced al expediente de pasarse por los ojos los dedos untados en zumo de ajos y cebollas. Con frecuencia, así habían conocido ellas al difunto como al moro Muza y mentían que era un contento, exaltando, entre ayes y congojas, las cualidades del muerto.

—¡Ay! ¡ay! ¡tan generoso y caritativo! — y el que iba en el cajón había sido usurero, nada menos.

—¡Ay! ¡ay! ¡tan valiente y animoso! — y el infeliz había liado los bártulos, por consecuencia del mal de espanto que le ocasionaron los duendes y las *penas.*

—¡Ay! ¡ay! ¡tan honrado y tan buen cristiano! — y el difunto había sido, por sus picardías y por lo encallecida que traía la conciencia, digno de morir en alto puesto, es decir, en la horca.

Y por este tono eran las jeremiadas.

No concluía aquí la misión de las lloronas. Quedaba aún el rabo por desollar; esto es, la ceremonia de *recibir el duelo* en casa del difunto, durante treinta noches. Enlutábanse con cortinajes negros la sala y cuadra, alumbrándolas con un fanal o guardabrisa cubierto por un tul que escasamente dejaba adivinar la luz; o bien encendían una palomilla de aceite, que despedía algo como amago de claridad; pero que realmente no servía sino para hacer más terrífica la lobreguez. Desde las siete de la noche, los amigos del finado entraban silenciosos en la sala y tomaban asiento sin proferir palabra. Un duelo era, en buen romance, una congregación de mudos.

La cuadra era el cuartel general de las faldas y de las pulgas. Las amigas imitaban a los varones en no mover los labios; lo cual, bien mirado, debía ser ruda penitencia para las hijas de Eva. Sólo a las lloronas les era lícito sonarse con estrépito y lanzar, de rato en rato, un *¡ay Jesús!* o un suspiro cavernoso que parecía queja del otro mundo.

Escenas ridiculísimas acontecían en dos duelos. Un travieso largaba media docena de ratoncillos en la cuadra y entonces se armaba una de gritos, carreras, chillidos y pataletas.

Por fortuna, con las campanas de las ocho terminaba la recepción y aquí eran los apuros entre las mujeres. Ninguna quería ser la primera en levantarse. Llamábase a ese acto *romper el chivato.*

A la postre se decidía alguna a dar esta muestra de coraje y acercándose a la no siempre inconsolable viuda, le decía:

—¡Cómo ha de ser! Hágase la voluntad de Dios. Confórmate, hijita, que él está entre santos y descansando de este mundo ingrato. No te des a la pena, que eso es ofender a quien todo lo puede.

Y todas iban despidiéndose con idéntica retahila.

Cuando una familia regresaba de *dar el pésame,* por supuesto que ponían sobre el tapete a la viuda y a la concurrencia y cortaban las muchachas, con la tijerita que Dios les dió, unos sayos primorosos. Lo que es la abuela o alguna tía, a quien el romadizo había impedido *ir a cumplir* con la viuda, preguntaba:

—¿Y quién rompió el chivato?

—La mujer del escribano.

—Ella había de ser ¡la muy sin vergüenza!

RICARDO PALMA

Elija su tono

Aquí, en el lado externo del fondo de la caja se indica el tono que contiene.

En la diferenciación exacta de los matices está la habilidad del colorista y en la perfecta elección de los polvos de tocador, y del tono de los mismos, la de la mujer cuidadosa de la presentación de su persona.

Elija en el

Polvo Le Sancy

el tono más adecuado para su cutis:

Pie Natural — Rachel — Ocre—Morocho



Además tiene usted en el Polvo Le Sancy el tono *Chair* — el color de salud — que sienta tan bien a las rubias como a las morochas y también debe tener en cuenta, el Le Sancy, *Rosado*, que realza las notas rosas del cutis. Si un tono no alcanza a satisfacer sus deseos, mezcle dos o tres de ellos; o extiéndalos con el cisne, uno sobre otro en el mismo cutis.

Cajas de 0.50, 0.70 y $ 1.90.





La entrada a las grutas.

Las mejica Juxtla

MARAVILLOSAS, sorprendentes grutas que rivalizan en majestuosidad y en belleza con las más celebres conocidas hasta hoy, son las de Juxtlahuaca, en el estado de Guerrero.

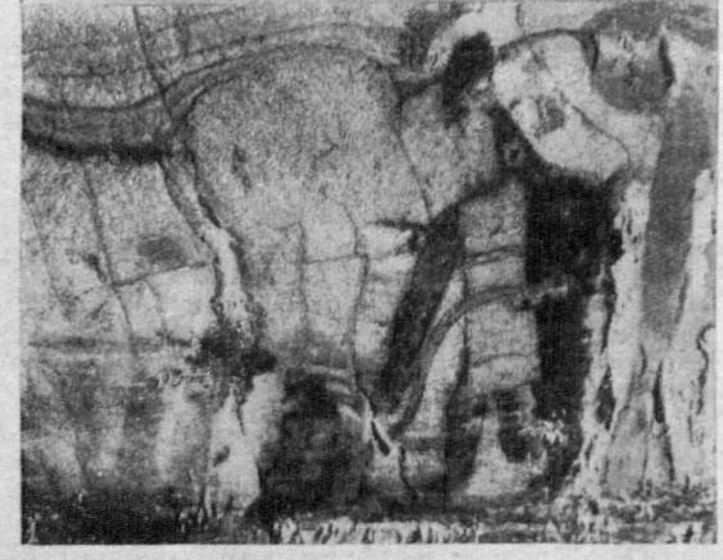
Méjico tiene muchos lugares pintorescos, curiosos y desconocidos, que sólo son admirados por contados viajeros que se internan en serranías y villorrios lejos de las amplias carreteras.

Las grutas están formadas por una sucesión interminada de salones, algunos inexplorados hasta la fecha, por amplios portales y ocultas cavidades en que es preciso hacer actos de verdadero alpinismo para poder seguir adelante y admirar las bellezas que encierran. Las estalactitas y estalagmitas, algunas unidas entre sí, forman maravillosos arcos que dan al conjunto un aspecto imponente e inolvidable; hay figuras de todas clases, predominando las que semejan cortinajes, lo cual se debe, según parece, a las corrientes de aire subterráneas.

Pasando del tercer salón — entre la nube de murciélagos que saludan extrañamente al viajero — comienza a encontrarse una teoría de esqueletos humanos que casi se deshacen pulverizados entre los dedos, o bien cubiertos por las estalactitas lo que les da una sigular y fantástica apariencia de mármol. Llama sobremanera la atención del explorador la forma como están colocados, aprovechando los huecos de la roca como nichos, constituyendo un osario que indudablemente sería de mucho interés para los hombres de ciencia; cerca de cada es-

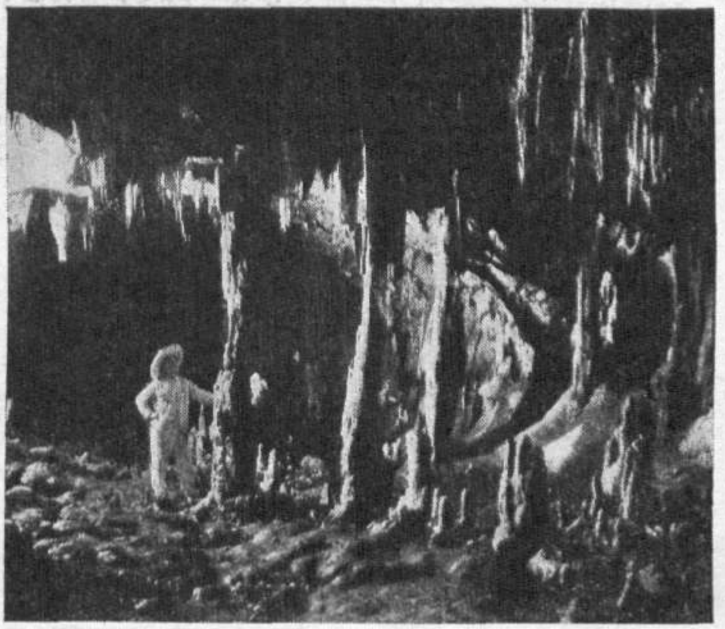


Un salón de difícil acceso.



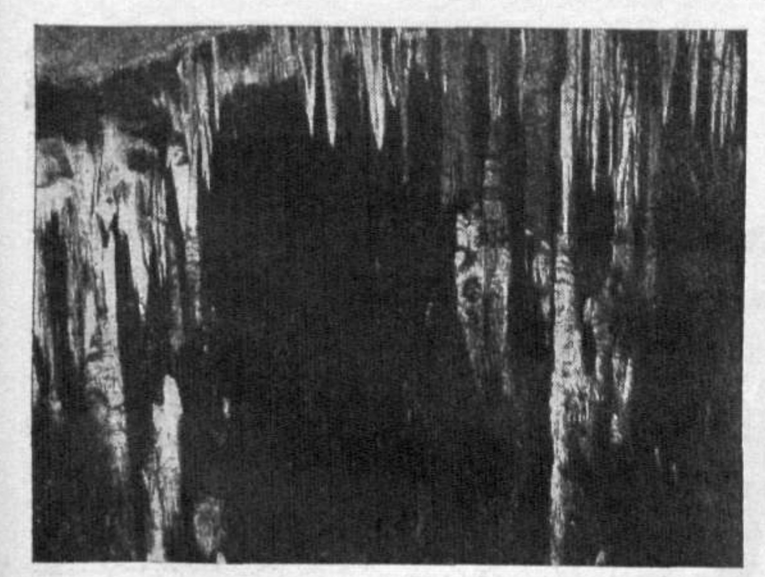
El Salón de los apaches, en Juxtlahuaca.





grutas nas de huaca

Otro de los hermosos salones en las grutas.



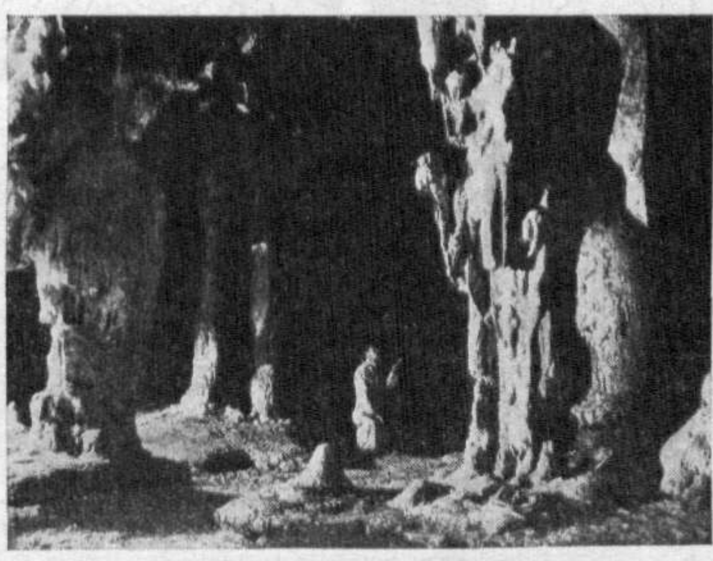
Maravillosas pinturas antiguas en el Salón de los Apaches de las grutas de Juxtlahuaca.

sable gas. Las velas, que en los salones anteriores dan una flama como de pulgada y media, sólo tienen en esta galería un pequeñísimo punto de luz, prendido en la punta de los pabilos, y finalmente acaba por desaparecer. Una vez atravesada esta inmensa y curiosa galería, se llega al Salón de los Apaches, llamado así porque tiene pintadas en las paredes varias figuras, entre las cuales se destacan la de un Caballero Tigre, un esclavo o niño, una serpiente emplumada y un tigre.

queleto se hallan restos más o menos bien conservados de vasijas de barro, ollas, cazuelas, jarros y molcajetes.

Luego hay una galería como de 200 metros de largo, en la cual difícilmente se puede respirar; parece como que en su interior no hay la suficiente cantidad de oxígeno que necesitan los pulmones, los que se ven obligados a trabajar intensamente para repartir en la sangre el indispen-





Un salón con dos ramales.

Anécdota gastronómica

ESTA substancia que nosotros los profanos llamamos jugo exquisito, sabor delicado, es la misma que con delicia paladeamos cuando cae por fortuna en nuestros dientes un pedazo de tierno y gordiflaco matambre: digo gordiflaco porque considero esencial este requisito para que sea más apetitoso; y no estará demás referir una anecdotilla, cuyo recuerdo saboreo yo con tanto gusto como una tajada de matambre que chorree.

Era yo niño mimado, y una hermosa mañana de primavera llevóme mi madre, acompañada de varias amigas suyas, a un paseo de campo. Hízose el tránsito a pie, porque entonces eran tan raros los coches como hoy el metálico; y yo, como era natural, corrí, salté, brinqué con otros que iban de mi edad, hasta más no poder. Llegamos a la quinta: la mesa tendida para almorzar nos esperaba. A poco rato cubriéronla de manjares y en medio de todos ellos descollaba un hermosísimo matambre. Repuntaron los muchachos que andaban desbandados y despacháronlos a almorzar a la pieza



Esteban Echeverría. Argentino. (1805-1851). Poeta y publicista.

inmediata, mientras yo, en un rincón del comedor, haciéndome el zorrocloco, devoraba con los ojos aquel prodigioso parto vacuno. "Vete, niño, con los otros", me dijo mi madre, y yo, agachando la cabeza, sonreía y me acercaba: "Vete, te digo", repitió, y una hermosa mujer, un ángel, contestó: "No, no, déjelo usted a almorzar aquí", y al lado suyo me plantó de pie en una silla. Allí estaba yo en mis glorias. El primero que destrizaron fué el matambre; dieron a cada cual su parte, y mi linda protectora, con hechicera amabilidad, me preguntó: "¿Quieres, Pepito, gordo o flaco?" "Yo quiero", contesté en voz alta, "gordo, flaco y pegado", y gordo, flaco y pegado repitió con gran ruido y risotadas toda la femenina concurrencia, y dióme un beso tan fuerte y cariñoso aquella preciosa criatura, que sus labios me hicieron un moretón en la mejilla y dejaron rastros indelebles en mi memoria.

Ahora bien, considerando que este discurso es ya demasiado largo y pudiera dar hartazgo de matambre a los estómagos delicados, considerando también que como tal debe acabar con su correspondiente peroración o golpe maestro oratorio, para que con razón palmeen los indigestos lectores, ingenuamente confieso que no es poco el aprieto en que me ha puesto la maldita humorada de hacer apologías de gente que no puede favorecerme con su patrocinio.

ESTEBAN ECHEVERRIA



El IV Centenario del nacimiento de Ercilla

RESUMEN DE LA ARAUCANA

El poema heroico "La Araucana", se publicó en tres partes, en los años 1569, 1578 y 1589. Comienza con la descripción de las tierras de Arauco, las costumbres indígenas y la rebelión al frente de la cual aparece Caupolicán. El gobernador español Pedro de Valdivia acude a sofocarla con reducida tropa, pero, en Tucapel, gracias a la astucia de Lautaro, son todos derrotados y muertos. Lautaro, poco después, se enfrenta con un grupo de catorce compañeros de Valdivia que acudían para salvar al jefe. Se produce una denodada lucha y, aunque los españoles perecen, por su valor quedan consagrados como los "Catorce de la Fama". Las victorias del joven Lautaro se suceden hasta que una noche, sorprendido por los enemigos, cae con el corazón atravesado por una flecha.

García Hurtado de Mendoza, con un lucido ejército, después de la muerte de Lautaro, se establece en las proximidades de Concepción, rechazando los constantes ataques de los araucanos. Una noche, mientras está de guardia, el poeta encuentra a Tegualda, una joven india, que busca el cadáver de su esposo. Ercilla la obliga a contar su historia y, condolido, ayúdala en la dramática búsqueda y hasta escolta los restos del guerrero enemigo cuando estos son hallados. Sucédense las luchas. Triunfan, poco a poco. Cae Caupolicán y se produce el dramático encuentro con su esposa, Fresia, que le increpa arrojándole a los pies al propio hijo "porque no quiere un hijo infame de un padre infame".

Y prosigue el poeta cantando las glorias de la conquista hasta el regreso a la patria y, entonces, trocar el tono épico por el lastimero, llorándose de su triste situación y del olvido con que los príncipes y pueblos pagan a los guerreros la gloria que con su sangre les han dado.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga nació de padres nobles y no careció en su juventud de los halagos y recursos necesarios para cultivar su espíritu y nutrir su inteligencia. Viajó por Europa y así tuvo oportunidad de conocer las más famosas ciudades de Italia y de Alemania. Joven y entusiasta, con alma de poeta, ya es de imaginar lo que aquellos viajes habrán significado para él. Se saturó de belleza, de luz y de color. Vió y aprendió. Pero, no se dejó llevar por el fácil entusiasmo: antes que dar formas a todas aquellas impresiones, prefirió atesorarlas, guardarlas celosamente en su espíritu y en su memoria. Con su madre estuvo en Bohemia. A. Felipe, entonces rey de Nápoles, lo acompañó a Inglaterra. Mas, aquello no bastó.

Era joven y era hijo de un pueblo de guerreros y conquistadores. Anhelaba y había logrado recorrer el mundo. Su espíritu, empero, llevábale a desear algo más. Quería ser soldado, quería correr la gran aventura, soñaba con llegar a tierras de América. Y el destino le ayudó. Estaba aún en Inglaterra cuando llegó la noticia de que los indómitos hijos de las tierras de Arauco, en el lejano y casi desconocido Chile, tenían en jaque a las tropas españolas. Pidió y obtuvo el consentimiento para ser uno más entre los que se aventurarían a pelear con los indígenas americanos. Así, el 15 de octubre de 1555, embarcóse en uno de los navíos que formaban parte de la escuadra española.

Había que pacificar a las tierras de Arauco. Eran demasiado ricas y fructíferas para que los colonos las dejaran en poder de los naturales. Guardaban riquezas fabulosas. La leyenda iba agregada a la mención del denodado esfuerzo que realizaban los naturales para conservarlos vírgenes de toda extraña dominación. Ya había llegado la expedición a las costas chilenas cuando García Hurtado de Mendoza destacó un grupo de 130 de sus soldados más jóvenes y arriesgados para que levantara un fuerte. Los españoles bajaron a tierra entusiasmados; pero, no transcurrió mucho tiempo sin que los aguerridos araucanos les pusieran cerco y entablaran una lucha sin cuartel, en la que Ercilla se desenvolvió con tanto heroísmo como eficacia. Fueron horas de gloria y de sangre y sólo la oportuna llegada de unos refuerzos evitó una catástrofe definitiva.

Fué el bautismo guerrero. Después de aquella acción sucediéronse los combates y las marchas penosas, a través de la región inexplorada, atravesando montes y valles desconocidos, luchando contra la naturaleza y la audacia de los naturales, que les acechaban y atacaban como si fueran sombras. Al frente de los araucanos estaba Caupolicán, el jefe valiente cuya muerte más tarde arrancó a Ercilla los más nobles y bellos versos.

Porque Ercilla, de regreso a España, compuso una de las más hermosas obras épicas que figuran en las letras universales: su *Araucana*, la epopeya que, siendo un canto a la valentía de los conquistadores, lo es también al patriotismo de los hijos de América.

Todavía Ercilla debió correr nuevas aventuras. Una disputa con Juan de Pineda por poco no le arrastra hasta el patíbulo. Aun desempeñó algunos delicados cargos; pero, las crónicas nos dicen que falleció triste y abandonado, en Madrid, el 29 de noviembre de 1594.

El 7 de agosto último cumplió el cuarto centenario de su nacimiento este poeta cuya obra mereció elogios de Cervantes y al que se ha llamado alguna vez el Homero español.



Dientes limpios, boca desinfectada y aliento perfumado: Pasta Dens (tubo, $ 1,35). Bienestar y exquisito perfume: fricciones con Agua de Colonia Flores del Campo (Floralia).

El paso de los Andes

En este orden comenzaron a internarse en las cordilleras las tropas de San Martín. El ejército marchaba sin formación alguna y del mejor modo que se lo permitía el camino. Era este una estrecha ladera cortada a escarpe entre dos inmensas masas de piedras, por donde no podían caminar dos hombres de frente. En otras partes esta angosta ladera está limitada por un profundo barranco por donde corren rápidos torrentes arrastrando consigo gruesos peñascos, que hacen aun mayores los peligros del tránsito.

Ese sendero no tiene más perspectiva que las albas y estériles montañas de nieve que parecen elevarse más y más al internarse en la Cordillera, y cuyo fin no divisa el viajero sino después de algunos días de marcha. La naturaleza ha reconcentrado su fuerza y su vigor en aquellas grandiosas montañas, y ha retirado su mano de los árboles y las plantas. Allí no crecen más que algunos arbustos y una débil yerba que apenas basta para la manutención de los animales que habitan aquellas estériles rocas. En aquellas asperezas sólo se puede caminar al paso de la mula; y aun así se fatigan y sufren tanto estos animales que no es posible hacer el viaje en una sola.

En el camino de los Patos había otro peligro de diversa especie. Si bien este tiene menos precipicios que el de Uspallata, por dónde seguía Las Heras, es sólo transitable en los meses de riguroso verano por las nieves casi perpetuas que lo cubren. Sus laderas son mucho más elevadas que las del paso de Uspallata: el frío de la noche y la dificultad de respirar por el enrarecimiento del aire en aquellas alturas, ocasiona una enfermedad conocida con los nombres de puna o sorocho, que causó algunos estragos en las filas de los insurgentes. Previendo esto mismo, San Martín había dispuesto que la marcha se hiciese lentamente, y que se diesen cortos descansos a las tropas para evitar males.

Siguiendo las instrucciones del general en jefe, las divisiones insurgentes se fueron internando en la cordillera con



Diego Barros Arana. Chileno. Historiador y periodista.

buen orden. Las milicias provincianas, encargadas del cuidado de los bagajes y víveres, dejaban en muchos puntos del camino provisiones de repuesto para que en caso de una derrota se encontrasen allí en la retirada.

El coronel Las Heras, por su parte, marchaba más lentamente que Soler para no adelantarse a las otras divisiones, siendo tanto más accesible el camino que él seguía. El 24 de enero estaba todavía acampado en Uspallata, cuando recibió parte de que el enemigo, en número de 60 hombres, había sorprendido antes de venir el día a una avanzada de trece soldados que tenía colocados en Picheuta. Siete de estos lograron ponerse en salvo, quedando los restantes prisioneros en poder del enemigo. Inmediatamente hizo salir la compañía de granaderos del número 11 y los 30 hombres de caballería, al mando del mayor don Enrique Martínez, con orden de perseguir al enemigo hasta dentro de la Cordillera.

Como estaba convenido, Las Heras anunció inmediatamente esta ocurrencia a San Martín. Se hallaba éste en Los Manantiales, a entradas de la Cordillera, cuando recibió la nota; y, sin manifestar el menor temor por aquella desgracia con que comenzaba la campaña, siguió dando sus órdenes para continuar la marcha. El mismo se disponía a entrar en los senderos de la montaña cuando se le juntó el coronel don Hilarión de la Quintana, trayéndole pliegos del gobierno de Buenos Aires.

DIEGO BARROS ARANA

La luna córnea



Monteiro Lobato. Brasileño. (1890). Cuentista.

Al medio siglo del descubrimiento del Brasil un sabio holandés, Fabricius, notó la acción negreante de la luz sobre una sal de plata. Las invenciones, en aquella época, eran en extremo lentas para evolucionar, gateaban, iban con muletas, haciendo altos de desesperantes siestas por el camino. El hecho observado por Fabricius era el primer paso de la fotografía; para llegar al segundo, todavía, al paso industrial dado por Niepce y Daguerre, fueron necesarios casi tres siglos de incubación en numerosos cerebros, algunos superiormente dotados de protuberancia inventiva, como en el caso de Humphrey Davy y Wolleston. Si resucitasen hoy esos precursores, ¡qué asombro sería el suyo delante de las consecuencias maravillosas en que se desarrolló la simple reacción solar sobre el cloruro de plata, o *luna córnea*, como le llamaban entonces! La fotografía volvióse uno de los elementos fundamentales del mundo moderno. No hay ciencia ni industria que no deba a ese instrumento insubstituíble lo mejor de sus actuales progresos. Está fuera de cuenta todo lo que hizo posible, lo mismo que es se halla lejos de toda previsión lo mucho en el fondo. Cuando parecía estacionada, habiendo dado todo de sí, germina en el gran árbol un gajo nuevo, imprevisto, abierto en una florescencia de posibilidades que marca la imaginación: el cinematógrafo. Recientísima, cosa de hoy, ya conquistó el mundo, e imprimió a la marcha del progreso un ritmo nuevo. Su influencia será tan grande mañana como lo es hoy la imprenta. Y es posible aún, que su destino puede sobreponerse a la imprenta, subalternizándola como instrumento de propagación de ideas; a la imprenta y al libro. Tanto el diario como el libro funcionan como vehículos de imágenes cerebrales, — pero vehículos tardos que exigen del lector un elevado índice de cultura; que exigen tiempo, elemento cada vez más escaso en la atropellada vida moderna, y dinero — cada vez más, porque el libro encarece vertiginosamente;— y además, ciertas disposiciones de espíritu, no realizadas con frecuencia. Ya el cinema, vehículo de imágenes de mucha mayor envergadura, pide menos tiempo, menos dinero, menos cultura y menos disposiciones mentales especialísimas. Está, pues, predestinado a batir al libro en una buena parte de sus dominios y, ¿quién sabe?, en la propia prensa. Entre nosotros, su actuación es ya formidable y mucho más dilatada que la de libro. Calculándose para los 700 cines existentes en el Brasil el término medio de un espectáculo para cien espectadores por día, tenemos 70.000 personas que "leen" diariamente lás novelas cinematográficas dadas a la proyección.

MONTEIRO LOBATO

Al genio italiano débele la humanidad la brújula que permitió el descubrimiento de América.

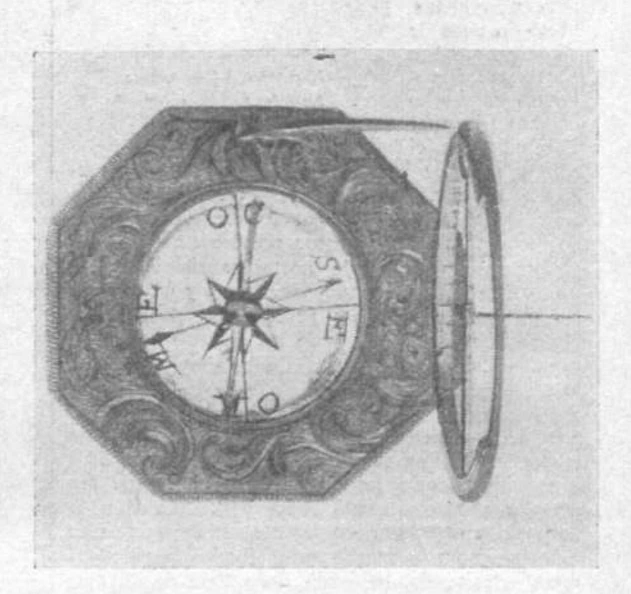
El genio italiano, al que se debe el descubrimiento de América, fué también el que dió a los navegantes el instrumento que habría de orientarlos en sus exploraciones por mares y tierras desconocidos. Y, como si esto fuera poco, también a él se debe el de la declinación magnética, realizado por Cristobal Colón a poco de zarpar de las Azores con rumbo al Nuevo Mundo.





De todos los descubrimientos realizados por la inteligencia humana, conjuntamente con el de la imprenta, el de la brújula ha sido el que ha tenido una más grande influencia sobre la civilización.

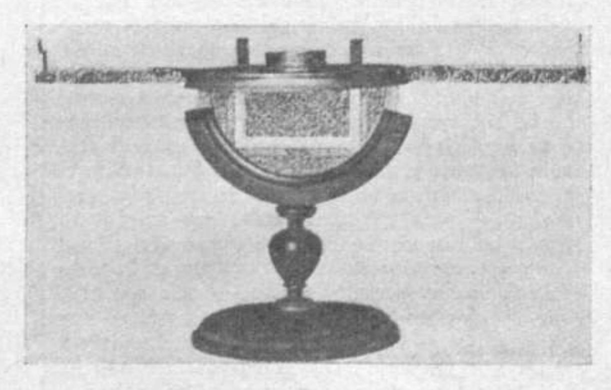
Antes de utilizar la propiedad de la aguja imantada que les permitía orientarse en una dirección constante, los navegantes tenían como única indicación las costas, de las que nunca se apartaban definitivamente, o bien debían recurrir a la observación de las estrellas. Entre ellas, una de las más preferidas, puesto que señalaba constantemente el norte, era la famosa estrella Polar. Los primeros en utilizarla fueron los fenicios. Gracias a ella emprendieron atrevidos viajes por el mar Mediterráneo, cuyos límites traspusieron, conquistando de esta manera el cetro comercial y marítimo de la antigüedad. Navegación arriesgada, desde luego, ya que bastaba un poco de niebla o unas pocas nubes en el cielo para que la visión de la orientadora estrella no fuera posible.



Brújula portátil utilizada por los navegantes italianos de la época de Colón.

Se ha atribuído siempre a los chinos, en una época imprecisa aunque siempre anterior al siglo segundo de nuestra era, la gloria de haber descubierto y utilizado la propiedad orientadora de la aguja imantada. Esto no fué óbice para que por espacio de muchos siglos tal descubrimiento se considerara como algo imaginario y de resultados ilusorios.

La primera forma de este indicador consistía en una aguja imantada, colocada en el interior de una brizna de paja o en un trozo de caña extremadamente fino, que se hacia flotar en el agua contenida por un recipiente cualquiera. La punta de la aguja realizaba el milagro de señalar el norte; pero bastaba el más leve movimiento para inutilizar su indicación.

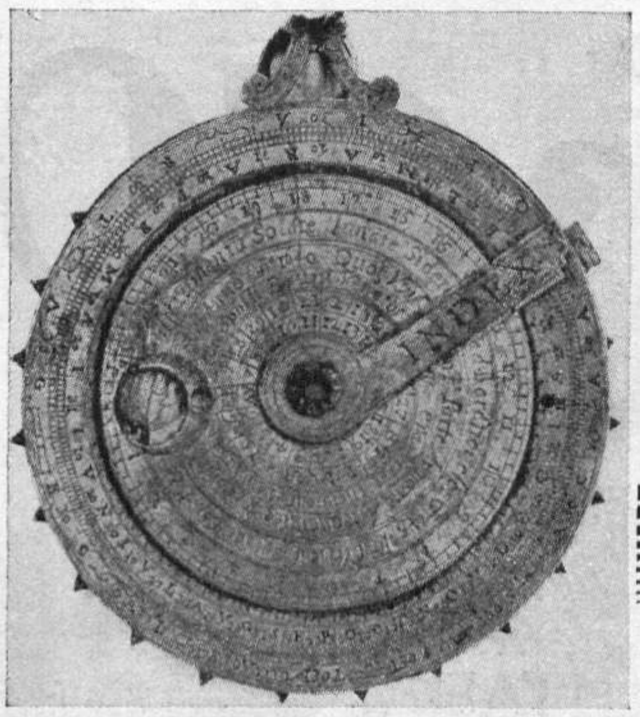


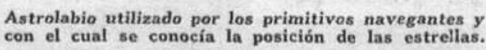
Nivel munido de brújula, del siglo XVI, conservado como los demás, en el Museo de Historia de las Ciencias, de Firenze.

El procedimiento fué introducido en el Mediterráneo por los árabes. Los primeros en aprovecharlo fueron los amalfitanos, atrevidos navegantes que llegaron a tener gran preponderancia en el siglo X por su navegación entre Italia y el Oriente. Si los chinos habían cristalizado, diríamos, en su primitivo descubrimiento, esto no podía acontecer con la genialidad y ductilidad itálica, dispuesta siempre a eliminar defectos y lograr la máxima perfección.

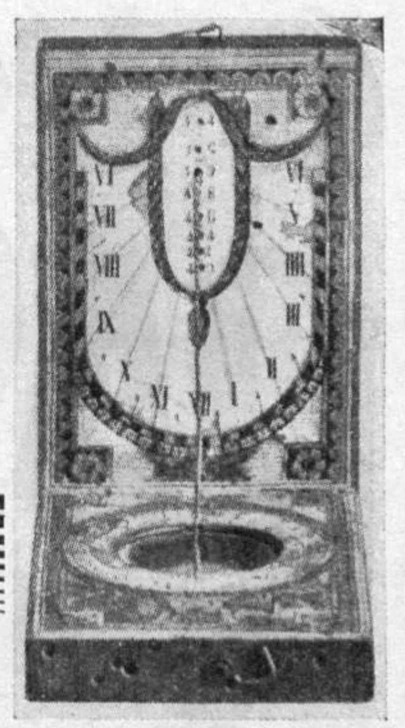
Fué así como un buen día, sin más, se pensó en substituir la aguja que flotaba sobre el agua por otra sostenida en el vacío por un delicado perno de metal. En el fondo del recipiente, al poco tiempo, comenzaron a aparecer las veintitrés divisiones que más tarde recibieron la denominación de *rosa de los vientos.* Estos perfeccionamientos, esta nueva concepción de la brújula, ha sido atribuída a un capitán y piloto de Amalfi, de nombre Flavio Gioia, que vivió por el año 1300.

Existe, empero, una serie de documentos históricos que llevan a la presunción de que el uso de la aguja imantada sobre el perno fué muy an-





Astrolabio utilizado por los primitivos navegantes y con el cual se conocía la posición de las estrellas.



Reloj solar portátil, correspondiente al siglo XV.

terior a la época antes dicha. Pietro Pellegrino, en 1269, la describe con precisión asegurando que se trata de un instrumento conocido desde mucho tiempo antes.

Los franceses han intentado atribuirse la gloria de este gran descubrimiento, asignándolo a un marino provenzal. En apoyo de su aserto han invocado la circunstancia de que, en la rosa de los vientos, al indicar el norte, aun en la brújula más antigua que se conoce, aparece un lirio. Los de Francia han afirmado, aunque ignorando, al parecer, que en la época en que presumiblemente fué perfeccionado el instrumento, Amalfi formaba parte del reino de Nápoles, en el que dominaba la casa borbónica.

Todos los textos medioevales están de acuerdo en atribuir a los marinos de Amalfi la gloria del perfeccionamiento de la brújula. Sobre la vida de Flavio Gioia reina la más absoluta obscuridad, tanto que se ha podido sospechar de su existencia. El nombre, empero, lo cita el historiador napolitano Mazzela, por vez primera, en 1500. El asunto ha suscitado polémicas acaloradas; pero lo indudable, lo documentado, es que los primeros en utilizar la brújula en una forma práctica fueron los hijos de Amalfi.

Es igualmente italiano otro de los perfeccionamientos más importantes introducidos en la brújula; perfeccionamiento que resolvió el problema de asegurar la horizontalidad durante la navegación, por más inclinado que se encuentre el barco. Esto se obtiene con la llamada *suspensión cardánica*, descripta por el matemático lombardo Girolamo Cardano, quien, en el siglo XVI, publicó una detallada descripción.

No obstante, la originalidad no le corresponde a él. *Tal método de suspensión ya se hallaba* en uso en las brújulas genovesas y españolas utilizadas por Cristóbal Colón en su primer viaje al Nuevo Mundo. Y hasta el genial Leonardo de Vinci dejó de él un esquema muy completo en su discurso sobre la brújula.

En los primeros tiempos del uso de la brújula, los navegantes creían que la aguja imantada señalaba exactamente el norte del mundo y estaba siempre hacia la estrella Polar, coincidiendo con la dirección del meridiano geográfico. No tenían para nada en cuenta la declinación magnética, es decir, la ligera desviación que la aguja toma, según el punto en que se halla de oriente a occidente. Ignorancia fué ésta que causó no pocos errores y que los navegantes solían atribuir a defectos de construcción de la brújula.

Cristóbal Colón fué el primero en darse cuenta de la importancia y también fué el descubridor de este fenómeno, en septiembre de 1492, cuando apartándose de las Azores dirigíase al mundo cuya existencia sospechaba.

Y como si al genio italiano no le fuera suficiente el mérito de haber perfeccionado la brújula y precisado el fenómeno de la declinación magnética, todavía tenemos que, en Toscana, en 1200, se idearon las brújulas destinadas al uso de los mineros, para fijar la orientación de sus excavaciones y galerías.



Nuestra bandera

Esta bandera cumplió ya la promesa que el signo ideográfico de nuestras armas expresa. Las naciones, hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse a los otros pueblos, lobos y águilas carniceros, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo, ni hipógrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones atados, pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida; una oliva para los hombres de buena voluntad; un laurel para las nobles virtudes; he aquí cuanto ofrecieron nuestros padres, y lo que hemos venido cumpliendo nosotros, como república, y harán extensivo a todas estas regiones como nación nuestros hijos.

Hasta la exclusión del sangriento rojo, del blasón de todos los pueblos, hasta el color celeste que no tiene escritura propia en la heráldica, se avienen con la idea dominante en este emblema.



Domingo F. Sarmiento. Argentino. (1811-1888). Presidente de la República.

Las fajas celestes y blancas son el símbolo de la soberanía de los reyes españoles sobre los dominios, no de España, sino de la corona, que se extendían a Flandes, a Nápoles, a las Indias; y de esa banda real hicieron nuestros padres divisa y escarapela, el 25 de Mayo, para mostrar que del pecho de un rey cautivo, tomábamos nuestra propia soberanía como pueblo, que no dependió del Consejo de Castilla, ni de ahí en adelante del disuelto Consejo de Indias.

El general Belgrano fué el primero en hacer flotar a los vientos la banda real, para coronarnos con nuestras propias manos soberanos de esta tierra, e inscribirnos en el gran libro de las naciones que llenan un destino en la historia de nuestra raza. Por este acto levantamos una estatua en el centro de la plaza de la Revolución de Mayo al general portaestandarte de la República Argentina.

Y si la barbarie indígena, o las pasiones perversas intentaron alguna vez desviarnos de aquel blanco que los colores y el escudo de nuestra bandera señalaban a todas las generaciones que vinieran en pos, reconociéndose argentinas a su sombra, los bárbaros, los tiranos y los traidores inventaron pabellones nuevos, obscureciendo lo celeste para que las sombras infernales reinasen y enrojeciendo sus cuarteles para que la violencia y la sangre fuesen la ley de la tierra.

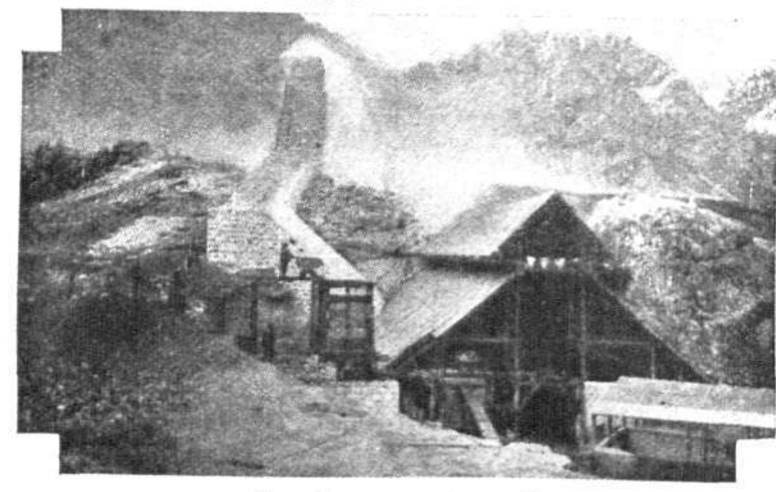
DOMINGO F. SARMIENTO

Perú

♥

En franco y rápido progreso, el Perú, la histórica tierra, tesoro de riquezas, célebre desde los tiempos del descubrimiento, tiene importantísimos medios de vida. Oro, por un valor medio anual de 6.000.000; plata (28.000.000), vanadio (16.000.000), además de plomo, cinc y cobre, que se extrae en grandes cantidades, dan suma crecida a la minería peruana. También los pozos de petróleo y los filones de hulla arrojan un margen muy amplio para la exportación de materias producidas por el suelo de aquella república. Los productos derivados de la agricultura están representados en gran cantidad. Estados Unidos, Inglaterra, la Argentina y Alemania son los principales exportadores de materias primas y manufacturadas. Una de las industrias de mayor porvenir es la algodonera, que ya tiene en los mercados mundiales lugar prominente. La construcción de dos grandes caminos, que atravesarán la república en toda su extensión, de norte a sur, ha de favorecer notablemente el desarrollo de la industria y el comercio peruanos. La carretera de la costa está en vías de ser terminada, así como la sección que le corresponde al Perú en la carretera panamericana. Sus puertos, sobre todo los del Callao y Mollendo, son de los más activos de todo el Pacífico, con tráfico de mucha consideración. El clima cálido de sus fértiles regiones favorecen notablemente el desarrollo de la agricultura.

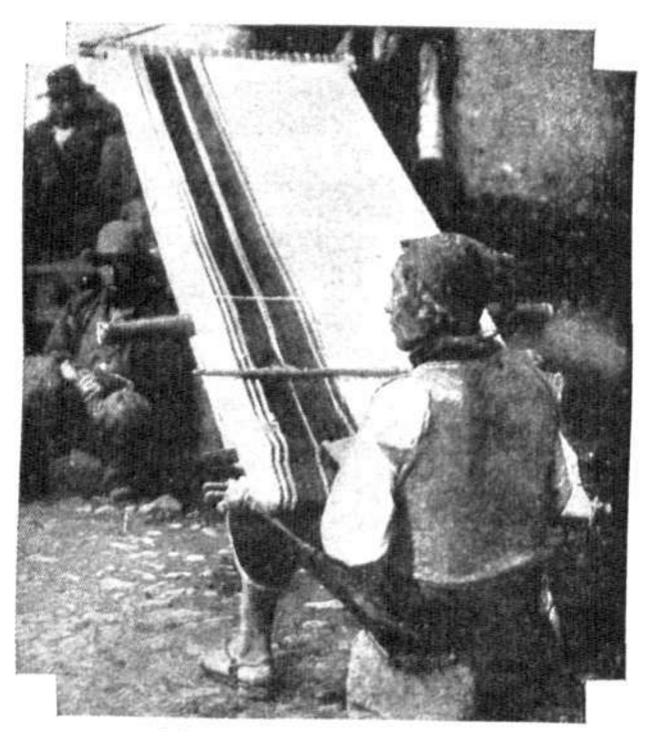
Actualmente se encuentra en vía de construcción en la región septentrional del Perú una de las obras de ingeniería más importantes que haya jamás emprendido el gobierno de esa república. Se trata con ella de suministrar regadío a extensas regiones que antes eran áridas e improductivas y convertirlas en terrenos adecuados para la agricultura. No hay palabras suficientes para expresar la trascendencia económica de este proyecto y lo mucho que representa para el futuro desarrollo agrícola del país hermano.



Una mina peruana de vanadio.



Una mina de hulla.



Indio peruano tejiendo un poncho.

El sur



Estanis'ao S. Zeballos. Argentino (1854-1923). Internacionalista, político y literato.

El avestruz trepa las colinas seguido de sus hijos en tropas extraordinarias, que parecen un rebaño, más bien que una familia. El puma y el jaguar interrumpen el silencio de la noche con el estrépito de su ira famélica, cuando asaltan al avestruz y al guanaco en su lecho de paja; y el guanaco mismo contempla al viajero con la faz erguida y la mirada centelleante, dispuesto a estampar en su rostro la gota de su baba, como protesta airada contra la invasión de sus dominios y contra las asechanzas a su libertad.

Aun del seno mismo de las arenas brotan gramíneas, cuyas flores matizan el triste paisaje, y arbustos, entre cuyo ramaje erizado de espinas anidan y cantan alegres bandas de pajarillos. Y si de la superficie del suelo se desciende a su misma entraña, no está yerta y solitaria, como los campos de nieve de la Siberia: se siente en ella el calor de la vida.

Comparten el calor maternal de la tierra, con el *tucu-tucu, los pinches*, especie de armadillo, intermediario en tamaño y sabor entre la sabrosa *mulita* y el hediondo *quirquincho*, y que sirve de alimento predilecto a indios, militares y viajeros.

Agréganse a veces liebres, vizcachas, jabalíes, zorros y otros animales domésticos ayer, salvajes ahora, como los *baguales* que al cruzar los campos con la crin tendida y la poblada cola flotante al viento, dando saltos acompasados y contemplando al hombre con la cabeza alzada y boca espumante, mientras sus narices dejan oír estridentes resoplidos, parecen una imagen de la elegancia primitiva, errante entre las espinas del desierto.

Tal es el bosquejo del cuadro de las amarillentas travesías, cuyo término es la abundancia y el consuelo que ofrece una Naturaleza virgen, lozana en la primera edad de su belleza cubierta de selvas y de prados esmeraldinos cuyo verdor parece simbolizar las esperanzas que en su fecundidad cifra la República regada por ríos navegables impetuosos y angostos a veces como el torrente despeñado; mansos, perezosos y extendidos otras como el Paraná y el Uruguay, amurallada al occidente por la cordillera andina, — fragua constante en que se funde la materia cósmica, precipitándose luego en riquezas fabulosas y surgiendo con estrépito horrendo a los espacios, entre llamaradas que osan iluminar los cielos, limitada al este por las olas del Atlántico, que un día doblaran su cresta al paso de las naves de la que la Geografía predestinada a ser la primera potencia marítima sudamericana, y al sur por el torbellino espumante de dos océanos que se chocan y refunden con clamoreo de gigantes al pie del Nuevo Mundo, impotentes para ahogarlo en su inconmensurable seno.

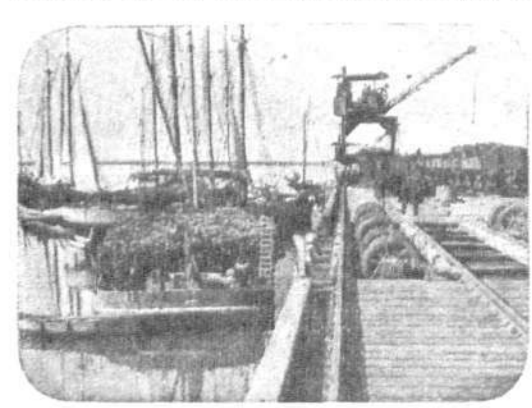

La Belleza
que el Palmolive
imparte al cutis
*se debe a la mezcla
de sus aceites de
palma y oliva*
ES un hecho conocido hace más de 3000 años que el aceite de oliva es bueno para el cutis. Lo usaron bellezas famosas hace siglos, juntamente con el aceite de palma, para conservar el cutis suave, terso, aterciopelado.
Hoy, estos mismos aceites están mezclados científicamente en el Jabón Palmolive con un solo fin: proteger el juvenil encanto del cutis.
La delicada espuma del Jabón Palmolive limpia perfectamente el cutis sin irritarlo.
Compre hoy 3 pastillas. Comience el tratamiento de belleza recomendado por más de 20.000 especialistas. Convénzase por sí misma que el Jabón Palmolive, por su abundante contenido de aceite de oliva, conservará su cutis suave, terso, sano y juvenil.
Siga este Tratamiento de Belleza:
De mañana y por la noche dése un buen masaje con la rica espuma del Palmolive en el cutis. Enjuáguese bien. Séquese con suavidad. Observe en su cutis el efecto de este delicado cuidado diario.
Este frasco muestra la cantidad de aceite de oliva que entra en cada pastilla del Palmolive.
PALMOLIVE



Vista parcial de Montevideo.

URUGUAY

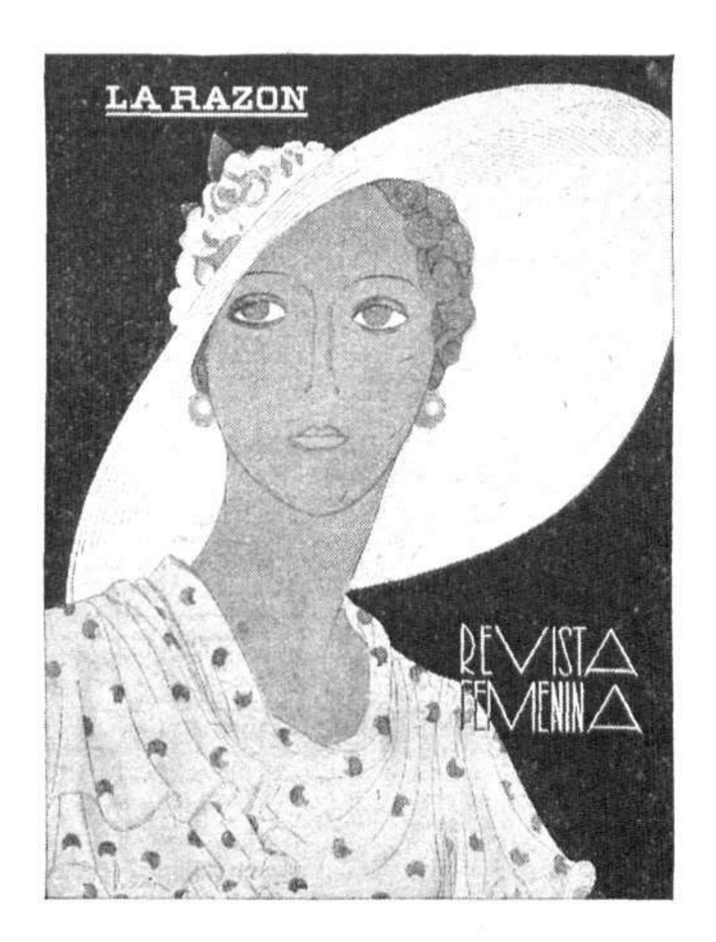
El fértil suelo uruguayo, en el que abundan los prados de pasto espontáneo, es admirablemente favorable para el desarrollo de la ganadería. En aquella tierra se produjo, durante la época colonial ese milagro de la reproducción extraordinaria de razas equina, bovina y ovina. Los hacendados realizan con pericia labores de mestizaje y de cría de animales de "pedigree". Los Lincoln, Romney, Marsh y otras razas abundan en las estancias uruguayas. Esta riqueza es la base de la industria frigorífica, representada por varios establecimientos magníficos. Célebres en todo el mundo son los productos elaborados en Fray Bentos. La agricultura está muy desarrollada, utilizándose para las labores del campo maquinarias de las más modernas. La feracidad de la tierra la hace apta para diversos cultivos. El trigo y el maíz se producen abundantemente. Entre las plantas textiles el lino rinde mucho provecho al comercio uruguayo. Otro de los cultivos que adquieren incremento es el de la vid. Actualmente se producen vinos de buena calidad. También se cultiva la remolacha con éxito. La industria minera es importante, sobre todo en el departamento de Minas, donde se extrae plomo y cobre. Los ágatas y los ópalos son objeto de lucrativo comercio. Las canteras son ricas en mármoles finos. La extracción de turba constituye asimismo un negocio provechoso. Hay numerosas fábricas manufactureras. El movimiento mercantil de la República Oriental del Uruguay hace honor a la actividad y al espíritu de empresa de sus habitantes.



Uno de los muelles de Fray Bentos.



Cantera "La Teja".



REVISTA FEMENINA DE "LA RAZON"

Un esfuerzo editorial

▼

Con un interesante material gráfico y literario, acordado a la finalidad que persigue, acaba de aparecer "La Revista Femenina", suplemento de nuestro colega "La Razón". A través de sus páginas hallará el lector, mejor dicho, la lectora — pues a ella se dirige, — todo lo relativo al desenvolvimiento de las modas actuales y al cuidado y embellecimiento del hogar. Pequeños cuentos, poesías y observaciones de índole moral alternan con los detalles de carácter puramente objetivo, y la diversidad de temas ofrecidos y la distribución de los mismos revelan la dirección de una mano experta. Es, en pocas palabras, por su presentación y por el gusto con que están distribuídos los grabados y los artículos informativos y de la literatura, un suplemento digno de "La Razón", a la cual hacemos llegar, con nuestras felicitaciones, los votos de augurios más cordiales.

Del estudio de idiomas

TRATAMOS hace días de las ventajas que pudiera reportarnos la imitación de lo que hace el gobierno chino, como otros, enviando al extranjero a estudiantes aventajados para que a su regreso al suelo nativo importen ideas y cultura.

Nada menos podríamos hacer nosotros, mas la obra de "septentrionalizar" a nuestro pueblo es larga y nada simple. A ella hay que acudir con múltiples procedimientos, entre los cuales está la emigración intelectual y temporal a los centros de cultura, mas este procedimiento, aunque eficacísimo y de los más trascendentales, no es el único.



Fernando Ortiz. Cubano (1881). Jurisconsulto y literato.

Sí, de ese modo podríamos conseguir dentro de pocos años lo que tanta falta nos hace: una verdadera, extensa "élite" intelectual y moral. Ello no bastaría. Es preciso recapacitar al pueblo para que hasta él afluyan las corrientes de cultura moderna de que necesita como el oxígeno para la vida.

Y el principal obstáculo que la educación mental encuentra en Cuba es el desconocimiento de idiomas extranjeros.

Excepción hecha de los emigrados de nuestras épocas revolucionarias, que aprendieron los idiomas de los países que le sirvieron de amparo; y de los estudiantes adinerados que han salido a colegios norteamericanos, en Cuba son escasos no ya los que hablan lenguajes extranjeros, sino los que puedan siquiera traducirlos. Los mismos estudiantes que abandonaron los institutos con flamantes títulos de bachiller, no están en ese aspecto de su instrucción tan adelantados como su propia conveniencia les aconsejaría si pudieran consultarla con fría y objetiva serenidad.

La posesión del lenguaje materno, no puede hoy bastar a ninguna persona que se precie de culta y quiera efectivamente serlo, cualquiera que sea su nacionalidad. El inglés que sólo habla su idioma, el francés que no entiende más que a sus paisanos, difícilmente podrán seguir las corrientes de civilización. Esta marcha más aprisa que los editores de obras traducidas. Hasta la misma difusión creciente del conocimiento de idiomas retrasa la traducción de las obras monográficas que pueden, sin traducirse, llegar a los estudiosos especialistas, sin público suficiente, sin embargo, para ameritar una nueva edición traducida.

F E R N A N D O   O R T I Z

Buenos Aires

A mi juicio las condiciones sociales que hoy coinciden en la gran capital del Rio de la Plata, no solamente son favorables a la acumulación de los materiales primitivos y derivados, para el desenvolvimiento de los estudios sobre la propia y la americana historia, sino que constituyen un conjunto de calidades y requisitos, para aclimatar y cultivar en su suelo un lozano plantel de esta literatura. No es esta la ocasión de probar la tesis; pero cabe sostener desde luego, que eso mismo que pudiera objetarse en contrario, concurre más bien a demostrar la aseveración.

Yerran gravemente los que pintan aquella ciudad como una inmensa lonja o bazar de mercaderes, o como una poblacion adventicia, compuesta de turbas conglomeradas en capas sucesivas por los aluviones de la inmigración.

Cirtamente, por su constitución económica, aquel puerto maritimo es un emporio comercial; pero también, por un conjunto especialísimo de circunstancias, dentro de ese emporio ligan lo intenso de sus fuerzas todos esos requisitos morales que constituyen el organismo de una verdadera nacionalidad.

Con respecto a la estructura social, lo que hay de cierto es que, de los sedimentos europeos que arrojan los oleajes de la inmigración, no se asimila el vecindario bonaerense sino la nata con calidades urbanas. Derrama el resto de esas larvas de vitalidad en la inmensa campaña, como un abono fecundante para la producción del suelo. Es lo que también pasa, en proporciones distributivas, en los demás centros cada vez más poblados de la provincia. La sangre europea, trasegada en aquel gran vaso democrático, es tan sólo un elemento renovador y reconstituyente en la economía fisiológica de la nación argentina.

GABRIEL RENE-MORENO
BOLIVIANO

HOMENAJE AL DOCTOR ESTANISLAO S. ZEBALLOS EN EL X ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO

Diez años han transcurrido desde el día del fallecimiento del doctor Estanslao S. Zeballos, y su nombre, de resonancia universal, al ser recordado en distintos actos de homenaje, prueba el arraigo que tenía en el pueblo argentino. No en vano su temperamento de luchador infatigable se prodigó en la cátedra, en la diplomacia, en el parlamento, en el ministerio de Relaciones Exteriores y en el libro; la posteridad exalta con justicia su prestigio, y en estos momentos su perfil inconfundible se alza en la conciencia de sus compatriotas como un poderoso estímulo moral. De ahí, su consagración, en las aulas escolares, colegiales y universitarias, y junto al sepulcro que guarda sus cenizas, verdaderas reliquias para el pueblo que amó con las fuerzas de su corazón y de su inteligencia privilegiada.



Doctor Estanislao S. Zeballos.



El profesor doctor Carlos M. Vico pronunciando, en el acto realizado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, su conferencia acerca de la personalidad del inolvidable jurisconsulto.



Autoridades nacionales, maestros y alumnos escolares, al descubrirse, en la Recoleta, una placa en honor del gran internacionalista argentino.



En la escuela "Estanislao S. Zeballos". Los alumnos hacen guardia al retrato del estadista y a la bandera que cubrió sus restos en Liverpool.

Las Leyes de Indias

PODRÁ llamarse nuestro código el de esas Leyes de Indias, dictadas para neófitos, y en que se vende por favor de la piedad lo que sin ofensa de la naturaleza no puede negarse a ningún hombre? Un sistema de comercio fundado sobre la ruinosa base del monopolio, y en que la franqueza del giro y la comunicación de las naciones se reputa un crimen que debe pagarse con la vida; títulos enteros sobre precedencias, ceremonias y autorización de los jueves; pero en que ni se encuentra el orden de los juicios reducidos a las reglas invariables que deben fijar su forma, ni se explican aquellos primeros principios de razón, que son el fundamento eterno de todo derecho, y de que deben fluir las leyes por sí mismas, sin otras variaciones que las que las circunstancias físicas y morales de cada país han hecho necesarias; un espíritu afectado de protección y piedad hacia los indios, explicado por reglamentos que sólo sirven para descubrir las



Mariano Moreno. Argentino (1778-1811). Prócer y escritor.

crueles vejaciones que padecían, no menos que la hipocresía e impotencia de los remedios que han dejado continuar los mismos males, a cuya reforma se dirigían; que los indios no sean compelidos a servicios personales, que no sean castigados al capricho de sus encomenderos, que no sean cargados sobre las espaldas; a este tenor son las solemnes declaratorias que de cédulas particulares pasaron a código de leyes, porque se reunieron en cuatro volúmenes, y he aquí los decantados privilegios de los indios, que con declararlos hombres, habrían gozado más extensamente, y cuyo despojo no pudo ser reparado sino por actos que necesitaron vestir los soberanos respetos de la ley, para atacar de palabra la esclavitud, que dejaban subsistente en la realidad. Guárdese esta colección de preceptos para monumento de nuestra degradación; pero guardémonos de llamarlo en adelante nuestro código; y no caigamos en el error de creer que esos cuatro tomos contienen una constitución, sus reglas han sido tan buenas para conducir a los agentes de la metrópoli en la economía lucrativa de las factorías de América, como inútiles para regir un estado, que como parte integrante de la monarquía, tiene respecto de sí mismos iguales derechos que los primeros pueblos de España.

MARIANO MORENO

Almafuerte

Su nacimiento en la Argentina moderna parece un error de tiempo o de lugar. ¡Ah, si en nuestra América tormentosa este profeta de Israel hubiera podido desatar su sandalia para sacudir el polvo sobre ciudades condenadas! Vivía en su Argentina sin gauchos, sin asperezas, riente y suave como una Cólquide agraria en donde el refractario del Parnaso parece un contemporáneo de San Martín.

Pero la dulzura del panal está en toda boca de león y este adivinó, como Rubén Darío en Nueva York, que bajo la corteza deslumbradora de la ciudad, hay "dolor, dolor, dolor".

Y ya nunca te amontones
en postemas de ciudades
hormigueras de nabades
de cobardes y bribones.

Esa "maternidad del dolor" que confesaba sentir por la chusma urbana, le hizo amar y amparar a los pobres de espíritu y de cuerpo. Los Evangelios les prometen el reino de Dios y su justicia; pero en este mundo una Providencia, que decididamente no tiene prisa, les ha negado todo. Almafuerte ha sido su poeta. Odió y amó por ellos. Fué Ecequiel y San Vicente de Paúl. Vino, silvestre y formidable, de muy lejos, del Antiguo Testamento, en donde la langosta devora los campos como la cólera del Señor incendia las ciudades, en donde todo es estrago, espanto, ruina. Pero los profetas de nuestra América no saben odiar y maldecir muy largo rato. Se van muy pronto al lago Tiberiades a tomar un baño lustral de mansedumbre. Y Almafuerte que creía fulgurar "como látigo de fuego", fué sobre todo el paño de lágrimas de una Verónica que hubiera sido profesora normal.



Ventura García Calderón. Peruano. Literato. (1883).

Esta bondad colérica, este manantial que surge siempre como en el milagro antiguo de la roca, es lo que sorprende y enamora en los versos del argentino. Pertenece a la estirpe de los que han amado mucho, lo que vale tanto como decir que han sufrido mucho. Lo adivinamos en su actitud huraña de incrédulo sentimental; ya no quiere amor de nadie porque tal vez aspiró al amor de todos. Está en el círculo dantesco de los condenados a desencanto perpetuo. Sus *Evangélicas* parecen obra de un San Juan que hubiera leído a Nietzsche. Es el más tierno de los orgullosos y el más altivo de los Cirineos. Acaso, como el personaje de la novela de France, ha despreciado a los hombres con ternura. En todo caso, los ama a veces con desdén. "No te cojas del brazo de ninguno. El dolor humano deja de ser augusto desde el momento que encuentra su consolador..."

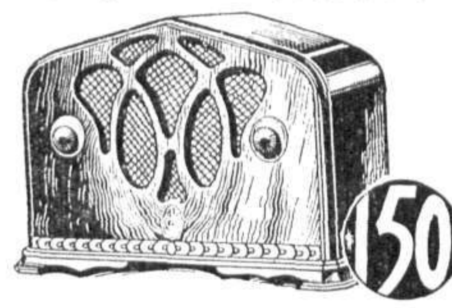
VENTURA CARCIA CALDERON

UNA SOLA OPINION

Y MILLARES DE RADIOS COLOCADOS LA CONFIRMAN:

"EMERSON"

EL MEJOR RADIO!



Modelo 250

Para ambas corrientes, de 220 y 110 volts. SUPERHETERODINO de 5 válvulas. Altoparlante electrodinámico. Elegante - Sólido - Perfecto.

Un receptor de méritos superiores a su precio real, ya que reúne todas las ventajas de un aparato de costo elevado.

Cientos de cartas, recibidas desde las más apartadas regiones de la República, comprueban el perfecto rendimiento del notable

RADIO EMERSON



CARLOS GARDEL CANTA A DUO CON CARLOS GARDEL.

18.894 { Angustias. Tango. Dúo.
{ ¡Si Soy Así!... Tango. (Solo).

18.895 { Jujeña. Tonada. (Dúo).
{ Amante Corazón. Vals. (Solo).

Dos Discos Maravillosos por su novedad e interpretación.

FRANCISCO CANARO y su orquesta.

4864 { ¡Si Soy Así!... Tango con estribillo.
{ La Canción de Amalia. Vals con estribillo.

4868 { Pinta Brava. Tango sinfónico.
{ El Chamuyo. Tango sinfónico.

SANTA PAULA SERENADERS.

45.652 { ¿No es Esta una Noche para Amar? (Isn't this a night for love) · Fox Blue de la película "Melodía en Azul".
{ Recordando al Héroe Olvidado. (Remember my forgotten man). Fox-Trot de la película "Vampiresas de 1933".

HARRY ROY Y SU JAZZ.

193.549 { Tiempo Tormentoso. (Stormy Weather).
{ LLamada del Cornetín. (Bugle call Rag).

PUAS CONDOR — CONDOR — Son las mejores

EN VENTA EN LAS BUENAS CASAS DE MUSICA Y EN

MAX GLÜCKSMANN

FLORIDA, 336 — Buenos Aires — CALLAO, 188
ROSARIO: Córdoba, 1069.

PRELUDIO



a la escuela. No se ve que vayan a ninguna parte. Aquí, o no hay chicos o los chicos son hombres.

Todo es uniforme y profundo, todo es reflexivo y lento. Estas gentes tienen que ser en religión, católicas; en filosofía, cartesianas. Callados y tristes, como el que sabe toda la verdad, porque los locuaces son ingenuos e inseguros.

Y aunque el cielo es limpio y puro, este sol de Castilla no alegra nunca la llanura. Cae sobre el dolor de la tierra, lento e inútil como un pésame o una expiación.

ANDANTE

Ahora la tierra ondula y como en pequeños suspiros, hincha unos cerros redondos, apretados, con un vello de musgo. Y en el ápice, el botón erecto de una ermita o de un castillo. A lo lejos, clara y chispeante, la epidermis de un río, que custodian los chopos como una guardia noble. Una niebla gris y sucia flota sobre maizales. Y al fondo, bajo un cielo de ópalo, la línea altiva y palpitante de la tierra, sobre una masa obscura, capciosa, impenetrable.

A trechos, el paisaje se hunde en el álveo de un valle. El sol pinta de luz las casas de una aldea. Bueyes de un rubio dulce de canela clara, trabajan la tierra. Un tren en la ladera de un monte es como un friso que se va. Si una montaña se interpone, entra en un túnel como en un bostezo.

Hierro y piedra. Vasconia es un titán que lleva una armadura. Pero el vasco es un hombre sencillo, campechano, que trabaja y no sueña. O calla, o ríe a carcajadas. Usa un pantalón obscuro y una blusa negra, ligera, flotante. Y la boina, pequeña, redonda, sobre el colodrillo, como un solideo demasiado grande, deja al aire la breña o el fleco del tupé, que es como una prenda de vestir.

Esta es una raza fuerte y ágil. Tiene la gravedad segura y ancha de la piedra y el nervio fino y elástico del acero.

Los campos están verdes; los montes, grises.

ADAGIO



Por tierras de Castilla, el alma humilde y resignada sube al azul litúrgico, serena y apacible como un humo de hogar. Las nubes están altas, en éxtasis; las montañas, lejanas, en sueños; el agua, profunda, en pozos. Si hay un pájaro, es una alondra; si hay una mata, es un cardo. Castilla es tierra de pensamientos, de obstinaciones, de ideales. Tiene el silencio de la meditación y la pureza de la dignidad. Es solitaria como un maldito. Es serena como un predestinado.

Seca, exprimida, purificada a sol, sin esas complacencias vegetales de las tierras morenas y blandas, sin hierba, sin árboles, sin gusanos, pálida, escueta y fría, es una cifra intelectual. Castilla es la frente de España. (Cataluña es un brazo. Galicia el otro. Los pies bailan en Sevilla).

Los pueblos son viejos, cenicientos, terrosos. En todos ellos, una torre cuadrada señala como un índice el camino del cielo. Los hombres van mondados, cetrinos, obscuros, como el suelo. Las mujeres son siempre pequeñitas y viejas. Todas están vestidas de negro; acaso están siempre llorando. No se ven los chicos que van

ESPAÑOL

Por José Martínez Jerez



Corre el agua espesa y obscura por la linde de las fábricas, estremecidas de trabajo. Las chimeneas van soplando lentas un humo denso de hulla que se enrosca como un tirabuzón. Cruzan airosas, pendientes de los cables, las vagonetas cargadas de mineral. Un rumor laborioso llena el ámbito y la mano inquieta de la vida va labrando los surcos, perforando los montes, conduciendo las aguas y arrancando a la tierra bloques de piedra como enormes vísceras y masas de carbón como fungosidades de miembros muertos y antiguos.

Estos hombres activos y modernos son tradicionalistas, porque viven una bella tradición de trabajo y de libertad.

SCHERZO

Castilla es el martirio. Vasconia, la fuerza. Cataluña, el trabajo. Asturias, la nostalgia. Galicia, el sueño. Andalucía es la gracia.

Estamos en una ciudad andaluza. Tiene una extensa bahía, como una plaza redonda y plana. El agua está quieta, desrizada, sin ondas. Ahora tiene un azul espeso de tinta. Es una mañana clara y limpia, de sol. La ciudad, pequeña, tendida al borde de la costa, sonríe alegre y blanca como la dentadura de una cupletista, entre los labios azules del cielo y de la mar. Las casas están hechas de sal y de espuma. Las calles son angostas, familiares. Calles como pasillos y plazas como patios. Por todas partes se ven sillas. Apenas pasa un coche. En dos horas no he visto ni un tranvía. Es una ciudad doméstica. Las gentes se conocen, se saludan, se paran a conversar. En muchas puertas, grupos de mirones, a la sombra. Todos parecen cansados, desfallecidos. El mismo acento, el mismo énfasis de esta prosodia doliente y pasional, es un cansancio de las lenguas.

Pero el andaluz sonríe. Todo el nervio de esta raza afinada, sensitiva, inteligente, está en la sonrisa. Es la sonrisa de la sabiduría, de la experiencia, del saber lo poca cosa que es la vida, la inanidad de todo lo que pueda ser. No he visto nunca la expresión sagaz de estos ojos y de estos labios. Si los ojos son la inteligencia, los labios son la malicia. Estas bocas andaluzas parecen haber dicho ya todas las mentiras, todas las calumnias, todos los piropos y todos los poemas de la tierra. Las mujeres llevan flores en los bucles. A veces, el ascua de un clavel entre el gris senescente de unas canas.

Sonaja de oro de la España de pandereta, Andalucía, en cuya saeta cristiana guarda un rescoldo la llama vocativa del muecín.

José Martínez Jerez

DIBUJOS DE ALICIA PEREZ PENALBA

Nuevos rumbos humanos

No son las instituciones, no son las leyes, lo hemos visto ya, las que fijarán y determinarán el rumbo deseado. El factor principal, que en el estado actual de Europa, ejerce una influencia poderosa e indiscutida en la gestación que está elaborando los nuevos destinos humanos: la raza sufre entre nosotros una modificación tan fundamental, que complica y da otro aspecto al problema.

¿Propondrán con el tiempo algún espíritu especial de raza entre nosotros? ¿Los grandes e irrisistibles medios de asimilación que posee el suelo americano, y en él el nuestro principalmente, concluirán por hacer del pueblo que habita la vasta región argentina, una sociedad homogenea, con caracteres étnicos propios? Todo parace indicarlo así; pero no está tampoco ahí el problema del porvenir.

No se puede hacer que los ríos remonten su corriente, y la vieja farmacopea es inútil ante la patología actual. Reformar nuestra constitución, en el sentido de hacer desaparecer las aberraciones y arcaísmos, es como quitar la mancha de una mosca en el disco de un telescopio para ver más cercanos los astros. Agregarle, en forma perceptiva, las tres o cuatro aspiraciones socialistas formuladas en primer término, sería inhábil y peligroso: la concesión de una parte nunca satisfizo a los que piden el todo. Además, volvemos a lo mismo: la ineficacia de la ley escrita, buena o mala. Los ingleses, contentos y cómodos dentro de su caos institucional, comparaban a la constitución norteamericana con un aro de acero puesto a un tronco joven, y auguraban que impediría el crecimiento de éste. Los americanos contestaban que el aro se haría flexible y se ensancharía armoniosamente con el árbol. No, no es eso; el árbol crece porque sus raíces están en tierra fecunda, y el fenómeno del desenvolvimiento de ese pueblo responde a causas ajenas a la influencia de su constitución política.



Miguel Cané. Argentino. (1851-1905). Literato y catedrático.

No, no reformemos nuestra carta. Con ella vamos un poco a tropezones, pero vamos. Habría tanta justicia en atribuirle nuestras miserias como nuestros éxitos. Los que sueñan con el régimen parlamentario como panacea, o los que desearían ver sancionado por la ley política el unitarismo imperante de hecho, me hacen el efecto de los que procuran resolver el problema de la aviación con cuerpos más ligeros que el aire, cuando la experiencia nos enseña que las aves pesan más que aquél.

¿Y el remedio, entonces? se nos dirá a los que arriesgamos pasar por pesimistas, al presentar sinceramente un cuadro de observaciones hechas serena y desapasionadamente. No vislumbramos sino uno: la cultura moral del individuo, que determinará la cultura y la inteligencia de la masa. El átomo caracteriza al cuerpo, y si el átomo es susceptible de perfeccionamiento, ahí está el remedio supremo. La esperanza y el honor de la raza humana, está en la noción innata del deber; ese es el átomo que hay que cultivar y perfeccionar.

MIGUEL CANE

Herencia psicológica

"El modo de ser orgánico e intelectual es trasmisible por herencia". La posibilidad y la frecuencia de la trasmisión no implica ni la infalibidad ni la constancia en ella. Los hijos se parecen a los padres; este es un aforismo de sentido común. Las gentes descubren el parecido aun en los recién nacidos, lo que suele muchas veces provocar las sonrisas de las madres. Hay familias en las cuales todos los individuos que las componen tienen la nariz grande, o las orejas dobladas, o los ojos chicos, o las piernas torcidas. Asimismo hay hombres cuyas peculiaridades materiales son tan fuertemente acentuadas, que transmiten todo su capital a sus hijos; éstos tienen la misma voz, la misma pronunciación, la misma traza, la misma cara, las mismas manos y el mismo compás en los movimientos, lo que hace, cosa sorprendente, que todos metan el mismo ruido al caminar, a punto de podérselos conocer por los pasos. Pero esto no es todavía bastante. Hay abuelos, padres, hijos y hermanos que tienen todos la misma letra. Y llamo sobre este hecho la atención por su importancia como dato psicológico. Dos o más individuos para dar a su letra la misma forma caligráfica, necesitan tomar y dirigir la pluma de un modo semejante, y para ello tener analogías de inervación y de musculatura. A mí me ha enseñado a escribir en Tupiza don Isidro Villamonte, un castellano viejo, que usaba trenza como un chino; muy buen hombre, es decir, terrible como maestro de escuela. Yo escribía con una pluma de ave remojada en un canuto de caña. Mi letra, española pura, debió parecerse a la de don Juan de Garay, a la de Calderón de la Barca, a la de cualquier escribano de la corte de don Pedro el Cruel; cada *m* tenía seis puntas, y cada *o* dos, como agujas, cual corresponde a la más pura caligrafía ibérica. Podría haber escrito los originales de las partidas de mi puño y letra, sin que nadie lo extrañara, y las leyes de Indias también. Mi abuelo, por su lado, aprendió a escribir en Londres, en el mismo centro de la city, donde ningún inglés se permite tener menos de cuarenta dientes, con tres centímetros de largo cada uno. Pues bien, la letra de mi abuelo, de mi padre, de mi tío, la mía y la de mis hermanos son idénticas. La mía es ahora inglesa pura, y la traza del memorable don Isidro Villamonte ha desaparecido tras de la copiosa dentadura del maestro de mi abuelo.

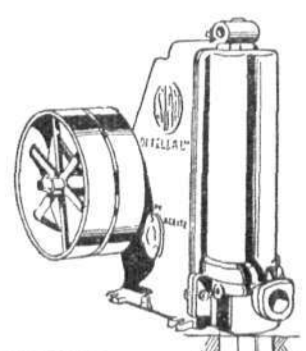


Eduardo Wilde. Argentino. (1844-1913). Médico y literato.

"Una bomba



para cada uso"

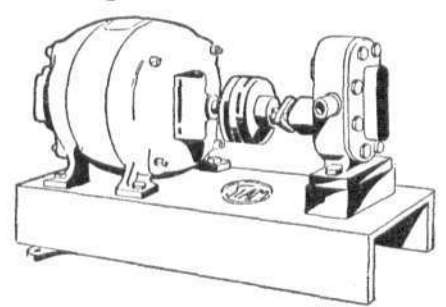


a los precios más bajos en plaza.

Fabricadas en los talleres más grandes y más modernos en el país que se especializan en bombas para agua.

EQUIPO para agua profunda hasta 200 o más metros. Precio sin motor, desde

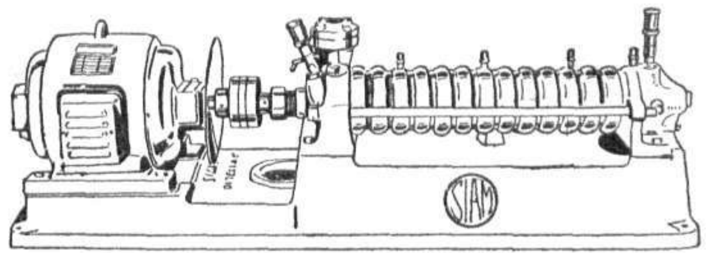
$ 130.-



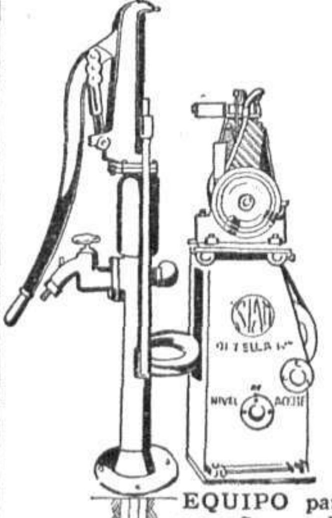
BOMBA ROTARINA para agua hasta 8 metros de profundidad, 1.200 litros por hora

$ 140.-

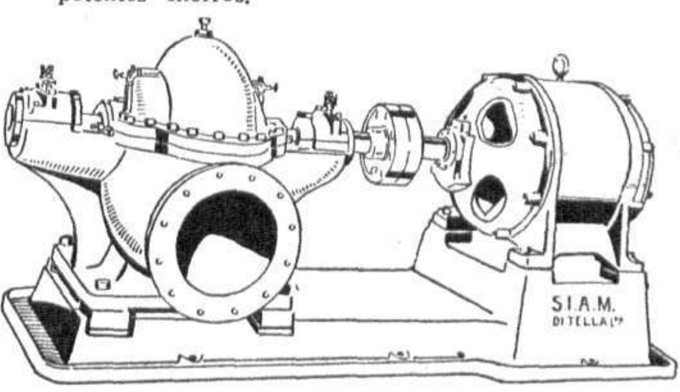
con motor eléctrico.



BOMBA DE ALTA PRESION (hasta 300 libras) para elevar a grandes alturas o para potentes chorros.



EQUIPO para pequeños caudales, pero para agua profunda, con motor eléctrico o a nafta. Puede combinarse con molino a viento.



Bomba para grandes caudales hasta 1.000 000 de litros por hora Puede ser operada con motor eléctrico o a nafta, gasoil, etc. Desde 500 litros hasta 1.000.000 por hora, hay más de 50 tipos.

SOLICITE PROSPECTOS



Hay zonas disponibles para representantes y vendedores activos.

Contestando

porque la Manufactura de Tabacos "**PARTICULAR**" defiende y mejora con sus iniciativas (entre otras la SEMANA DE 40 HORAS) las condiciones del obrero

porque da en sus cigarrillos

Particulares y Gavilán

una calidad invariable, que no es posible superar ni imitar

porque ante su trabajo honesto y progresista, fracasa la ambición de los que quieren Monopolizar el mercado tabacalero argentino,

por eso y nada màs

se la hace objeto de una innoble campaña de calumnias, tratando ahora de mezclarla también en cuestiones políticas, a las que es absolutamente ajena.

La Manufactura de Tabacos "**PARTICULAR**"

desmiente rotundamente

esas malintencionadas versiones y agradece a sus consecuentes favorecedores y amigos, sus mensajes de adhesión y simpatía.

MONO POLIO

ESTRELLAS EN PLENO DIA

V. F. GREGO
Manufactura de Tabacos
"**PARTICULAR**"
Monte Dinero, 2751 - Bs. Aires

Año XXXVI
Número 1828



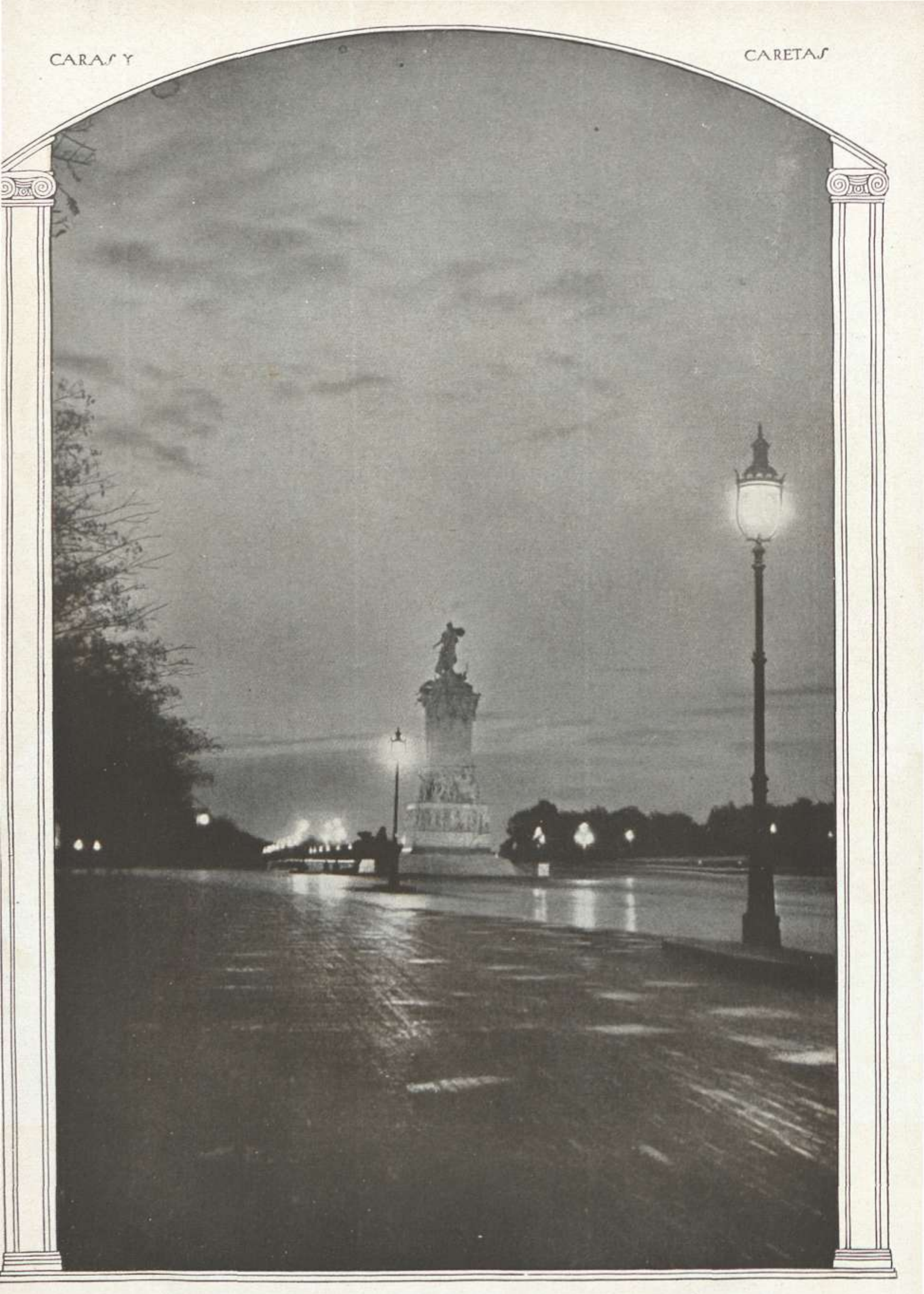
Buenos Aires,
14 de octubre de 1933

José S. Alvarez
Fundador



EL Almirante enmudece de emoción y, entre sus marineros, desde la "Santa María", mira en la realidad de su sueño la fuente de su locura sublime, vara mágica que hizo surgir el Nuevo Mundo.





SÍMBOLO DE FRATERNIDAD

EL MONUMENTO DE LOS ESPAÑOLES

BELLO Y ARMONICO, DESTACANDOSE NITIDAMENTE EN EL SUNTUOSO MARCO DE PALERMO COMO UN ALTAR A LA FRATERNIDAD, SE LEVANTA ESTA OBRA MAESTRA DEL ARTE Y DE LA GRATITUD HISPANICA.



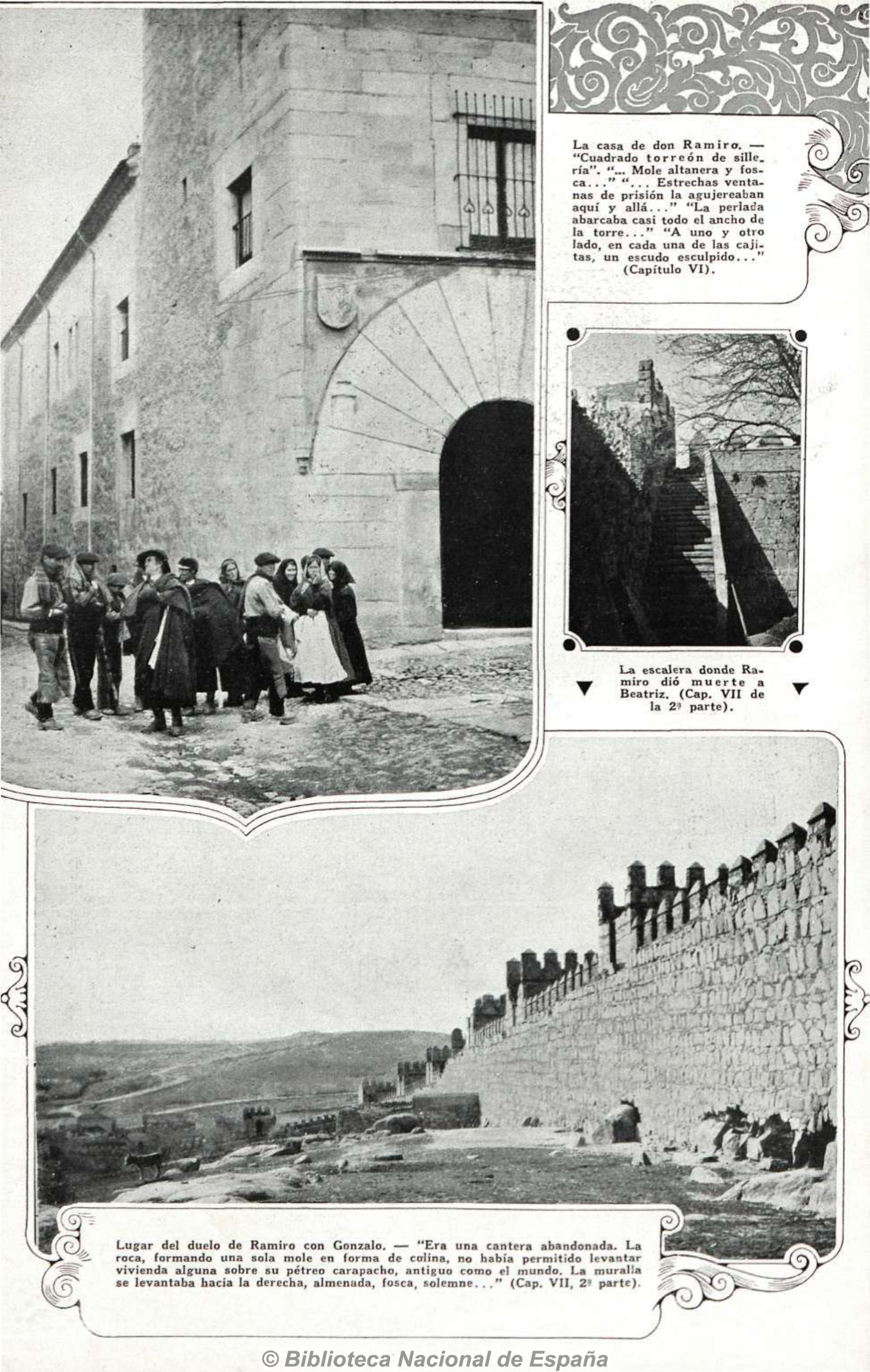
Una de las dos espadas del escudero Medrano. — "...con pesada empuñadura de reja y ancha hoja de dos filos". (cap. VI).

Otra de las espadas del mencionado escudero. — "...angosta y larga por demás, con calada guarnición..." (cap. VI).

LA TIERRA DE DON RAMIRO

Los lugares en que se desarrolla la acción de "La gloria de don Ramiro" vistos a través de las fotos tomadas por su mismo autor.

VEINTICINCO años va a hacer que el idioma, rejuvenecido, echó a correr mundo por el arte de un escritor argentino, don Enrique Larreta, y su don Ramiro, el que tuvo la gloria de morir en tierras de América besado en la frente por una santa, se trajo con él el orgullo y el alma de Avila, de esa Avila de los Caballeros que es la pura expresión de Castilla. De ahí estas páginas, cuyo texto relativo a ellas ilustra también el presente número, como un homenaje al escritor, a la ciudad heroica y al idioma, la hermosa joya espiritual que brilla en el continente desde el arribo de los velámenes cruzados.



La casa de don Ramiro. — "Cuadrado torreón de sillería". "... Mole altanera y fosca..." "... Estrechas ventanas de prisión la agujereaban aquí y allá..." "La perlada abarcaba casi todo el ancho de la torre..." "A uno y otro lado, en cada una de las cajitas, un escudo esculpido..." (Capítulo VI).

La escalera donde Ramiro dió muerte a Beatriz. (Cap. VII de la 2ª parte).

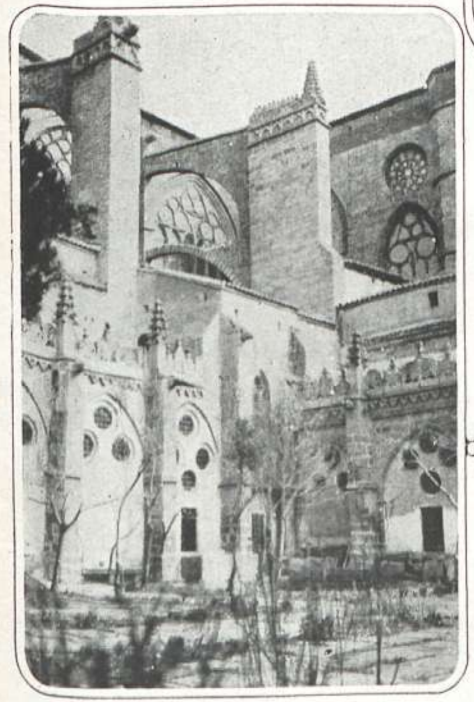
Lugar del duelo de Ramiro con Gonzalo. — "Era una cantera abandonada. La roca, formando una sola mole en forma de colina, no había permitido levantar vivienda alguna sobre su pétreo carapacho, antiguo como el mundo. La muralla se levantaba hacia la derecha, almenada, fosca, solemne..." (Cap. VII, 2ª parte).

Avila, desde la ventana de Ramiro. "... Inclinada hacia el Adaja y ceñida por su torneada y bermeja muralla, más que una ciudad semejaba gran castillo roquero..." "A corta distancia, en el sitio más eminente, la catedral levantaba su torreón de fortaleza... (Capítulo I).

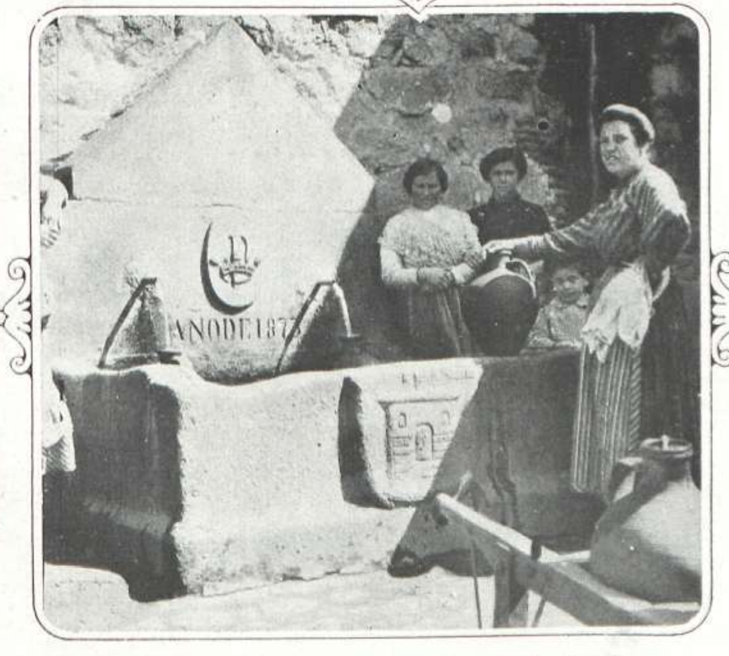




La casa de Beatriz, hija de don Alonso Blázquez Serrano. (Capítulo V).

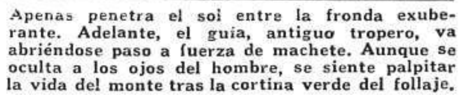


El claustro de la Catedral. — "Pasando por una puerta del crucero entraron en la claustra". "... La extraña crestería plateresca destacaba su cárdeno granito sobre el índigo ardiente del cielo". (Capítulo XII).



La fuente de Sofraga. — "...y, al cruzar la plazuela de Sofraga, vió en torno a la fuente ocho o diez mozas de cántaro..." (Capítulo XXVII).





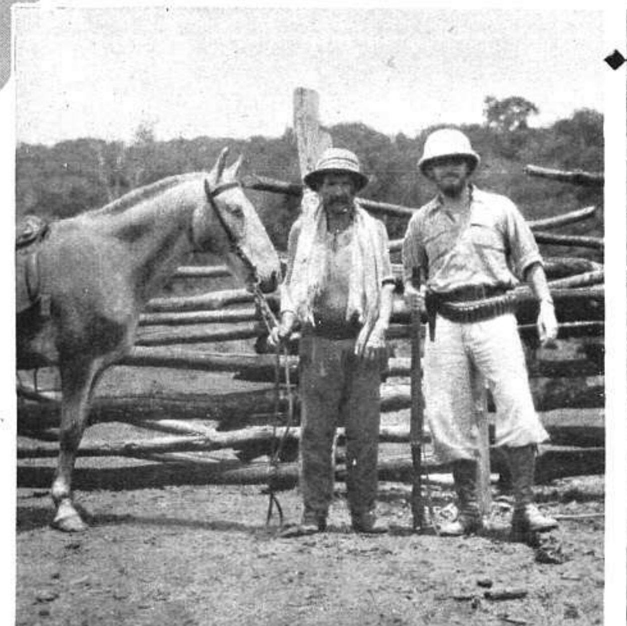
Apenas penetra el sol entre la fronda exuberante. Adelante, el guía, antiguo tropero, va abriéndose paso a fuerza de machete. Aunque se oculta a los ojos del hombre, se siente palpitar la vida del monte tras la cortina verde del follaje.



Otra impresión de la selva misionera en las faldas de la sierra del Imán, donde los árboles de yerba mate alcanzan a veinte y veinticinco metros de altura.

Misiones, tierra maravillosa

El autor de esta nota con el guía en Fracrán, en uno de los corrales del rancho de Silva, único punto habitado, en un desmonte, en pleno corazón de la selva en el centro del territorio.



Un campamento en un "pozo" cerca del arroyo Tarumá, a un día de marcha desde el Alto Paraná. Misiones, con su paisaje quebrado, su selva extraordinaria, su fertilidad y su clima, bien merece el título de "tierra maravillosa", que representa una realidad incomparable.





Avanzando por los "piques" abiertos por los troperos, que una o dos veces al año acarrean yerba virgen del interior, los cuales son apenas perceptibles entre la maraña y los helechos gigantes.



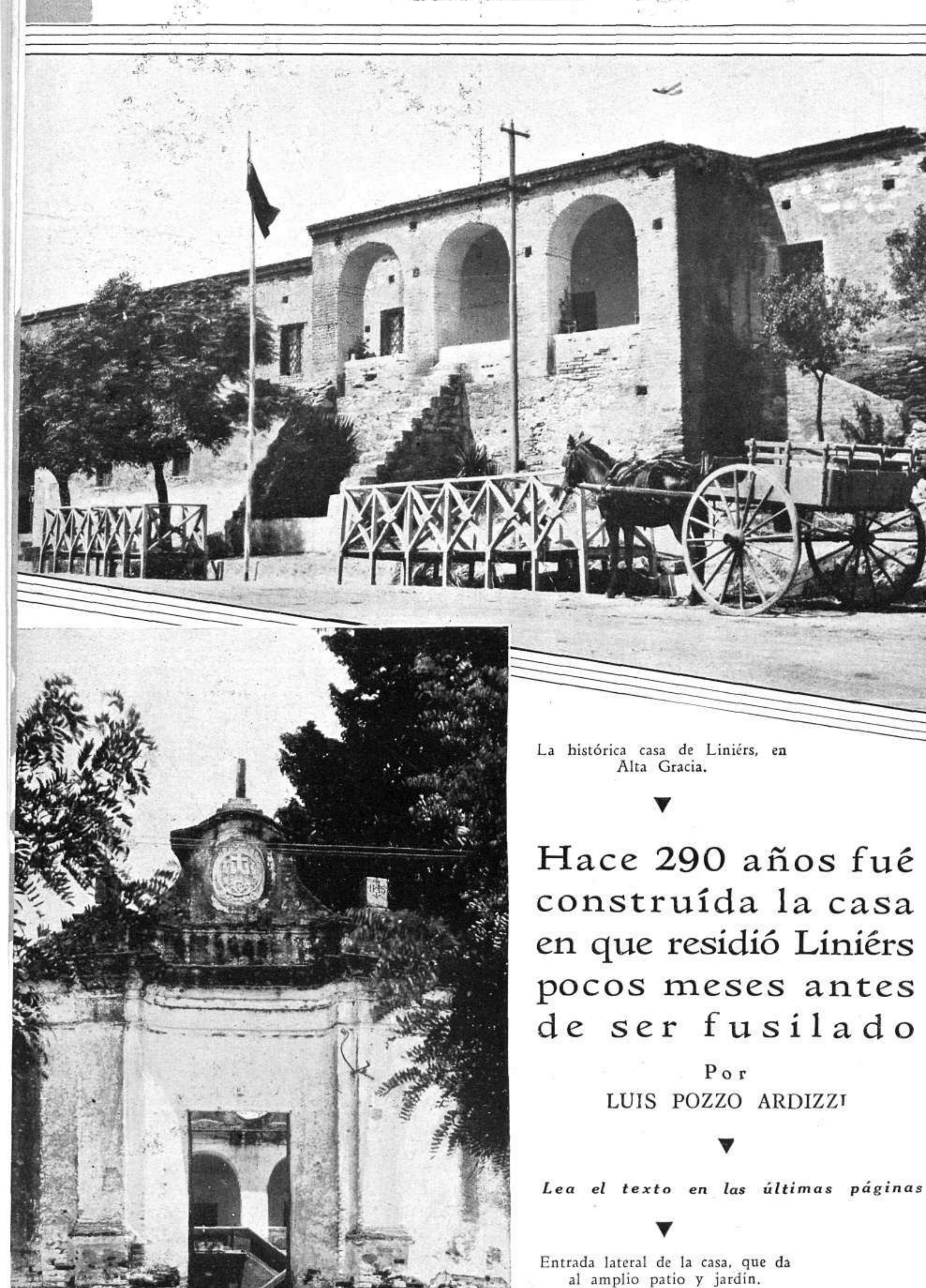
Un alto para el almuerzo, junto a un claro, bajo el sopor de un mediodía tropical. El humo del fogón trata inútilmente de ahuyentar los insectos que atacan y acosan al hombre, haciendo la vida de la selva casi intolerable.

Un viaje al corazón de la selva

FOTOS Y TEXTOS DE LOBODON GARRA

Una de las últimas avanzadas de la civilización que va conquistando el monte virgen: la casa de un colono europeo recién establecido en un "rozado" sobre el arroyo Itacuruzú.





La histórica casa de Liniérs, en Alta Gracia.

Hace 290 años fué construída la casa en que residió Liniérs pocos meses antes de ser fusilado

Por
LUIS POZZO ARDIZZI

Lea el texto en las últimas páginas

Entrada lateral de la casa, que da al amplio patio y jardín.

Una vista del jardín de la finca.



Otro aspecto del frente de la casa.

▼

Iglesia construída por los jesuítas en 1643 y que se encuentra junto a la casa que luego ocupó el héroe de la Reconquista.



Emilia Pardo Bazán, varonil y fuerte, llevó a España en el corazón y la describió reciamente.



Ada Negri, la más grande poetisa de Italia, alma llena de ternura y temperamento de rara potencia.



Delmira Agustini. Esta poetisa uruguaya fué en América la voz del más exaltado lirismo.

La mujer en la cultura latinoamericana



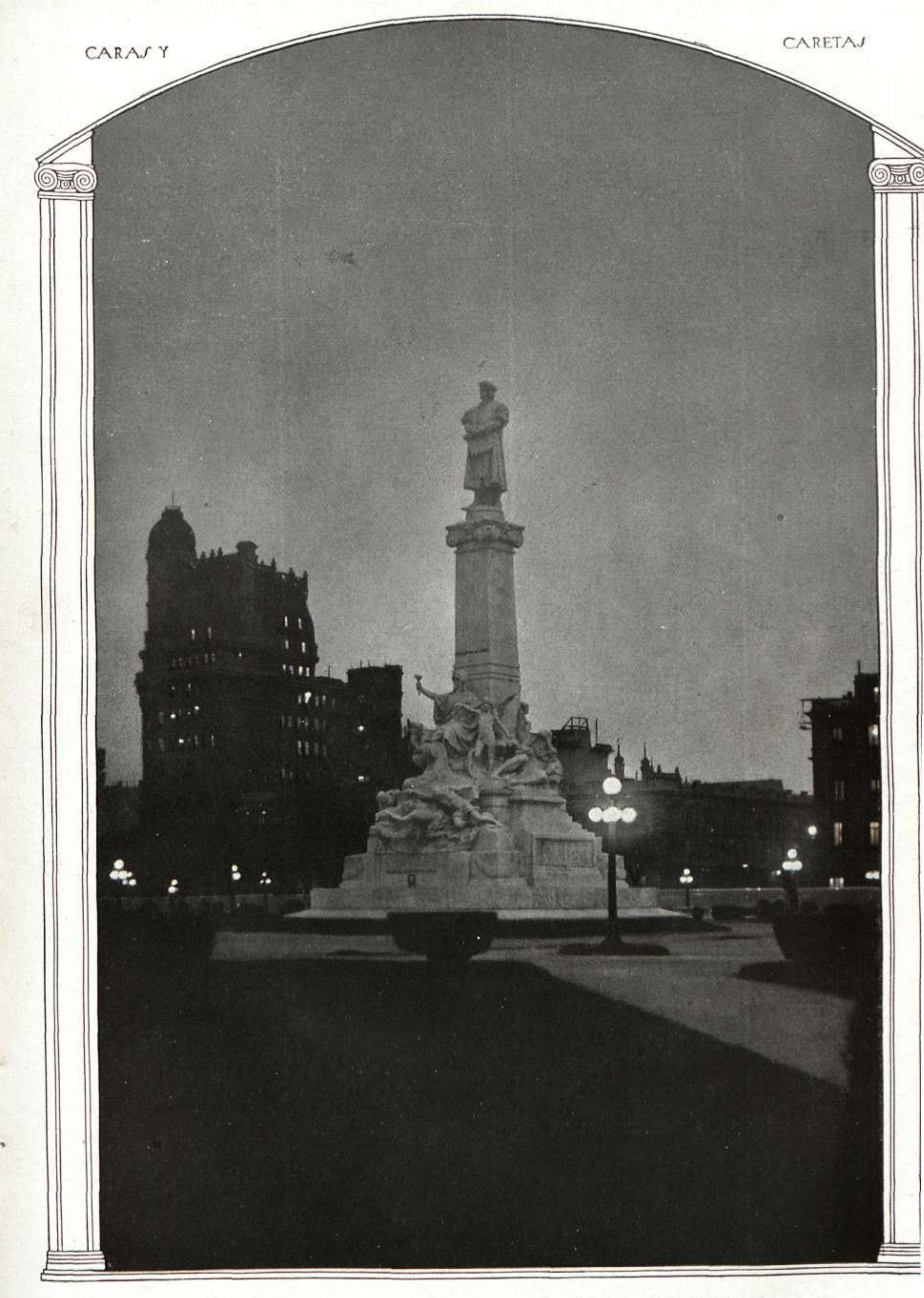
Exquisita y culta, la escritora Rosalina Coelho Lisboa es uno de los grandes valores literarios brasileños.



Chile — y América toda — tiene en Gabriela Mistral la voz más noble y el verso más sincero de su raza, que es la nuestra.



La argentina Victoria Ocampo es, en nuestra literatura, un exponente de aristocracia, de talento y de buen gusto.



SIMBOLO DE FRATERNIDAD

EL MONVMENTO A COLÓN

COMO SIMBOLO DE FRATERNIDAD, SE LEVANTA EN LA PLAZA COLON EL MONUMENTO QUE LOS ITALIANOS OFRENDARON A LA REPUBLICA ARGENTINA Y QUE PERPETUA LA MEMORIA DEL DESCUBRIDOR DE AMERICA.

EL CONDOR SIMBOLICO DE AMERICA



L Ande fué su atalaya, y sus ojos, que habrían de vigilar la ruta del Libertador, fueron antes testigos de la temeridad del conquistador que abrió en el Continente Nuevo las brechas de la civilización.

ORDEM E PROGRESO

CARAS Y CARETAS

General Agustín P. Justo, presidente de la República Argentina.

Doctor Getulio Vargas, presidente de los EE. UU. del Brasil.

El presidente argentino fué clamorosamente recibido por el pueblo brasileño



JAMÁS olvidará el mandatario argentino los momentos vividos en la nación brasileña, y nuestro pueblo, al eco de los agasajos, experimenta la sensación profunda que producen los grandes acontecimientos históricos y comprende que dos nombres, Justo y Vargas, han sellado para siempre la amistad que une fraternalmente a los dos grandes países sudamericanos.

El presidente de la República Argentina a bordo del "Moreno", instantes después de su arribo.

▼

Los mandatarios de la Argentina y el Brasil, dirigiéndose a la carroza oficial.



El general Agustín P. Justo, el doctor Carlos Saavedra Lamas y miembros de la comitiva, a bordo del acorazado "Moreno", momentos antes de abandonar la nave.

Los presidentes Vargas y Justo se dirigen, en la carroza oficial, al palacio Guanabara, recibiendo durante todo el trayecto el caluroso homenaje del pueblo.

El presidente de la República Argentina saluda al comandante de las fuerzas brasileñas que rindieron honores a su llegada a Río de Janeiro.

El general Justo y el doctor Vargas dirigiéndose a revistar las fuerzas militares que rindieron honores.

El presidente argentino, a su paso por la avenida Río Branco, retribuye las demostraciones de la muchedumbre.

LA FVNDACION DE BVENOS AIRES

EL SABADO XI DE JUNIO DE MDLXXX EL GENERAL JUAN DE GARAY, CON LOS LXIII SOLDADOS POBLADORES, DESPUES DE NOMBRAR LOS ALCALDES ORDINARIOS Y REGIDORES, FUERON A LA PLAZA PUBLICA MARCADA EN LA TRAZA Y AYUDARON A ALZAR UN PALO Y MADERO POR ROLLO PUBLICO Y CONSEGIL PARA QUE SIRVIERA DE ARBOL DE JUSTICIA, Y ANTE EL ESTANDARTE REAL Y LA CRUZ, ECHO MANO A LA ESPADA Y CORTO YERBAS Y TIRO CUCHILLADAS, POR LO QUE NADIE LE CONTRADIJO; TOCANDO LUEGO EL MADERO CON LA ESPADA, TOMO POSESION EN NOMBRE DEL REY DE ESPAÑA DON FELIPE II, LEVANTANDO ACTA PEDRO DE XEREZ, ESCRIBANO PUBLICO DEL CABILDO Y GOBERNACION.

CUADRO DE JOSE MORENO CARBONERO, EXISTENTE EN EL MUSEO MUNICIPAL.

Diplomáticos españo



El señor Julio Arellano y Arróspide, cuya actuación como ministro fué un modelo de eficacia.



Ramiro Gil de Uribarri y Ossorio, prestigioso ministro plenipotenciario en 1905.



Luis de la Barrera y Riera, que consiguió estrechar las relaciones comerciales.



El conde de Cadagna de la Quintana, cuya habilidad diplomática fué muy eficaz.

Don Juan Durán y Cuerbo, que, iniciándose en 1882 como encargado de negocios de España, fué designado ministro el 14 de enero de 1891.

CARAS Y CARETAS

Elogio de la diplomacia

Sus grandes figuras

Diplomáticos argen



Luis L. Domínguez, poeta y diplomático (1885).



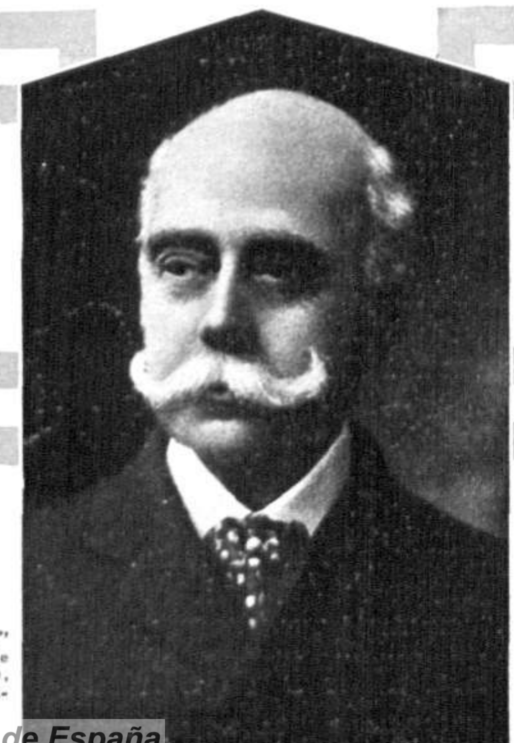
Vicente G. Quesada, historiador y diplomático (1892).



Mariano Demaría, estadista y diplomático (1905).



Roque Sáenz Peña, estadista y diplomático (1906).



José C. Paz, fundador de "La Prensa" y primer ministro plenipotenciario de la Argentina en España (1882-83), que contribuyó a afianzar las relaciones entre los dos países.

les en la Argentina


Pablo Soler y Guardiola, primer embajador extraordinario (noviembre 13 de 1916).


Marqués de Amposta, inolvidable en nuestro país por su simpática personalidad de embajador.




Antonio de Zayas y Beaumont, duque de Amalfi, embajador en 1926.


Ramiro de Maeztu, el gran escritor que dejó inolvidables recuerdos de simpatía en Buenos Aires.

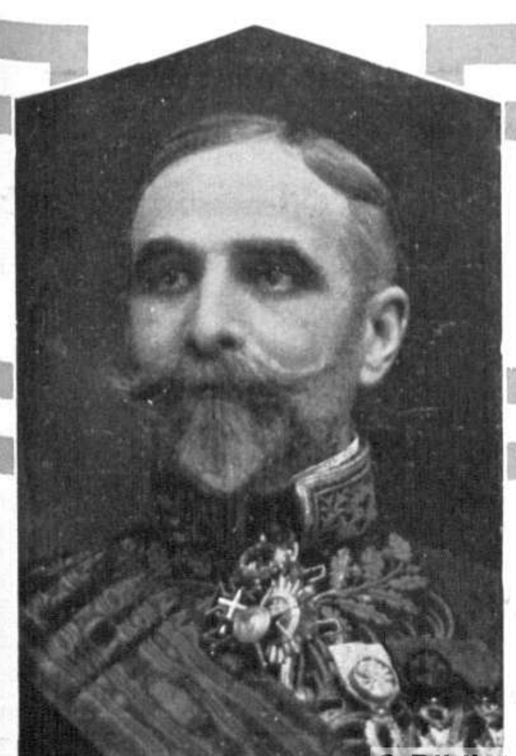
Alfonso Danvila y Burguero, brillante escritor y diplomático exquisito, que desempeña su alta misión de embajador de España, con talento.

hispano - argentina

Por Juan José de Soiza Reilly

CARAS Y CARETAS

tinos en España




Eduardo Wilde, médico, humorista y ministro plenipotenciario.

Marcos M. Avellaneda, que se hizo dueño del corazón de España.


Enrique Larreta, embajador de las letras y del amor a España.


Carlos de Estrada, prestigioso embajador argentino.

Daniel García Mansilla, actual embajador argentino en España, que desempeña sus funciones con un tacto y un afecto verdaderamente extraordinarios.

Véase el texto en las primeras páginas



La "bandera de la raza" — creación del capitán uruguayo Angel Camblor, — que será izada el 12 de octubre, por primera vez, en nuestro país.

Ondeará · sobre · Buenos · Aires la · Bandera · de · la · Raza

Sobre un fondo blanco, tres cruces alineadas de color morado — mayor la del centro — y el sol incaico, en oro, surgiendo en medio del nuevo símbolo: ésta es la "bandera de la raza". Su creación no es consecuencia de una meditación precipitada; están en ella representadas las tres carabelas de la insuperable aventura y el astro caro a las razas americanas. Luminosa, serena, fraternal e histórica, representa los ideales de los países que llevan en sí las virtudes de los pueblos fundidos en un anhelo común. Al izarse por primera vez en nuestra ciudad, a la vez que en las demás repúblicas iberoamericanas, será una coronación de la fiesta con que se celebra el aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo.



ROMANCE DE CARBALLO

A la manera del siglo XV.

por ENRIQUE RICHARD LAVALLE

Venía por estas tierras
el Capitán de Garay,
mandando tales varones
que mejor no hubiera más,
cuando, le plugo al Destino,
que a batalla singular
retáranle los gentiles,
guerreros cual pocos hay.
y no deseando otra cosa,
por probar el Capitán
su poder y su malicia,
daba batalla campal.
Mas, allí, como en ninguna
ocasión, vióse pujar
a los indios con sus huestes
que hasta peligró Garay.
Aquí, un cacique pujante,
a su empuje hacía arrollar
cuantos a mano había
por destreza o por audaz,
y ya muchos le evitaban,
y él les corría a buscar,
y a no acertarle una bala
¡malas las pasa Garay!...
Otro más allá, y otros...
guerreros cual no vi más,
valientes, empecinados
en combatir y triunfar.
¡*Ya fué buena zarabanda*
aquel rudo batallar!,
y ya debió arrepentirse
de su audacia el Capitán
que, a no tener armas tales,
difícil fuera triunfar
de un enemigo tan diestro
y de valor tan cabal.
Mas, al fin, desbaratóles,
y al perseguirles, tenaz,
un tal soldado Carballo
ganóse el monte a buscar,
cuando improviso descubre
a un indio y vale a matar,
y una india se le interpone
y háblale de guisa tal
que, aplacando sus furores,
llévalo por la amistad.
Carballo la escucha atento
y mírala, por su mal...
porque, la ve tan hermosa,
tan divina, tan sin par,
¡que siente encender la llama
de su deseo infernal!...
Diz la india que es su amante
el indio... que ámanse en paz
y Carballo, conmovido
se parte sin más hablar...
y ya andado su buen trecho
vuelve rienda, ¡qué infernal
amor le hizo ver la india
en su belleza sin par!...
Y *arremetiendo furioso*
al indio muerte le da,
y a ella requiere de amores,
ya suplicante o brutal...
La india... reina de selvas,
¿quién la imaginó jamás
ni más linda, ni más dulce,
que hasta su parla es cantar?...
— Ven, que mi amor cual ninguno
de los amores será,
¡reina de reinas, que te ama
el que nació para amar! —
Carballo la diz, y dícesele
ella, en lloroso rogar:
— Cávale fosa a mi amante,
y luego me llevarás...
Carballo, puesto a la obra,
cavó en agitado afán,
y echado el indio en el hoyo
gritóle ella: — ¡Cava ya
un poco y ponme a su lado! —
y se clavó su puñal...
rodó a la fosa, y sonriendo
— Gracias... — dijo, al expirar...
Carballo huyó enloquecido,
y al dar con su Capitán
entre sollozos narróle
lo acabado de pasar.
Dicen... que nunca volvió
a su razón... y en su mal
sin sosiego, de continuo
poníase a recordar...
y tal y tanto sufría
que, si intentaba llorar,
sus lágrimas eran sangre...
y de esto la razón dan:
— Que aquel que al Amor traiciona
no tiene perdón jamás...

DIBUJO DE EDUARDO ALVAREZ

¿Dónde se perdieron las fabulosas riquezas de América?



El descubrimiento del Nuevo Mundo tuvo por inmediata consecuencia el hallazgo de inmensas reservas de metales preciosos, principalmente plata. Las incursiones de los conquistadores, de Fernando Cortés en Méjico, de Francisco Pizarro en el Perú, de Valdivia en Chile, fueron otras tantas cruzadas en busca de tesoros fabulosos.

En cambio de su libertad, Atahualpa, el último gran inca del Perú, ofreció a Pizarro "cubrir con oro el piso de la habitación donde se encontraban". No habiendo obtenido respuesta, aumentó el precio de su liberación y propuso "llenar con oro la estancia hasta la altura que alcanzaran las manos". Pizarro aceptó. A la altura señalada por la mano del inca hizo trazar una raya roja en todo el contorno de la habitación que medía diecisiete pies de ancho por ventidós de largo. La línea roja estaba a una altura de nueve pies del suelo. El valor de todo aquel botín fué estimado en 1.323.600 pesos oro (un peso oro valía un ducado y un tercio). El oro allí amontonado provenía de los tesoros y palacios reales así como de los templos y ornamentaciones divinas.

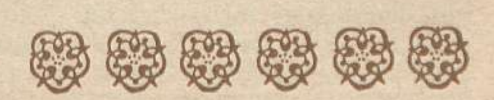
Mayores fueron los tesoros entregados por el emperador de Méjico, Moctezuma, a Cortés, nada más que para rendirle homenaje y obtener de él consejo y

amistad. El oro alcanzó a la suma de 600.000 pesos. Pero, aquel botín no sólo fué en metálico. El propio Alberto Durero, al contemplar las plumas de aves entrelazadas con filigranas de oro que recibiera Carlos Quinto y se expusieran en los Países Bajos, decía: "En mi vida he visto nada semejante ni que tan profundamente emocione el espíritu, pues he descubierto un arte nuevo y he permanecido confundido ante la ingeniosidad sutil de los hombres de aquellas lejanas tierras".

Pero, aquello no era más que el comienzo. Los mejicanos, a la inversa de los peruanos, parecían no tener noción del valor de los metales preciosos. Eldorado, la tierra del oro tan ardientemente buscada, cuya riqueza debía servir para reconquistar el Santo Sepulcro, se reveló la tierra de la plata. En 1620, fueron descubiertas las minas de plata de Méjico; en 1544, en el sur del Perú, las de Potosí, que Gonzalo, el más joven de los hermanos de Pizarro, fué el primero en explotar. A partir del descubrimiento de los yacimientos de Potosí, la producción mundial de plata aumentó de 90.000 kilogramos anuales a 311.600. Después del 1600 sobrepasó al medio millón. El ochenta por ciento se encontraba en manos de los españoles.

Los tesoros atravesaban los mares en la flota mejicana y en los galeones peruanos. Todos los años, una poderosa flota compuesta por cincuenta o sesenta navíos, partía de Sevilla cargada de víveres y objetos usuales, vino y aceites, calzados y vestidos, con destino a Veracruz o Puerto Cabello. A su regreso al viejo continente, lo hacía desbordando oro y plata. El aprovisionamiento de los pueblos y ciudades de América era de monopolio español y, a la vez, lo era el de la explotación y conducción de las riquezas minerales. Los banqueros de Sevilla eran los que financiaban las expediciones y recibían luego las ganancias en forma de pesadas barras de plata. Pero, sólo una ínfima parte de ellos eran españoles: la mayoría eran de Alemania del sur.

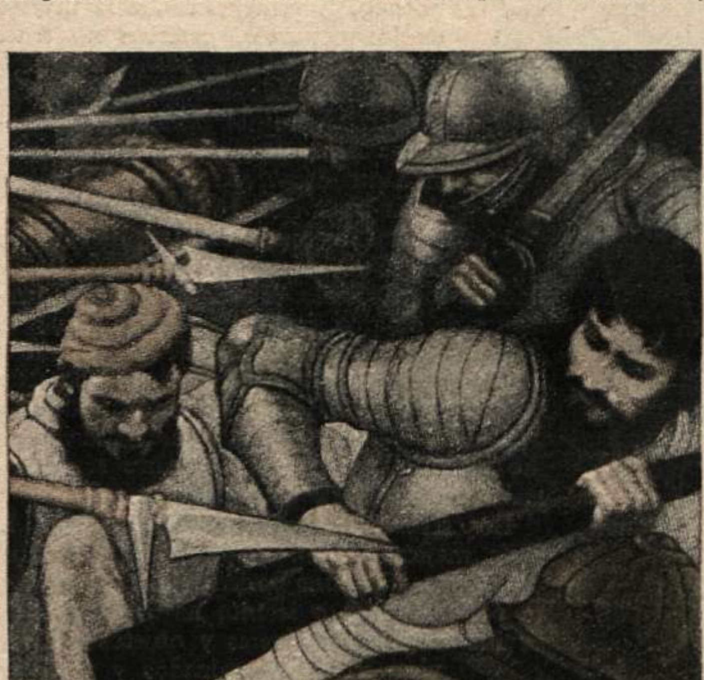
La fatalidad, como una maldición de los dioses, hizo desaparecer los inmensos tesoros que los conquistadores obtuvieron de los incas del Perú y de los emperadores mejicanos. Calamidades, guerras y hasta la mano de los banqueros cosmopolitas, fueron desmenuzando las riquezas conquistadas por los españoles a costa de penurias, sacrificios y combates contra la naturaleza y los indígenas.



de Nuremberg y, también, de Génova.

"La plata americana, — escribe Richard Ehrenberg, — corrió como un torrente a través del país, no para fertilizarlo sino para destruirlo, dejando en pos de sí una penuria de numerario cada vez mayor". Porque el dinero carece de valor sino sirve para alimentar el trabajo del hombre. Y, así, cuanto más impetuoso fué el torrente de metales preciosos que afluía desde América, mayor fué la ruina de España.

En la península, las industrias comenzaron a decaer y en América los pobladores abonaban los precios más fantásticos por vulgares artículos de uso doméstico. Un par




de botas costaba 300 ducados; una capa, mil; un caballo de silla, 400; un sombrero, 200.

El dinero de América iba a parar a muy contadas manos. Un duque de Frías, un Velazco, cualquiera de los familiares de Mendoza, de Medina, de Osuna, extraía cientos de miles de escudos por concepto de diezmos. El juego arrancaba de manos de ellos los enormes tesoros que, muchas veces, habían obtenido después de realizar largas y peligrosas expediciones por el recién descubierto continente. Pero, los que más provecho obtenían, eran los banqueros sevillanos, habilísimos mercaderes que lograron despertar en el pueblo la sed de aventuras y especulaciones, concediéndoles todo género de libertades para luego arrebatarles cuanto obtenían en una lucha constante contra los elementos, los salvajes y las enfermedades.

En el período comprendido entre 1575 y 1650, el mantenimiento de la superioridad militar de España costó anualmente más de cinco millones y, a veces, hasta diez millones de ducados. Estas sumas enormes eran requeridas por el equipo y sostenimiento de la Armada Invencible, con sus ciento treinta veleros y sus sesenta y cinco galeras tripuladas por más de 30.000 hombres, sin contar los civiles y religiosos. Su destrucción obligó a un gasto extraordinario de ocho millones para preservar al país de cualquier peligro inmediato. Los impuestos, las alcabalas, desde entonces, aumentaron. En 1575 se triplicaron. En 1594, las cortes se lamentaban de que por mil ducados hubiera que pagar 300 de contribución.

La bancarrota no tardó en llegar. Los financieros no tenían ya ni las fuerzas, ni la voluntad, ni siquiera la posibilidad de utilizar el río de metal precioso que llegaba desde América como fuente de energía para una producción organizada. En 1560 la deuda pública elevábase a 20.000.000 de ducados; tres años más tarde era de sesenta y, cuando murió Felipe II, alcanzaba a los cien millones. Así continuó el desastre y, en 1700, cuando falleció Carlos II, el postrero de los Habsburgos de España, sus cortesanos se encontraron con que en las arcas reales no había ni el dinero necesario para costear su ataúd.

Los tesoros de América, el oro de Atahualpa y las maravillas de Moctezuma habíanse perdido para siempre. Arrancadas de los templos del suelo americano, fueron devoradas, malbaratadas, perdidas por la fatalidad.





LEYENDA DEL JAGUAR Y EL HOMBRE BLANCO

Por JULIO VIGNOLA MANSILLA

En una noche subtropical, cerca de Campo del Cielo, mientras a fuego lento asaban un cabrito, cuatro desmontadores dieron en hablar sobre la agilidad, la crueldad, fuerza y fiereza del tigre. Un tártaro musculoso fantaseó largamente refiriéndose a los felinos de las taigas o bosques de la tierra asiática, para concluir diciendo:

—Amigos, con la gata grande no se juega...

Pero en cuanto a fabuloso, un paraguayo lo superó afirmando:

—Pa los ojos endemoniaos del jaguar, nada hay oculto.

Entonces un aborigen de piel cobriza, dirigiéndose a su antiguo compañero de penurias y trabajos en el regimiento disciplinario, dijo:

—Vos, Hilario, cierta noche que habíamos tomao bastante aloja de tusca, supiste contarme la historia del jaguar y el hombre blanco. Si la contases otra vez...

Hilario Cutipa, inclinándose sobre el tizón de ñandubay, quebró algunas brasas y un tanto contrariado mascculló:

—Cierto, Romildo... Pero esa historia te la conté en reserva y no pa que la andés despa-

rramando. A tiempos viejos, historias viejas, pues; y a tiempos nuevos...

Porfió el viejo aborigen y con él el paraguayo y el tártaro. No tenía como escapar Cutipa y empezó:

—Ya dije que esto ocurrió en tiempos antiguos... Los montes vírgenes dormían. No los amenazaba tuavía la locura roja del tanino, en yunta con el ferrocarril y los aserraderos bramadores... ¡Quién sabe de ánde, montao en una mula negra, el primer hombre blanco se apareció cruzando un estero! ¡Amigo! en medio del pantano la mula se echó pa morir. A la cuenta atacada del mal de cadera. Acosao por los mosquitos, castigao por los piris, medio maniao por los camalotes; embarrao, lastimao por las espinas y cuasi desnudo, llegó el hombre a la orilla. Desesperao se dejó cair junto al tronco de una palmera roja. Estaba por maldecir su destino, cuando allí cerquita, de entre unos altamisques, el jaguar mejor pintao se le apareció. Se quedó sin aliento. Verlo el hombre y creer en una aparición de Satanás jué todo uno. Pero en vez de hacerlo polvo de un zarpazo, el tigre se puso a rair... ¿Qué me dicen? Entonces al hombre le volvió el alma al cuerpo y ofendido dijo:

—Sólo el diablo se burla de la disgracia ajena.

El jaguar aseguró no conocer al diablo y dijo que se raiba del hombre blanco. Cuando el hombre le preguntó por qué, él respondió:

—¡Tanto me lo habían ponderao! Entre los animales de por acá, no se habla más que del ray de la creación. Me lo pintaban fiero, desalmao, capaz de llevarse por delante un lapacho de mil años y voltiarlo con la juerza de un rayo. Capaz de peliar con cien chanchos salvajes y vencerlos. Y claro, pues, deseaba conocerlo y hasta probar su carne...

Y otra vez al hombre se le escapó el alma del cuerpo. Pa que la fiera no se lo devorase, se quejó:

—Vea mi flacura... No tengo más que el cuero y los güesos. ¿Ande se ha visto un ray de la creación dando lástima?

—No, si no he pensao carniarlo. He pensao otra cosa: que dende aura en adelante seamos como hermanos. Ansí yo lo ayudo a usté con mi mucha juerza y poca inteligencia y usté me ayuda con su poca juerza y mucha capacidá. ¿Trato hecho?

—¡Trato cerrao, hermano jaguar! — gritó el hombre.

—¡Trato cerrao, hermano hombre! — rugió refosilao el tigre.

En tanto se alejaban del palmar el hombre que parecía un jesucristo salvaje, debido a las puñaladas que los vinales le habían dao con sus espinas como lanzas, le dijo al jaguar que le enseñase todos los secretos del paraje. La fiera le respondió:

—Sólo Dios sabe todos los secretos, hermano hombre. Pero en fin, ya que tiene antojo, los pocos que yo sepa se los enseñaré. Yo también pienso algún dia visitar la selva de los hombres, y entonces lo voy a cargosiar con mis preguntas...

—¿Cargosiarme? No faltaría más, hermano. Yo lo apadrinaré y haré de baquiano en esos matorrales. Conocerá los árboles de güena o maligna sombra. Le enseñaré a cuerpiar las malas fiestas del hombre y a ladiarse de los cementerios ande sabe enterrar a sus vivos y a sus muertos.

Con estas promesas, los ojos del jaguar se incendian, porque también él desea llegar hasta la tierra de los hombres blancos. Tiene comezón por conocer sus aguadas, sus raleras, sus montes sucios, sus tacurusales y sus riachos. Y tan errao no anda el jaguar en su ignorancia, al pensar que en la tierra de los hombres, se arrastra también la víbora coral, la de la cruz, la serpiente cascabel y las boas lampalaguas capaces de tragarse un güey... Piensa que se topará con fieros y brutos tapires, con yacareses echaos al sol de la siesta; con monos aulladores colgaos de las ramas y lindos pájaros como la urraca azul, el cardenal, la charata y el tucán de pico anaranjao. Después pasaron por una abra de laureles y algarrobos y se metieron por el monte juerte. La luz del día era cada vez más floja, y la sombra del monte cada vez más espesa. El tigre iba siempre adelante, haciendo de baquiano, por caminos que sólo él conoce. Creyó el hombre que lo llevaba al infierno, pero en eso entraron en un limpión de claridá de cielo... Habían llegao a la guarida. Un hermoso tigrecito vino corriendo, haciendo fiestas, a recibir al jaguar, que bramó satisfecho:

—¡Hijooo!

Y el jaguar tierno gruñó al oido del jaguar curtido:

—¿Qué animal se ha traido pa cenar, tata? Parece indio...

—No, mi hijo, no es indio ni sirve pa comer. ¿Su tata no le ha hablao del hombre blanco, el ray de las bestias? Este es el ray del mundo. Andaba perdido y me comedí pa ayudarlo. Y aura somos pior que hermanos de sangre... Vaya, mi hijo, juegue con él, es su tío. ¡Ah, pero respételo mucho!

El forastero no quería pasar por hermano desamorao y se puso a loquiar con el cachorro. En eso vino la tigra y viendo que el hijo jugaba confianzudamente con un carayá tan raro, le echó una mirada al jaguar que era como una pregunta. El marido la tranquilizó diciendo:

—Es el hombre blanco y tiene pinta de güeno. Tendrás que tratarlo como a un hermano mayor. Arrimate a saludarlo.

La hermosa y chúcara tigra saludó al hombre sin atreverse a llamarlo hermano. No era pa menos su cortedá: como llovido del cielo le había caido el individuo... Al tranco largo se jué el tiempo. Mientras tanto, el hombre, el jaguar y su cachorro intimaron. En cambio la tigra se volvió más reservada, como si adentro le estuviese hincando alguna espina. Cuando en su choza de quincho de simbol el hombre dormía, los fieles jaguares guardaban silencio y cuidaban su sueño. Y en sus andanzas por las abras, las isletas y las picadas, el jaguar padre iba haciendo punta pa prevenir cualquier peligro y guardando las espaldas del tío, iba el hijo. Con bastante habilidá se había arreglao un traje con cueros de venaos y lobos de agua. Y con la piel de un aguará rojo, se fabricó algo ansí como un gorro... Lo poco que el jaguar había aprendido espiando a los tobas, los pilagá y los mataguayos del Chaco y Formosa se lo enseñó a su hermano blanco. Por eso pa andar por los ríos, el hombre sabía hacer cachiveos con troncos de ceibo o palo borracho. Y con tal de desplumar a las garzas blancas y moras, se disfrazó de árbol. Con la madera y moras, berá tuvo arcos y flechas. Y con la leche del curupí-cay, se dió maña pa cazar loros habladores y pájaros. Cuando sintió sed, en los tallos del cardo gancho y el caraguatá halló agua dulce y fresca: agua de lluvia y de rocío. El inga

le dió su vaina sabrosa, el mistol su guinda; el tomatillo sus racimos color sangre; el chañar sus aceitunas y el mburucuyá su pulpa roja. La azucena del monte le ofreció su perfume dende lejos; y se enteró que cuando el ibirá-segmú florece, es pa llover... Hasta que un día... quién sabe si costiando el Teuco, el Negro de aguas amargas, o el río de Oro, en una abra alta, descubrió ranchos construídos con troncos de palmeras, por hombres blancos como él. ¡Amigos! qué corcobo le dió el corazón y cómo el alma se le abalanzó por juirse del monte! El jaguar padre que comprendió lo que en el espíritu de su hermano el hombre pasaba, amargao gruñó:

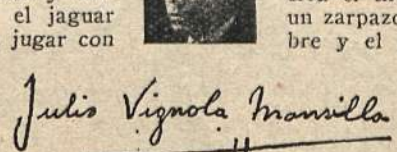
—Lo vamos a estrañar mucho, hermano... Pero, la querencia hace juerza... ¡Esa sí que hace juerza!...

Algunas lágrimas saltaron de los ojos del hombre y sintió como un güeso en la garganta que no lo dejaba hablar. Y el jaguar joven que se había encariñao con el hombre blanco, porfió por dirse con él. Descorazonao el padre, tuvo que cerrar la boca y callar. Eso sí: con la condición de que de vez en cuando visitase la guarida ande había nacido. Por más tigres que juesen, dura jué la despedida. Como los otros intrusos del abra, el hermano del jaguar hizo con troncos de palma su corral de palo a pique, y en medio levantó el rancho. Compró algún ganao y empezó a trabajar. Su sobrino, el jaguar joven, pronto se acostumbró a jugar con los perros. No podían faltar las polleras; ¡ah! y una mujer joven, de grandes ojos claros y dientes lindos asomó en la vida del hombre. A los pocos escarceos no más, me lo engualichó...

Se casó con ella. En los primeros tiempos le dió por cuidar como si juese una criatura al cachorro de tigre. Le ponía agua en una batea; le daba güenas raciones de cabrito o de cordero. De repente, sin motivo, le tomó rabia; una rabia negra. Y una tarde, entre zalamerías y qué sé yo, le dijo al marido que lo matase y vendiera el cuero a precio alto. El hombre, que quería de alma a su jaguar, se resintió y estuvo por pegarle con una vara de manzano silvestre una güena paliza a la mujer. En tres días no se hablaron. La mujer no cejó en su intento y con las mañas que a todas ellas el diablo les ha dao, al fin se salió con la suya. Güeno, y el hombre mató al jaguar cachorro, lo desolló y con espinas de vinal, dentro de la empalizada estaquió el cuero. ¡Y aura verán! Allá en el monte juerte, el jaguar padre algo olfatió; se cansó de esperar al ausente, y aconsejao por la tigra, una noche se acercó al rancho de su hermano el hombre; saltó por encima de la empalizada pa no hacer ruido, pa no molestar, pa no ser cargoso... ¡y hágame el favor!... ¡Se encontró con el cuero de su hijo!... Fresco tuavía y con olor a sangre... Pa qué contar lo que dispués pasó. Un bramido; un aullar de perros y el hombre que sale de su rancho... Con el winchester hace fuego y erra el tiro... El jaguar lo destroza de un zarpazo. Dende esa vez, entre el hombre y el jaguar existe un gran rencor.

Al terminar Cutipa el relato, el cobrizo Romildo dice:

—Con perdón de los presentes, pero... pa mí que en cada hombre blanco se agazapa un jaguar negro...



DIBUJO DE BERNABO

Tipos serranos

Por Pedro Herreros

Andando por la sierra
pienso, al ver estos viejos,
que viven sostenidos
por los cuatro elementos.

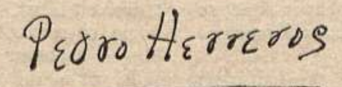
La tierra no la labran.
No tienen ningún sueldo.
Ni tienen animales,
salvo, claro, los perros.

Curtidos como charqui,
como sarmientos, secos,
parecen conservados
por el aire cerrero.

No se ve cuando comen...
Sólo encienden el fuego
para tomar, despacio,
el mate con poleo.

Su vida la han fiado
al espacio y al tiempo...
Veo que cortan árboles
pero plantar no veo.










FIRMAS BOLIVIANAS



VIENTO EN LA CUMBRE

Por JOSERMO MURILLO VACAREZA



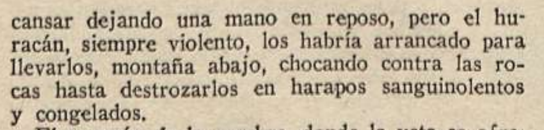
Los mineros, que del campamento habían partido en las horas de la mañana, llegaban cansados al socavón que se abría en los seis mil metros de altura.

— Si te sueltas — dijo un minero de mejillas hundidas y amarillentas a un jovencito que vino a trabajar en esta región — no encontrarán ni tus pedazos.

Asidos de un cable los mineros, dando manotadas rítmicas, subían por la empinada vertiente hacia el socavón donde, por el intenso frío, sólo podían trabajar breves horas.

El frío del cable metálico les endurecía las manos, en tanto que el viento y la nieve les azotaba sin descanso. Muchos hubieran querido descansar dejando una mano en reposo, pero el huracán, siempre violento, los habría arrancado para llevarlos, montaña abajo, chocando contra las rocas hasta destrozarlos en harapos sanguinolentos y congelados.

El socavón de la cumbre, donde la veta se ofrecía muy rica, era angosto, humedecido constantemente por la nieve que, como huyendo del viento, se protegía en el hueco de la entrada; allí el viento rezongaba en los filos de las rocas y en todas las salientes; algunas veces zumbaba con la nota larga y angustiosa de un quejido, y otras veces parecía un rugido detrás de herméticas y feroces mandíbulas.



No se oía siquiera, en pleno socavón, el golpeteo de los combazos con que los barreteros herían en la veta para sacarla en trozos; el cable de acero del andarivel, por el cual los baldes bajaban

miles de metros hasta el ingenio, con la orquesta brutal de la altura, parecía un hilo de seda, sordo y elástico, sin crujidos ni tensiones.

Algunos días esos cables se agitaban como cuerdas enormes de hacer saltos gigantescos. Entonces, asomábanse a la boca del socavón, sobre el abismo, las caras un poco embrutecidas de los mineros y veían cómo el huracán, después de abatir a los postes, hacía girar los baldes en los cables como un entretenimiento de algún niño titánico.

—¡Vamos a bajar! — gritó la voz del capataz.

Sus cabellos grasientos e hirsutos zafaban por debajo de su sombrerete de alas recortadas, convertido en un casquillo cónico, endurecido por la humedad que se había congelado, por la tierra y la suciedad. Como todos los mineros, una de sus mejillas dejaba adivinar un bolo sobre las encías, y que no era sino la coca masticada, hojita tras hojita, con cuyo jugo el pobre hombre creía aumentar su desnutrido vigor y su encanijada naturaleza.

Bajaron todos tomados siempre del cable. Y cuando estaban descendiendo a resbalones de sus zapatos de cuero crudo, oyeron la voz angustiosa de un rezagado:

—¡Sujeten, sujeten!

El cuerpo de un hombre, que se había dejado ganar con el viento y se había soltado del cable, chocaba contra las rocas, resbalando oblicuamente empujado por el viento, hacia el abismo de la montaña. Ovillado, encogido como un oso, el hombre bajaba rodando como una galga.

Los demás mineros, empujados por el huracán, no podían soltar sus manos heladas por el terror del cable que les defendía su vida.

—¡Sujeten, sujeten! — seguía clamando, mucho más lejos ya, el hombre que no había sabido sortear el embate del aire y que se confió en un instante de calma.

Su voz, como su cuerpo, pareció golpearse en todas las salientes y se perdió muy abajo, entre los escombros de un socavón centenario, adonde no había acceso desde una cuenta larga de años olvidados.

Los demás mineros vieron, embrutecidos por la escena, esa tragedia que les aterrorizaba, pero no les conmovía. Imposible era todo socorro. Los del campamento de abajo irían tal vez pronto a buscar su cuerpo; sería una verdadera suerte encontrarlo con vida.

—¿Cómo ha podido suceder? — dijo casi por ritual el administrador del campamento, un poco habituado a esos accidentes frecuentados por el huracán.

—Es que el hombre se soltó — le repuso ese otro minero que parecía siempre exhausto de aire con su disnea persistente.

—¿Se soltó? Es lamentable. Hay que ir a recogerlo.

Los mineros, que venían soplándose las manos y agitándolas para que no se les helaran, prosiguieron su descenso desperdigándose hacia sus chozas para buscar el pequeño abrigo de su fogón lleno de humo, y para distenderse sobre el suelo frío. Sabían que, cumplida su mita, eran otros los que debían buscar el cadáver y traerlo.

El de las mejillas hundidas, acodado sobre un poyo dentro de su cabaña, decía a su mujer, una chola de suciedad pringosa, y que pugnaba por hacer llegar a la boca tierna de su párvulo languideciente su ubre enflaquecida:

—Le dije que no se soltara. En lo peor del viento va y no se sujeta. Le tocó la desgracia...

El administrador prefirió recogerse a su habitación húmeda y no andar trajinando por entre las chozas en busca de gente que buscara al cadáver; hacía frío y el viento parecía hincar los copos de nieve en las manos y en el rostro.

—Nadie puede resistir esa caída y con el viento que hace...

En realidad, era inútil. A poco se iniciaría la noche y los mineros que fueran a la búsqueda no habrían podido descubrir con sus lámparas de acetileno el rincón exacto y peligroso en que estaría hundido el cuerpo del hombre que se cayó.

Pero el viento, que siguió gimiendo la noche entera, al día siguiente soplaba sin descanso. Los mineros, acostumbrados a comenzar el ascenso sólo cuando el sol podía impedir que se congelaran en la cumbre, no habían dejado todavía el abrigo de sus chozas; la nieve había logrado posarse en los techos de paja y en algunas oquedades, pero el viento, siempre ansioso de quitarla luego, estaba barriéndola poco a poco.

No había ninguna angustia para obrar.

—¡Que lo recojan, pues, señor! — dijo una mujer que se había cubierto la cabeza con una manta desteñida y que repentinamente apareció en el vano de la ventana de los avíos. Pero en su voz no había siquiera la pena ni el dolor.

—¿Pero quién ha de querer ir con este frío? — dijo el administrador. — Después, ya es hora de que comiencen a subir.

—Siquiera para enterrarlo, señor.

—Lo haré buscar a las doce con los que estén de descanso.

Y a esa hora del cenit, el administrador logró enviar a un par de mineros que, mascullando protestas, fueron hacia la vertiente donde el viento había empujado el cuerpo de ese minero inexperto.

—No hay nada, señor — dijeron a las dos horas de regreso, mirándose entre sí.

—¿Han buscado bien? Porque ustedes están acostumbrados a no buscar con todo empeño.

—Hemos buscado bien. Casi nos desbarrancamos. No hay siempre, señor.

Se volvieron a mirar, como si temieran delatarse por su laxitud. En realidad, como en un tácito concierto, los dos hombres, después de caminar sólo hasta un pequeño filo, desde allí otearon la vertiente y no se decidieron a mayor minuciosidad. Regresaron convencidos de que todo era inútil.

Dos mujeres, que habían preparado bujías y una botella de aguardiente para hacer el velorio, se retiraron decepcionadas. Una criatura, enfriada bajo su bata rasgada y en hilachas, comenzó a llorar con angustia.

Los engranajes, con el rumor sordo de sus dientes, comenzaron su diaria tarea de hacer circular los cables de los andariveles; el viento disminuyó como un descanso; luego, como si las cosas tuvieran sordina, ya no se oyó sino el zumbido persistente del huracán golpeándose contra las rocas y alzando la paja de los techos cubierta por el encaje de una nieve sutil.

—A ver si después lo hallamos — se dijo para sí mismo el administrador, y poniéndose el lápiz sobre la oreja, escanciaba el pisco aguardiente que, como todos, bebía en cortas intermitencias para mantener el calor de su cuerpo mal arropado en esas alturas.

Luego anotó:

—Sebastián Ayala, desaparecido en la cumbre sin culpa de la empresa, caso de fuerza mayor...



DIBUJO DE VALDIVIA



Recuerdos de la vida literaria

Mi relación con Paul Groussac

por Manuel Gálvez

· dibujo de Batlle ·

En enero de 1903 pasé unas semanas en Mar del Plata. Yo era un muchacho de veinte años. Mi obra literaria consistía, por entonces, en algunos artículos abominables publicados en un diario de Santa Fe y en tres o cuatro piezas de teatro, que, salvo aquella "Conjuración de Maza" de que he hablado, dormían merecidamente el sueño nebuloso de las cosas que no han de llegar a la vida. Tenía también proyectos innumerables, y entre ellos el de fundar "una gran revista".

Allí en Mar del Plata conocí a Martín Aldao, que acababa de publicar, con excepcional éxito, un libro de cuentos. Diez o doce artículos firmados se habían publicado sobre ese libro, y entre ellos uno de Paul Groussac. Tal vez lo de Groussac fuese una carta, pero en todo caso era una página extensa y elogiosa para Aldao. El maestro se encontraba también en Mar del Plata y yo le vi muchas veces con el joven y satisfecho escritor triunfante.

Yo conocía de vista a Groussac. Unos meses antes le había oído, en uno de los conciertos de la Biblioteca que dirigiera mi profesor de armonía Alberto Williams, su conferencia sobre Berlioz, cuya extensión inusitada había inducido al público aristocrático que llenaba la sala a demostrar, con toses y otros excesos, su impaciencia, su mala educación y su falta de respeto hacia quien, por su talento y su prestigio, merecía de sobra ser respetado.

Fué Aldao quien, en la terraza del Bristol, donde los tres vivíamos, me presentó al gran escritor. Aldao, acompañante infalible de Groussac, debió, probablemente, haberse venido a Buenos Aires, pues de otro modo no se explica que yo, una criatura de veinte años, y, por más señas ignorante, con la sublime ignorancia de esa edad feliz, reemplazara al autor de los cuentos en la amistad severa del maestro.

Yo había leído algunas cosas suyas. Entre mis amigos, Juan Pablo Echagüe, Emilio Becher, Ricardo Rojas y Ricardo Olivera hablaban de su obra con entusiasmo. En casa de mi padre estaba la colección de la revista "La Biblioteca", llena de páginas del maestro, muchas de las cuales yo conocía. Nosotros lo admirábamos por su prosa exacta y sobria, por su probidez intelectual, por la calidad de su espíritu y por su elogio a Rubén Darío.

Era Groussac un hombre de pocas palabras, exigente en sus juicios, enemigo de los charlatanes, los vanidosos y los rastacueros. Su edad era, por entonces, de unos cincuenta y cuatro años, no muy bien llevados. Su físico estaba en íntima correlación con su carácter. Tenía los hombros puntiagudos, las facciones angulosas, la nariz afilada. Todo en él eran puntas y aristas. Daba impresión de sequedad. Sin ser mal educado, ni mucho menos, ignoraba el arte tan francés de la "politesse". Y cuando alguna opinión le molestaba, solía herir a su interlocutor con indirectas demasiado directas e ilevantables. No hay para qué decir que aquellas opiniones no se referían a la persona del maestro, ni a su obra, ni a ninguna cosa suya, pues nadie hubiera tenido la osadía de meterse con él, exponiéndose a sus penetrantes alfilerazos.

Más de una tarde tuve el honor de que Groussac me invitase a pasear con él. Salíamos a caminar, y durante el paseo, como es de suponer, conversábamos. ¿De qué conversábamos? me pregunto ahora, después de treinta y un años. Sospecho que hablábamos, principalmente, de política. Aunque nacido en Francia, Groussac se interesaba enormemente por nuestras cosas. Se cree lo contrario, pero es un error. Lo que no le interesaba era nuestra literatura, porque no creía en ella, suponiéndonos, no sólo en ese tiempo sino también para el porvenir, en perpetua "actitud discipular" hacia la literatura francesa. Groussac conocía como nadie a nuestros políticos, y yo me había criado en el formidable ambiente político de la Santa Fe de aquellos años.

Me parece que hablábamos muy poco de literatura, y no se necesita ser muy lince para adivinar la causa. Podría, acaso, como algunos lustros después yo lo he hecho numerosas veces con respecto a muchachos que se iniciaban en las letras, haber querido enseñarme, recomendarme libros y autores, inculcarme algunas doctrinas literarias o darme consejos útiles; pero Groussac no tenía la pasión del magisterio y se preocupaba harto poco de que los jóvenes aprendiesen o no. Creo que no debíamos hablar mucho de libros o de autores porque una vez, subiendo la escalinata del Brístol, al volver de uno de nuestros paseos, me preguntó, sin duda para cortar algún tema literario iniciado por mí:

—¿A usted le gusta hablar de literatura?

Comprendí la intención y, un tanto cortado, le contesté:

—Sí... a veces...

—Pues a mí no.

Estas palabras, dichas secamente, sin mirarme, sin ningún gesto que las atenuase, me volvieron mudo.

Sin embargo, recuerdo algunas opiniones suyas sobre diversos escritores. Posiblemente eran respuestas a discretas preguntas mías. Tengo la impresión de que, a pesar de mis veinte años, fuí muy prudente en mis conversaciones con Groussac. De otro modo, a las primeras de cambio, no hubiera podido volver a verle.

Una opinión suya que me llamó la atención fué sobre los poetas españoles y los ingleses. Almorzábamos en el Brístol, en compañía de un político santafecino de menor cuantía, bastante tonto. El político le preguntó:

—¿Cuáles son los más grandes poetas del mundo?

—Los ingleses — respondió el maestro, sin titubear.

El político de menor cuantía inquirió:

—¿Y los españoles?

Groussac miró hacia el techo, embadurnado por unos "frescos" horrendos, y contestó, con un gesto de desdén:

—Como estas pinturas.

No sé qué efecto me hizo esta opinión, pero debió ser profunda cuando la recuerdo. No era de extrañar. Yo me había educado con los jesuítas, los cuales, como buenos españoles — me refiero a los españoles de esos años, — imaginaban que Núñez de Arce y Campoamor eran grandes poetas. En la clase de literatura del colegio no se nos habló jamás sino de los poetas españoles, acaso porque el programa no pedía otra cosa. Bécquer, Zorrilla, Espronceda eran alabados como genios, o poco menos. ¡Y qué insignificantes son todos esos poetas al lado de los Shelley y de los Keats, de los Beaudelaire, de los Verlaine y de los Carducci! No sería nada difícil que esa y otras opiniones de Groussac me hubieran hecho abrir los ojos a la verdadera belleza.

En una ocasión le hablé de una revista que, con unos amigos, estaba yo en vísperas de fundar.

—Se divertirán unos meses...

Pero su escéptico vaticinio no se cumplió. La revista, que fué muy buena e importante, vivió dos años íntegros y dejó de existir porque yo me fuí a Europa y la persona a quien traspasé la dirección no sacó ni un solo número. No fué la falta de éxito lo que mató a la revista "Ideas".

¿Tal vez por evitar el tema literario Groussac me invitaba a jugar al billar? Así lo sospecho. El jugaba más que yo y, aun dándome una pequeña ventaja, me ganaba. Es decir, debía ganarme. Porque descubrí que, en vez de agregarse tantos, cuando correspondía, se los quitaba. ¿Lo hacía para mantener el interés de la

partida? ¿O para evitar que yo, perdedor, pagara, lo que era en cierto modo impropio, dada la enorme diferencia de edad entre él y yo?

De cualquier modo, este pequeño hecho es muy interesante porque revela que Groussac, al contrario de lo que suele creerse, no carecía de sentimientos bondadosos. Era muy sensible a la amistad y le gustaba que le demostrasen simpatía, y él la demostraba también. Eso sí, no había que hablarle de literatura, ni siquiera de sus libros. No reconocía autoridad a casi nadie, en este país, y los elogios vulgares de los tontos o de los que no entendían, le exasperaban. Groussac no era un hombre malo, pero sí un amargado. Si buen número de argentinos cultos nos sentimos desterrados en este país, ¿qué no le ocurriría a él, que había nacido en Francia? Cuando él vino a estas tierras no era todavía escritor, y sus triunfos literarios le llegaron cuando ya no le era posible volverse a Francia, cuando ya tenía un hogar argentino. El pensar que pudo ser un gran escritor en su patria — y esto lógicamente, debió pensarlo en cuanto se convenció de sus fuerzas — y que debía conformarse con ser sólo un gran escritor en la Argentina, debió amargar su vida. Además, aquí le admiraba y respetaba un pequeño grupo, pero sus libros apenas se vendían. Groussac fué, y sigue siendo, un gran escritor ignorado. Por esto le dió tanta complacencia el éxito de su drama "La divisa punzó". Aquellos días debieron contarse entre los más felices de su vida de trabajador intelectual.

Después de la amistad marplatense poco le vi a Groussac, salvo en Alta Gracia, años más tarde. Creo que desde que nos conocimos no le visité en su casa de la Biblioteca ni siquiera cuatro veces. Más aún: no le envié mis libros, salvo "La maestra normal" y algún otro. Recuerdo que el ejemplar de mi primera novela se lo dediqué a Groussac como autor de "Fruto Vedado". Me contestó agradeciendo el envío con palabras afectuosas, y agregando: "A propósito de su amable dedicatoria, si la edad del que esto escribe le autorizara para dar un consejo al novelista de "La maestra normal", sería el de que leyera prosa algo más castiza que la abominable jerga galicana de "Fruto Vedado", cuya lectura, según me decía Cané, procura el mismo gusto que comer fresas espolvoreadas con arena". La prosa de Groussac, en efecto, había sido incorrectísima, y no llegó nunca a ser muy perfecta. No faltan entre nosotros admiradores de Groussac, más papistas que el Papa, como se ve, que le consideran el primero de nuestros prosistas. Lo que Groussac tenía era estilo, vale decir un modo propio de expresarse. Era un estilo de extraordinaria variedad, rico de movimiento, coloreado, ameno, lleno de citas curiosas, de referencias pintorescas, de ironías muy finas y en el que no faltaba algún gracioso juego de palabras. Las palabras de Groussac sobre su propio libro y estilo revelan que no merecía la fama de orgulloso y vanidoso que le habían dado, y que Pellegrini se equivocó al decir que el mejor negocio que pudiera hacerse era comprarlo a Groussac por lo que realmente valía y venderlo por lo que él creía valer.

Yo no le mandaba mis libros porque suponía que él, dedicado a arduos trabajos históricos, no los leería. Debió leer alguno, sin embargo, probablemente "La maestra normal" porque una vez me citó, junto con dos o tres argentinos, entre los escritores que teníamos aptitudes para la novela. Creo que fué en un artículo que publicara en el diario de la colectividad francesa. Me envió sus "Estudios de Historia Argentina", y a Delfina Bunge de Gálvez, por la que tenía un gran aprecio y era amiga de una hija suya, un ejemplar numerado, impreso en papel símil Holanda, de su admirable libro "Los que pasaban", y en el que se muestra, en toda la plenitud de su talento, el excepcional escritor de memorias que había en él.

Otra razón por la que no le enviaba mis libros ni le visitaba, era por aquella desconfianza suya hacia la obra intelectual de los argentinos. Un ejemplo. Cierta vez, en mi casa de Belgrano, hablando de escritores jóvenes, yo le recomendé a Arturo Capdevila y a su bello poema teatral "La Sulamita". Sin haberlo leído, ni conocer otras cosas del autor, me dijo, como indicando que no podía ser una obra original:

— ¡Pst! Hace unos meses se publicó en París una obra sobre el mismo tema...

Otra vez se hablaba de textos escolares. El opinó:

— No sé para qué escriben aquí textos escolares, habiendo en Francia algunos tan bonitos que se podrían traducir.

Como se ve, el maestro, por una parte, nos negaba originalidad juzgándonos en perpetua "actitud discipular", la cual le merecía desdén; y por otra, nos negaba el derecho a buscar nuestra originalidad.

Una vez lo visité para pedirle que me autorizara a incluir en una antología de cuentos su relato "La Herencia". Consintió, pero pidiéndome que lo expurgara de galicismos y otros defectos. Yo apenas lo toqué, respetuoso como soy de la obra ajena.

Mas a pesar de que no lo visitase en la Biblioteca, no por eso dejábamos de vernos. Tenía una casita en Alta Gracia, donde yo veraneaba, y casi todos los años iba él por una breve temporada a acompañar a los suyos.

Voy a referir una tremenda plancha que hice ante él. Pero para apreciarla en su valor, conviene recordar la fama de hombre de mal carácter, irritable y mordaz de que "gozaba" don Pablo. Contábase que había roto con todos sus amigos y se citaban cien frases suyas, a cual más hiriente.

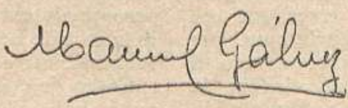
Es el caso que paseábamos en coche por los alrededores de Alta Gracia, en compañía de dos o tres personas de nuestras familias. Groussac iba a contar una magnífica anécdota en la que fué ridículo protagonista el doctor Antonio del Pino, ex senador nacional que, durante una ausencia de Figueroa Alcorta, ocupó, durante ocho días, la presidencia de la República. Fué aquel año en que nos visitó Clemenceau, y él, como presidente de la República, firmó la ley de propiedad literaria. Al mencionar Groussac esta ley, tan criticada por todos los escritores, yo lo interrumpí, y, haciendo un gesto tajante, en línea horizontal, con el brazo derecho, exclamé este expresivo calificativo:

— ¡Siniestra!

A lo que Groussac, señalándose a sí mismo, enviando el brazo hacia lo alto y escondiendo una sonrisa, comentó:

— De la que soy yo autor. ¡Adelante!

Nos reímos todos, él inclusivamente. ¡El león no era tan malo como lo pintaban!



DIBUJO DE BATLLE



FIRMAS HONDUREÑAS

EL NOVIO

Por ARTURO MEJIA NIETO

BERNABÉ perdió la oportunidad por su poco conocimiento del alma femenina. Era, no obstante, desenvuelto y gozaba de prestigio entre las mujeres. Se dedicaba a comprar novillos gordos y vacas viejas, incapaces ya de reproducción. Destazaba las reses y vendía el producto a la gente de Santa Clara. Tenía patente para explotar el negocio. De este modo monopolizaba toda la venta de la carne que se consumía en el pueblo.

Un tarde, como de costumbre, llegó a la estancia de doña Inés Paredes, viuda rica que vivía fuera del pueblo. La señora se entretenía en darle de comer a las gallinas. El visitante, sin bajarse del caballo, saludó con desenfado, pero en tono respetuoso.

—¿Cómo le va, doña Inés? — dijo.

—Bien, Bernabé. ¿Qué le trae por estos pagos?

—Quería entrar en arreglos con usted — contestó el matarife. — Siempre prefiero negociar con los más ricos — agregó en tono de adulación.

La mujer, que a pesar de sus 200 reses sabía que no era una de las personas más ricas del lugar, se pavoneó vanidosamente.

—Muy bien, ¿de qué se trata? — contestó.

Iba él a responder cuando en el rústico portal de la casa, con una canasta de huevos de gallina, apareció una joven y en sus labios se dibujó un gesto de timidez y molestia. Bernabé abrió la boca y calló. La sorpresa y la confusión también se manifestaron en su cara. Era ella una muchacha humildemente vestida, de 18 a 19 años. Bernabé se detenía siempre a mirarla, el físico y la expresión simpática de aquel rostro le llamó la atención desde un principio. Le gustaba pensar en ella; le gustaba creer que era una posibilidad ventajosa de matrimonio que él mismo había descubierto, y aprovechando el pretexto de la compra de novillos, visitaba la casa. Pero Bernabé nunca había conseguido hablarle porque ella daba la impresión de timidez o de orgullo. Se cruzaban el saludo y ella se introducía en las piezas interiores sin volver a salir. Toda la charla de Bernabé se concentraba con la madre.

—¿Así es que usted quiere que le venda novillos? — preguntó la señora para disimular la sorpresa del hombre y hasta alguna turbación que le causaba la aparición de la muchacha.

—Eso mismo, doña Inés — contestó él.

—Muy bien — volvió a decir ella. — Entre, va a tomar una taza de café.

El hombre contestó:

—Si no es molestia, doña Inés.

—De ningún modo — respondió la señora.

Doña Inés Paredes era una mujer avejentada, alta y huesuda, la cara angulosa y los cabellos blancos. Se apreciaba al momento la reserva de energías que manaba de todo su cuerpo, aunque una obscura enfermedad empezaba a minar su organismo.

"El matarife", al regresar al pueblo ese día, se sintió desilusionado por la indiferencia de la hija de doña Inés. Se decía a sí mismo que nunca podría conquistar su cariño, pues no había conseguido cruzar ni una palabra con ella. Pensando iba él en todo esto, cuando de pronto se encontró en el camino con su amigo Ramón Antúnez. Se celebraba una fiesta en la humilde casa de los Antúnez, cuya hija Lola había sido abandonada por Bernabé, precisamente para conquistar el cariño de la heredera de doña Inés Paredes.

Antúnez insistió en que "el matarife" lo acompañara. Bernabé recurrió a mil excusas, pero finalmente se resignó a visitar nuevamente la casa de Lola. Se encontró allí con muchas personas, inclusive el sacerdote y el alcalde del pueblo.

Como de costumbre, una vez en el baile, Bernabé, bajo el efecto del licor, fué uno de los

más entusiastas. Se bailó con verdadero derroche de alegría, con obstentación de pistolas al cinto y ritmos de acordeón y guitarra. El novio volvió a repetir a la hermana de Ramón sus promesas de amor. La declaración se hizo pública y la familia Antúnez, los padres y los hermanos, estimulados también por las bebidas, llamaron a Bernabé y lo felicitaron cariñosamente por su intención de formar un hogar con Lola.

Habló el novio con los cuatro hermanos Antúnez y les aseguró que tenía el mejor propósito de contraer matrimonio tan pronto como mejoraran sus negocios.

Pero los perspicaces Antúnez no estaban dispuestos a permitir que la oportunidad se pospusiera y Bernabé y Lola fueron casados sin que el primero se diera cuenta de lo que hacía. Al día siguiente de la ceremonia, cansado por el efecto del licor y el desvelo, Bernabé poco recordaba de lo ocurrido. Los hermanos de la novia fueron a visitarlo. Le llamaron "cuñado" y le dijeron que la suegra y su mujer lo esperaban. Bernabé se pasó las manos por los ojos y manifestó que no comprendía de lo que se trataba. Los hermanos Antúnez le refirieron lo ocurido. El hombre hizo recuerdos y finalmente llegó a la conclusión de que efectivamente se había casado con Lola. Ante su nuevo estado, el hombre no pudo menos que sorprenderse, pero manifestó a sus cuñados que aunque su cabeza no había estado del todo bien la noche anterior, aceptaba las consecuencias, pues el matrimonio ya estaba realizado.

Algunos días después, abatido, pero resignado, el matarife volvió a visitar a doña Inés, como le había prometido. Se cerró el negocio de los novillos y finalmente, entre cartas de venta y papel sellado, doña Inés, que se encontraba en un profundo y decaído estado de ánimo, manifestó su vehemente deseo de mantener confidencias íntimas con Bernabé:

Principió a hablarle de su enfermedad. Le refirió en tono maternal cómo había empezado a resfriarse, la humedad del campo, etc., y le contó que los médicos eran pesimistas y que no esperaba vivir mucho tiempo...

—Lo que más me duele, Bernabé, es dejar a Estefanía sola... Me habría gustado verla casada antes de mi muerte. Me gustaría un hombre como usted, Bernabé, que entendiera de cosas de campo, honrado y trabajador...

Bernabé escuchaba confundido. Por fin ella le insinuó:

—¿Por qué no se casa con mi hija, Bernabé?...

Al oír esto, el matarife, mostrando los dientes con una sonrisa de timidez, se apretó los dedos de las manos, cambió la mirada y se puso a toser. Quería contestar a la señora, pero no supo qué decir. Quería manifestarle que su mejor ambición había sido precisamente casarse con Estefanía, que sus continuas visitas no tenían otro objeto, pero tuvo intención también de manifestarle que Estefanía no lo quería y que además, él ya era hombre casado...

....

Aquella tarde, al volver Bernabé al lado de Lola, una infinita tristeza embargaba todo su ser. Para consolarse, se decía que aunque era verdad que doña Inés estaba de su parte, posiblemente Estefanía no opinaba así.

Caminaba bajo la terrible lucha de la duda y la conjetura, en medio de un laberinto de sentimientos encontrados. Se sentía agotado bajo la violencia de las emociones. En vez de regresar a casa de los suegros, prefirió volver a su antiguo hogar de soltero. Quería estar solo y meditar sobre su situación.

Era Lola, la esposa de Bernabé, una muchacha alta y fornida, pero sin ninguna belleza física. Además parecía dominante y de carácter fuerte. Tenía el cutis trigueño, los ojos negros y la boca grande y sensual. Pero Bernabé acató los dictados de la mala suerte y se resignó a vivir en compañía de su inesperada esposa.

UNA tarde, más o menos tres meses después de aquella extraña entrevista con doña Inés, sintiendo Bernabé un deseo intenso de volver a ver a Estefanía, se le ocurrió visitar la casa. Transitaba por aquel caminito, rehusando siempre llamar a la puerta. Sin embargo, aquel día su deseo fué tan grande que su voluntad se doblegó. Se veía el hogar solitario. Las gallinas comían al frente, un borrico viejo mascullaba la hierba de la explanada y un perrazo flaco tomaba el sol en el patio y miraba a los que se acercaban con cara de pocos amigos. Los picos silenciosos de las montañas se erguían, como gibosos dromedarios, en el azul horizonte.

Al contrario de lo que siempre pasaba, no fué doña Inés, sino Estefanía quien salió a recibirlo, vestida de negro.

—¿Y su mamá?

—Murió, don Bernabé. Hace dos meses...

El hombre se sorprendió grandemente; manifestó adolorido su pesar y sentimiento. La muchacha, como de costumbre, lo escuchó sin decir nada.

Bernabé, finalmente, hacía recuerdos de la extraña propuesta de doña Inés y se le ocurrió participársela a Estefanía. Quería usar la declaración de doña Inés como arma de despecho y observar qué impresión le causaba a la hija:

—¿Sabrá usted, niña Estefanía, que su mamá... una vez?...

La muchacha, que había permanecido completamente fría, levantó la cabeza y contestó:

—Sí, lo sé, pero ella no sabía que usted estaba por casarse... don Bernabé.

El hombre se estremeció sin entender nada. Quiso contestar que su matrimonio no había sido previsto, pero prefirió decir:

—Yo... usted fué mi primera idea, pero como era tan esquiva...

Profundo silencio siguió a las palabras de él.

Al cabo de un rato, volvió Bernabé a levantar la cabeza para observarla.

Ella permanecía ruborizada.

El la contemplaba, sorprendido. Finalmente ella lo miró y los cuatro ojos se encontraron...

El no comprendió. Ella todavía ruborizada, bajó la mirada y agregó:

—Quería verme mamá casada antes de morir...

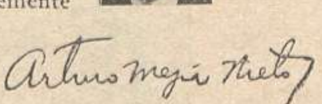
El, recordando la extraña propuesta de matrimonio que le había hecho doña Inés, contestó:

—Pero hacía muy mal su mamá, sin consultarla a usted...

Ella respondió:

—Pero mamá no lo quería, don Bernabé. Fuí yo esa vez... le rogué que le propusiera a usted...

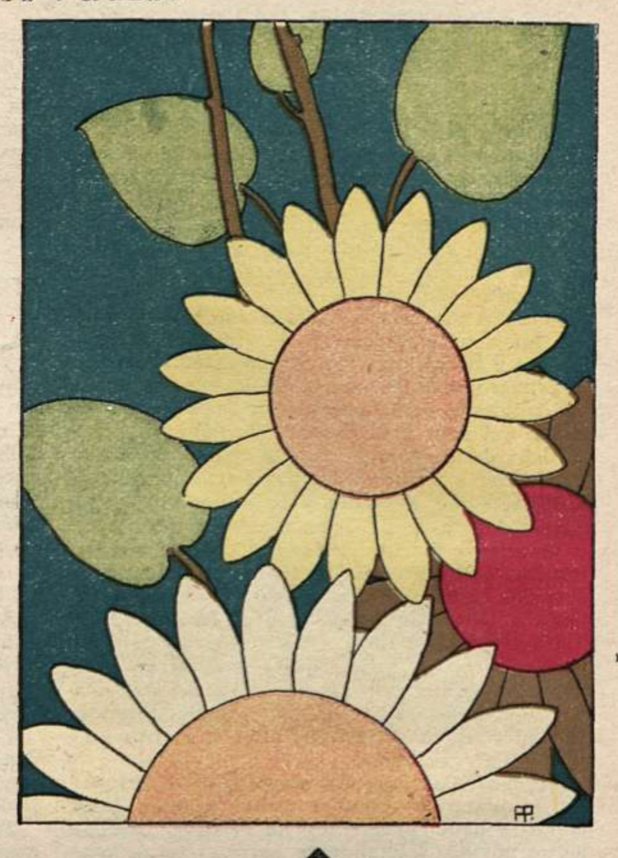
EL hombre se quedó mudo. Más aturdido y más preocupado que nunca, despidióse; montó en su caballo y partió de regreso...



DIBUJOS DE CABALLÉ

INTERMEDIO PROVINCIANO

Por FERNANDEZ MORENO



POETA

Un hombre que camina por el campo
y ve extendido entre dos troncos verdes
un hilillo de araña blanquecino
balanceándose un poco al aire leve.

Y levanta el bastón para romperlo
y ya lo va a romper y se detiene.

GLICINAS Y MANGANGA

Pende al sol un racimo de glicinas,
cónico, azul, floral y dulce seno:
un mangangá sonoro se le acerca
como si fuera un hociquillo negro.

MIRASOLES

La mitad asombro, la mitad corola,
cada tallo yergue su *onza* española.

APUNTES

I

Figurillas que se yerguen
delante de mí otra vez...
— Déjeme usted que recuerde.

II

¿Aun vive fulano? — Sí...
Y segando alegremente
los palitos del casín.

III

Todo está lo mismo aquí:
acaso, un par de faroles,
tres metros más de adoquín.

DORMITORIO

I

Un San Antonio de barro
adornado de jazmines,
y un gordo devocionario.

II

Celeste y blanca la cama
y una perilla revuelta
de rosarios y medallas.



Fernández Moreno

DIBUJOS DE ALICIA PEREZ PENALBA



Joselito Arvarao, de Jerez, seco er tío, historiador de Colón

De cómo elogió en un "intermezzo" de "cormao", a fray Juan Pérez, protector del navegante xeneixe que descubrió el retazo mundial en que habitamos.

Por FELIX LIMA

En uno de esos "cormaos" — de deudas, conozco uno, — de día "too soleá", y de noche, de tanto en muy en tanto, "too" movimiento, inclusive en el renglón coperío. "Cormao" sumamente central, por más señas.

Joselito Arvarao — se escribe Alvarado, señor ministro de O. P., — en dicho "cormao" canta, pero no por amor al arte ni al batifondo: canta por "necesiá". Y canta desde las 21 de ayer, 11 de octubre, por ejemplo, hasta las 4 de la mañana de hoy. A las veces, queda "groggy" del gañote, o sea de abusar del gañote, vulgo afónico. . . . . . .

Una francesa que, para la milonga, es como gato para el bofe, acércase al "cantaor", e inquiere:

—*¿Lo que usté es cantad, estaba un paso doble?*

—Con un poco de güena voluntá, niña...

—*¡Me comó con un peu de bon volenté, Joselit?*

—Porque, niña, lo han tocao ar paso tan aceleradamente, pa mí que son choferes los tíos de la orquestiya, que cuarquiera zanagoria diría que se trata de un paso tripre y no de un paso doble.

—*¡Oh, la la! ¿Y hay pasó triplé an Espagne?*

—En Jerez, en Seviya y en toa Andalucía, cada vez que la guardia ceví, vurgo benemérita, carga.

—*¡Me qué dispagate!...*

—Y cuando los tíos de la Benemérita desenfundan las tercerolas y salen a relucir los sabres que, desde luego, tienen hojas de Toleo, los otros se encaminan con paso tripre, pa no decir a usté a manera de rata por tirante, o como escupía de músico de banda que oficia en los remates de terrenos en 10 mensualidades, ¡vamo!, que desaparecen.

La francesa, que tiene un "cuore" en extremo "charmante", dícele al "cantaor":

—*¿Se es animado usté, Joselit, a tomag un copetín?*

—Y dos, niña; atención que agradezco con toa mi arma; pa empezar, me iniciaré con un chato de manzaniya con su correspondiente tapaera, pues desde poco despué de mediodía, créame usté que no tropiezo... ¡vamo!, ni con rastros de cocío ni con sobras de potaje, ni con remendao de estofao, ni con la más escuálida chuleta de terneriya romántica, huérfana de morrones, la chuleta, se entiende.

—*¿De qué prefiegue la tapadega, Joselit?*

—De jamón cruo, niña, y por separao, que marche un sangüiche de rosbí, empareao en mi tierra, sin mengua de mantequiya, a modo de rejuerzo de la partía bucólica.

—*¡Me sí, cagamba! ¡Mozo!*

Joselito se portó como un perfecto héroe.

—*¿Se es olvidado usté, Joselit, que falta un cuagto de hoga paga que entremos an un neuf anivegsaguio del descubrimiento de Améguica? ¿Qué hacemos, mon petit?...*

—¡Vamo!, niña de París, que minutos más, y too, a velamen despregao, como que la vida y er descubrimiento de América, no fincó en un acontecimiento generao por la grey de lo político, ¡mardito sean todo eyo!

Joselito se encanuta en una droga de circunstancias económicas, 0.15 el sobrecillo, y de regreso, "argo má carmao", descerraja:

—Ante too, en er caracú de la historia, de la verdadera historia der descubrimiento de América, hay un tío a quien, jamá se le ha hecho justicia, y a quien la historia, tan volubre pa los que tienen dos perras gordas, le ha sepurtao en er orvido.

—*¿Segá posible, Joselit?*

—¡Me caiga finao, niña, ar paso de un cobraor fiscá!

—*¡Me, Joselit!...*

—Insisto y ratifico, niña: ¡finao!

—*Siendo caso de ampresa de pompás funegaguias, no quiègo antrag an polemic.*

—Pero... Pero er tío a quien deseo exhumá der orvido, no es otro que fray Juanico Pérez, un tío toa luces y en extremo amigote de lo reye Católico, corría er año 1492.

—*¡Oh, la la!*

—Fray Pérez, con barba, parpito, fué er verdadero protetor de Cristóforo, como dicen los xeneixes, y er tío que consiguió que lo Reye Católico le prodigaran su auxilio.

—*¡Ufa, Joselit! ¡Oh, qué tip!*

—Gracia a lo Reye Católico Apostólico, y no sé si Romano, Colón, Cristóforo Colombo, según lo xeneixe, pa mí qu'es camoufraye en cuanto a nacionaliá, armó y tripuló tres carabela, y a Roma de Occidente, por too.

—*Le nouveaux monde, Joselit...*

—Y salió de Palos.

—*¿Comó?...*

—¡Vamo!, que salió de Palos con "La Pinta", "La Niña" y la otra, creo que toas de análogo tonelaje.

—*Cascaguitas de nueces, ¿no, mon petit?* (el andaluz levanta escasas "purgadas" del suelo).

—Salió pué de Palos de Moguer.

—*¿Me usté es conocido el puegto de Palós?*

—¡Bah, niña! De Palos y de Estacazos, de los úrtimos sobre too... cuando, ¡vamo!, cuando hay un partío sumamente interesante de fúrbor.

—*La gueina Isabel la Cotolic, guegaló a Colón sus alhajas paga solventag los proguelómenos de la pagtida de Palos.*

—¡Qué gracia, niña!...

—*¿Pourquoi, Joselit?*

—Repito, niña de París: entonces las joyas no eran "camouflage" como hoy, que todo es química.

—*¿Tendría chance Colón en 1833, Joselit?...*

—¡Ca, niña! Iría muerto. ¡Como que too es farsificao!



DIBUJO DE CANO

Invenciones antiguas

Las obras más portentosas, esas que los sabios primeros depositaron en los sublimes monumentos que los ignorantes atribuyen a pura vanidad, no existen, o la sabiduría moderna tiene que inventarlas de nuevo, si no las desentraña de las tinieblas que habitan las pirámides y ocultan en su seno los arcanos del mundo. El sistema planetario tal cual lo ordenó Copérnico por medio de su inteligencia casi divina; el del universo, descubierto por Newton, en las pirámides de Egipto, están representados con figuras y jeroglíficos que ya admiraron y consultaron los filósofos viajeros de la antigua Grecia. Todo este depósito de conocimientos inmortales, que formaban la ciencia de los sacerdotes egipcios, se fué al olvido en medio de las revoluciones de la naturaleza, los tiempos y los hombres; y la ignorancia, que brota de la sangre de la sabiduría muerta por los bárbaros de todas las edades, tiene buen cuidado de ocultar en lo profundo de sus sombras luces y virtudes de las épocas brillantes de la especie humana. Estrellas famosas en la antigüedad han desaparecido de la bóveda celeste; montañas se han hundido en el globo que habitamos; animales poblaron las selvas en otros períodos del mundo, que la geología los admira en el nuestro reconstituyéndolos con el detritus maravilloso que los husmeadores de los secretos naturales van descubriendo debajo de la tierra: ¿qué mucho, pues, si los hombres han dejado perder las ciencias primitivas, y hoy se afanan por inventar lo mismo por ventura que antes fué hecho notorio y sabiduría práctica? Los misterios científicos de los cocos, esos que hoy, casi borrados en lo interior de los sepulcros tolomeicos, asombran a los que los descifran o piensan que los adivinan; esos, digo, fueron al fin misterios como cerrados con el sello de la religión, *sancta sanctorum*, donde no le era dado al vulgo sentar el pie ni echar allí la vista. Pero lo que podemos llamar ciencia pública, no porque la poseyeron todos, sino porque estaba a los alcances de todos, y los maestros a nadie la ocultaban; esas combinaciones admirables de la física, por medio de las cuales los sabios olían a hechiceros o a inspirados por la divinidad; las grandes cosas que han desaparecido en detrimento de la especie humana, ¿cómo sucede que hayan desaparecido? Los inventos de Arquímedes, verbigracia, fueron cuarenta, según Papo: mirad qué de agentes desaprovechados, qué de bienes perdidos, ya por brutalidad de los bárbaros, ya por negligencia de los civilizados.



Juan Montalvo. Ecuatoriano. (1833 - 1889). ***Polígrafo y orador.***

Literatura argentina

Ninguna literatura americana pudo haber mientras duró la dominación de la España; colonia ninguna puede tener una literatura propia; porque no es propia la existencia de que goza, y la literatura no es más que la expresión de las condiciones y elementos de la existencia social. El pensamiento del colono, lo mismo que sus brazos y su suelo, produce solo para la metrópoli de quien recibe hábitos y leyes, preocupaciones y creencias. Alumbró la llama de la libertad, alzóse el pueblo de la condición de colono a la de soberano, y en el gran sacudimiento nació también la poesía nacional, hermana gemela de la independencia. Su carácter no podía ser otro que el de la época en que nacía. La inteligencia y los brazos del pueblo nuevo no tenían otra ocupación que meditar empresas de guerra, ganar batallas y reparar los descalabros de las derrotas. Ninguna otra podía ser la entonación de las liras americanas: cantos de guerra, himnos de victoria, lamentos de dolor iracundo sobre la tumba del guerrero caído bajo la enseña del sol; esto, y nada más podía pedirse a los que no tenían fuego en la mente, patriotismo en el corazón. Y ése y ningún otro, es el acerado temple de los materiales que forman el honrosísimo monumento de nuestra primera poesía nacional.



Florencio Varela. Argentino. (1807-1870). Jurisconsulto y político.

Pero la lucha de la independencia terminó y con ella los odios que la guerra enciende. Intervalos de paz, breves, por desgracia, como el relámpago, dieron treguas al pensamiento para elevarse a la contemplación de las grandes verdades filosóficas y morales, permitieron mirar en derredor con ojos, que no anublaba la pólvora de las batallas: empezaron los pueblos a meditar en su destino, a buscar el fin porque habían derramado su sangre; a correr tras de las mejoras y el progreso social. Levantábase entonces, una generación, que no había asistido a los combates de sus padres; pero que había aprendido de sus labios, los dogmas santos de Mayo: *imposible era que resonasen* en sus liras, ecos de guerra. La poesía empezó naturalmente a tomar un tinte más filosófico, más templado, se vistió por la primera vez, con las riquísimas galas de nuestro suelo, que los poetas de la revolución no distinguieron entre el polvo y el estruendo de las armas, y reflejó, por fin, esa melancolía que imprime en el ánimo el espectáculo continuado casi, de las guerras civiles y del hondo infortunio de la patria.

FLORENCIO VARELA

DESCUBRIMIENTO

▼ Por JACOB

Ultimamente se han suscitado toda clase de dudas sobre la conducta de Colón durante el viaje. Afírmase que, asustado por la rebeldía de la tripulación, se acobardó y pensó en dar la vuelta; Alonso Pinzón fué quien con su actitud, más que resuelta, amenazante, salvó la empresa. Y para rebajar un punto el mérito de Pinzón añádase que había arriesgado tantos intereses materiales en la expedición que no podía regresar a medio camino sin haber logrado nada.

A mi juicio, no hay en esto palabra de verdad. Aunque militen en su favor razones externas, la inverosimilitud interna es evidente. Y aunque fuese cierto, es decir, aunque tuviese en su abono el testimonio falaz de un incidente, de un día, de una hora, sería humana y psicológicamente falso. Hay pruebas y demostraciones que aun estando de acuerdo con las reglas de la investigación, son de naturaleza puramente destructiva y traen sólo confusión allí donde falta la imagen y la intuición. Retroceder: la palabra no existe para el almirante "de la mar océano". Don Quijote se deja lapidar, escarnecer, renuncia al sueño y la comida, se abandona, se entrega, pero no retrocede.



Hernando Colón refiere que la chusma amotinada se conjuró para arrojar al mar al almirante a cierta hora de la noche, cuando estuviese otra vez borracho de estrellas. (¡Qué inmensamente real es en una corta frase el retrato de este hombre!: ¡Borracho de estrellas! Aquí lo tenemos como si *El Greco* lo hubiese pintado; difícil sería hallar frase más expresiva). La dramática escena en que la chusma, alborotada, otorga a Colón un plazo de tres días para descubrir tierra, sentenciándolo a muerte en caso de que fracase, este toque de folletón se remonta al historiador contemporáneo Oviedo, compilador sin crítica de datos inseguros. Por muy escépticos que seamos respecto a las demás noticias suministradas por el Almirante, podemos en este caso aceptar confiadamente su testimonio de que el motín no pasó a mayores; si los sublevados hubiesen cometido semejantes excesos, de seguro no habría desperdiciado la ocasión de contárnoslo con la difusión y pompa que reserva para semejantes momentos; habría sido una oportunidad para tejerse una corona de laurel y alardear de la fuerza superior de su espíritu. No obstante, habla de continuo únicamente de impaciencias pasajeras de la marinería, del desaliento que asoma para desaparecer de nuevo, de inquietud, de ahogo, hasta de insubordinación; de motines y excesos, ni una palabra: el día en que se supone que estalló el motín, el 10 de octubre, escribe: "Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábanse del largo viaje; el almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber". Y añadía que "por demás era quejarse inútilmente, puesto que él había venido a las Indias y que así había de proseguir hasta hallarlas, con el ayuda de Nuestro Señor".

No se le ocultaba que su situación era cada día más crítica. Todas las señales de que el infinito desierto de las olas tuviese una costa donde estrellarse habían mentido. Las montañas y ciudades apercibidas en lontananza habían resultado vano espejismo. Los barcos eran demasiado débiles para la larga travesía, y cada hora aumentaba la inmensa distancia que les separaba de la patria. ¿Cómo regresar cuando por

WASSERMANN

ninguna parte se alcanzaba un puerto donde reparar las frágiles barcazas y abastecerse de víveres? Las provisiones disminuían de una manera alarmante. Conocía naturalmente el peligro, aunque o lo despreciaba o lo combatía pensando en el porvenir, añorando el futuro, "borracho de estrellas". Un hombre como él, espiritualmente aislado, espiritualmente inaccesible, ejercía de seguro sobre los caracteres toscos y primitivos que le rodeaban una violencia que levantaba la voluntad: él encarnaba el espantoso misterio de toda la expedición; la estrecha convivencia de a bordo no les había revelado ni un pliegue de su alma enigmática; él les arrastraba más allá del mundo, fuera dèl mundo, y la desesperación era tan sin provecho como la rebeldía, porque todo dependía de él, de él, que disponía de secretos recursos y poseía las palabras mágicas mejor que ningún mortal. Por eso seguramente le seguían, porque de no haber tenido en él una confianza supersticiosa hermanada con miedo, no veo por qué no le rompieron la cabeza a los tres días, y echaron su cadáver al mar, en lugar de dejarse arrastrar durante diez semanas por Colón y por los hermanos Pinzones, embrujados por él, hacia una muerte desconocida, como era de temer.

En el proceso ya citado de Diego Colón, un tal Francisco García Vallejo, que había sido marinero a bordo de la *Pinta*, hizo la siguiente declaración veintiún años después del descubrimiento: "En la noche de jueves a viernes, entre el 11 y el 12 de octubre, había luna. Un tal Juan Rodríguez Bermejo, vecino de Molinos, en la provincia de Sevilla, vió una colina blanca de arena, abrió los ojos y divisó tierra. Al punto corrió a un cañón y disparó, gritando: ¡Tierra! ¡Tierra! La tripulación se precipitó sobre cubierta y permaneció allí hasta que amaneció el alba".

El diario de viaje lo cuenta de otra manera. Allí es el ojo vigilante de Colón el que a las diez de la noche ve moverse una luz en la cual él y todos los que llamó reconocieron inmediatamente una lumbre artificial engendrada por la mano del hombre. Recomendó luego a los marineros que hiciesen buena guarda en el castillo de proa y les recordó la recompensa de diez mil maravedises ofrecida por la reina al primero que viese tierra, prometiendo añadir por su cuenta un jubón de seda.

Con todo, no fué el pobre marinero el que recibió el premio, sino que él lo reclamó para sí poco después del tedéum entonado al rayar el alba por la tripulación. Unos dicen por codicia, otros por avidez de gloria, otros por ambos motivos. Ni sus más afanosos panegiristas se atreven a absolverle de tan odiosa ruindad. Pero ni codicia ni ansia de gloria dan en el quid. Fué algo que le envolvió y le dominó, fué la desenfrenada voracidad de un hombre que reclamaba su premio, como si en adelante la tierra, los hombres y el destino estuviesen obligados a pagarle ilimitado tributo, en lo grande como en lo pequeño.

Es difícil que ningún mortal haya vivido momento tan sublime como el que vivió Colón al bajar a tierra en Guanahani. Es igualmente difícil que ningún tedéum haya jamás servido de preludio a tan sangrientas tragedias, a tan espantosas orgías de persecución y carnicería, como el tedéum cantado por la tripulación de las tres carabelas el 12 de octubre de 1492.

Jacob Wassermann



El virrey Vértiz

El virrey Vértiz entró al mando del extenso país encerrado entre los Andes, el Magallanes, el Plata y el Uruguay, cuando comenzaba a advertirse el buen resultado de las franquicias del comercio, ampliadas hasta Chile, Perú y Buenos Aires desde principios de 1778, y en una época en que estaban como a la moda en el gabinete español las reformas y lo que hoy llamaríamos el espíritu de progreso. El crepúsculo de bienestar columbrado por las colonias había despertado el deseo de ver la luz llena, y Buenos Aires, que hasta aquella época había carecido de policía, de establecimientos públicos de educación, de beneficencia y de agrado, comenzó a sentir la necesidad de una condición social más aventajada y más digna también del rango de cabeza de un virreinato, a que acababa de elevarse. El nuevo magistrado era, como hemos dicho, nacido en un pueblo americano, no miraba con desdén a los hijos del país, y desde que fué gobernador tuvo el acierto de rodearse de los más distinguidos, proporcionándoles ocasión para que desplegasen el celo en que ardían por los adelantos de la patria. Labardén, en los momentos escasos que le dejaban sus arduas tareas del auditor de guerra y teniente gobernador, despertaba de entre el polvo de las crónicas del país los personajes apropiados a las condiciones del drama. Basavilbaso, procurador de la ciudad, promovía incansable la creación de refugios para los desgraciados, para las mujeres de mala vida; y Maciel, al frente de la juventud estudiosa, daba pruebas de estar más adelantado en las ciencias que los catedráticos de Salamanca.



Juan M. Gutiérrez. Argentino. (1809 - 1878). Político e historiador.

El ilustrado virrey no dejaba ociosa la aplicación de los hombres capaces. Fué en su tiempo (en el año 1778), y por orden suya, que se levantó el censo de la población de la ciudad y la campaña por el regidor decano don Gregorio Ramos Mejía. Este trabajo estadístico, el más perfecto entre los antiguos de su clase, dió un total para toda la provincia de 27.689 almas, clasificadas por sexos, edades y condiciones.

Los que viven hoy en Buenos Aires y transitan por sus cómodas veredas no se imaginan cómo eran sus calles en el siglo XVIII. A mediados de él, en 1757, y a consecuencia de una lluvia continuada de treinta y cinco días, quedó el vecindario confinado en las casas, alimentándose con viandas secas, como en una plaza sitiada, porque la completa incomunicación con la campaña y con las quintas, no permitía el abasto de legumbres y carne fresca.

JUAN MARIA GUTIERREZ



Una historia de amor es la "Melodía en Azul"

UNA HISTORIA DE MARK SANDRICH LLEVADA A LA PANTALLA Y EN LA QUE LA HUMORISTICA PERSONALIDAD DE CHARLIE RUGGLES ANIMA UN PAPEL DE HOMBRE DE NEGOCIOS TAN DESPREOCUPADO COMO ENAMORADIZO

▼ ▼

El invierno ahuyenta a Pete, alegre millonario, y lo pone en el trance de embarcarse en Nueva York con rumbo a California. La despedida del alegre caballero (que en la pantalla está personificado por Charlie Ruggles) es de aquellas que condicen con su condición de hombre derrochador, amigo de las bebidas y cultivador de las amistades femeninas, más o menos alegres y despreocupadas. Compañero de viaje de Pete es su inseparable Alan Chandler, un don Juan que jura por su honor que jamás caerá entre los lazos del matrimonio y que, viajando tras de una de sus habituales aventuras, para justificar su decisión, escribe una carta comprometedora que remite por correo a la esposa de Pete, con la indicación de abrirla en cuanto ella se entere de que ha decidido casarse. La estratagema es sencilla. En esa carta pone de manifiesto los "asuntos" amatorios del viejo y alegre Pete y es éste, por consiguiente, quien ha de impedir, por todos los medios imaginables, que Alan se enamore de verdad, para que la carta jamás sea abierta.

Y el viaje comienza y, naturalmente, se inician las complicaciones. La primera en sobrevenir es desastrosa para Pete. En su camarote, a poco de levar anclas el

barco, han aparecido dos de las amigas más íntimas que habían acudido a despedirles y a las que, para evitar compromisos en el resto del viaje, se ve obligado a hacer pasar como sus sobrinas.

Alan, mientras, malgrado los esfuerzos desesperados de su amigo, comienza a enamorarse de verdad. Ha puesto sus miradas en una muchacha que no es como las que él hasta entonces ha tratado. Una chica romántica, soñadora, esquiva a sus desplantes de enamorador. Se inicia, por consiguiente, una lucha sorda e implacable entre el enamorado, la muchacha y Pete que ve que, como aquel devaneo continúe así, serán muchas las probabilidades de que se case su "protegido" y, por consiguiente, llegue el instante en que su esposa, siguiendo las instrucciones correspondientes, abra el sobre fatal y se entere de la categoría de negocios que él ha estado tratando en Nueva York.

A Laurie, la angelical enamorada, acompáñala una dama que también, como ella, realiza el viaje gracias a unos providenciales cupones que le han salido premiados en un concurso. La señora en cuestión, resulta amiga íntima de la esposa de Pete, y este descubrimiento se complica con la presencia de las inesperadas sobrinas, que son las encargadas de poner la nota burlesca en todo momento.

Pero, no hay pena ni viaje que no termine y, a la postre, llegan los turistas a California, donde desembarcan y donde, también, una despedida un sí es no es fraternal de Alan y cierta alemanita a la que festejó en los comienzos del viaje, suscitan en la enamorada Laurie unos celos de aquellos que, si no existieran, los romances amorosos, carecerían de todo atractivo.

Poco falta para que los novios rompan definitivamente... lo que hubiera tranquilizado a Pete, alejando la posibilidad de que su esposa abra el sobre revelador. Pero, Alan está verdaderamente enamorado de Laurie y, hombre constante, la sigue en el resto de su programa de turismo por toda la costa del Pacífico.

Los enamorados, poco a poco, van olvidando el motivo de la enemistad y llegan hasta el punto de casarse secretamente; pero, tras ellos, como una sombra, ha corrido el angustiado Pete, quien, decidido a impedir que su amigo constituya un hogar, no vacila en acusarlo por el pretendido robo de un automóvil.

Claro que la verdad se establece al fin y, luego de mil incidencias humorísticas, Alan y Laurie llegan al colmo de la felicidad: al matrimonio. Todo parece tranquilizado y hasta, para felicidad de Pete, su esposa le entrega, sin violarlo, el sobre de la carta delatora...

Pero, las pillerías se purgan en la vida y, cuando los recién casados han desaparecido para proseguir con su idilio; cuando las dos "sobrinas" reconquistan su libertad; cuando Pete considera que su simulada fidelidad conyugal continúa incólume, he aquí que la astucia de su esposa obtiene un inesperado recurso con el cual malogra para siempre sus "negocios" en la lejana y alegre Nueva York.



La profecía de Atahualpa

Los guerreros aguardaban al Inca en la sala del torreón central de la Fortaleza, al finalizar la comida que en honor de los caciques se había realizado. Atahualpa llegó a beber con ellos en aquel día postrero del *Raymi*. Entre aquellos hombres, sentado en la *tiana*, su fina silueta cubierta de joyas semejaba algo frágil y delicado. Pero los indios fuertes le contemplaban bajo la sugestión del ente que lleva en sí un poder oculto concedido por seres invisibles, que le otorgaron en su aparente fragilidad, la fuerza débil que vence a la Fuerza. Era el Inca, hijo de Incas hijos del Sol. Para aquellos guerreros, temibles caciques de tribus guerreras, en quienes audacia y valor resultaban virtudes innatas, la silueta casi femenil de Atahualpa representaba la fuerza porque era el Misterio. No le veían ellos frágil, sino poderoso y grave en la majestad del símbolo glorioso de algo inexplicado que todos debían respetar y defender. Contemplándole por primera vez, casi al alcance de las manos, seguíanle viendo distante, como en la lejanía de las altas cumbres, en el azul de las cimas inaccesibles, cercano al copo de la nube o a la hebra de la luz.



Pedro César Domínici. Venezolano. Novelista.

El Inca Rey sentado en trono de oro, envió a tres de sus parientes a brindar con los caciques. Para convidarse a beber, los nobles llevaban dos vasos, uno de oro en la mano derecha y uno de plata en la izquierda. Ofrecían el de la derecha al que gozaba la misma alcurnia, y el de la izquierda al inferior. Tres parientes del Inca acercáronse a tres caciques, diciéndoles en alta voz:

—El Inca Rey te convida a beber, y yo vengo en su nombre a beber contigo.

Los tres caciques tomaron los vasos de plata que les ofrecían, bebiendo los nobles en los vasos de oro. Bebieron a un mismo tiempo, separando los vasos de los labios en el mismo momento. Y devolvieron los vasos de plata en que habían bebido. Cuando hubieron bebido todos de aquel modo, hubo largo silencio. Luego el cacique que ocupaba el primer sitio, avanzó hasta colocarse frente al Inca; inclinado el cuerpo, ofrecióle el vaso de oro con la mano derecha, bebiendo él con el de la izquierda. Atahualpa tocó con sus labios el vaso que se le ofrecía, y probando apenas el líquido, devolvió el vaso al cacique. La ceremonia repitióse en idéntica forma con todos, con la grave prosopopeya de una ceremonia ritual.

Terminado el convite, el Inca, de pie sobre las planchas de oro en que descansaba el trono, dijo con voz clara de acento melodioso:

—¡Mis caciques!... Aquí os revelo mi secreto, que para todos debe ser secreto... El Imperio está amenazado de serios peligros. Hombres nunca vistos amenazan llegar a despojarnos de la tierra que es vuestra. Debéis vigilar sin descanso en las montañas y valles que gobernáis. Debéis exterminar a esos hombres nunca vistos. Y debéis confiar en vuestro Inca Rey, en mi padre el Sol, y en Pachacamac, padre del Sol.

Al oír el nombre de Pachacamac todos los caciques, en cuclillas, alzaron los brazos permaneciendo en mudo fervor respetuoso.

PEDRO CESAR DOMINICI

El poeta y la patria

Acaso nunca llegaremos a vestirnos el manto de hielo de algunas sociedades. Acaso nunca el escepticismo ni la indiferencia empañarán el fresco matiz de nuestras flores, para romper tan temprano esa hebra entre el cielo y la tierra, delicada esencia de tantas vidas y de tantos siglos, y convertirla en una profanación ineficaz de lo bello y de lo santo. Si algunos pocos no saben una forma en que adorar al Hacedor en la vida, aun mueren todos teniéndolo bajo todos los nombres, para hacer de la Religión de nuestros padres una mitología cristiana. No hemos dado tantos pasos en la senda de la Revolución para escribir sin enternecimiento de admiración el nombre venerado de mártir. Todavía no se han desplomado las casas de nuestros abuelos ni nos es desconocida una persona de nuestros pueblos, para alejarnos del hogar, romper todos los vínculos de fraternidad y aislarnos sombríamente en la tierra. Nosotros renegaremos del poeta que nos desconoce. Entone sus cantos en las alegrías de las tertulias:



Juan Carlos Gómez. Uruguayo. (1820-1884). Periodista y político.

acompáñelos de los aires del piano: brille un momento entre las frivolidades de la tierra. Pero uno vendrá que nos diga palabras religiosas de esperanza, los votos callados de los corazones, las ilusiones de los buenos; que nos recuerde con amor los campos, los arroyos, los galopes en las cuchillas, a nuestros compañeros en los días de sinceridad. Uno que nos muestre a los jóvenes de hoy, en esta tremenda época de preparación, alistados bajo todas las banderas, eligiéndonos armas, estudiando nuestros campos de batalla; sufriendo las privaciones y los peligros del soldado con la gloria de la patria por ensueño; mendigos, en el hogar opulento del extranjero, de pan y de ciencia; con el pensamiento en el rancho de totoras del gaucho; esclavos en los bufetes del comercio, calculando la prosperidad del país. Ese será nuestro, porque tendrá un suspiro para orear esas charcas de sangre en que nos revolvemos fatigados, y una maldición valiente y poderosa sobre todo lo que es malo; porque no se encerrará en sí mismo, como la sensitiva, al roce de infortunio a llorarnos sus desilusiones de niño, ni nos repetirá impensadamente el rugido feroz que lo circunda; porque sabrá ver en esos jirones arrancados a nuestra bandera los colores de la Independencia, y al través del polvo de las guerrillas la majestuosa imagen de la patria.

J U A N   C A R L O S   G O M E Z

MEJICO

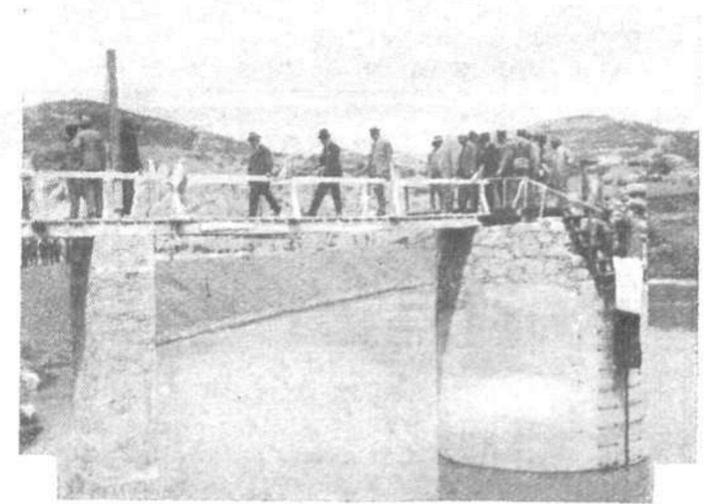
Una idea de los avances de la cultura mejicana la da la creación de las escuelas rurales. La escuela rural, entre otros fines, necesita conseguir la incorporación del indio a la civilización, para lo cual tiene que enseñarle el idioma castellano, crear fuertes vínculos de solidaridad entre indios y mestizos.

Son de un tipo sencillo y elemental, algunas atendidas por un solo maestro y otras por dos o tres; son mixtas y tienden a hacer desaparecer, educando a la vez a hombres y mujeres, las desigualdades que ha habido a través de los tiempos, y que tuvieron como consecuencia poner a la mujer en condiciones inferiores respecto del hombre. Tienen dos períodos de trabajo: uno durante el día que se dedica a los niños y otro en la tarde o en la noche dedicado a los adultos. A fin de llevar a cabo una intensa labor social dentro del pueblo en que están establecidas, los maestros rurales reúnen periódicamente a los individuos del pueblo para cambiar impresiones sobre los problemas que afectan de un modo directo la vida de todos, y para organizar sociedades que tengan por objeto mejorar las condiciones de vida de los campesinos, ya sean de carácter material, intelectual o moral. De esta manera se fomentan las industrias que dependen de la agricultura. Méjico es un país riquísimo, cuyas especialidades industriales son conocidas en todo el mundo. Además, para aprovechar sus frutos se han implantado 150 fábricas de hilados, con 30.500 telares, representando un valor de 76.000.000 de pesos. Asimismo han progresado extraordinariamente la minería y manufactura del hierro. Continúa siendo el primer país productor de plata, habiéndose dado grandes proporciones a la extracción de otros metales. Conocida es la importancia de la industria petrolífera.

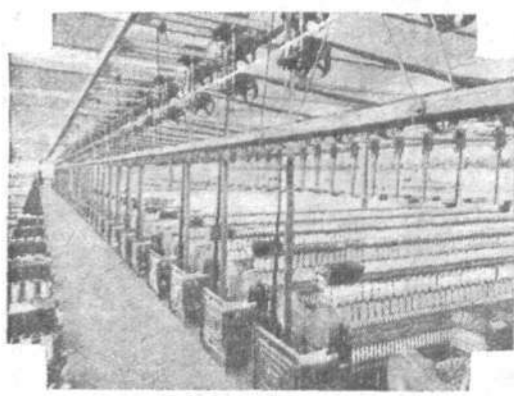
Los pozos de Tamaulipas, de San Luis Potosí, istmo de Tehuantepec, Tabasco y otras concesiones petrolíferas producen unos 15.000.000 de toneladas anuales, pudiendo decirse, que dicha industria hállase aún en sus comienzos. Las reservas de petróleo mejicano son, indudablemente, incalculables.



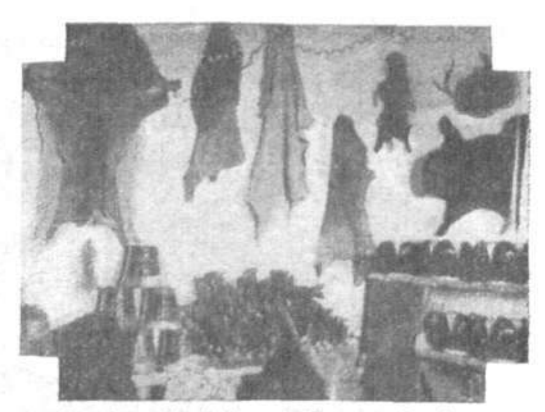
Puesto de legumbres y frutos del país, en el mercado de Méjico.



Inauguración de una presa cerca de la ciudad de Pachucau.



Una hilandería en Méjico.



Escuela nacional de agricultura en Cuapingo.



Minas de hierro de Daiquiri.

CARAS Y **CUBA** CARETAS

Los progresos de Cuba en los últimos años han sido rapidísimos, pese a la crisis del precio del azúcar, que algunas veces ha afectado a la principal de las industrias cubanas. De 1902, fecha de la constitución de la República, a 1928, la población ha aumentado de 1.751.366 habitantes a 3.561.640, según los últimos datos de la Comisión Nacional de Estadística y Reformas Económicas de Cuba. Aumentos similares se notan en las vías férreas, que cuentan con más de 15.000 kilómetros de ferrocarriles públicos y privados; en las carreteras, con más de 2.600 kilómetros; en el comercio exterior, cuyo monto fué en 1926 de 300 millones de pesos la exportación y 260 millones la importación; en el desarrollo de la ganadería, una de las principales fuentes de riqueza de la isla; en la producción azucarera, elevada de 850.181 toneladas en 1902 a más de 5.100.000 toneladas en la última zafra de 1928 a 1929, y en todos los demás sectores de la vida cubana. Dotada de un clima excepcional la maravillosa isla da tres cosechas anuales de variadísimos productos. Es su suelo el más grande productor de caña de azúcar; su tabaco no tiene rival en el mundo. La fabricación del aguardiente de caña pasa de 35 millones de litros, y de 21.000.000 la de alcohol. El azúcar arroja una cifra superior a 5.000.000 de toneladas, y los cigarros y cigarrillos elaborados producen unos 95.000.000 de pesos. Respecto a la minería, Cuba exporta más de 500.000 toneladas anuales de hierro. El cobre y el manganeso pasa de las 50.000 toneladas. La exportación total supera a 320.000.000 de dólares. Están floreciendo numerosas industrias, implantadas hace poco tiempo.



Los docks de Daiquiri, estación terminal del ferrocarril norte cubano.

Liniérs y Cisneros

Por fortuna, el señor Cisneros era el hombre reflexivo y moderado que Liniérs había pintado a los patriotas para convencerlos de que no debían rechazarlo sin premeditación, ni en el primer ímpetu de las pasiones políticas que los acaloraban. Aunque era de apariencias y reservadas en su trato, era modesto y benévolo; sin que esto dañase la justa estimación que hacía de sí mismo, por lo distinguido de sus servicios y por la honorabilidad con que había hecho su carrera. No era hombre de atropellar, pero no era de aquellos que soportan desmanes; y su dignidad personal comprometida en la categoría de su empleo, fué causa de que se le ofendieran desde el primer momento las maneras brutales y las exigencias irrespetuosas con que Elio pretendía trazarle sus procedimientos inmediatos, como si a él le tocara definir y caracterizar la política que debía adoptarse contra Liniérs y contra los que lo habían sostenido.

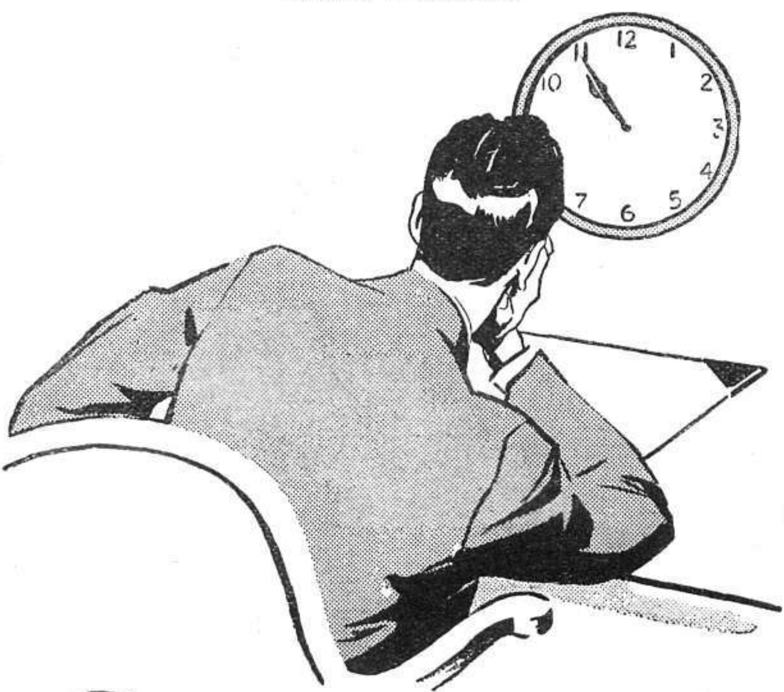


Vicente F. López. Argentino. (1815-1903). Historiador.

Liniérs y Cisneros, como hemos dicho, eran camaradas de servicio e íntimos amigos. Desde sus primeros años se trataban de "tú" como dos hermanos de carrera. Si el primero no había figurado al mando de un navío en el famoso desastre de Trafalgar, como el segundo: había rechazado y vencido por dos veces a dos ejércitos ingleses — que era algo más. Cisneros, que conocía a fondo a Liniérs y que lo estimaba en alto grado, no había tenido ocasión anterior de conocer ni de tratar a Elio. Así es que no sólo se manifestó frío para aceptar los datos violentos y exagerados con que éste quería pintar a su enemigo como un cobarde y como un traidor, sino que en la dignidad de su reserva le hizo sentir que no se dejaría gobernar ni influir por él; y que sus procedimientos serían aquellos que su propio juicio le aconsejase cuando por sí mismo hubiera examinado la situación y los hombres.

Desde este momento, Elio comprendió que Cisneros no era el hombre que le convenía. No habían pasado dos días después de aquel en que el nuevo virrey había pisado en Montevideo, cuando ya Elio hablaba de él con la más abierta irreverencia, juzgándolo inepto y completamente incapaz para las circunstancias.

VICENTE F. LOPEZ



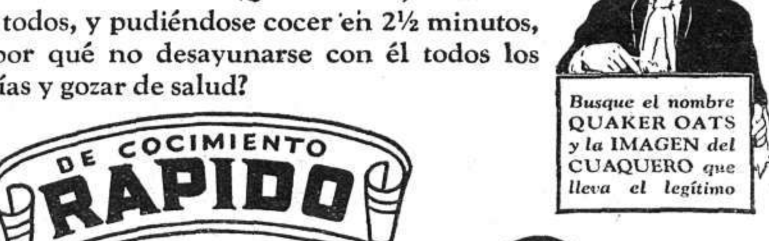
¿Cuándo llegará la hora de almorzar?

SEA cual fuese su ocupación, física o mental, al aire libre o encerrado en un escritorio, si lleva una vida activa, realizará el 70% de su trabajo y gastará la mayor parte de sus fuerzas antes del medio dia.

De ahí la importancia de tomar un desayuno nutritivo de Quaker Oats que proporciona energías en abundancia para cualquier tarea. Evita el decaimiento, el dolor de cabeza y mareos que suelen sentirse durante la mañana a causa de debilidad.

La rica consistencia cremosa y el delicioso sabor a nueces del Quaker Oats, encantan a todos, y pudiéndose cocer en 2½ minutos, ¿por qué no desayunarse con él todos los días y gozar de salud?

Busque el nombre QUAKER OATS *y la* IMAGEN *del* CUAQUERO *que lleva el legítimo*



Quaker Oats

Se cuece en 2½ minutos—si es preciso

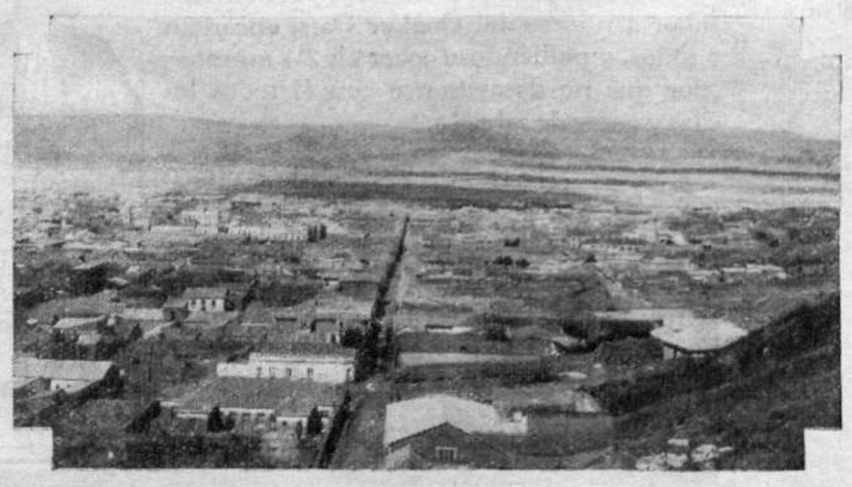
3656


Acueducto para la casa de fuerza de Pango.


Siringuero sacando la leche del árbol de la goma.

BOLIVIA

La industria y el comercio bolivianos han seguido un desarrollo rápido desde principios del presente siglo. En 1932 la exportación pasaba de 3.500.000 kilos. Actualmente el conflicto bélico, que todos lamentamos, detiene tales progresos. Deseemos la pronta y honrosa terminación de la guerra entre países hermanos. La principal riqueza de la república está en la minería. Desde el comienzo de la conquista fueron célebres los filones de Potosí, y sinónimos de riqueza. Bolivia continúa la tradición laboreando minas en dicha localidad, Huamuni, Japo, Colquechaca, Kami, Patiño y otros puntos, donde se explota la plata, estaño, bismuto y varias materias preciosas. Hace algunos años fueron descubiertos importantes pozos petrolíferos de lisonjero porvenir. Bolivia tendió siempre a buscarse una salida al mar Pacífico, que sería el complemento necesitado por su industria. El Altiplano es una fuente admirable de riqueza, gracias a las industrias autóctonas y a las que la civilización ha introducido allí. En el ramo textil resultan muy apreciados los trabajos en seda, algodón, lanas y encajes. Una raza fuerte y laboriosa espera el momento de poder manifestar su poderío industrioso, al convertir en mundiales sus manufacturas regionales. Es asombrosa la cantidad de materias primas y de ramas industriales bolivianas. Bolivia se perfila como uno de los países de mayor porvenir en Sudamérica con sus productos e industrias.


Vista general de Oruro.



ESCOGIMOS tres marcas de polvo de sello indiscutible y de renombre en París y América. Cada una por su característica especial.

La primera, procedente de París, reside en ese perfume sutil y atrayente, tan evidenciado en los polvos franceses de alto precio.

La segunda, lo constituye la naturalidad de los tonos que se adaptan a toda la variedad de las pieles y que dieron popularidad a una marca tanto en América como en París.

Y la tercera, por su contextura adherente y suave, propiedad fundamental de los polvos extra finos.

De esta combinación de cualidades selectas, surgió este nuevo producto: Los Polvos Pond's para la cara. Su precio añade una ventaja más a todas las ventajas enunciadas arriba.

Los tonos son 4: *Natural*, para la tez rubia; *Rachel Claro*, para rubias de tez más subida y morenas de tez clara; *Rachel Obscuro*, para rubias y morenas de tez coloreada y *Ocre*, para la tez mate y todas aquellas que prefieren un tono de piel más subido.

OFERTA ESPECIAL DE PRESENTACION. Un cisne de tocador, gratis, se entregará a los que compren una caja grande de Polvos Pond's de ($ 2.-). Hasta el 31 de Octubre de 1933, solamente. Se vende en los mismos sitios donde Vd. acostumbra a comprar sus Cremas Pond's.

POND'S

POLVO PARA LA CARA

$ 0.70 y $ 2.- EN LA CAP. FED.

POND'S EXTRACT COMPANY
Monroe 5002 — Buenos Aires

Sírvase enviarme a vuelta de correo una muestra gratis de Polvos Pond's del tono que indico más abajo:

RACHEL OBSCURO ☐ RACHEL CLARO ☐
NATURAL ☐ OCRE ☐ CC-12-10-33-76

Nombre ....

Dirección ....

Raimundo

Raimundo volvió a la casa paterna, diremos así, con el doble prestigio de la ausencia y de sus desgracias, y a todos los tenía embancados, contándoles sus penas y la dura vida del cuartel.



Lucio V. Mansilla. Argentino.

Una mañana, en tanto almorzábamos, mejor dicho, después de la lectura — era la costumbre — de cierto trozo selecto en prosa o en verso que mis hijas me leían a mí, o yo a ellas, María Luisa me dijo (¡ah! cuánta pena me causa sólo recordarla):

—Papá, ¿sabes que tengo una cosa muy graciosa que contarte?

—¿Qué cosa, mi hijita?

—Una conversación que le he oído a Raimundo en la cocina (mi cocina era una especie de refectorio, que hacía la desesperación de mi mujer) — pero una conversación divina.

—¿A ver, hijita?

—Raimundo presidía la mesa, todos lo escuchaban con profunda atención y él les decía, dirigiéndose alternativamente a los hombres y a las mujeres, tratándolos de *che, vos, tú*: "Yo había creído que el Coronel (yo era entonces Coronel, lo fuí dieciséis años, por haber sido autor y fautor de la candidatura Sarmiento), era un hombre muy sabio porque tiene muchos libros (y el muy bellaco se sonreía con ironía); ¡pero qué! pura farsa, amigo. Una porción de veces, cuando he estado sirviendo la mesa, me ha avergonzado delante de las visitas, diciéndome: ¿cuándo aprenderás a hablar como la gente? ¿A quién le has oído decir *vide*, en la casa? Se dice *vi*, animal"... Animal yo, *¡hum!* Otras veces se ha enojado, porque he dicho *miajas*, y me ha dicho: "Son migajas, bruto!"; mientras tanto en el "Don Quijote", que he leído perfectamente cuando estaba en la cárcel (cárcel le llamaba al cuartel con toda intención), está escrito *vide* y *miajas*, y no como él dice... y agregaba: "si es tan guapo así en la guerra como dicen."

—Aquí llegaba él, prosiguió María Luisa, cuando se apercibió de que yo escuchaba, y poniéndose de pie, dió la señal de alarma, y todos se levantaron, y yo tuve que retirarme para no interrumpirlos.

—¡Qué pícaro! exclamé. ¡Cómo me habría gustado que hubieras oído lo que opinaba de mi valor!...

Era inútil interrogarlo sobre su introspección en mi alma de soldado.

Si lo hubiera llamado, me habría contestado engañándome, lo mismo que ustedes ahora: que soy todo un hombre.

Por la sencillísima razón, de que a un militar puede importársele poco no ser purista ni estilista como Cervantes.

LUCIO V. MANSILLA

El Paraná

¡PARANÁ incomparable! tus escenas son siempre risueñas y de vida, tu verdor es eterno; las lluvias a la par de las crecientes perpetúan la frondosidad de tus riberas y tus islas; nunca empaña el polvo el esmalte de tus hojas, ni el brillante colorido de tus flores y tus frutos; jamás el huracán turbó la paz de tus florestas; y si el pampero impetuoso pero benéfico, agita con violencia las ondas del Plata, indefenso, apenas frisa tus canales protegidos por la espesura de tus islas, y solo esparce el bien en tus dominios, depurando los más ocultos senos de tus bosques. No solamente es admirable el Paraná por lo extenso de su curso, la mole y excelencia de sus aguas, la profundidad y limpieza de su cauce, lo feraz y salubérrimo de sus islas y riberas, la profusión de sus producciones naturales, la benignidad de su clima y sus inundaciones periódicas, sino también por tantos afluentes navegables que concurren con el Uruguay y sus tributarios a formar el magnífico estuario del gran Rio de la Plata, ofreciendo a la navegación y a la agricultura el más vasto y grandioso sistema de canalización e irrigación, que puede concebir la mente humana. Inmensas soledades, ríos caudalosos, dilatadas pampas, valles donde rebosa la abundancia, montañas henchidas de tesoros... Las más importantes regiones del continente sudamericano están aún por habitarse; sus más feraces tierras por cultivarse; sus mayores riquezas todavía están por explotarse. La nueva tierra de promisión, destinada acaso por el Omnipotente para el asilo de la libertad y de la dicha, ¿será la conquista de la iniquidad y de la fuerza? ¿o el apanaje de la moralidad y la inteligencia? ¿Para quién estará reservada, después de tantos miles de años? Tres centurias hace que en medio de este Oasis del Mundo Nuevo, se agita un pueblo valiente y hospitalario, a quien está encomendada su guarda, hasta la realización de los altos destinos de esta porción privilegiada de la herencia humana.

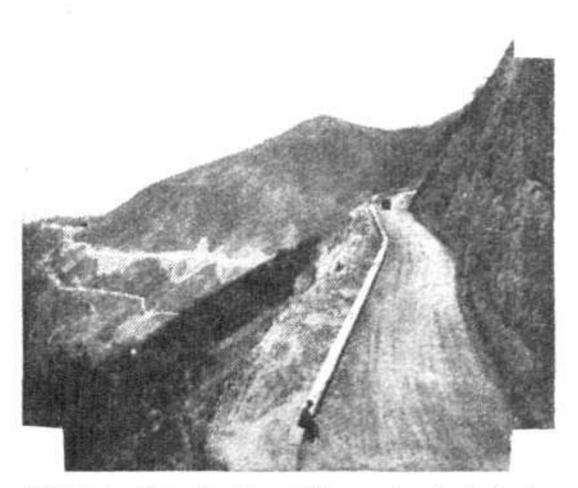

Marcos Sastre.

¡Paraná delicioso! tú no me ofreces sino imágenes risueñas, impresiones placenteras, sublimes inspiraciones; tú me llamas a la dulce vida, la vida de la virtud y de la inocencia. ¡Cuántos goces puros! ¡cuán deleitosas fruiciones plugo a tu Hacedor prepararnos en tu seno! En medio de tus aguas bienhechoras, de tus islas bellísimas, revestidas de flores y de frutos; entre el aroma de tus aires purísimos; en la paz y la armonía de la humilde cabaña hospitalaria de tus montes... ¡allí, allí es donde se encuentra aquel Eden perdido, aquellos dorados días que el alma anhela!

Al paso que se desenvuelven las vueltas salientes de las costas, vanse descubriendo nuevas abras y canales, frondosos arbolados y amenos bosques.

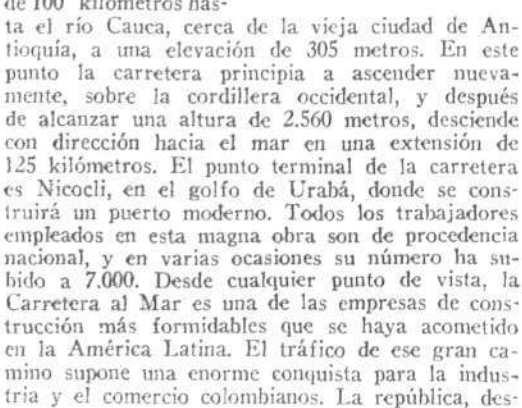
MARCOS SASTRE

COLOMBIA



Pintoresca vista de una sección ya terminada de la Carretera al Mar.

La Carretera al Mar es una de las obras de ingeniería más audaces que se hayan proyectado en Colombia, país que está llevando a cabo la construcción de ferrocarriles extraordinariamente costosos y difíciles. La carretera sale de Medellín a una elevación de 1.525 metros sobre el nivel del mar y asciende durante una extensión de 25 kilómetros hasta coronar la cordillera central de los Andes a una altura de 2.622 metros. Allí comienza a descender, y así continúa en una extensión de 100 kilómetros hasta el río Cauca, cerca de la vieja ciudad de Antioquía, a una elevación de 305 metros. En este punto la carretera principia a ascender nuevamente, sobre la cordillera occidental, y después de alcanzar una altura de 2.560 metros, desciende con dirección hacia el mar en una extensión de 125 kilómetros. El punto terminal de la carretera es Nicocli, en el golfo de Urabá, donde se construirá un puerto moderno. Todos los trabajadores empleados en esta magna obra son de procedencia nacional, y en varias ocasiones su número ha subido a 7.000. Desde cualquier punto de vista, la Carretera al Mar es una de las empresas de construcción más formidables que se haya acometido en la América Latina. El tráfico de ese gran camino supone una enorme conquista para la industria y el comercio colombianos. La república, desde hace tiempo encuéntrase en franca prosperidad. Su industria de hilados y tejidos mantiene más de cuarenta fábricas. La confección de valiosos sombreros de jipijapa es importantísima. En Amagá se labora el hierro y con él se construyen maquinarias industriales y agrícolas. Hay fábricas de loza y vidrio, cemento, azulejos, perfumes, jabones, velas, calzado, licores, aceite y otros productos. Colombia exporta anualmente por término medio, millón y medio de mineral de oro. También la plata es allí un producto de suma importancia. El platino se extrae en buena cantidad. Una compañía explota los aluviones del Chocó. Las minas de Muzo son célebres por la calidad de las esmeraldas allí encontradas. En el mercado parisiense son apreciadísimas. El cobre se da en considerables proporciones en el departamento de Tolima. El petróleo constituye una industria de importancia, llamada a tener hermoso porvenir, y la hulla seca colombiana tiene preferente aceptación. Las industrias ganadera y agrícola hállanse en pleno auge: hacienda vacuna y caballar, cultivo y laboreo del cacao, exportación de bananas, completan la vida industrial de aquel rico país de nuestra América, tan bien dotado de recursos naturales, que sus hijos logran acrecentar por medio de una labor tenacísima e ingeniosamente encaminada.





Las minas de esmeralda del valle de Muzo.

Hace 290 años fué construída la casa en que residió Liniérs pocos meses antes de ser fusilado



Obra de una misión jesuítica, que la utilizó hasta la expulsión, por real orden, como casa profesa y colegio de artes y oficios para los indios, es de sólida construcción y puede considerarse como un trabajo arquitectónico admirable.



Por LUIS POZZO ARDIZZI



OR sobre la belleza natural de sus sierras, Alta Gracia ofrece al viajero curiosos atractivos históricos. Existen allí construcciones tres veces centenarias, que constituyen toda una tradición de la hermosa villa cantada por Belisario Roldán.

La "Casa de Liniérs" es un ejemplo en ese sentido y merece los honores de un artículo, por lo que significa como construcción, puesto que revela los conocimientos técnicos de que hicieron gala las misiones jesuíticas, en lo que respecta a edificación en el año 1600 y los beneficios que la difusión de esos conocimientos debió producir entre los que se sometían a sus enseñanzas.

Un vasto edificio que tiene 290 años

EN la calle principal — avenida Belgrano, — en la parte elevada de la villa, frente al tajamar, se levanta la "casa de Liniérs", como la denominan los habitantes de Alta Gracia, a pesar de que el héroe de la Reconquista sólo vivió algunos meses en ella. Es una finca de vastas proporciones, de dos pisos y sólida construcción. Se asciende al piso superior por medio de una estrecha escalera de piedra que da a un balcón-terraza con tres grandes arcadas. La entrada al primer piso está resguardada por una puerta de roble de 20 centímetros de espesor, cuya solidez le ha permitido resistir el peso de casi tres siglos.

Dos amplios corredores, también con arcadas — que recuerdan la construcción clásica del interior de los conventos, — comunican a las numerosas habitaciones, utilizadas en su primera época como habitaciones de los jesuítas.

Las paredes de la parte inferior del edificio — planta baja — revelan la admirable previsión de sus constructores, pues ninguna de ellas tiene menos de un metro de espesor. Para contener el peso del piso superior, los jesuítas construyeron numerosas columnas en ladrillo, unidas entre sí por grandes arcadas.

Las construcciones del jardín, que se halla en el gran patio de la finca, indica que los misioneros tenían verdadera predilección por las plantas.

El gran corredor del primer piso comunica a un pequeño vestíbulo, situado en los fondos de la casa, y que da a la iglesia de Nuestra Señora de Las Mercedes, otra obra de arte, construída por los jesuítas en 1643. Desde un balcón interno, que da al corredor mencionado, don Santiago de Liniérs oía misa diariamente, sin que los fieles lo advirtieran.

Los jesuítas utilizaron la gran finca durante 124 años, y la abandonaron al firmar el rey de España Carlos III el famoso decreto de expulsión de las misiones de la Madre Patria y de las Américas.

Un reloj de sol y una galería subterránea

ENTRE las curiosidades de la casa, merece destacarse, en primer término, un reloj de sol, construído en piedra e instalado sobre el techo principal de la finca, y que se encuentra en excelente estado de conservación.

Otro detalle interesante lo constituye, sin duda, la galería subterránea que partía desde el sótano de la casa, cerca de la pared divisoria de la iglesia, y salía a dos leguas de Alta Gracia, a la altura de una estancia ubicada al borde del camino pavimentado que une dicha villa con la ciudad de Córdoba.

Ese pasaje subterráneo fué clausurado hace tiempo, y constituía una verdadera obra de ingeniería, de forma abovedada. Se cree que los jesuítas lo construyeron como previsión, a los efectos de poder abandonar la finca sin riesgo en caso de ataque de los indios o de otro acontecimiento que les obligara a huir.

Una descripción de Groussac

PAUL Groussac, en su completa historia de Santiago de Liniérs, hace una interesante relación de la casa, algunos de cuyos párrafos destacamos aquí:

"Situada a unas diez leguas al sudoeste de Córdoba, la estancia de Alta Gracia es una antigua posesión jesuítica, cuyo caserón conventual se levanta, todavía intacto, en una ondulación de la sierra que domina la moderna población. Delante del edificio principal, un espacioso estanque cercado de piedra se llenaba y desaguaba por acequias sacadas del vecino arroyo. Salvado el portón de entrada, aparecía el inmenso patio lleno de plantas y circundado por la doble arquería claustral, cuyas losas habían gastado durante dos siglos los pasos de la negra y taciturna milicia.

" Una escalera de piedra conducía al piso superior, sobre cuya galería daban las abovedades habitaciones, grandes y chicas, que abundaban en el cenobítico castillo: refectorios, salas de estudio y reunión, dormitorios, bibliotecas, cuartos de huéspedes, invariablemente blanqueadas a cal y soladas con rojas baldosas".

Adquisición de la casa por Liniérs

Don Santiago de Liniérs, luego de hacer entrega del mando al virrey Cisneros, *había recibido la indicación de trasladarse* a España, por disposición de la Junta de Sevilla. Antes decidió realizar un viaje a Mendoza, pero se detuvo primero en Córdoba, donde su amigo el gobernador Concha, el coronel Allende, el deán Funes y otras personas que le estimaban, le hicieron demasiado grata la estada, y por ello influyeron indirectamente en su trágico fin. Era en los últimos meses del año 1809, y como su familia se encontraba también en dicha ciudad, resolvió instalarse definitivamente allí.

El 3 de febrero de 1810 Liniérs compró al doctor Victoriano Rodríguez — que algunos meses más tarde sería fusilado con él — "la estancia" de Alta Gracia, en la suma de 11.000 pesos, reservándose el vendedor una legua de campo sobre el río Anisacate. La estancia comprendía una extensión mayor que lo que hoy constituye esa villa y, además, el gran edificio de la misión jesuíta y la iglesia.

El 2 de marzo de 1810 Liniérs, acompañado de los miembros de su familia, tomó posesión de la propiedad y el 2 de mayo escribía a un amigo dándole cuenta de sus actividades rurales:

"Ya me tiene usted — decía en esa carta — hecho un hombre campestre, ocupado sólo del arado, del buey, del caballo, del molino; dando órdenes al albañil, al hortelano, al capataz, al peón, al domador y al carretero, con más gusto que cuando la dictara a una provincia y a un ejército".

Lejos estaba Liniérs entonces de pensar que los acontecimientos se precipitarían y que tres meses después, por su fidelidad a España, sería fusilado a dos leguas de Cabeza de Tigre.

La venta de la propiedad

Fusilado Liniérs con sus compañeros de infortunio, su familia abandonó, al tiempo, la estancia de Alta Gracia, que no fué confiscada por el gobierno.

Por espacio de varios años la finca quedó abandonada. Su recia construcción hizo que se mantuviera intacta.

El 26 de marzo de 1821, doña Carmen Liniérs de Perichón y doña Enriqueta de Liniérs, por sí y como tutora de sus hermanos menores José, Santiago, Mariano, Tomás y Dolores, por intermedio de su apoderado don Juan B. Echevarría, vendieron en remate público, con autorización e intervención del gobierno, la estancia de Alta Gracia. La adquirió don Manuel J. Solares.

Años más tarde, el señor Solares vendió la casa — que ya no comprendía una extensión de terreno como en el tiempo de Liniérs — al señor Rafael Lozada. Y, actualmente, por herencia, son sus propietarios la señora Concepción Llanes de Lozada y el señor Alberto Lozada. Este último conserva, en una de las habitaciones principales, una cómoda de algarrobo que fué de don Santiago de Liniérs.

Tal es la historia del edificio que se levanta en la parte de la población de Alta Gracia, en la que don Santiago de Liniérs vivió pocos días de felicidad, entregado a las tareas del campo.

Luis Pozzo Ardizzi

La luna de la velada

AMOR mío, amor primero de mi corazón! Sólo me quedan de ti recuerdos que evoco temeroso, y esa luna, confidente antes amable de nuestras tristezas y alegrías, que ella olvidó ya.



Jorge Isaacs. Colombiano. (1837-1895). Novelista y poeta.

Aun está sobre mi pecho el calor de esa cabeza destrenzada; aún oigo los acentos inarticulados de sus labios; todavía siento gotear sobre mis manos sus lágrimas ardientes, las veo rodar de sus ojos velados por el pudor, abrillantadas por tu luz, ¡oh luna que tanto amó!...

¡Pobre Felisa! Si con lágrimas pudiera saciarse esta sed que devora mi alma, si con lágrimas tuyas debías comprar mi corazón, ¿quién se atrevería a disputarme?

Y hay instantes en que te pertenece entero. Esa impalpable rival que te lo roba, es menos amorosa que tú. Esta visión querida, que me hace alejar de ti, acabará por vengarte de los momentos de mi criminal desamor. No la temas cuando velo a tu lado, y tus sonrisas y las caricias de nuestros hijos me hacen olvidar crueles y pasados infortunios.

Pero cuando en horas avanzadas de la noche entras con pasos quedos en la estancia en que trabajo, a la luz de una rústica lámpara, cuyos resplandores amortiguan los rayos de la luna naciente; cuando te acercas y mis oídos no te oyen ni mis ojos te buscan... llora y perdona porque mi corazón te es infiel y tu rival es la gloria.

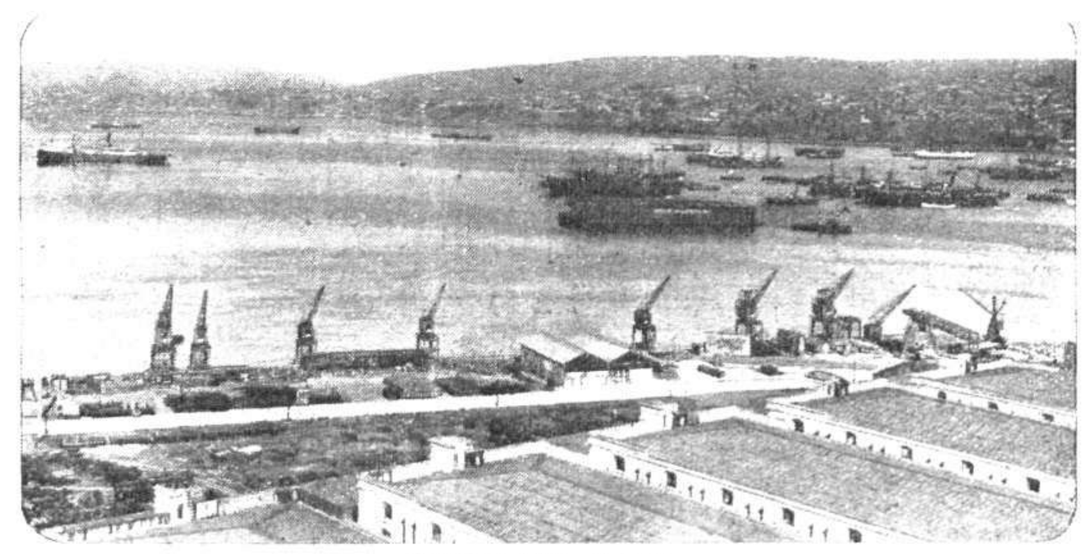
Si pudiera visitar un instante lo que lejos de ti llamo mi hogar, compadecería al mismo que llamas y que tardó en volver. Ahora me rodea un silencio espantoso: esa misma luz que penetraba, ha diez años, en nuestra cámara nupcial, viene como a buscar aquí a tu esposo amante de otros días, y no halla flores ni cortinajes.

Un acento de tu agasajadora voz, el aroma de tus vestidos, harían volver la alegría a mi corazón, que más tarde en vano procurarás despertar, porque permanecerá sordo y frío, muerto bajo tu frente.

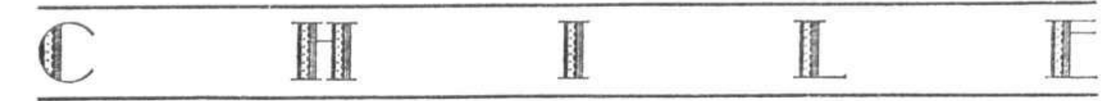
Y tal vez llegará un día en que busques, entre otros sepulcros, un sepulcro sin nombre y gentes extrañas te enseñarán el mío.

Háblale entonces de mi amor, ¡oh luna! Háblale de las noches en que, ayudado por tu luz, descendía yo de las alturas de San Antonio al pequeño valle sembrado de sauces, donde blanqueaba la perfumada mansión a cuya puerta me esperó anhelosa tantas veces. Háblale de las tardes en que reclinaba mi cabeza sobre su hombro, oyendo los gemidos del viento en los peñascos, y los sollozos del Cali, mientras seguían mis ojos sus corrientes azules en la verde vega del Peñón, planteado a lo lejos, al serpentear en el confín de la llanura. Háblale de nuestro último adiós... y del último beso mío que enjugó sus lágrimas.

JORGE ISAACS



Valparaíso. Vista del puerto.



CHILE

Actualmente ocupa el tercer lugar entre los países productores de cobre. Siempre fué famosa la república trasandina por su industria minera. El oro, la plata, el hierro y el cobre, además de numerosos minerales ricos, son la base principal del comercio chileno. El salitre exportado en cantidad de unas 3.500.000 toneladas anuales abastece los mercados del mundo. La industria manufacturera está muy adelantada. Hay más de 3.000 establecimientos que producen mercaderías por valor de 2.000.000 de pesos. Muebles, materiales de construcción, papel, cueros y pieles, alcoholes, alfarería y cerámicas, textiles y cien productos de buena confección. El cincuenta por ciento del suelo chileno hállase dedicado a la agricultura — unos 380.000 kilómetros cuadrados, donde el campesino trabaja con buenos resultados. La vitivinicultura, muy bien desarrollada, produce excelentes vinos, que han conquistado renombre. El pueblo de Chile sabe luchar contra todos los obstáculos y realiza una labor admirable para aprovechar los recursos de la naturaleza. La ganadería es de buena calidad en equinos, ovinos y otras razas. La producción agrícola, forestal, ganadera y otros ramos suponen una cantidad valuada en 1.100.000.000 de pesos. Un intenso movimiento naviero hay en los puertos principales de la república, pudiéndose calcular en 3.500.000 de toneladas anuales. Chile, merced a la energía de sus habitantes, progresa con rapidez en el camino de la cultura.



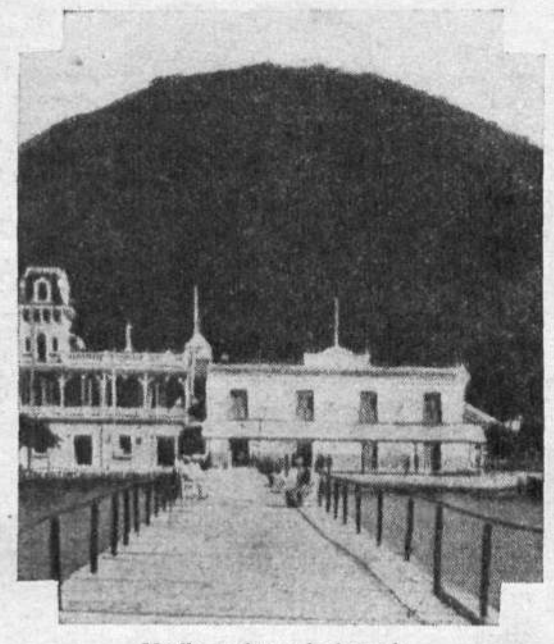
Valle del Cachapoal.



El puerto de Arica.

HONDURAS

De extraordinaria importancia para la producción ganadera, agrícola e industrial de Honduras es el departamento de Valle. Confinando al norte con el departamento de La Paz, se extiende hacia el sur como una estrecha faja entre la República de El Salvador al oeste y los departamentos de Tegucigalpa y Choluteca al este. Su litoral al sur está bañado por las aguas del golfo de Fonseca. Fertilizan el suelo de Valle los ríos Nacaome, Guacirope y Goascorán. A la jurisdicción de ese departamento pertenece el único puerto de entrada que tiene Honduras en su costa del Pacífico, Amapala, pintoresca ciudad de 2.363 almas situada al norte de la isla Tigre, a la entrada del Golfo de Fonseca, y aunque un tanto calurosa es un sitio bastante salubre. Para entrar en el puerto los buques tienen que rodear un pequeño promontorio al oeste de la ciudad, en el que anteriormente había un hermoso parque que el presidente Leiba hizo trasladar a otro punto más cercano a la ciudad. Hay 10 islas en la bahía de Fonseca, de las cuales Tigre y Zacate Grande son las más conocidas, ésta de una elevación de 600 metros y aquélla de 800. Puede decirse que la isla Tigre está en el centro de la bahía, entre la Punta Chigurin (El Salvador) y la isla Ratón (Nicaragua). Todas las mercaderías destinadas para el interior de la república se introducen por Amapala, así es que el puerto ha tenido siempre mucha importancia. Pero es probable que la isla Zacate Grande, separada de la costa sólo por un estrechísimo canal, llegue a desempeñar un papel muy importante en el futuro desarrollo comercial de Honduras. Por lo que respecta a las industrias de Amapala, claro es que la carga y descarga de mercaderías suministra a los habitantes de Amapala, el principal medio de sustento. Dícese que hace varios años muchos se dedicaban a la pesca de perlas, pero actualmente sólo unos cuantos se ocupan de ello, y su producto sólo es bastante para abastecer el consumo local. La industria de interés es la fabricación de artículos de carey, procedente de las grandes tortugas que se pescan en aquellas aguas, algunas de las cuales miden como un metro de largo; su carapacho está compuesto de tres placas sobrepuestas. Las otras exportaciones consisten en productos minerales, cueros, goma y café. De ellas se envían a los Estados Unidos productos por valor de más de medio millón de dólares, minerales en su mayoría, en tanto que Alemania recibe principalmente cueros, goma y café. Los principales artículos que pasan por Amapala en el intercambio entre El Salvador y Nicaragua son queso y azúcar. Nacaome es la cabecera del departamento, y se halla situada en la margen occidental del río de su nombre, y a 15 kilómetros de su desembocadura en Bahía de Fonseca.



Muelle y aduana de Amapala.



Planta de fuerza motriz de San Juancito.

La juventud

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. "Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios — dice uno de los himnos homéricos, — se imagina que ellos no han de envejecer jamás". Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el en-



José Enrique Rodó, Uruguayo. Literato y catedrático.

tusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais, decía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: "¡No sois sino unos niños!" Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja con desdeñosa mano todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscriptas de las actitudes de su alma, como del gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas a él, sólo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

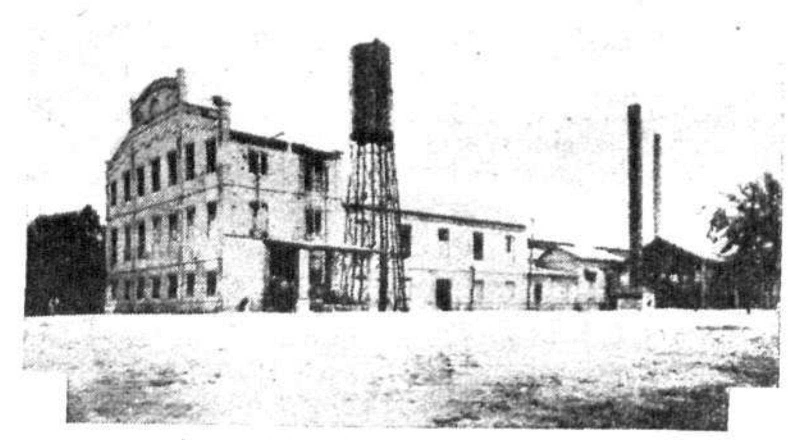
JOSE ENRIQUE RODO

VENEZUELA

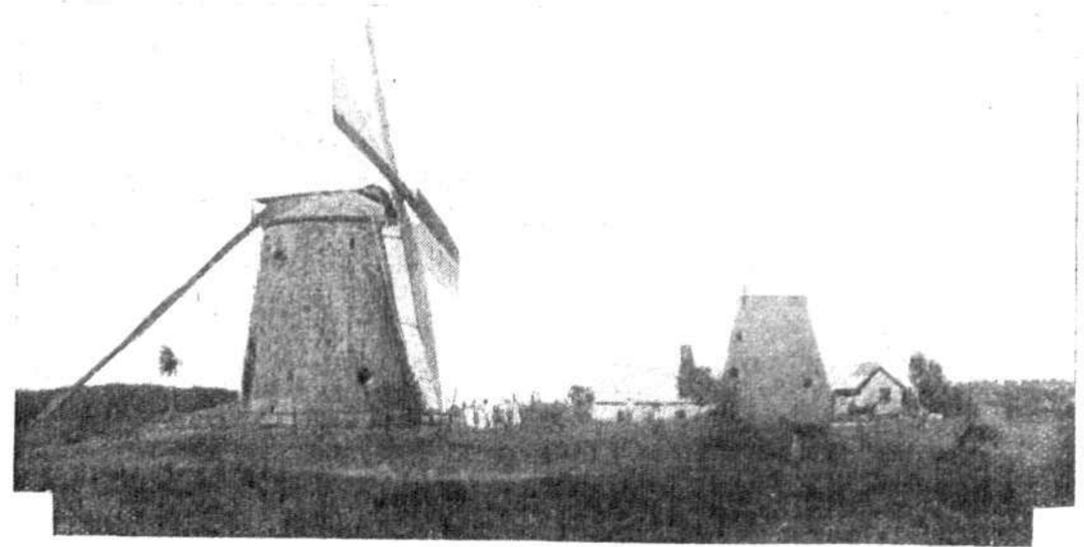
Dos de los renglones mejores de la industria venezolana son el oro y el petróleo, además del cobre. En el año 1930 la producción de oro en la república fué de 1.826.731 gramos, y la de cobre 3.294 toneladas métricas. Los explotadores de las minas metalíferas, especialmente en Guayana, trabajan con regularidad y muestran cada vez más entusiasmo, en vista de los resultados satisfactorios obtenidos por algunas compañías; y el descubrimiento de nuevos veneros auríferos ha estimulado el interés de varias empresas extranjeras que han enviado comisiones de técnicos a practicar estudios en distintas regiones de oriente, centro y occidente de la república. La explotación de petróleo alcanzó en 1930 a 20.153.912 toneladas métricas. Venezuela es un país rico naturalmente. Aceites vegetales, alcohol, cacao, café, cocos, almidón, azúcar, tabaco y otros productos. También la ganadería tiene allí extraordinario desarrollo. Los animales bovinos llegan a cerca de 3.000.000, a 2.500.000 los cabríos, a 120.000 los lanares, alcanzando respetables cifras los demás.



Bahía de Ciudad Bolívar, Venezuela.



Fábrica de papel en Maracay.

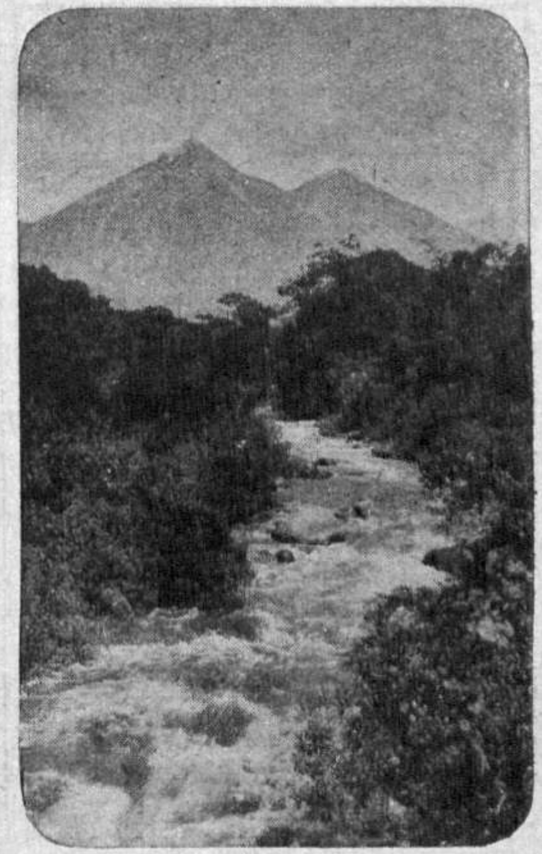


Un antiguo molino de viento para la fabricación de azúcar cande.

GUATEMALA

Vista de la ciudad de Salaja.

La parte de la red ferroviaria internacional correspondiente a Guatemala, comprende las diversas líneas conocidas anteriormente con los nombres de "Ferrocarril Guatemalteco del Norte" (después, Ferrocarril de Guatemala), tendido desde Puerto Barrios hasta la capital; "Central de Guatemala", de la capital a San José y Mazatenango; el "Occidental", y el Ferrocarril de Ocós". Los dos últimos se unieron en 1913, cuando se construyó la llamada extensión panamericana desde la estación de Caballo Blanco del Ferrocarril Occidental hasta Ajutla, en la frontera de Méjico. Todas estas líneas fueron consolidadas en 1912. Tales avances han dado mayores facilidades al comercio y la industria guatemaltecos, que avanzan rápidamente. La riqueza de aquel país se halla principalmente en la agricultura e industrias derivadas de ella. El café de Guatemala tiene superior aceptación en los mercados europeos al de otros países. Cacao, plátanos, hule, chicle, maíz, trigo, arroz y porotos se producen en abundancia. Se están realizando con todo éxito plantaciones de algodón, que dan materia a importantes establecimientos de hilandería y tejido. La industria minera es muy productiva, laborándose yacimientos, casi a flor de tierra a causa de los frecuentes terremotos que revolucionan el suelo. Blendas y galenas argentíferas, oro, cinc, cobre, manganeso, antimonio, cristal de roca, espato y otros minerales de gran precio forman parte de la riqueza nacional, ofreciendo muy lisonjeras esperanzas para lo porvenir.



En el territorio de Verapaz.

R i v a d a v i a

SIGAMOS a Rivadavia en el gran escenario de la política nacional e internacional, y veremos acentuarse los magistrales contornos de su figura histórica.

La organización constitucional de la provincia de Buenos Aires como estado autonómico, fué la célula orgánica de la futura vida nacional; la nebulosa que apareció en el cielo obscurecido de la patria hace sesenta años, como núcleo de la constelación de las catorce estrellas argentinas, que hoy giran en su órbita de atracciones.

De esta concepción tan original como sencilla, nacieron las constituciones locales vaciadas en el molde típico, animándose por el soplo vital del derecho las partes rudimentales del conjunto, dotado de movimiento propio y subordinado a una ley suprema. Esto, que entonces fué como una revelación, y que en nuestros días hemos complementado y perfeccionado dando coherencia al gran todo, respondía al instinto de la conservación, a



Bartolomé Mitre. Argentino. (1821-1906). Presidente de la República y polígrafo.

la vez que al progreso gradual en el orden político.

Las grandes novedades de la reforma — que lo eran en la mayor parte del mundo, con excepción de los Estados Unidos, y parcialmente en Inglaterra, — penetraron a las provincias argentinas, que postradas por la anarquía y mansas víctimas de los cacicazgos arbitrarios, vegetaban en el aislamiento y la miseria. Ellas crearon un nuevo vínculo moral en la familia dispersa y reanimaron su organismo rudimental, incitándolas a arreglarse a derecho, establecer representaciones populares y gobiernos amovibles. Estas innovaciones, que al menos obtuvieron una sanción teórica, formaron a imagen y semejanza de las instituciones de Rivadavia, estados autonómicos, con su mecanismo propio y su articulación orgánica.

El impulso de la propaganda no se detuvo en los límites nacionales: con el vuelo de sus robustas alas, esas instituciones atravesaron las fronteras, y como las armas argentinas en sus tiempos heroicos, dieron la vuelta de la América Meridional, y enseñaron a pueblos y gobiernos lo que era el sistema representativo en que el orden y la libertad se ponderan, y le demostró cómo se cierran las revoluciones bajo los auspicios de los mismos principios que las inauguran.

B A R T O L O M E   M I T R E

Relaciones humanas

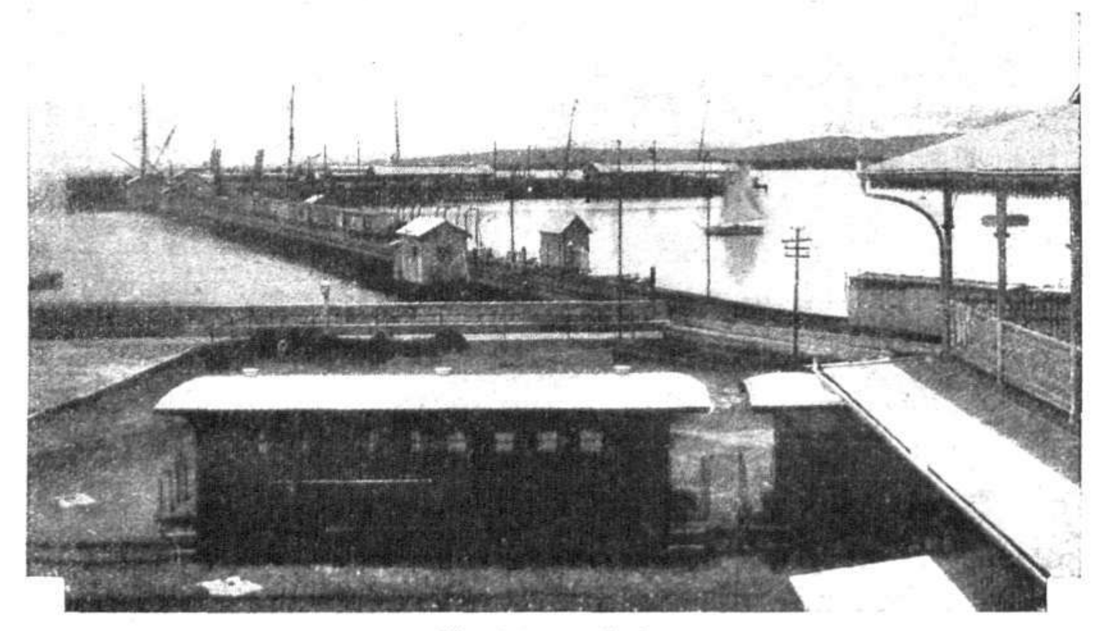
La organización del hombre y las propiedades de los objetos que le rodean, muestran a las claras y sin necesidad de minucioso examen, que debe aquél tener con éstos indispensables relaciones. Es evidente, por otra parte, que desde que el hombre ha de conservarse y desenvolverse, poniendo a contribución tales objetos, desigualmente distribuídos, debe combinar su acción con la de sus semejantes, para obtenerlos con mayor facilidad y en mejores condiciones. Pero hay una grande, enormísima distancia de aquí a reconocer que en vez de ser las cosas para el hombre, el hombre ha de ser para las cosas; que en lugar de hacerlas servir, en la medida de lo lícito, a la satisfacción de sus necesidades presentes y futuras, ha de esclavizarse, por avaricia o sensualidad, hasta el punto de consagrar, por entero, a su obtención, el ejercicio de sus facultades, como si ningún otro fin le estuviera deparado. Es indigno de la naturaleza humana dar por base principal a las relaciones entre los hombres, la necesidad o las conveniencias del comercio. Ellas los vinculan entre sí, y esta vinculación es provechosa; pero hay sentimientos más altos en el corazón, que aquellos a cuyo impulso obedecemos al asumir el carácter de vendedores y compradores, de productores y consumidores, o de intermediarios entre unos y otros. Las relaciones de individuo a individuo, de nación a nación, deben estar regidas por principios de un orden diverso. La timocracia no es el gobierno de la justicia. El Evangelio ha traído al mundo la verdadera doctrina en esta materia como en todas las demás que interesan a la humanidad. Santifica el trabajo y lo premia en cuanto es el cumplimiento de la ley divina; pero lejos de colocar en la riqueza la excelencia del hombre, le dice "Atesorad para vosotros tesoros en el cielo en donde no los consume orin y polilla y en dónde ladrones no los desentierran, ni roban".



Pedro Goyena, Argentino. (1843-1892). Literato y jurisconsulto.

Es el perfeccionamieno del alma, es la santidad de la vida lo que hace crecer a los hombres en mérito ante los ojos de Dios. Y sin duda que el rico, y sin duda que aquel a quien los bienes de la tierra pertenecen en abundancia, tiene en ellos el medio de hacerse agradable al Dispensador de todos los beneficios.

PEDRO GOYENA



Vista del puerto Limón.

COSTA RICA

Desde 1931 funciona en la región de Guápiles el sistema de colonias agrícolas, que en los últimos años ha alcanzado popularidad en varios países iberoamericanos, como medida de aprovechar vastas extensiones de terrenos cultivables de propiedad pública, de fomentar la agricultura y la ganadería, y de reducir la aglomeración de gentes sin empleo en las ciudades. La Colonia Agrícola de Guápiles, establecida por ley Nº 4 del Congreso (*mayo 20 de 1931*) estará dividida en parcelas de 19 hectáreas, a cada una de las cuales tendrá derecho un colono o cabeza de familia. Por lo pronto se ha limitado a 100 el número de familias que se deberá establecer. El estado hará los gastos de traslado de los colonos y sus familias; le suministrará a cada colono una casa de habitación, de modelo uniforme, construída de madera y techada con cinc, cuyo precio no pase de 1.000 colones cada una. Al instalarse el adjudicatario recibirá igualmente del estado las herramientas necesarias de labranza; y durante los primeros seis meses, las provisiones de primera necesidad indispensables para la subsistencia de él y su familia.

Después de cinco años de constante cultivo en no menos de tres hectáreas, el adjudicatario tendrá derecho a que se le dé título de propiedad. Antes de obtener ese título las parcelas no podrán ser vendidas, enajenadas, gravadas ni embargadas, ni se impondrá sobre ellas o sus productos impuesto alguno, nacional o municipal, con excepción del canon mensual de 25 céntimos por hectárea cultivada y 50 céntimos por hectárea no cultivada que pagarán los colonos desde el segundo año en adelante, hasta la obtención del título de propiedad. Para ser colono se requiere ser pobre y costarriqueño de origen, cabeza de familia, de preferencia agricultor, menor de 60 años, no tener ninguna enfermedad infecciosa, y haber acreditado su moralidad y aptitudes para la clase de cultivos a que se va a dedicar. Costa Rica abunda en minerales de oro y plata, cacao, café, maderas finas, cueros, café, bananas, etcétera.



Vista de una calle de negocios de San José.

El Gran Sorteo del "CONDAL"

se efectuó el 30 de Septiembre en el Parque Romano ante una calificada concurrencia de más de 25.000 personas.



Vista de una parte de la numerosa concurrencia, durante los números de variedades, previos al sorteo

RESULTADO

1er premio BATELERO o $ 15.000 el Nº 1020393
2º " VENTISCA " " 10.000 " " 0056214

3er. premio de	$ 2.000, el	Nº	0238282
4º " "	" 1.000, "	"	0186607
5º " "	" 500, "	"	0543527
6º " "	" 500, "	"	1018323

Con doscientos pesos cada uno, los números: 510162, 305754, 722529, 191418, 1174662 y 956518.

Los ocho premios restantes de Cien pesos cada uno corresponden a los números: 642610, 110302, 561888, 13976, 643171, 1176015, 274850 y 716361.

Además para cada cupón del centenar correspondiente al millar premiado, o sea, del Nº 1020300 al Nº 1020399, le corresponde un reloj platinado CONDAL.

Ya están en circulación los cupones para el próximo gran sorteo, cuyos premios son:

1º Clochetón o $ 15.000-2º Torpedo o $ 10.000-3º Nota Alta o $ 5.000

FERNANDO SANJURJO
USPALLATA, 2180.

Regalo de

616 PREMIOS en entre los peque

Caras y

Con motivo de la FIESTA DE REYES y como clausura de los grandes sorteos semanales gratuitos de juguetes que en combinación con la importante firma J. ROGER BALET, propietaria del "BAZAR DOS MUNDOS", venimos realizando, hemos resuelto canjear cada TRES cupones sin premio, desde la serie R en adelante, por un boleto numerado, para intervenir en el gran sorteo a realizarse el 3 de enero próximo en el sitio que oportunamente indicaremos.

En la Capital Federal deberán canjearse los cupones por los boletos numerados que tomarán parte en el sorteo, en el "BAZAR DOS MUNDOS" (C. Pellegrini y Sarmiento) y en todas sus sucursales.

Los que soliciten por correo estos boletos numerados, deberán dirigirse a "CARAS Y CARETAS",

El sorteo se efectuará el día 3 de enero de

Conserve su ejemplar de "Caras y Care

$ 5.000.—

juguetes a sortearse
ños lectores de

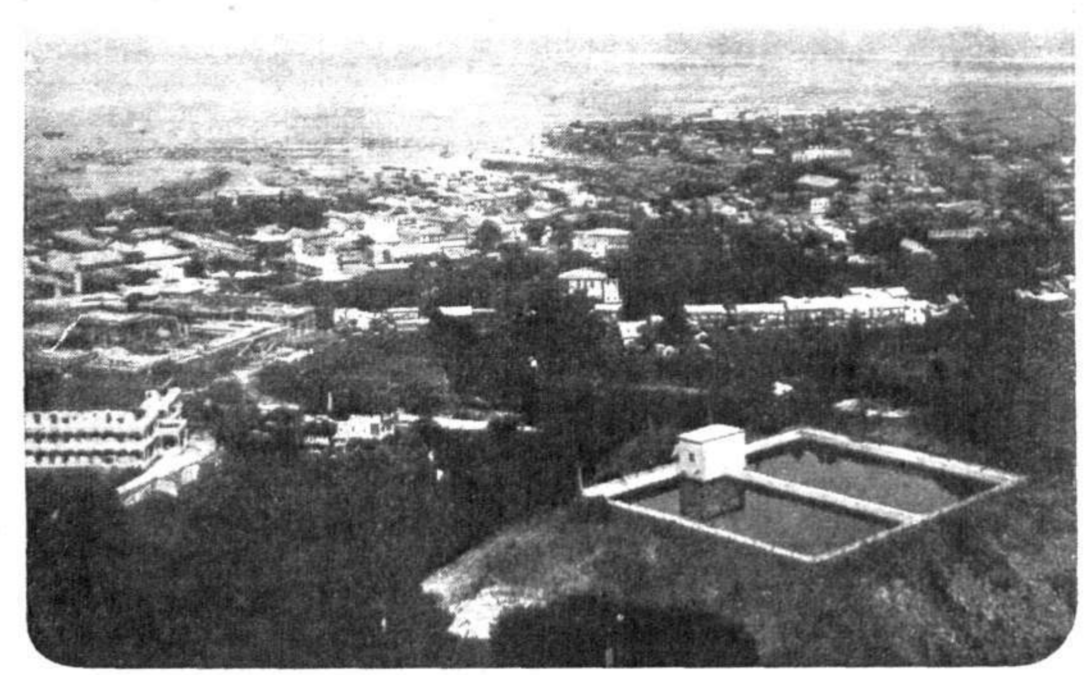
Caretas

calle Chacabuco 151, Capital, y a fin de evitarse gastos de franqueo, podrán recortar los cupones, es decir, que no es necesario enviar la hoja entera que contiene los mismos. Asimismo, deberán adjuntar a cada pedido una estampilla de DIEZ centavos para la remisión de los citados boletos numerados.

1	Premio de		. . . . . .			$	500.—
5	Premios de	$	100.—	c/u		„	500.—
10	„	„ „	50.—	„		„	500.—
100	„	„ „	10.—	„		„	1.000.—
500	„	„ „	5.—	„		„	2.500.—
616	Premios con	. . .	$	m/n			5.000.—

1934 en el sitio que indicaremos oportunamente.

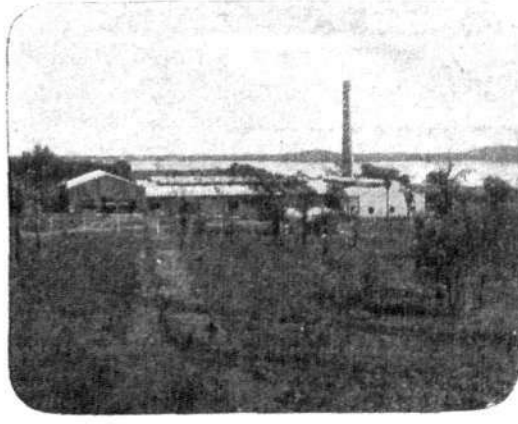
tas" para poder obtener juguetes gratis



Vista de la Asunción.

P A R A G U A Y

También la feraz región paraguaya está sufriendo una crisis bélica, que las repúblicas hermanas lamentan cordialmente. El Paraguay, nación de recursos naturales inagotables, es una de las reservas de la riqueza americana. Su situación mediterránea y el intrincado laberinto de sus bosques ecuatoriales oponen obstáculos al desarrollo en gran escala de industrias retribuidoras. Pero la tenacidad de sus habitantes, así como el auxilio de los capitales extranjeros, allí traídos por la ganancia, convertirán el país en un emporio de riqueza. Más de 15.000.000 de pesos oro importan los artículos que el Paraguay envía a todos los países del mundo anualmente, cifra que aumentará en cuanto las condiciones críticas por las que atraviesa la hermosa región se tornen favorables. Carnes en conserva, tabacos, cueros, caucho, yerba mate, mandioca, tanino, algodón, naranjas, tasajos, quebracho y otras maderas ricas, son los productos que por sus salidas al mar exporta la industria paraguaya. Unos 2500 barcos de carga entran y salen de los puertos paraguayos realizando un comercio de suma importancia. Una de las industrias más pintorescas es la de los encajes de aquel país, que tienen general aceptación en América.



Un frigorífico moderno



Maderos listos para la exportación.



En esta sección, dedicada exclusivamente a la pesca como deporte, pueden colaborar todos los aficionados que deseen exponer sus opiniones, relatar anécdotas o experiencias personales, o ilustrar a los demás acerca de métodos, materiales y sitios propicios a la pesca. También se contestará cualquier pregunta relativa a este deporte.

Una situación ridícula

El aficionado a la pesca, residente en la Capital Federal, que no sea socio de ningún club, está en la situación del inventor que no tiene capital para explotar el fruto de sus trabajos y estudios. "¿Dónde voy a pescar, que no me lo prohiban? — se pregunta atónito el pescador desamparado. — Si voy a la Costanera, me pilla el terrible marinero y me quita mis útiles de trabajo, si es que no me lleva detenido. Si me arriesgo por la costa, en otros sitios, corro el peligro de que me desvalijen los vagos y delincuentes que han elegido la costa del río para vivir... Entonces, ¿dónde voy?"... Y claro, la pregunta queda en el aire y los anzuelos comienzan a "apolillarse"... Sí, señores, aficionados: las autoridades, que permiten la morada de los vagos en la costa, consideran un delito terrible la pesca por personas decentes, y estoy por añadir que el mismo concepto tienen del vago y del pescador. ¿Por qué está prohibida la pesca en nuestro hermoso río de la Plata? ¿La pesca es un vicio? ¿La pesca atenta contra la moral y las buenas costumbres? Conozco más de un carrerista empedernido y más de un concurrente a las timbas que han aflojado notablemente en su pasión malsana por el juego al tomarle el gustito al manejo de cañas, líneas y anzuelos; y podía citar más de un "caso perdido" a quien la pesca salvó de las "garras de burros" y "talladores". Sin embargo, las autoridades nos mezquinan el río con un criterio impropio. ¡Menos restricciones y más lugares libres para pescar, señores!



Hermoso pejerrey "porteño", de dos kilos y noventa gramos, pescado el mes pasado en el muelle nuevo del Club de Pescadores por el señor Rafael E. Ladoux. La aparición de semejante "matungo" causó sensación, porque no es frecuente que tales ejemplares se acerquen a las costas.

La pesca mayor en los mares

En Europa y en Estados Unidos, abundan los aficionados a la pesca mayor entre las clases sociales adineradas. Sería interesante conocer una lista de las personalidades que se dedican a nuestro deporte favorito, y más de uno se asombraría al conocer que tal personaje, eminente en las ciencias, en las artes, o en las finanzas, dedica sus ratos de descanso al deporte de la pesca. Un amigo mío, reciente, el señor Carlos E. Druillet, presidente del Club de Pescadores de Montevideo y decano del deporte en su patria, ha prometido enviarme una lista de tales personalidades para probar que la pesca "no es juego de vagos y atorrantes". Pero quiero referirme ahora a la pesca mayor, que tiene tantos riesgos o más que la caza mayor. El gran atún en el mar del Norte y el pez espada, en el Atlántico tropical, son dos peces que dan mucho trabajo y no pocos peligros. Se citan los casos de varios aficionados en peligro de muerte al clavar un pez espada cuyo peso excede de los doscientos kilos. La pesca se hace con cañas muy fuertes, grandes reeles que arrollan hasta mil yardas de hilo y una vez clavado el pez comienza la ruda tarea de cansar al monstruo, menester que a veces se prolonga todo un día y toda una noche. En crónicas sucesivas daré más detalles de este interesante renglón en la pesca mayor.

Capitán Reel

Cuando no hay pique

(Contestando a las preguntas)

A Eduardo Verga, Paraná. — Con mucho gusto recibiré y publicaré todo cuanto de interesante me envíe usted acerca de la pesca en esos lugares.

A Chirolita, Capital Federal. — Estoy a sus órdenes para todo cuanto desee saber en cuestiones de pesca. Pero le ruego que me haga preguntas concretas. Por ejemplo: si desea saber la técnica para pescar el pejerrey, cómo se construye una línea para el mismo, clase de carnadas, etc., etc. En esa forma podré serle verdaderamente útil.

A Mario Pallotto y su "troupe", Capital Federal. — Gracias por sus amables juicios y quedo a la espera de sus interesantes datos y experiencias.

El tesón de los

Es necesario leer la historia de los conquistadores del Nuevo Mundo, para darse cuenta exacta de la magnitud homérica de aquella empresa.



José María Ramos Mejía. Argentino. (1852-1914). Médico y literato.

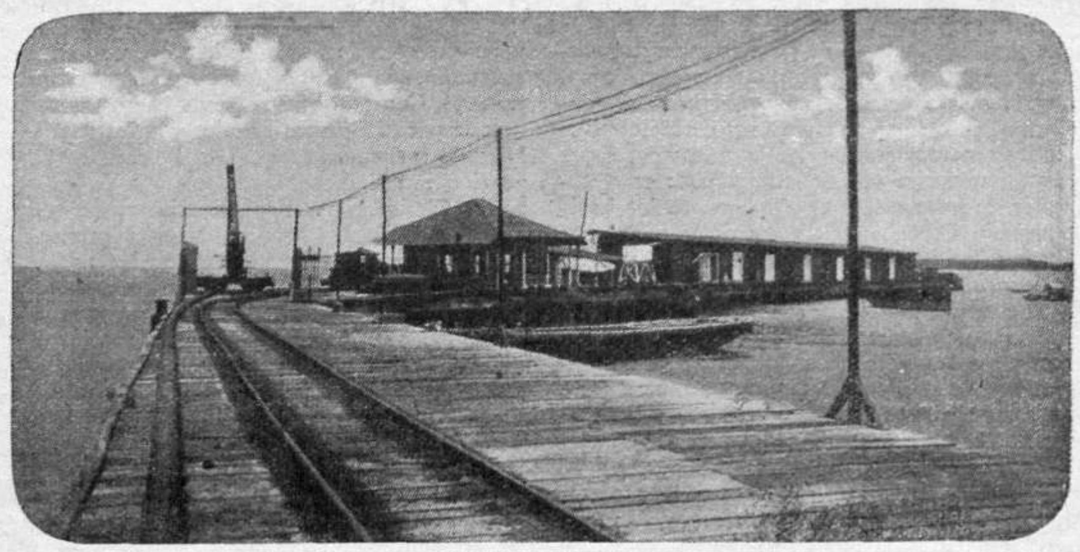
Es menester seguir a esos puñados de aventureros, atravesando la selva virgen, cruzando la montaña, vadeando el río en busca de oro y de gloria, y dejando sus huesos en el camino, para explicarse cómo la "selección natural" ha venido a formar después esa raza física y moralmente privilegiada, con una preparación maravillosa para acometer la empresa de nuestra independencia. El hambre y las enfermedades hacían sucumbir al que, poco vigoroso no resistía a la influencia de aquellas calenturas y afecciones de los ojos, que reinaban en marzo y abril en el Paraguay y de las que habla Ruiz Díaz en su historia del descubrimiento. Sólo la contextura hercúlea y el temple animoso de su alma hicieron que Pedro Mendoza pudiera resistir aquel cúmulo de desgracias que traían afligido su ánimo y el de los otros caballeros, según asegura el padre Lozano al hablar de la primera fundación de Buenos Aires. Hubo momentos supremos en que sus soldados sólo comían una ración exigua de harina podrida; más tarde apuró el hambre: los débiles murieron y los fuertes luchaban, comiendo primero los caballos, luego los ratones, los sapos, las culebras y por fin se cocieron en mala agua el cuero y la suela de los zapatos, y hasta a la carne humana y excrementos viéronse obligados a recurrir.

Apurado Mendoza por las exigencias del hambre y de las enfermedades que se desarrollaban, partió al Brasil con la mitad de la gente que trajo. Los indios huían en presencia de los conquistadores, incendiaban sus pueblos, talaban las mieses y los mataban por hambre, como le sucedió a Juan de Ayolas, cuya miseria fué horrible por muchos días. Aquellos trescientos aventureros que acompañaron a Gonzalo Pizarro en su empresa temeraria al través de las montañas y en busca de esa tierra fabulosa que por tanto tiempo había cautivado la imaginación de los conquistadores, es sin disputa el hecho más culminante como rasgo de valor, en toda la historia de América, y al mismo tiempo

una prueba palpitante de la resistencia de aquella raza excepcional. Así, con empresas de esa magnitud, era como se mejoraba la raza, "eligiendo" entre los más fuertes y de mejor temple los que más derecho tenían a la vida. Estos rasgos étnicos se ven después palpitar en el carácter de los gauchos de Güemes, de los habitantes de Cochabamba, y un destello de esas almas primitivas alumbra y vigoriza el espíritu de la generación de la Independencia.

Sólo una raza selecta por su vigor extraño y dotada de una resistencia primorosa para sobrevivir a las influencias hostiles de la naturaleza pudo sobrellevar las penurias inherentes a esas expediciones ciclópeas. "Al bajar las vertientes orientales cambió súbitamente el clima y al paso que descendían a niveles más inferiores, reemplazaba al frío un calor sofocante; fuertes aguaceros, acompañados de truenos y relámpagos, inundaban las gargantas de la sierra de donde se desprendían en torrentes sobre las cabezas de los expedicionarios, casi sin cesar ni de día ni de noche". "Por más de seis semanas — continúa diciendo el historiador americano — siguió el diluvio sin parar y los aventureros sin tener donde abrigarse, mojados y abrumados de fatiga, apenas podían arrastrar los pies por aquel suelo quebrado y saturado de humedad: las provisiones deterioradas por el agua, se habían acabado hacía tiempo. Habían sacado de Quito unos mil perros, muchos de ellos de presa, acostumbrados a acometer a los desgraciados indios, matáronlos sin escrúpulos, pero sus miserables cuerpos no proporcionaban sino un escaso alimento a su hambre famélica y cuando se acabaron hubieron de atenerse a las yerbas y peligrosas raíces que podían recoger en los bosques. Agotadas las fuerzas el sufrimiento, resolvió Gonzalo construir un barco bastante grande para llevar los bagajes y a los más débiles de sus compañeros. Los árboles les proporcionaron maderas, las herraduras de los caballos fueron convertidas en clavos, la goma que destilaban los troncos hizo el oficio de brea y los andrajosos vestidos de los soldados sirvieron como estopa. Gonzalo dió el mando del bergantín a Francisco de Orellana, y embarcando a los rezagados y enfermos, continuaron así, trabajosamente, por espacio de muchas semanas atravesando las espantosas soledades del Napo. Ya no quedaban hacía mucho tiempo ni vestigios de provisiones; habían devorado el último caballo y para mitigar los rigores del hambre se veían obligados a comer las correas y los cueros de las sillas. Los bosques apenas les ofrecían algunas raíces y frutas de que alimentarse, y tenían a dicha cuando encontraban casualmente sapos, culebras y otros reptiles con que aplacar sus necesidades. Gonzalo resolvió enviar a Orellana en busca de provisiones. En consecuencia, llevando éste consigo cincuenta soldados, se apartó hasta el medio del río y el barco impelido por la rápida corriente partió como una flecha perdiéndose de vista. Más tarde, no recibiendo noticia suyas, resolvió Pizarro volver a Quito. Muchos se enfermaron y murieron por el camino; el extremo de la miseria los había hecho egoístas y más de un pobre soldado se vió abandonado a su suerte, destinado a morir solo en los bosques, o más probablemente a ser devorado vivo por los animales feroces.

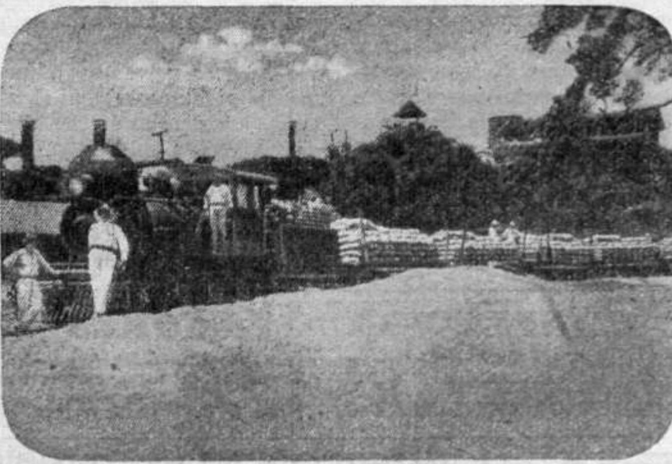
J O S E M A R I A R A M O S M E J I A



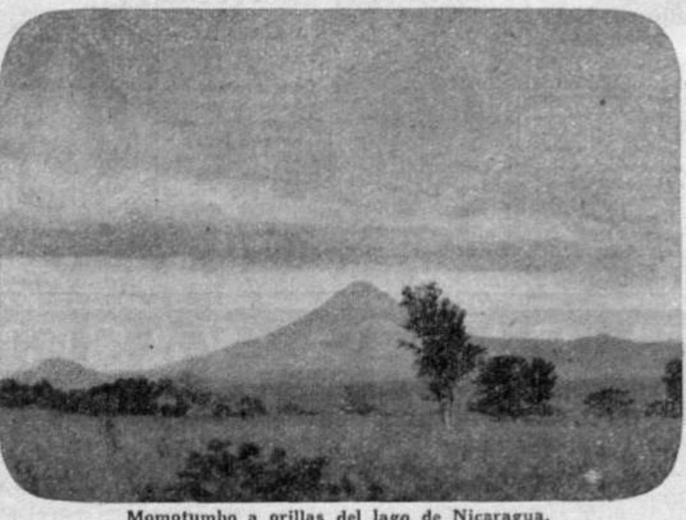
Muelle de Corinto.

NICARAGUA

Las minas nicaragüenses son inagotables y ricas. Los filones auríferos de Prinzapolca rinden una gran proporción del precioso metal. Pero los yacimientos más productivos son los de hierro, plomo y cobre. El plomo argentífero se extrae en la parte norte de la república. También se laborean otros metales de precio como el cinc, el sulfuro de cobre, el cobre negro, el antimonio, el mercurio. Hay canteras de alabastro, mármol y yeso. La hulla y el salitre abundan en la costa del Pacífico. Asimismo se encuentran ópalos y otras gemas. La agricultura, la más importante fuente de riqueza de aquel país y las maderas de ebanistería fina, como la caoba y el cedro producen mucho. Café, cacao, plátanos, caucho, azúcar y otros productos de la zona tropical dan origen a un activo comercio de exportación. Se cultivan extensas praderas de pastos donde existen numerosas cabezas de ganado. Nicaragua está llamado a ser uno de los países más ricos de América el día en que se realice la gigantesca obra del canal de su nombre. Ese trabajo convertirá a la república en un foco de intenso tránsito naviero, fomentando las industrias nacionales y el comercio. El canal, cuya situación es mejor que la del construído en Panamá, gracias a su mayor amplitud y más ventajosa situación estratégica, constituye una de las más audaces empresas del ingenio humano. Los trabajos preparatorios fueron realizados ya.



Tren con carros cargados de azúcar saliendo del ingenio San Antonio.



Momotumbo a orillas del lago de Nicaragua.

La catedral de Noyon

Mis compañeros de viaje, que no tenían idea de que Noyon poseyera una iglesia tan admirable, se muestran maravillados ante la belleza de las naves. Desde la entrada, el conjunto aparece en todo su esplendor, sin que ninguna de sus partes se interponga entre el vestíbulo y el ábside. Es quizás el único santuario de Francia que así se ofrece en su total hermosura al que penetra en su seno. "En nuestras catedrales — dice Hallays — admiramos el coro, luego cada nave, luego el santuario, y cuando queremos abarcarlas de una sola ojeada, nos sentimos asombrados por su grandeza; pero nuestra vista no experimenta el mismo placer. En Nuestra Señora de Noyon, colocándonos junto a la primera puerta central, vemos una obra armoniosa sin la menor discordancia: la unidad del edificio es incomparable; el coro es el remate de la inmensa nave gótica, que parece encaminarse hacia esa encrucijada de luz con un ritmo tranquilo; esta es la singularidad artística del monumento". Nosotros, en esta tarde de penumbra, sin tiempo para apreciar los detalles de la fábrica y las preciosidades de las ornamentaciones, nos contentamos con sentir la impresión inefable de la atmósfera de paz y de austeridad que reina bajo las altas bóvedas. No hay un alma en el místico recinto. Un absoluto silencio, sólo interrumpido por nuestros pasos indiscretos, llena el espacio. Un ligero aroma de flores y de incienso flota en el aire tibio. En los altares las llamas de los cirios iluminan, temblando, los pies de Nuestro Señor y los mantos de las madonas milagrosas. Los ángeles de bronce que sostienen el altar mayor brillan apenas en la sombra. El coro está vacío. Hay algo de mortuorio, algo de exquisitamente acongojador, algo que despierta imágenes de consoladora melancolía... Y para aumentar esta sensación, las enormes losas funerarias del pavimento, con sus epitafios y sus versos latinos, nos recuerdan que nos hallamos en uno de los más antiguos panteones de Europa. En una lápida tumbal de cobre aparecen las escenas del día del Juicio esculpidas por un artista que quiso, sin duda, inspirarse en las danzas macabras de la Edad Media, y que rodeó al Juez Supremo de esqueletos envueltos en sudarios desgarrados. En medio de los huesos corren unas estrofas que no alcanzamos a descifrar.



Enrique Gómez Carrillo. Guatemalteco. (1873-1927). Literato.

—Es la tumba de Coquevil — murmura el sacerdote joven que nos acompaña.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

Indología


José Vasconcelos. Mejicano. Político y escritor.

Se diría que al bautizar Colón con el nombre de Indias el territorio que hoy es nuestro, un soplo del mismo genio que lo había llevado a descubrir nuevas rutas en el mar, lo levantaba hasta el concepto de una nueva era de civilización, una era en que la vida colectiva había de cristalizar en formas definitivas y universales. Colón, en efecto, al hablar de las Indias, no sólo pensaba en las tierras maravillosas que están abajo del Himalaya, en la anchura cabal de la península más ilustre del globo; no sólo expresaba la satisfacción de haber llegado a la tierra legendaria de los relatos de Apolonio de Tiana y Marco Polo, sino que consideraba demostrado el principio de que el universo se gobierna por la esfera. Ya la esfera tiene desde luego, sobre el plano, la ventaja de agregar posibilidades multiplicadas a la materia. Desde entonces ya no sólo la fantasía, sino también la realidad podía girar y ensancharse dentro de los ritmos vastos, profundos y recurrentes de la radiosa esfericidad. Natural era que de aquel descubrimiento y de aquel consorcio surgiese también la idea de una raza y de una cultura en que lo universal se convierte en norma, en aspiración y en realidad. Y si Colón se equivocó en el detalle, si no fueron las Indias, sino América lo que le salió al paso, en cambio los hechos, más pródigos a veces que la misma fantasía, no sólo confirmaron la realidad de la esfera, sino que ampliaron esa realidad, ofreciendo al futuro un continente inmenso en medio de los dos mares. Un continente más vasto que la India milenaria y mejor adaptado que ella para ser campo de la civilización universal que han concebido y anhelado todas las épocas.

¡Universalidad, el sueño de los monarcas del mundo y de los monarcas de la mente, el sueño griego y el sueño romano, el sueño persa y el sueño hindú, el sueño del navegante, el sueño de todas las almas esforzadas, suspendido como una gran estrella sobre las soledades de esta América extensa y fantástica; grande casi como los demás continentes, y limpia de pasado, limpia de hombres, como si se hubiese quedado en reserva para la hora de los arreglos definitivos de la civilización!

Por todo lo que tuvo de inspirada y sintética la palabra de Colón, cuando afirmaba haber descubierto las Indias; por todo lo que se contenía de simbolismo transcendental en tal nombre y también por la herencia que de dicho vocablo recayó en los indígenas, tomo esta designación de Indología en el sentido de era final y universal de la cultura del planeta.

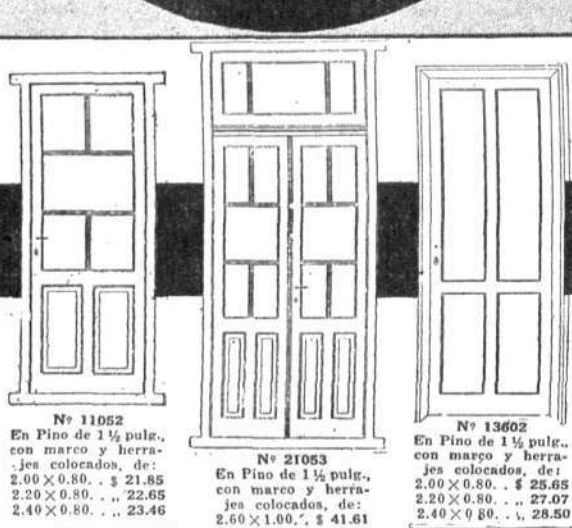
JOSE VASCONCELOS



PRIMAVERA... POESIA... FLORES...

La época propicia para levantar su casita. Estudie nuestras ofertas y verá que con poco dinero podrá vivir en lo suyo.

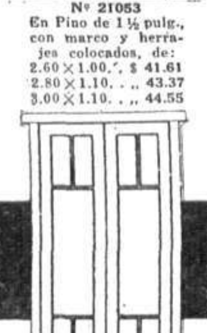
Y aunque no tengan sentido
son cosas que a mí me encantan.
¡Todos los pájaros cantan
cuando van a hacer su nido!
Martín Coronado.

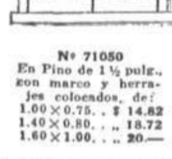


Nº 11052
En Pino de 1 ½ pulg., con marco y herrajes colocados, de:
2.00 × 0.80. . $ 21.85
2.20 × 0.80. . „ 22.65
2.40 × 0.80. . „ 23.46

Nº 21053
En Pino de 1 ½ pulg., con marco y herrajes colocados, de:
2.60 × 1.00. . $ 41.61
2.80 × 1.10. . „ 43.37
3.00 × 1.10. . „ 44.55

Nº 13602
En Pino de 1 ½ pulg., con marco y herrajes colocados, de:
2.00 × 0.80. . $ 25.65
2.20 × 0.80. . „ 27.07
2.40 × 0.80. . „ 28.50





Nº 10266
En Cedro de 1 ½ pulg., con marco y herraj. colocados, de:
2.00 × 1.00. $ 102.12
2.20 × 1.00. „ 104.98
2.40 × 1.00. „ 107.83

Nº 71050
En Pino de 1 ½ pulg., con marco y herrajes colocados, de:
1.00 × 0.75. . $ 14.82
1.40 × 0.80. . „ 18.72
1.60 × 1.00. . „ 20.—

Nº 71051
En Pino de 1 ½ pulg., con marco y herrajes colocados, de:
1.40 × 0.75. . $ 21.42
2.00 × 0.80. . „ 25.60
2.20 × 1.00. . „ 27.07

PRECIOS NETOS

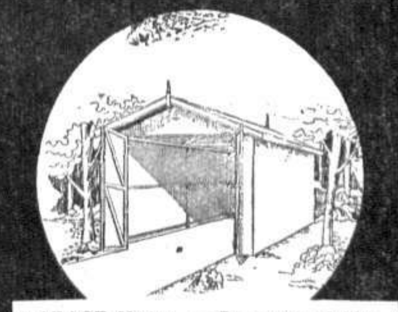
FACILIDADES DE PAGO



CASILLA Nº 609.—De 2 piezas de mts. 4.00 × 4.00, cocina y baño de 2.00 × 2.00 y galería de 2.00 × 4.00. Const. con chapas canaleta galvd. y madera de pino tea. Colocada al contado NETO **$ 1.567.50**



CASILLA Nº 600.—De 1 pieza de metros 4.00 × 4.00 y galería de 1.50 × 4.00. Construída con chapas canaleta galvd. y madera de pino tea. Colocada, al contado NETO **$ 712.50**



GARAGE Nº 68. — De metros 3.00 × 5.00. Construído con chapas canaleta galvd. y armazón de pino tea. Colocado, al contado NETO **$ 285.—**

Le invitamos a visitar nuestra Exposición Permanente de: Puertas, Ventanas, Casillas, Garages, Gallineros y Galpones en nuestro amplio local: CHARCAS 2950.

TORTOSA Hnos.

ESTABLECIMIENTOS MADERERO - METALURGICOS

Exposición y Ventas: CHARCAS, 2950. — BUENOS AIRES — Administración y Talleres: Av. CHICLANA, 3341

A los interesados del interior que nos soliciten catálogos ilustrados, les rogamos indicar el artículo que necesiten.

REPUBLICA DOMINICANA

La República Dominicana aspira a ser — y puede serlo perfectamente — el granero de las Antillas. En general hay poca afición de parte de los dominicanos al cultivo de la caña. Se considera que, siendo el azúcar un negocio muy extendido ya en Cuba y Puerto Rico, la agricultura dominicana debe orientarse hacia otros cultivos, de modo que el país, en vez de un competidor, sea un cliente de las otras antillas hermanas.

Parece que para llegar a este propósito no hay otra dificultad que la que es natural en todos los comienzos. Un paso de avance se ha dado ya en la introducción del maíz dominicano, tanto en Puerto Rico como en Cuba.

La República Dominicana tiene zonas ideales para el cultivo de varios cereales, entre ellos el poroto llamado allí fríjol. Se pueden producir casi todas las variedades. En la actualidad el fríjol que tiene más demanda para el consumo doméstico en Santo Domingo es un tipo pintado denominado "pompadour", uno de los más finos para la mesa que se puede apetecer. Pero este grano no se conoce en Cuba ni en Puerto Rico.

El comercio dominicano alcanzó un gran desarrollo. Su exportación anual pasa de 28.000.000 de dólares. La mineria tiene enorme importancia, siendo los productos laborados oro, cobre, níquel, plata, hierro, cuarzo. El petróleo, asimismo, rinde buenas cantidades de toneladas. Como en casi todas las Antillas, el azúcar y el tabaco constituyen fuentes de riqueza industrial. La ganadería tiene bastante importancia.

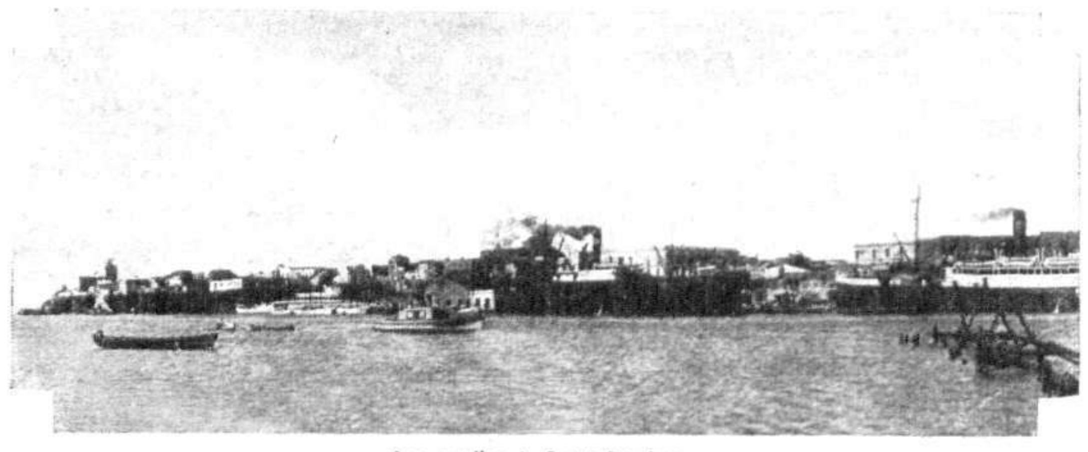
Las reses vacunas alcanzan a 650.000; las ovinas y caprinos a 700.000; el ganado de cerda a 65.000; habiendo unos 3.000.000 de gallináceas. Estas cifras permiten exportar ganado en pie a diversos países de América y Europa, donde son muy bien apreciados por su fina calidad. Los hahacendados se preocupan por el mejoramiento de las razas.



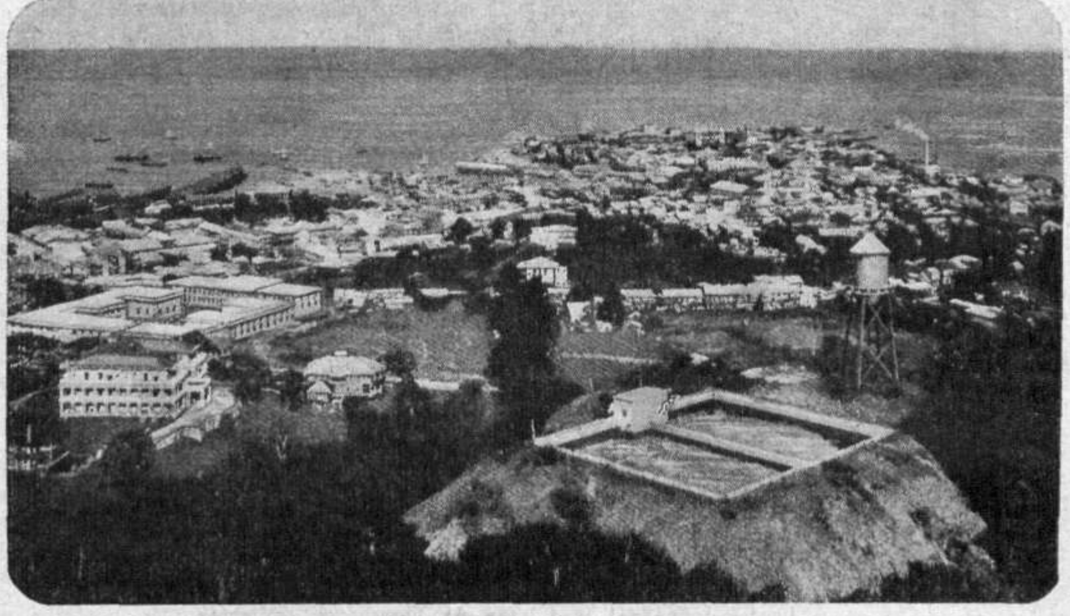
Puerto de San Pedro de Macoris.



Puente sobre el Haina.



Los muelles de Santo Domingo.



Vista de la ciudad de Panamá.

PANAMA

La condición de puente universal que la naturaleza quiso dar a Panamá, ha hecho que sus habitantes dediquen mayor atención al cobro de una alcabala de peaje, que a otra cualquiera actividad productiva que demande mayor esfuerzo y empleo de capitales.

Panamá abunda en bosques que contienen árboles seculares de maderas preciosas, y su explotación e industrias derivadas constituyen actualmente una de las más prósperas industrias en el Istmo. Los bosques del Darién son los que mayormente han dado y siguen dando inagotable filón en esta línea. Pero existen otras regiones en que ni siquiera se ha dado todavía el primer hachazo. Por otro lado, la administración nacional comienza a preocuparse por la repoblación de todos aquellos parajes en que los valiosos árboles, van siendo segados.

El subsuelo istmeño contiene valiosos minerales. Por mucho tiempo se explotaron las minas de Cana, en el Darién, que producen oro en cantidades considerables. Actualmente hay una poderosa empresa británica trabajando en la explotación de las minas del Remanso, en Veraguas, que se dicen muy ricas y que estuvieron en explotación, por métodos primitivos, en tiempos coloniales, siendo más tarde abandonadas por más de un siglo. Las inversiones de esa Compañía se dice que sobrepasan el medio millón de libras esterlinas.

El oro abunda en todo el territorio istmeño; es muy frecuente ver llegar del seno de los bosques algunos aventureros que se han internado en ellos en busca de las cabeceras de los ríos, de cuyas arenas, lavándolas, sacan considerables cantidades de pepitas del precioso metal, arrastradas por los aluviones. Geólogos exploradores, aseguran que en las vertientes de las serranías han hallado evidencias de abundantes minerales de cobre, plomo, cinc y otros metales, de hulla y de petróleo. Respecto de este *oro negro y líquido* se dice que hay considerables cantidades escondidas en las entrañas del suelo panameño. Una comisión de geólogos norteamericanos enviados por dos grandes compañías, a quienes el gobierno hizo una concesión exploratoria, estuvo haciendo tanteos y sondajes en diversos puntos del territorio, y se ha susurrado que lograron perforar pero que piensan más conveniente a sus intereses mantener esos hallazgos en reserva para cuando hayan de haberse agotado otras fuentes.

Una de las más valiosas producciones panameñas son las perlas y la madreperla. Una de las primeras empresas de Balboa tan pronto como hubo descubierto el Mar del Sur, conocido por océano Pacífico, fué internarse en el golfo, yendo a parar al Archipiélago al cual él mismo dió nombre agregándole a su denominación genérica el complemento "de las Perlas". Tal fué la abundancia de esos "diamantes marinos" que halló el extremeño en aquellas partes, que escribió a Sus Majestades Católicas contándoles que hasta los más humildes indios de esas islas llevaban la proa de sus piraguas y las paletas de sus remos adornados con perlas.



Entrada al canal de Balboa.

La bendición

SI la vieses! ¡Qué belleza! Dos franjas horizontales: blanca y azul. Encima el sol, entre el arco iris. Debajo una cruz color de sangre. El sol era la libertad brillante, encadenando a los déspotas; el arco iris la bendición celestial; las estrellas, las provincias redimidas y la cruz encarnada, la sangre de los patriotas...



Mario Sette, brasileño. (1886). Cultor de la novela histórica.

Quedóse la muchacha dibujando con la imaginación el lábaro republicano. Como el cielo estaba de un azul añil, con unas hileras de nubes blancas, ella suponía, mentalmente, los rayos solares, la curva heptacrómica del arco iris, los pestañeos de las estrellas, el símbolo cruciforme de color sangriento...

—¡Debía ser lo mismo de linda!

Fernando, también, ensimismado, evocaba reminiscencias:

—¡Ah; si hubieses asistido a la bendición de las banderas pernambucanas! Fué el 21 de marzo de 1817, en el Campo del Erario, en Arrecifes. Llegamos temprano, yo, papá y mamá. Las canoas descendían apiñadas. El río parecía una procesión... Queríamos tomar un buen sitio. La orilla estaba llena de atavíos. ¡Había que verlo! Cabrias forradas de tela azul y blanca sosteniendo banderolas, flámulas, gallardetes que ondeaban al soplo del viento, venido del mar. El mar también estaba contento. El siempre fué solidario de las rebeldías... Ramos de palma enroscábanse en los masteleros, y un tapiz de hojas de canela, olorosas y nuevas, acolchaba todo el suelo. Tribunas para las autoridades, junto al altar, bajo un dosel de terciopelo color de vino. Mucha gente en derredor. Criaturas cargadas en los brazos maternos para ver mejor. Fueron llegando las tropas y formándose en el cuadrado del Campo del Erario: los regimientos de infantería de línea, con uniformes azules, gorras amarillas, galones dorados; los de Arrecifes, de azul; gorros, bocamangas y golas blancos, galones de oro; los regimientos de milicias de los Nobles, uniformes color añil, quepis y bandas encarnados; la Caballería de la Guardia también con el mismo uniforme, pero con morriones carmesíes y galones blancos; después la compañía de Familiares, uniforme rojo, morrión y bandas verdes; los batallones de milicianos mulatos, el Cuerpo de Marina, el tercio de los negros Enrique Dias, el batallón de artillería de Olinch, uniforme azul, pantalones blancos, golas y bocamangas negras, vivos rojos, barretina con penachos. ¡Nunca se viera una revista así! Los cañones de bronce claro, limpios, resplandecientes, hallábanse cerca de la playa, en

el reflujo. El día era deslumbrante, dorado, astillazos de luz, una polvareda de sol, un toldo de telas luminosas. El cielo parecía esmaltado de nuevo, las nubes, dispuestas en sillares en el horizonte, como velos corridos para la fiesta. ¡Qué lujo, Nuestro Señor! ¡Era de ver! Las sedas crujían, las plumas se agitaban, los aromas mareaban, las joyas cegaban. Temblaban en los descotes, en las orejas, en los dedos de las damas las esmeraldas traslúcidas, los rubíes sangrientos, los zafiros acariciadores, los brillantes tranquilos, los amatistas piadosos, los topacios áureos, las turquesas cerúleas, toda la gama embriagadora de nuestra querida patria... Muchas de las graciosas damas llevaban los cabellos cortados a lo Tito, en un gesto revolucionario...

—¿Era moda?

—Sí. Los patriotas así se lo recomendaban. Y por encima, las sombrillas randadas, perfumadas, tremolantes de nuestros árboles... Un toque de cornetas, redobles de tambores: llegaban los hombres de gobierno, subían a la tribuna. Aun me parece verlos: Domingo José Martins, rostro afeitado, rosáceo, levita negra, camisa de chorreras, galera de felpa, guantes claros; José Luis de Mendonça, flaco, ojos mansos, faz pálida, elástico en la cabeza, casaca de cuello alto, aterciopelada; Domingo Theotonio, fisonomía decidida, varonil, marcial, enguantado en el uniforme azul de artillería, espada chispeante; el padre Juan Ribeiro, mi maestro de gramática en el Seminario, semblante de santo, cultura de sabio, imperativo en la simpatía, seductor en las maneras, dominador en la palabra, nazareno en la dulzura, tan sencillo en su traje seglar... Yo tenía las manos frías, el corazón palpitante. ¡Allí estaban los hombres de la república, los gobernadores de Pernambuco! Mi padre, ¡pobrecito!, no contenía el entusiasmo: su rostro era todo una sonrisa. Había vestido casaca negra, collarín de puntas, corbata arrollada, galera con hebilla de plata. Mi madre, ceñida en un vestido de tafetán color de café, hecho por doña Mencía, se puso joyas, empolvóse los leves cabellos, ¡tan linda, tan elegantita!

Agueda, emocionada, interrumpió:

—Si yo hubiese estado allí me hubiese muerto de alegría...

—Encima del altar, adornado de rosas encarnadas y claveles blancos, cara al levante, entre candelabros de bronce y de plata, las banderas enrolladas. El deán, de muceta roja, el cabildo catedral, los seminaristas, arrodillándose para las oraciones votivas. Conmovedor silencio. Las tropas firmes, los fusiles centelleando. Sonaban frases latinas. El deán aspergeó los pabellones, desenrolló uno de ellos, mostrólo a la multitud temblorosa, palpitante, mientras estallaban los aplausos, repicaban las campanas, explotaban los cohetes, vibraban las bandas de música y los cañones hacían salvas, graves, despaciosos, solemnes... Después, el sacerdote habló: "In hoc signo vinces". "Nuestro Padre, que está en el Cielo, creó libres a todos los hombres..." Una oración como para hacer llorar.

El gobierno de Rosas

No: el gobierno de Rosas fué la expresión lógica de los elementos constitutivos de la sociedad nueva y revolucionaria en que se desenvolvió. Rosas fué el representante genuino de una época que no se había sucedido todavía y que debía marcarse para las provincias argentinas, como se marca para el hombre la época de su desarrollo con todos los accesos y ligerezas de la robustez y de la juventud. Fué la encarnación viva de los sentimientos, de las ideas, de las aspiraciones, de las campañas argentinas, que con él a la cabeza se impusieron por la primera vez en el gobierno y en la política. La existencia del pueblo argentino proclamado por la revolución del año 10, contaba diecinueve años cuando Rosas subió al mando. La civilización argentina apenas si se había extendido al límite estrecho de las ciudades. De éstas exclusivamente, y no de otra parte, habían salido los hombres que marcaron en el gobierno las dos épocas anteriores: la de las clases ilustradas y dirigentes que hicieron la revolución y la de las clases medianamente acomodadas que suplantaron airadas a aquellos hombres. Quedaba la mayoría de las campañas de Buenos Aires sobre todo, que había visto cómo los caudillos de las demás provincias se imponían a los hombres de la ciudad; y esa mayoría se creyó con el mejor derecho a llevar sus representantes al gobierno. El que estuviera en mejores condiciones, era el indicado para marcar la nueva época. Ese fué Rosas. Rosas fué el engendro de esas aspiraciones.



Adolfo Saldías. Argentino (1850-1914). Diplomático e historiador.

He dicho que el gobierno de Rosas surgió de una sociedad nueva y revolucionaria. Los hechos, perfectamente lógicos y enlazados entre sí al través de cruentas vicisitudes, acreditan que Rosas inició el gobierno conservador en la República Argentina, en el sentido de que levantó los fundamentos del mecanismo político que ideó el instinto popular primeramente, que mantuvo el esfuerzo incontrastable en seguida, y que afianzó el pensamiento civilizador treinta años después. De ello responde el famoso Pacto Federal de 4 de enero de 1831, que era, según los constituyentes de 1853, lo que determinaba la naturaleza de la forma de gobierno que debía adoptar la Nación.

A D O L F O   S A L D I A S

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 — BUENOS AIRES

TELÉFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR	
Trimestre. . .	$ 2.50	Trimestre. . .	$ 3.—
Semestre . . .	„ 5.—	Semestre. . .	„ 6.—
Año.	„ 9.—	Año.	„ 11.—
Núm. suelto. .	20 ctvs.	Núm. suelto. .	25 ctvs.
Núm. atrasado.	40 „	Núm. atrasado.	50 „

EN EL EXTERIOR

Trimestre	oro $ 2.—
Semestre	„ „ 4.—
Año	„ „ 8.—

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay.
Año. . . . . $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

El Regimiento 1.º de Caballería

Agitad nuevamente nuestra bandera, para que se abra paso por los aires el llamamiento del pueblo argentino a la concordia entre tres naciones, y que arrancado el enternecimiento de los grandes recuerdos, parte hoy de esta misma Plaza de la Victoria, donde resonó el grito iniciador de la independencia para la mitad de la América.

Vengamos ahora, señores, al objeto de la fiesta y permitidme cumplir mis deberes de padrino, marcando con algunos nombres la historia de este regimiento que se despliega quizá por vez primera en una plaza pública, pero que después de veinte años figura en todos nuestros campos de batalla.

El Regimiento 1º de Caballería nació con las primeras tentativas para reconstruir la República; tiene veinte años de existencia, ha renovado con la presente tres veces su bandera y llenado seis, los claros de sus filas en un número igual a su composición primitiva. La trama de la vida humana es menos consistente en las batallas, que la del lienzo que flota al viento, y es precisamente este abandono de sí mismo ante la muerte, lo que constituye el heroísmo del soldado.



Nicolás Avellaneda. Argentino. (1837-1885). Presidente de la República.

El Regimiento 1º estuvo en Cepeda, para reaparecer más tarde victorioso en Pavón, siendo el único cuerpo de caballería que permaneciera firme sobre el campo de batalla. De allí partió trazando el itinerario de aquella campaña férrea del interior, que no ha tenido todavía su historiador y que sólo es conocida por el reguero de la sangre aún no borrada, y en la que el último levantamiento de la barbarie puso en peligro, no la prosperidad, sino la civilización misma de seis provincias. En estas guerras tuvo a veces el Regimiento 1º por jefe al terrible Sandes, cuyo cuerpo rechazaba el hierro enemigo y cuyo brazo era tan certero e implacable como la guadaña de la muerte.

. . . .

La bandera de un regimiento es perpetuamente la misma, por más que el plomo destroce su lienzo y el sol y la lluvia apaguen sus colores: como el regimiento es también el mismo, aunque los soldados se sucedan rápidamente cubriendo los flancos abiertos por la muerte. ¡Dios sea loado, que ha creado lo imperecedero para que podamos adherirle en tributo nuestras vidas transitorias! Oídlo. La santa impersonalidad del soldado, la unidad del regimiento y la inmortalidad de la bandera, no son sino símbolos vivientes que se modelan sobre la eternidad de la patria!

NICOLAS AVELLANEDA

Cultura intelectual de la Colonia



José T. Medina. Chileno. Historiador.

NADA tuvieron los invasores que aprender del pueblo que venían a conquistar, a no ser una que otra voz que vino a aumentar el castellano.

Pero en cambio, la lucha constante en que vivieron, el peligro diario en que sus vidas se hallaron por la indomable resistencia de un pueblo salvaje, vino a impedir a los escritores que se elaboraron durante todo el curso del período colonial una fisonomía especial. Interesados en recordar las experiencias del pasado para resguardarse de los peligros del porvenir, se dedicaron con afán a escribir la crónica de los sucesos de la guerra araucana. Bajo este aspecto, puede asegurarse que, a excepción de los libros teológicos y de otros de menor importancia, toda la literatura colonial está reducida a la historia de los hijos de Arauco, cantada en forma de proezas o de crónicas más o menos bien ordenadas.

Al paso que en otras de las colonias americanas se trabajaba con más holgura y sobre temas acaso más variados y abstractos, pero siempre mucho más frívolos, entre nosotros, limitado el campo de producción por la necesidad de la conservación propia, nos han quedado, por ese mismo motivo, obras que interesan en alto grado a la posteridad.

De aquí que, como dice Moke, "en las muestras de la literatura de un pueblo es de donde se reflejan sus sentimientos y sus ideas, porque ella es la que ofrece la expresión más viva, más pronunciada y más inteligente".

Prescindiendo de este rasgo capital, hay otra circunstancia que concurre a dar a la literatura colonial de Chile cierto rasgo distintivo, y es el doble papel de actores y escritores que representaron los hombres de quienes vamos a ocuparnos.

La vida de cada uno de estos escritores está tan ligada entre sí, que conduce naturalmente a hablar de los demás. Sin embargo, poco a poco va desapareciendo esa personalidad, vinculada principalmente a las obras históricas, hasta llegar a Molina, que ha podido prescindir de ella casi por completo.

Otro rasgo peculiar de esos escritores es el amor al país en cuyo servicio han consumido sus mejores años. El nombre de Chile aparece casi siempre en sus obras rodeado de una especie de aureola formada por los detalles de un cariño entusiasta. Ovalle, Molina, y más que ninguno, Santiago de Tesillo, que veía reproducirse engrandecidas en los Andes las montañas de su pueblo natal, no tienen palabras bastantes con que ponderar las bellezas de nuestro suelo.

JOSE T. MEDINA

LA INDEPENDENCIA DE "LA ESPAÑOLA"

UNA NOTICIA

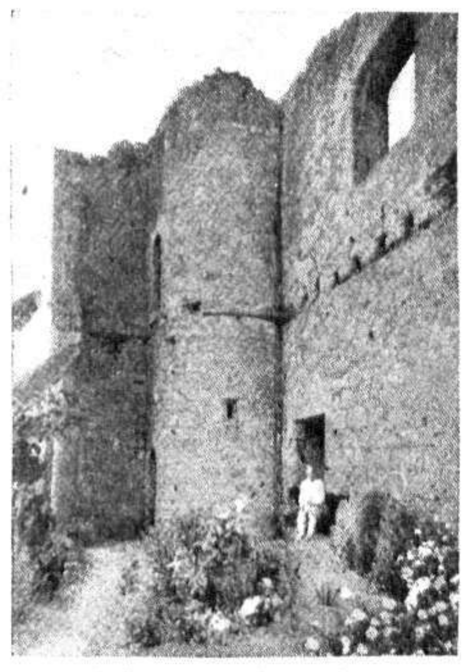
Por PROTASIO LUCERO

"La Española" fué, como se sabe, la isla predilecta de Colón. Durante el "primer viaje" funda en ella un fuerte (Natividad) que no encontró a su regreso, pues los indígenas lo destruyeron y mataron a aquellos treinta y nueve peninsulares que tuvieron la osadía de quedarse en él. En el "segundo viaje" trae el Almirante más de mil hombres, se establecen en la isla magníficamente preparada por la naturaleza, y desde allí se inicia la expansión de los hombres blancos, comenzando la epopeya, no igualada en la historia, de los descubrimientos y la colonización de todo un nuevo mundo.

Al recordarse la fecha del 12 de Octubre de 1492, simbólicamente va incluída en ella, no sólo el hecho de descubrir tierra después de la aventura extraordinaria "del primer viaje", sino todo lo que se sigue, la empresa íntegra llevada a cabo por España con fuerza, coraje y resolución inimitables.

Pero la conquista de las Antillas, del norte, del centro y del sur americanos, comienza en aquella isla bien amada del Almirante. "La Española" — ahora Haití y Santo Domingo — es, durante los años iniciales de la hazaña, el punto de concentración y de expansión colonizadora. De igual manera será luego, el punto central donde nazcan los movimientos libertadores de esclavos negros.

Los duros capitanes y los acerados soldados de la Conquista hallaron en "La Española" grupos indígenas dispuestos a no perder su libertad. La desaparición de aquellos primeros treinta y nueve españoles dentro del fuerte construído con troncos de árboles y viejas tablas comidas por la broma marina, inaugura una guerra que consume muchos millares de vidas. Cuando los arcabuces y las armaduras afirmaban su superioridad, los indios preferían morir a entregarse. En dos grandes y profundas grutas, a orillas del mar — en Corail y en Leogane — se han encontrado numerosas osamentas centenarias. La tradición del lugar — recordada por el patriota Jolibois — asegura que los indios cuando comprendieron la inutilidad de la lucha frente a los españoles, se refugiaban en esas grutas para no caer prisioneros del conquistador y allí se dejaban morir de inanición...



Ruinas del castillo de Diego Colón, en "La Española".

Otra leyenda haitiana refiere que, al llegar los primeros negros africanos a "La Española", se formuló un pacto entre ellos y algunas tribus indígenas, que no estaban dispuestas a perder su independencia, "para luchar sin descanso por la libertad". Tales son los antecedentes de la isla heroica. La historia posterior de Santo Domingo y de Haití, hermanas gemelas, es una continua serie de luchas. España, Francia, Estados Unidos, van sucesivamente manteniéndolas presas con razones que alguna rama del Derecho acaso trate de justificar, que esta o la otra "razón de Estado" posiblemente explique, que tal cual argucia civilizadora quiera señalar como necesaria... Sin embargo... La República Dominicana ha visto abandonar sus puertos a los marinos norteamericanos hace bien poco tiempo. En cuanto a Haití, véase esta noticia que me envía un amigo dominicano, con fecha 29 de agosto del corriente año: "Acaba de firmarse un convenio para la desocupación de Haití por las fuerzas norteamericanas en octubre de 1934." Las agencias cablegráficas que nos tienen al tanto de las actividades del más vulgar pegador de trompadas o de los frecuentes divorcios de las más "platinadas" artistas de cinematografía, han olvidado darnos esta noticia del convenio, trascendental para toda nuestra América. Aun permanecerán — en el mejor de los casos — un "año más" los marinos yanquis en Haití. Para el otro aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo — la Tierra de la Libertad — es probable que Haití recupere su independencia por la que ya luchaban hace cientos de años los indígenas que se refugiaban en las grutas a orillas del mar para dejarse morir llorando el bien perdido...

Esta es la noticia que yo tengo que dar a mis compatriotas iberoamericanos, por intermedio de "Caras y Caretas", en este nuevo aniversario de la hazaña colombiana.

PROTASIO LUCERO



Alvise Cadamosto, precursor de Cristóbal Colón

Por STANIS LA BRUNA

Según lo consagra la historia, se debe principalmente a los navegantes italianos el hecho de que el fin del Medioevo viera, en un breve desarrollo de lustros, extenderse inconmensurablemente los límites del mundo conocido, y aumentar los conocimientos geográficos y cosmogónicos. Cristóbal Colón no fué sino el más grande de toda una serie de navegantes italianos que se pusieron al servicio de los pueblos de Occidente y que exploraron los mares lejanos. Italianos fueron los primeros maestros de los portugueses, y si aquéllos ofrecieron sus brazos y sus inteligencias a potencias extranjeras, se debió, además de las causas políticas bien conocidas, a la situación geográfica de Italia, que se encuentra bastante distante de las vías oceánicas, y no era entonces el país más indicado para organizar grandes expediciones marítimas.

No hay pues por qué extrañarse si aquellos navegantes, animados por la sed de la gloria y por la audacia que da la exacta conciencia del propio valor náutico, se vieron siempre obligados a ofrecer sus capacidades a los príncipes extranjeros, y en especial modo a los que estaban en condiciones de satisfacer sus aspiraciones. No fué esto, por otra parte, fenómeno exclusivo de los italianos, puesto que existen casos de navegantes portugueses que se pusieron a sueldo de la rival España: ejemplo típico, el gran Magallanes.

Es oportuno recordar aquí que en el siglo XIV, Portugal, la antigua Lusitania, era una nación joven, cuya expansión territorial se había registrado

hacía poco hasta más allá del Duero, hacia el mediodía, no sin haber sostenido ásperas luchas con los moros.

No poseía ese pueblo entonces ninguna tradición ni experiencia marina: pero como comenzaba a despertarse en él el espíritu comercial y aventurero, se dió a acoger favorablemente a todos aquellos marinos, especialmente italianos, expertos, que llegaban a él en busca de fortuna. A fin del año 1317 el rey Dionisio nombró almirante a un genovés, Emanuele Pessagno, con el encargo de proveer de marinos ligures a las carabelas lusitanas: así, pues, los portugueses tuvieron como primeros maestros a hombres de mar italianos, quienes los iniciaron en el arte de la navegación, poniéndolos en condiciones de abrir, en el siglo XV, la fatigosa ruta de las Indias. El mismo historiador portugués Barros, que vivió en el 1500, reconocía que habían sido los italianos los maestros de los portugueses, cuyos escasos conocimientos náuticos no les permitían alejarse de las costas.

Hacia los albores del 1400, Portugal había aprendido mucho de la ciencia náutica de los italianos y había madurado en ella lo suficiente como para iniciar las memorables empresas marítimas que habrían de rendirle, en poco más de un siglo, un gran imperio colonial. Vemos entonces establecerse en Sagres, extremo lejano de tierra europea que se interna en el océano con el nombre de Cabo San Vicente, a uno de los hijos del rey Juan — el infante Enrique, — quien conserva en la historia, impropiamente, el apelativo de "navegante". En aquel desierto sugestivo, el príncipe fundó un observatorio astronómico y una academia náutica, llamando en torno suyo a los navegantes y cosmógrafos más renombrados, por lo que aquel rincón de la tierra, casi ignorado, se convirtió en la fragua donde se forjaron los grandes destinos marítimos de Portugal. Bajo la hábil dirección del príncipe, se organizaron las expediciones destinadas a establecer las rutas marítimas a las Indias dando vuelta al Continente Negro.

Uno de los pilotos escogidos fué Alvise de Cadamosto, que nació en territorio supeditado al león de San Marcos. Esto es todo cuando se sabe sobre sus orígenes, y esta falta de datos, aun cuando grave, no es insólita en las biografías de los navegantes de aquella época gloriosa. Sabemos que en el año 1453 él se dirigía a Fiandra en las galeras venecianas de Marcos Zeno, cuando la flota, a causa del mal tiempo, debió buscar reparo cerca del Cabo San Vicente. En tal oportunidad Alvise Cadamosto fué presentado al príncipe Enrique, quien, apreciando su pericia marinera, lo indujo a tomar parte en las expediciones que tenía el propósito de organizar.

En 1455, Cadamosto partió al mando de una carabela y enfiló la proa hacia el océano desconocido. Las ásperas costas del Africa se perfilaban en el horizonte. Alvise Cadamosto seguía a las pequeñas embarcaciones que eran su única guía en el viaje peligroso. Algún tiempo después, su carabela se aproximaba a aquella extremidad occidental del mundo que ocuparon los fenicios y cartagineses.

Pero he aquí que la brisa del mar se torna de improviso cálida. Un hálito ardiente pasa por entre las maromas. El quemante soplo del simún, que arrastra crueles nubes de polvo rojizo que sofoca a las caravanas en marcha entre las dunas interminables, que seca las verduras, que quema las plantas, que ahuyenta a las serpientes y a los camaleones, que pone en todas las gargantas el angustioso tormento de la sed, lleva sobre el océano el beso de fuego del desierto tropical. En el misterio, que todavía extiende su permanente velo sobre la realidad de nuestro globo, el tremendo soplido del viento parece el potente respiro de una boca invisible y monstruosa rebosante de lava salida de las vísceras de la tierra.

Pasado el Cabo Num o Non, sobre el cual corría la siguiente referencia: "Quien pase el Cabo de Non, volverá o no", llegó a avistar el archipiélago de las Canarias, del cual algunas islas habían sido ya descubiertas en el año 1300 por otro marino italiano, el genovés Lanzerotto Maloncello.

La zona es tórrida: las brisas del océano mitigan el ardor, pero los grandes vientos, casi siempre borrascosos, son un flagelo. Alvise Cadamosto recorre entre tanto las islas Canarias y luego avanza hacia el sur llegando al río Senegal.

Continuando su viaje, cerca de Cabo Verde encontró a otras dos carabelas, una de las cuales iba al mando de Antoniotto Usodimare, genovés cuya personalidad no fué bien definida, si bien en los archivos de Génova se conservan algunas relaciones de viajes suyas. Siempre costeando, ambos navegantes reunidos llegan al río Gambia, por el cual hicieron una breve exploración, viéndose obligados a retroceder a causa de las referencias fantásticas que les hicieron.

Al año siguiente partieron juntos de Lagos y llegaron nuevamente al Gambia el que volvieron a explorar en sesenta millas. Navegando luego hacia el sur, llegaron al hoy llamado río Grande y a las islas Bisagos. En este segundo viaje, Cadamosto se vanagloriaba de haber descubierto dos de las islas de Cabo Verde, pero tal descubrimiento debe atribuirse, en cambio, a Antonio de Noli, otro italiano que descubrió cinco de dichas islas, según se comprueba con documentos portugueses conservados en los archivos lusitanos.

No debe asombrarnos el hecho de que en aquellos tiempos navegantes diversos se atribuyeran de buena fe el descubrimiento de las mismas tierras, pues podía muy bien ocurrir que los unos ignorasen lo realizado por los otros, y que aquellos que por primera vez avistaban un sitio no fueran los mismos que después tomaran posesión de él.

De cualquier matera, Cadamosto es una figura sobresaliente en la historia de las primeras exploraciones marítimas. Como observa Amat di San Filippo, sus relatos no sólo tienen una gran importancia y forman un acervo valioso entre los pocos documentos sincrónicos de los descubrimientos portugueses, sino que también son útiles por algunas especiales observaciones suyas sobre astronomía.

"El fué el primero que hizo observaciones sobre el cielo austral y comparte con Vespucci, Corsali y Pigafetta el mérito de haber iniciado los estudios de la astronomía náutica de las nuevas regiones."

Esta fué la breve pero gloriosa carrera de Alvise Cadamosto, cuyo nombre fué precursor de la gran empresa que más tarde realizara Cristóbal Colón, cumpliendo, catorce siglos después, el vaticinio de un poeta y profeta de la gloriosa estirpe itálica: Séneca, quien había dicho: "Vendrán los tiempos en que se abrirá el océano, en que se revelará una gran tierra y el piloto de los nuevos argonautas descubrirá nuevos mundos".

▼ STANIS LA BRUNA ▼

AUTO - MOTO - CICLISMO

Por PEDRO FIORE

Un triste aniversario

12 de Octubre de 1923 en Córdoba. El circuito de La Tablada lucía su traje de fiesta. Un marco de treinta mil personas encerraba el conjunto. Cinco o seis mil automóviles llegados de todas partes; una variedad inmensa de vehículos; gente de toda la República, entusiasmo, pasión, hasta delirio. Se jugaba a mano... de tal o cual corredor inscripto en el "Gran Premio del Audax Córdoba", que por segunda vez se disputaba en aquel clásico circuito entre los más famosos volantes del país.

Las apuestas daban a Eduardo Luro como favorecido. Seguían en orden Bernardo Duggan, Ernesto Bossola, Pedro Malgor, Ermanno Blanchiardi, Eduardo Estanguet, Jorge Luro, Ernesto Blanco, Daniel Artagaveitia.

Por primera vez en el país, se vería correr un coche de pista con motor inclinado hacia la izquierda, una máquina Stutz, traída de los Estados Unidos, donde había sido construída especialmente por Miller con uno de sus poderosos motores. Era la más liviana, la más bella, la "silueta" que surgía y sobresalía del conjunto.

Su "volante" era también el más joven, el más entusiasta, el más simpático. Era Eduardito Luro, un corredor lleno de fe y de pasión, con un corazón más grande que la misma máquina que iba a pilotear.

Había dado en la víspera de la carrera unas cuantas vueltas al circuito de La Tablada pulverizando todos los records existentes.

Ganaría, sin duda aún cuando los escépticos pensaran que la calma y la experiencia de un Blanchiardi, de un Artagaveitia o el empuje de Duggan, pondría a dura prueba la audacia de Eduardo Luro.

Dije que las apuestas privadas los favorecían. Su máquina llevaba ya pintado el número 12, que le había correspondido en la carrera. Jorge Luro, hermano de aquel malogrado campeón, corría con un Alfa Romeo y le había correspondido el número 20.

Una llamarada y mucho humo

Había comenzado la carrera. Los corredores largaban con un minuto de intervalo, ya que en aquellos años aún no se partía en pelotón. Fué impresionante la partida, no solamente por el zumbido de los motores, sino por el cuadro que la misma ofrecía. Se partía en aquellos años a unos 800 metros de la curva cerrada de La Tablada, y se volvía por otra recta, y al recorrerse de la misma 800 metros el corredor volvía a pasar a unos 400 metros de la largada. Allí el ángulo se abría para internarse en un camino arbolado que lleva a Argüello.

Cuando partió Eduardo Luro, una ovación estruendosa partió espontáneamente de todos los pechos. Partía el candidato. Un arranque seco, un pique fulmíneo, y la desaparición momentánea de la pequeña máquina blanca. Su entrada en la cerrada curva de La Tablada, lo traicionó. El terreno arenoso, iba venciendo al hombre y a la máquina, la débil dirección de pista de aquella máquina, no respondía ya al llamado del conductor, y el coche con sus dos tripulantes: Eduardo Luro y Rodolfo Fígoli, comenzó una serie de zigzags peligrosísimos.

La escena no se puede describir con exactitud. En pocos segundos aquel coche, que ya nadie podría dominar, fué rozando dos o tres árboles hasta embestir de lleno el último paraíso contra el cual se abrió netamente el chasis despidiendo a los dos corredores. Habían transcurrido de la partida unos 50 segundos, cuando una llamarada alta y llena de humo negro asombró a todos los que esperaban ver pasar, como un bólido de acero lanzado en la ruta, la blanca máquina de Eduardo Luro.

Conversaba en aquel momento con Jorge Luro, quien esperaba el turno para comenzar la carrera. Miró el hermano mayor aquella llamarada, pensó, hizo un cálculo rápido y un grito terrible salió de su boca: ¡Mi hermano! ¡Mi hermano!

Se tuvo que suspender la carrera. Así lo exigían los mismos corredores y un velo bajó sobre aquel escenario que minutos antes vivía intensamente su mejor momento de entusiasmo y pasión automovilista.

Han pasado diez años. Eduardo Luro y Rodolfo Fígoli, han quedado para siempre en el recuerdo querido de todos los entusiastas del automovilismo.

Pedro Fiore

El récordman de los 6 días

Hasta hace tres años el corredor ciclista mundial que poseía el récord en las carreras ganadas o disputadas de los "6 días a la americana" era el "lechero de Búfalo", Mac Namara. Lo llamaban también el corredor de la dentadura de oro, porque el norteamericano Mac Namara, había dejado en las pistas ciclistas de a uno y de a dos a todos sus dientes y los llevaba postizo de oro...

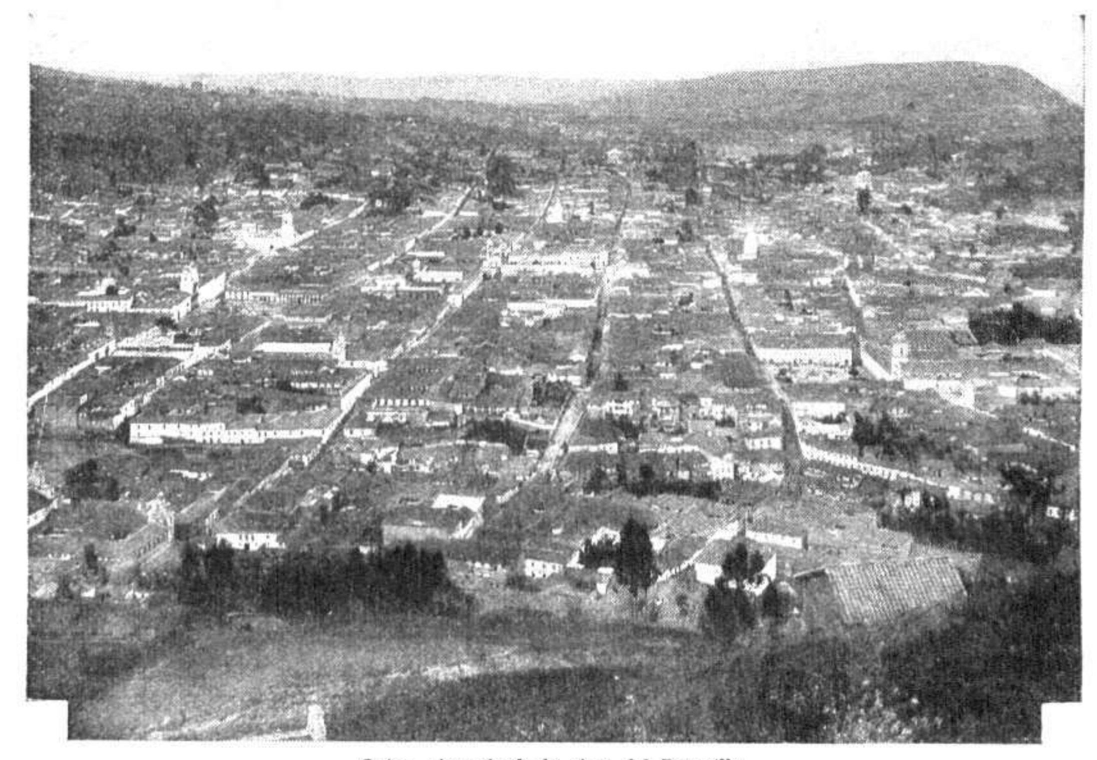
Este famoso corredor que aun actúa hoy, tiene unos 44 años. Ha ganado por lo menos 30 carreras de seis días a la americana en todas las pistas del mundo. Es un gran "sprinter" y posee además grandes condiciones de resistencia. Especialista en estas clásicas carreras, reúne condiciones de verdadero equilibrista en su bicicleta y en cualquier velódromo.

Se calcula que Mac Namara debe de haber ganado en estas pruebas y en sus 25 años de actuación unos doscientos mil dólares...

Y se comenta este hecho en forma alegre, porque Mac Namara era, antes de comenzar a destacarse y mientras ya corría algunas carreras ciclistas, un modesto lechero de la ciudad de Búfalo, donde existe precisamente una excelente pista.

Los "coequipiers" de este famoso as de la bicicleta, han sido muchos, pero entre ellos se destacó siempre su fiel compañero y amigo Fogler, otro norteamericano que compartió con Mac Namara los muchos triunfos obtenidos en su larga carrera deportiva.

ECUADOR

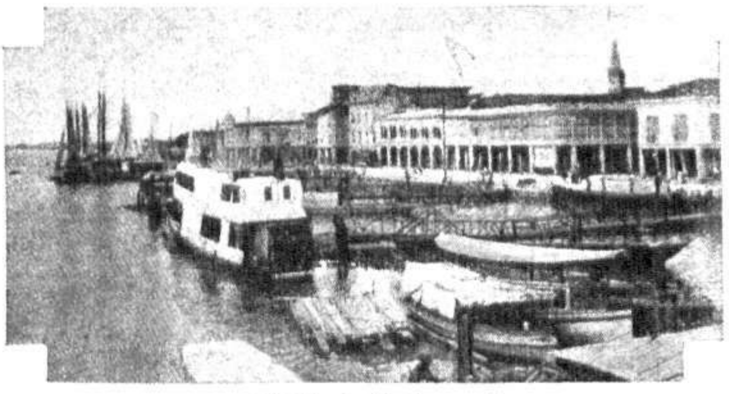


Quito, vista desde la cima del Panecillo.

HACE pocos años fueron descubiertos pozos petrolíferos y minas de hulla. Actualmente esas industrias han conseguido un desarrollo que nadie preveía. Son grandes las extensiones donde se hallan vetas riquísimas de carbón de piedra; numerosos y productivos yacimientos de petróleo. En la explotación de tales veneros se encuentra el porvenir de la república ecuatoriana. Las antiguas minas de oro y de plata continúan dando cantidades de consideración, aunque mucho menores que en épocas pasadas. Granates y ópalos, muy apreciados en los centros de venta de gemas son también objeto de una industria en auge. De los productos agrícolas que aquel feraz suelo produce, se distinguen el cacao, el café, el azúcar, el caucho, el arroz y las frutas. El marfil vegetal se beneficia en gran escala. Los sombreros de paja toquilla y el ganado el monto de la exportación. Puede asegurarse que el país se encuentra en franco camino de progreso, merced a la laboriosidad del pueblo ecuatoriano.



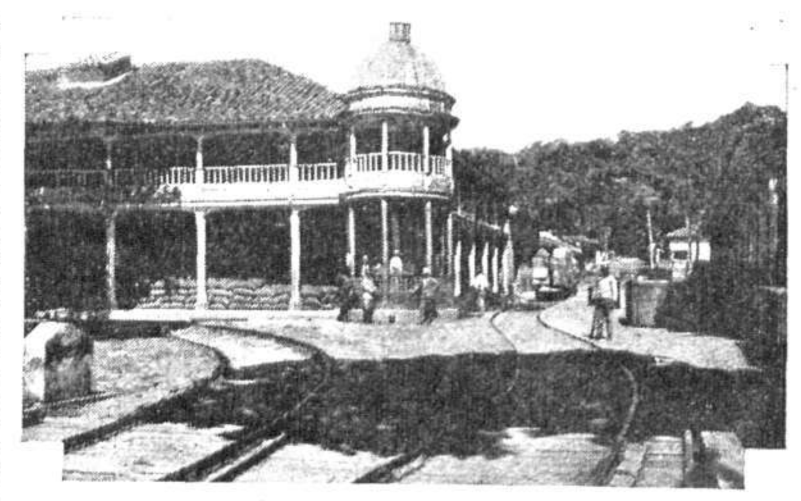
Un cocotero.



El Malecón de Guayaquil.

EL SALVADOR

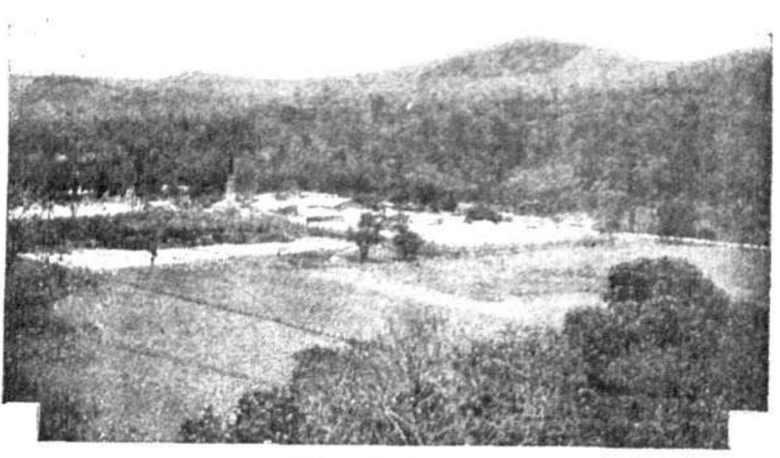
Entre los índices de adelanto ofrecidos por la república salvadoreña figura el decreto dado por la Asamblea Nacional en la sesión de clausura celebrada el 31 de mayo de 1931, que autoriza la fundación de cien escuelas rurales nuevas, la asignación de 25.000 colones para la fundación de una escuela normal para maestros rurales y la creación de tres escuelas industriales en distintos lugares de la república. Por virtud del mismo decreto se aumentaron a 14 las delegaciones encargadas de la tarea de vigilar la educación en el país. El Salvador, país eminentemente agrícola, se busca el modo de intensificar la formación de técnicos en la materia. El Ministerio de Agricultura ha compilado un mapa agrícola de la república que señala la producción anual de café, maíz y ganado distribuídos por departamentos. De acuerdo con las estadísticas que suministra este mapa, el promedio de producción de café en el país es de 1.435.000 quintales y la de maíz 4.400.000 quintales. Proverbial fué siempre la idiosincrasia laboriosa del pueblo salvadoreño, que aprovecha todo cuanto sitio puede ser susceptible de cultivo. Café, azúcar, cacao, tabaco, arroz, trigo, porotos, magüez, algodón, bananas, papas, yuca, vainilla y otros productos. El beneficio del bálsamo tiene gran importancia. La industria ganadera se halla en franco progreso. En cuanto a la minería, sufre la falta de capitales que se dediquen a la extracción de metal. Cuarzos, sulfuros y cloruros de plata; cobre, hierro, plomo, cinc y antimonio son materiales abundantes. Existen varias minas de explotación de oro y plata. La seda, las cabritillas, charoles y otros productos ofrecen lucrativa ganancia para los exportadores. Existen varias estaciones hidráulicas productoras de energía eléctrica y numerosos pozos semisurgentes.



Aduana del puerto de La Libertad.



Puente del Remolino sobre el río Lempa.



Plantación de caña.



SULFATO DE...

Por DOROTHY L. SAYERS

Por vigésima vez desde que partió el tren de la estación de Carlisle, Pender alzó la vista del libro que leía, "El crimen de la granja" y encontró la mirada del hombre sentado frente a él. Frunció un poco el ceño. Era en verdad fastidioso que lo miraran a uno con esa persistencia y siempre con ese asomo de sonrisa sardónica. Y más molesto que uno experimentase una inquietud indefinible ante la sonrisa y la mirada escudriñadora. Pender se entregó de nuevo a la lectura, esta vez con la resolución, firmemente formulada, de concentrar por entero su interés en el problema del ministro asesinado en su biblioteca de la casa de campo. Pero el relato era de ese tipo clásico que acumula todos los incidentes en el primer capítulo, procede con una larga serie de deducciones y en el final da una solución científica. La delgada hebra del interés, hilada precariamente en la rueca del raciocinio de Pender, había sido rota. Dos veces buscó en páginas ya leídas detalles que su atención distraída dejó de percibir. Dióse cuenta de que había seguido con la mirada tres páginas nutridas de argumentos que no llegaron a su mente. Era que no pensaba en el ministro asesinado, sino que le ocupaba el espíritu la cara del otro hombre. Una cara rara, pensó Pender.

Las facciones en sí no tenían nada especialmente notable. Era su expresión lo que impresionaba a Pender: una cara con un significado secreto, como la de una persona que sabe demasiado de algo que puede resultar en daño para las demás. La boca era un poco torcida y ligeramente comprimida en los ángulos, como si saboreara un placer secreto y maligno. Los ojos brillaban curiosamente detrás del par de lentes sin aros, pero, sin duda, esto se debía al reflejo de la luz en los cristales. Pender se preguntó cuál podía ser la profesión de ese individuo. Vestía holgado traje obscuro y un impermeable; llevaba sombrero blando, por demás usado. Su edad, alrededor de cuarenta años.

Pender tosió, sin necesidad, y se arrellanó en su rincón, alzando el libro a la

altura de los ojos para poner un obstáculo a la mirada del otro. Fué peor. Tuvo la impresión de que el individuo se daba cuenta de la maniobra pueril y la obserservaba con burlona complacencia. Iba a moverse, incómodo e impaciente, pero comprendió vagamente que dar señal de inquietud significaría en cierto modo un triunfo del otro. Vigilándose, se mantuvo tan inmóvil, tan rígido, que la atención a la lectura se convirtió en una penosa imposibilidad física.

El tren no pararía antes de la estación de Rugby y era poco probable que otro pasajero entrara en el coche y pusiera término a esa desagradable "soledad de dos". Pero era preciso hacer algo. Tanto había durado el silencio que cualquier observación, por trivial que fuere, estallaría en esa atmósfera tensa como el repentino repiqueteo de la campanilla de un despertador. Por supuesto, que uno podía trasladarse a otro coche, pasar al corredor, pero esto habría significado darse por vencido. Pender bajó "El crimen de la granja" y su mirada se encontró voluntariamente con la del otro.

—¿Le cansa? — preguntó el hombre.

—Los viajes de noche son siempre un poco aburridos — replicó Pender, no con una espontaneidad de buen grado, pero a la vez con cierta sensación de alivio. — ¿Quiere usted un libro para pasar el rato?

Sacó de la cartera de mano "El indicio del recorte" y se lo ofreció. El otro dió un vistazo al título y meneó la cabeza.

—Muchas gracias — dijo; — pero nunca leo novelas policiales. Son tan... inadecuadas. ¿No opina usted así?

—Sin duda les falta caracterización personal, interés humano, pero para un viaje de tren... — dijo Pender.

—No me refería a eso — dijo el otro. — El documento humano no me interesa. Quería decirle que todos esos criminales de novela son tan incompetentes que me causan aburrimiento.

—Lo cierto es — replicó Pender — que por lo menos tienen mayor imaginación y mayor ingenio que los criminales de la vida real.

—Sí: que los criminales de la vida real que son descubiertos... — admitió el individuo.

—Y eso que algunos de ellos supieron portarse hábilmente antes de ser atrapados — objetó Pender. — Crippen, por ejemplo, nunca lo habrían capturado si en un momento no hubiese perdido la serenidad e intentado fugarse a América. George Joseph Smith despachó al otro mundo a dos novias y no lo habrían molestado a no haber intervenido el azar y las "Noticias de todo el mundo".

—Sí — admitió el otro; — pero observe lo pesado y torpe que hay en todo ello: los preparativos complicados, las mentiras, el aparato: cosas absolutamente innecesarias.

—¡Oh! — dijo Pender. — Supongo que no creerá usted que es posible cometer un crimen de una manera tan fácil y simple como pelar alverjas.

—¡Ah! ¿Cree usted que no es posible? — comentó el otro.

Pender esperó que explicara esta observación, pero el hombre no agregó una palabra. Recostado en el respaldo, y sonriendo levemente con esa su sonrisa enigmática, se quedó mirando el techo del coche. Su actitud daba a entender, aparentemente, que no valía la pena continuar la conversación. Pender se dispuso a reanudar la lectura y en ese instante le llamaron la atención las manos de su compañero de viaje. Eran muy blancas y de dedos extraordinariamente largos. Pender las contempló mientras acariciaban las rodillas de su dueño con suave palmoteo; luego volvió una página, resuelto a leer. Casi al instante bajó el libro y dijo:

—Si le parece tan fácil, ¿cómo prepararía usted un crimen?

—¿Yo? — La luz reflejada en los lentes impedía a Pender verle los ojos, pero su voz tenía una entonación afable y ligeramente burlona. — En mi caso, sería diferente. No tendría que pensar mucho.

—¿Por qué no?

—Sencillamente, porque *yo sé* cómo se lleva a cabo.

—¿De veras? — murmuró Pender con incredulidad un tanto irritada.

—Sí y le aseguro que no es nada difícil.

—¿Lo afirma usted? Supongo que no ha hecho la prueba...

—No hay por qué hacer la prueba — dijo el hombre. — Mi método no necesita ensayo. Y en esto está precisamente lo que tiene de atrayente.

—Es fácil decirlo — replicó Pender. — ¿En qué consiste ese admirable método?

—¡Ah! ¿Creyó usted que voy a decírselo? — dijo el otro, bajando por fin la vista y fijándola en Pender. — Es peligroso. Verdad que parece usted inofensivo, ¿pero acaso había alguien de aspecto más inofensivo que Crippen? No es posible confiar en hombre alguno que tenga domi-

nio absoluto sobre la vida de otros seres.

—¡Bah! — exclamó Pender. — Jamás se me ha ocurrido matar a nadie.

—Lo haría si tuviera completa certidumbre de secreto y de impunidad. Y como usted, lo haría cualquier otra persona ¿Por qué esas impotentes barreras artificiales que han levantado alrededor del crimen la Iglesia y la Ley? Precisamente porque el crimen es accesible para todos y tan natural como respirar.

—¡Es ridículo! — exclamó Pender vivamente.

—Así lo piensa usted y lo mismo diría la mayoría de las personas. Pero no me fiaría de ninguna de ellas. Por lo menos mientras se pueda adquirir sulfato de tanatol por dos peniques en cualquier botica.

—Sulfato... ¿de qué? — preguntó Pender con rápida curiosidad.

—¡Ah! Tiene usted interés en saberlo. Bien; se trata de una mezcla de dos o tres substancias, todas ordinarias y muy baratas. Con menos de un chelín se puede comprar una cantidad suficiente para envenenar a todos los miembros del gabinete y nadie sospecharía que se trata de un crimen. Por supuesto, se tendría cuidado de no despachar de una vez a todo el lote de ministros. Intrigaría demasiado la coincidencia de que murieran todos simultáneamente en el baño.

—¿En el baño? ¿Por qué?

—Porque es la acción del agua caliente lo que provoca la actividad de esa substancia, como veneno orgánico. Esa acción puede producirse a las pocas horas o a los pocos días después de ingerido el veneno. Se trata de una simple reacción química que no podrá ser descubierta por el análisis. Creerán que la muerte ha sido producida por síncope cardíaco.

Pender lo miró inquieto. Le disgustaba esa sonrisa. Era no sólo burlona, sino también afectada, casi jactanciosa, insolente... No acertaba a definirla.

—Sin duda ha notado usted — continuó el hombre, sacando del bolsillo una pipa y procediendo a llenarla lentamente —con cuanta frecuencia aparecen en los diarios noticias de personas halladas muertas en el baño. Debe de ser un accidente muy común. Y, por lo mismo, tentador. Al fin y al cabo, el crimen ejerce cierta fascinación, que una vez que se insinúa en el espíritu de un individuo, crece hasta apoderarse de él, hasta someterlo... Es decir, supongo que ocurre así.

—Probablemente — dijo Pender.

—Ahí tiene el caso de Palmer, el de Gesina Gottfried, el de Armstrong... ¡No! Le repito que no confiaría a nadie esa fórmula, ni siquiera a un joven virtuoso como usted.

Los largos dedos afilados oprimían con fuerza el tabaco en la taza de la pipa; luego encendieron un fósforo.

—¿Y usted? — dijo Pender con tono irritado. (A nadie le agrada que le llamen un joven virtuoso). — Puesto que nadie merece confianza...

—...Yo tampoco, ¿eh? — terminó el otro. — Así es, pero ya no hay remedio. Conozco el secreto y nada puede hacer que deje de conocerlo. Infortunadamente, tal es el caso. Por lo menos tiene usted el consuelo de saber que, probablemente, *a mí*, no me ocurrirá nada desagradable. ¡Oh! ¿Ya llegamos a la estación de Rugby? Aquí bajaré. Tengo que atender un asuntito en Rugby.

Se puso en pie, desperezóse con un ligero sacudimiento, ciñóse el cinturón del impermeable y se caló aún más el sombrero viejo, echando el ala sobre los lentes. El tren se detuvo. Tras un rápido saludo y una sonrisa equívoca, el hombre descendió en el andén. Pender lo vió cruzar con paso vivo el círculo de la luz de gas y perderse en la llovizna.

—Mal de la cabeza o algo así... — comentó Pender, con una curiosa sensación de alivio. — Por fin me quedaré solo en el coche.

Volvió a tomar "El crimen de la granja", pero su atención seguía distraída.

—¿Cómo se llama esa substancia de que me habló el individuo?

Por más esfuerzos que hizo no pudo recordar el nombre.

En la tarde del día siguiente Pender leía a la ligera un periódico mientras tomaba su lunch, cuando le llamó la atención la palabra "baño". De no haber visto esta palabra no habría hecho caso de la noticia que era sólo de un corto párrafo.

"Acaudalado industrial muerto en el baño. Trágica sorpresa de una esposa. Un doloroso descubrimiento fué el realizado esta mañana por la señora de Brittlesea, esposa del conocido director de los Talleres Metalúrgicos Brittlesea, de Rugby. Como su marido, a quien había visto en perfecto estado de salud una hora antes, no apareciera a la hora de costumbre para tomar el desayuno, fué a buscarlo al cuarto de baño, donde, una vez forzada la puerta, el señor Brittlesea fué encontrado muerto y yacente en el baño. Según la opinión

médica, la muerte se había producido hacía media hora y tuvo por causa un ataque cardíaco. El extinto..."

—¡Qué coincidencia! — murmuró Pender. — ¡En Rugby! Creo que el caso ha de interesar a mi desconocido amigo, si es que se encuentra todavía allí, atendiendo su "asuntito". Sería interesante averiguar a qué clase de asuntos se dedica...

Cosa curiosa: cuando la atención de uno ha sido atraída por una serie particular de circunstancias, esa serie particular de circunstancias parece rodearlo y perseguirlo constantemente. Uno sufre un ataque de apendicitis e inmediatamente todos los periódicos publican noticias referentes a conocidas personalidades víctimas de apendicitis y al propio tiempo uno se entera de que *todos* sus amigos han sufrido esa enfermedad o tienen amigos que murieron de ella o se restablecieron de una manera más rápida y asombrosa que la que uno puede esperar para sí mismo. Se abre una difundida revista y lo primero que se encuentra es la mención de la apendicitis como uno de los triunfos de la cirugía moderna; y si uno hojea un tratado de medicina, tropezará invariablemente con un estudio comparativo del apéndice vermiforme en el hombre y los monos. Es probable que esas referencias a la apendicitis sean igualmente frecuentes en todo tiempo, pero sólo llaman la atención cuando uno tiene el espíritu a tono con el tema. En esta forma trataba de explicarse Pender la extraordinaria frecuencia de los casos de personas que en ese período morían en el baño. El hecho se le presentaba como quien dice a cada paso y siempre en la misma forma, en la misma serie de sucesos: el baño caliente, el descubrimiento del cadáver, la investigación y el mismo veredicto médico: fallecimiento cardíaco, consecuente a la inmersión en agua demasiado caliente. Pender comenzó a creer que era peligroso el baño caliente y acostumbróse a tomarlo cada vez más frío, hasta que le resultó la molestia más desagradable.

Todas las mañanas recorría con la vista el diario en busca de los títulos que mencionaban el baño; y experimentaba una sensación de alivio, pero también de vaga decepción cuando transcurría una semana sin su tragedia en el baño.

Uno de los fallecimientos repentinos que se produjeron en esa forma fué el de una mujer joven y bella cuyo marido, profesional en análisis químicos, había intentado divorciarse, sin conseguirlo, pocos meses antes. La justicia demostró cierta tendencia a sospechar un delito y sometió al marido a un interrogatorio severo. Pero no se pudo probar nada que contradijera el veredicto médico.

Pender, ocupada su imaginación por el improbable posible, desearía ardientemente, día tras día, pero en vano, recordar el nombre de la substancia mencionada por su misterioso compañero de viaje.

En el mismo barrio de Pender llegó a producirse la acostumbrada tragedia. Un anciano, un tal Skimmimgs, que vivía solo con una ama de llaves, fué encontrado muerto en su cuarto de baño. Al parecer, el hombre sufría del corazón. El ama de llaves dijo al lechero que desde hacía tiempo temía esa desgracia, pues el anciano *insistía en tomar* el baño demasiado caliente.

Pender asistió al interrogatorio judicial. El ama de llaves declaró que el señor Skimmimgs había sido el más bondadoso de los patrones y que ella sufría profundamente la pérdida. Ignoraba que el señor Skimmimgs le había legado una importante suma de dinero, pero no le sorprendía porque esa generosidad estaba de acuerdo con su buen corazón. El veredicto judicial fué que la muerte se había producido por accidente.

Al anochecer, Pender salió a dar su paseo de costumbre con el perro. Una vaga curiosidad le llevó a dirigir sus pasos hacia la casa del finado Skimmimgs. Se detuvo un momento frente a ella, mirando las ventanas cerradas, y en ese instante abrióse la puerta del jardín de la casa y salió un hombre. A la luz del farol de la calle, Pender lo reconoció inmediatamente.

—¡Hola! — dijo.

—¡Oh! ¿Es usted? — contestó el hombre. — Curioseando en el lugar de la tragedia, ¿eh? ¿Y qué piensa del asunto?

—Poca cosa — dijo Pender. — No estoy bien enterado. Pero es extraño que volvamos a encontrarnos en estas circunstancias.

—Realmente, es extraño. ¿Vive usted en el barrio, sin suda?

—Sí — replicó Pender, pero en seguida se arrepintió. — ¿Usted también vive cerca?

—¿Yo? No. He venido por asuntos del oficio.

—Recuerdo que la otra vez que nos vimos — dijo Pender, — tenía usted que atender un asunto en Rugby...

Echaron a andar juntos, lentamente, y llegaron a la esquina de la casa de Pender.

—Efectivamente — asintió el otro. — Mi oficio me obliga a viajar de un lado a otro del país. No sé adónde tendré que ir mañana.

—Si no me equivoco, mientras usted se hallaba en Rugby fué encontrado muerto en el baño el señor Bhittlesea, el industrial — dijo Pender, como al azar.

—Sí. ¡Coincidencia curiosa! — El hombre lo miró de reojo. — Dejó toda su fortuna a su esposa. Es una mujer muy rica y bien parecida... Mucho más joven que él.

Llegaban a la puerta de la casa de Pender.

—Entre y tomaremos algo — dijo Pender. Y de nuevo arrepintióse de su primer impulso.

El hombre aceptó y un minuto después se hallaban los dos en la salita de soltero de Pender.

—Es notable el número de defunciones ocurridas en el baño en los últimos tiempos, — observó Pender, hablando siempre como si el asunto no le interesara mayormente, a la vez que servía soda.

—¡Ah!, ¿cree usted que es notable? — dijo el otro, con esa su irritante costumbre de convertir en pregunta lo que se le acababa de decir. — A mí no me parece, aunque quizás lo sea. Es siempre un accidente muy común.

—Quizás me ha llamado la atención a causa de esa conversación que tuvimos en el tren — dijo Pender, sonriendo con aire desenvuelto. — Más de una vez me he puesto a pensar que probablemente hay otras personas que conocen esa droga que usted mencionó. ¿Cómo se llama?

El visitante pareció no haber oído esta última pregunta y replicó:

—No lo creo. Yo soy la única persona que conoce esa substancia y sus efectos. Di con ella de una manera casual mientras buscaba otra cosa. Me parece imposible que haya sido descubierta simultáneamente en diversos puntos del país. Lo cierto es que los veredictos judiciales en todos estos casos demuestran cuán fácil sería envenenar impunemente.

—¿Usted es químico? — preguntó Pender vivamente atento a la respuesta que podía darle en una palabra una clave.

—¡Bah! Soy un poco de todo. Una especie de hombre para todo servicio. Particularmente, me dedico de vez en cuando a algunos estudios. Veo que tiene usted uno o dos libros interesantes.

Pender se sintió halagado. Había sido empleado de banco hasta recibir una modesta herencia que le permitió independizarse y comprendía que, dada su posición, no en vano había cultivado aficiones intelectuales. Su colección de primeras ediciones de autores modernos tendría, andando el tiempo, cuantioso valor. Se acercó al armario biblioteca, de puertas de cristales, y sacó un volumen que mostró a su visitante.

El hombre demostró ser algo entendido y no tardó en aproximarse a su vez a los estantes de libros.

—¿Supongo que éstos representan sus gustos personales? — Tomó un volumen de Henry James y examinó la página de la portada. — ¿Es su nombre? ¿E. Pender?

En efecto, era su nombre, admitió Pender. Y agregó:

—A este respecto tiene usted una ventaja sobre mí.

—¡Oh, no! — declaró el otro, riendo. — Pertenezco al inmenso clan de los que no se llaman más que Smith y trabajo para ganarme el pan. Parece que usted está aquí muy bien instalado.

Pender le habló entonces de sus años de empleado y de la herencia.

—Linda situación — comentó Smith. — ¿Y no se ha casado? No. Es usted uno de los pocos afortunados. Poco probable que necesite usted en un futuro cercano sulfato de... en fin, alguna droga útil. Ni la necesitará nunca si se conforma con la situación que tiene y se aparta de las mujeres y de la especulación.

Sonrió a Pender mirándolo de soslayo. Al verlo así, sin el sombrero, Pender notó que tenía abundante cabello gris y encrespado. Lo hacía parecer más viejo de lo que le había parecido en el tren.

—Creo que por el momento no necesitaré de sus servicios — dijo Pender, riendo. — Por otra parte no sé cómo he de encontrarlo en el caso de que lo necesite.

—¡Oh!, yo vendré. Yo lo encontraré — dijo Smith. — Pierda usted cuidado... Es hora de irme. Muchas gracias por su hospitalidad. No creo que volvamos a vernos, pero, quién sabe... Hay casualidades tan extrañas...

Una vez retirado el visitante, Pender se instaló en su sillón favorito y tomó el vaso de whisky. Estaba casi lleno.

—¡Qué raro! — se dijo. — No recuerdo haberme servido whisky. Sin duda, distraído con la conversación, lo hice sin darme cuenta.

Bebió lentamente, pensando en ese sujeto: ¿qué diablos hacía Smith en la casa de Skimmimgs? El asunto era bastante obs-

curo. Suponiendo que el ama de llaves hubiese tenido noticia previa del legado... Pero, ¡no! La mujer ignoraba el donativo a su favor y aun en caso contrario, ¿cómo se habría enterado de la existencia de Smith y de su sulfato de...? Creyó tener la palabra en la punta de la lengua.

"Oh, yo vendré. Yo lo encontraré. Pierda usted cuidado". ¿Qué había querido significar con esas palabras?... ¡Bah! Todas esas ideas no pasaban de ser ridículas. Al fin y al cabo, Smith no era el diablo... Pero, ¿y si realmente poseía un secreto terrible... y vendía ese secreto?... Un asunto en Rugby, un asunto en la casa de Skimmimgs... ¡Bah! ¡Tonterías! ¡Absurdos! "No es posible confiar en hombre alguno que tenga dominio absoluto sobre la vida de otros seres... Crece hasta apoderarse de uno..." Un demente, sin duda. Si hubiese algo de verdad, el hombre no habría dicho nada, no habría confiado su peligroso secreto a un desconocido. Pues bastaba que Pender hablase para que el individuo fuera a la cárcel y quizás a la horca.

Pero ese whisky... Cuanto más pensaba tanto más se persuadía de que él no se lo había servido. Smith debió echarlo en la copa en un momento en que él le daba la espalda. ¿Por qué esa súbita demostración de interés por los libros? No tenía relación con lo que estaban hablando. Y ese whisky parecíale más fuerte que de costumbre. Quizás era pura imaginación, pero le notaba un gusto algo raro, un tanto áspero...

Un tenue sudor frío comenzó a cubrir la frente de Pender.

Un cuarto de hora más tarde y luego de haber ingerido una dosis cargada de mostaza y agua, Pender volvió al piso bajo y se instaló, tiritando, junto al fuego de la chimenea. Por poco se había salvado, si es que realmente se salvaba... Ignoraba cómo se manifestaban los efectos de la droga misteriosa, pero durante algunos días no tomó baño caliente. Las precauciones nunca están demás.

Ya por el oportuno efecto del agua y la mostaza, ya porque el baño caliente fuera parte indispensable, el caso es que Pender salvó la vida, por entonces. Pero pasaba días inquietos. Ordenó a su criada que no dejara entrar en la casa a ningún desconocido y que la puerta de calle permaneciera constantemente cerrada y con cerrojo. Leía todas las mañanas dos diarios más, y los sábados las "Noticias de todo el mundo". Buscaba en ellos ansiosamente noticias de muertes en el baño. Olvidó su colección de primeras ediciones de obras de autores modernos y dió en asistir a las audiencias públicas de los tribunales.

Tres semanas después se hallaba en Lincoln donde un hombre obeso, de costumbres sedentarias, había fallecido por síncope cardíaco mientras tomaba un baño turco. A su acostumbrado veredicto de muerte por accidente, el tribunal agregó la advertencia de que en la casa de baños se debía ejercer una vigilancia más estricta de los clientes y no dejar sola a una persona en la sección de los baños de vapor.

Al salir del edificio judicial Pender vió delante de sí un sombrero blando, viejo y deformado, que le pareció familiar. Se adelantó vivamente y alcanzó a Smith en el instante en que iba a tomar un auto de alquiler.

—¡Smith! — exclamó, aferrándolo enérgicamente de un hombro.

—¡Oh! ¿Es usted? ¿Otra vez nos vemos? — dijo Smith. — Ha venido a informarse del caso, ¿eh? ¿Puedo serle útil en algo?

—¡Canalla! — exclamó Pender. — ¡Usted está metido en este asunto! ¡El otro día intentó envenenarme!

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Irá a la horca! ¡Lo merece! — gritó Pender, amenazador y agresivo.

Un agente de policía se abrió paso entre los curiosos.

—¿Qué pasa aquí?

Smith se tocó la sien con el índice, significativamente.

—Simplemente que este señor cree, al parecer, que yo me encuentro aquí con un propósito siniestro. Aquí tiene mi tarjeta. El fiscal me conoce. Se me acercó para insultarme. Será bueno que lo vigile.

—Sí; es cierto — dijo uno de los circunstantes.

—¡Este hombre intentó matarme! — exclamó Pender.

—No se altere, señor — dijo el policía con tono tranquilizador. — Reflexione, quédese tranquilo un rato. Seguramente el calor de la sala del tribunal le ha hecho mal... Muy bien... muy bien...

—¡Yo lo acuso! ¡Debe llevarlo preso!

—Yo en su caso no haría tal cosa... — dijo el policía.

—Le repito que este individuo, Smith, intentó envenenarme. ¡Es un criminal! ¡Ha envenenado a decenas de personas!

El agente de policía hizo una señal a Smith:

—Retírese, señor. Yo arreglaré esto. — Y tomando firmemente a Pender, por los brazos, le dijo:

—¡Quieto ahora! Ese señor no se llama Smith. Está usted muy equivocado.

—¿Cómo se llama, pues?

—No le interesa. Deje de molestarlo.

El auto se alejó. Pender vió a su alrededor un círculo de caras curiosas y burlonas.

—Muy bien — dijo al agente. — Iré con usted a la comisaría y explicaré todo.

—¿Qué le parece el que acaba de salir? — dijo el oficial de guardia al sargento, apenas se retiró Pender.

—¡Bah!: uno de esos trastornados por una idea fija — replicó su subordinado.

—¡Hum! — murmuró el oficial. — Aquí tenemos su nombre y domicilio. Anótelos por si el tipo vuelve a dar quehacer. ¡Envenenada la gente que muere en el baño! No está mal. Curiosas las cosas que se les ocurren a estos chiflados.

La primavera de ese año fué harto desagradable: fría y neblinosa. Pender asistía a una audiencia del juzgado en lo criminal en Deptford. Era en marzo, pero un denso manto de niebla, como en los días de noviembre, se extendía sobre el río y la ciudad. El frío calaba los huesos. Sentado en la sala del tribunal, pequeña y mísera, Pender apenas distinguía en ese crepúsculo amarrillento de neblina y de luz de gas a los testigos que se acercaban al estrado. Todos los presentes parecían resfriados. Tosían y estornudaban continuamente. Pender tosía también. Experimentaba cierto dolor en las articulaciones como si estuviera por atacarle la influenza.

Forzando la vista creyó reconocer una cara entre las personas sentadas en el lado opuesto de la sala; pero el ambiente, turbio de neblina, le impedía distinguir y le cansaba la vista. En el bolsillo del sobretodo su mano palpó, y luego apretó con satisfacción, un objeto duro y pesado. Desde el día del incidente callejero en Lincoln, salía siempre armado. No con revólver — dudaba de su habilidad en el manejo de un arma de fuego, — sino con un bolsín de arena. Lo había comprado a un viejo que pasaba por la calle empujando un carrito; una de esas delgadas mangas de lona rellenas de arena que de muy antiguo se usan en las casas aplicadas a las rendijas de las puertas para impedir las corrientes de aire.

El veredicto inevitable fué pronunciado. Los espectadores comenzaron a salir. Pender debía apresurarse a fin de no perder de vista al hombre. Se abrió paso con los codos murmurando disculpas. Al llegar a la puerta casi tocó al hombre, pero se interpuso una mujer obesa. Se abalanzó, empujándola. La mujer profirió, indignada, una exclamación chillona. El otro volvió la cabeza y la luz del farol que alumbraba sobre la puerta se reflejó vivamente en sus lentes.

Cesaron los pasos. Pender avanzó cautelosamente y vió al otro junto al farol consultando a la escasa luz una libreta de apuntes. En cuatro pasos rápidos Pender estuvo a su lado, con el bolsín de arena en la mano. El otro, sorprendido, volvió la cabeza.

—¡Esta vez no se escapará! — dijo Pender. Y descargó el golpe con fuerza.

Como lo temía, Pender fué atacado por la influenza. Pasó una semana en cama. Cuando, por fin, pudo salir, el tiempo había cambiado. La atmósfera era límpida y tibia. A pesar de la debilidad consecuente a la enfermedad, parecíale que había descargado de sus hombros un peso abrumador. Con paso ligero se encaminó hacia su librería favorita, en la Avenida, y eligió una primera edición de D. H. Lawrence. Entró poco después en un restaurante modesto y pidió un bife asado y medio litro de cerveza. En la mesa más próxima conversaban dos periodistas.

—¿Irás al funeral de Buckley? — preguntó uno de ellos.

—Sí — replicó el otro. — ¡Pobre muchacho! ¡Qué destino! ¡Ser muerto así de un garrotazo en la cabeza! Seguramente iba a ver, para hacerle un reportaje, a la viuda de ese individuo que murió en el baño. Yo supongo que fué uno de la gavilla de Jimmy que se vengó de alguna indiscreción de Bill Buckley. Era un gran repórter de policía.

—Y excelente muchacho. Siempre de buen humor y bromista. ¿Te acuerdas de su chiste sobre el sulfato de tanatol?

Pender se sobresaltó. ¡Esa era la palabra que durante tantos meses se le esquivaba! Le tomó una curiosa sensación de mareo. Bebió un largo sorbo de cerveza.

—Serio como un juez, — continuó el periodista — le decía a los tipos de cara inocente con quienes viajaba en el tren y disfrutaba del efecto que invariablemente les producía. ¿Quieres creer que hubo un individuo que le ofreció por el secreto...?

—¡Oh! ¡Mira a ese hombre ahí sentado! — le interrumpió su amigo. — Parece que se ha desmayado. Noté que se ponía muy pálido...

DOROTHY L. SAYERS

DIBUJO DE CABALLE

Juan María Gutiérrez

VENÍAMOS de Lima para Chile, en los primeros meses de 1852, cuando oímos en Cobija la primera noticia de la caída de Rosas. No queríamos creerlo por lo contradictorio del tiempo, con la distancia de Buenos Aires a Bolivia. Pero en Valparaíso, al fondear el vapor "Nueva Granada", que nos tenía a su bordo, y antes que la policía marítima visitara el buque, un argentino venido a recibirnos nos arrojó envuelta desde su bote una grande hoja de papel, mojado todavía, que contenía el parte de la batalla de Monte Caseros salido al instante de la prensa. Llegar a Valparaíso nos pareció llegar a la patria, lo cual sólo resultó cierto para Gutiérrez: una sonámbula me había dicho, en 1850, que yo no entraría en mi país después de caído Rosas. Gutiérrez se burló siempre del sonambulismo; pero el primer parte de la caída de Rosas, lo tuvimos por esa telegrafía, un año antes del evento, con casi todas sus circunstancias.



Juan B. Alberdi. Argentino. (1810-1884). Abogado y publicista.

Descendidos a mi quinta de la calle de las Delicias, en Valparaíso, Gutiérrez se puso a acomodar su equipaje para ir al primer congreso constituyente como diputado obligado de la nación libertada, y yo me puse a escribir las "Bases" de la Constitución, que mi amigo debía hacer sancionar por sus consejos persuadidos y persuasivos.

Convertidas en realidad estas ilusiones de nuestro patriotismo argentino, no pasó mucho tiempo sin que el gobierno formado por nuestros consejos, de que mi amigo era ministro de Negocios Extranjeros, recibiese un choque reaccionario que venía del elemento caído, y que amenazaba su existencia y reclamaba nuestro concurso defensivo y conservador del nuevo edificio. La reacción venía de Buenos Aires; y como esa residencia de Rosas por tantos años no nos había acostumbrado a creerla una cuna de libertad, nos pareció natural deber dudar del patriotismo de la reacción promovida el 11 de diciembre de 1852. Desde que ella se hizo amenazante para la integridad de la República Argentina, por la sanción diplomática que empezó a recibir del Brasil y de Francia, que dejaban sus agentes en Buenos Aires, el autor de las "Bases" recibió la misión que le arrancó a la quieta y laboriosa ausencia desde la cual colaboraba en la organización del país...

JUAN B. ALBERDI

Grandes sorteos semanales gratuitos de juguetes para los pequeños lectores de "Caras y Caretas"

En combinación con la importante firma J. ROGER BALET, propietaria del "Bazar Dos Mundos".

Han obtenido premio los cupones cuyas tres últimas cifras terminan en:

526, "Caras y Caretas" de fecha 9 de septiembre. (Cupón M. Sorteo del 15 de septiembre).

662, "Caras y Caretas" de fecha 16 de septiembre. (Cupón N. Sorteo del 22 de septiembre).

195, "Caras y Caretas" de fecha 23 de septiembre. (Cupón O. Sorteo del 29 de septiembre).

Han obtenido un premio extra, de $ 50.- m/n. c/uno en juguetes:

Los cupones del sorteo del 15 de septiembre, cuyas cifras sean iguales a las del Nº 5526,

Los cupones del sorteo del 22 de septiembre, cuyas cifras sean iguales a las del Nº 8662,

Los cupones del sorteo del 29 de septiembre, cuyas cifras sean iguales a las del Nº 9195,

Grandes sorteos semanales gratuitos de juguetes para los pequeños lectores de "Caras y Caretas"

En combinación con la importante firma J. ROGER BALET, propietaria del "Bazar Dos Mundos", hemos organizado Grandes Sorteos Semanales Gratuitos de Juguetes.

Para dicho objeto, todos los ejemplares de "Caras y Caretas" llevarán, en esta página, un cupón numerado.

Los cupones cuyas tres últimas cifras correspondan a las del número que obtenga el primer premio de la Lotería de Beneficencia Nacional del sorteo que indique el precitado cupón, obtendrán un premio consistente en juguetes por valor de CINCO pesos moneda nacional, al precio de venta fijado para el público y a elección del favorecido entre el vasto y novedoso surtido del "Bazar Dos Mundos".

La entrega de juguetes se hará mediante la presentación de esta página completa de "Caras y Caretas" que contenga el cupón premiado, en la casa central del "Bazar Dos Mundos", Carlos Pellegrini, 302, esq. Sarmiento, o en cualquiera de sus casas situadas en:

Corrientes, 3102.
Rivadavia, 3002.
San Juan, 1099.
Carlos Pellegrini, 270/72
Carlos Pellegrini, 302, esquina Sarmiento.
Almirante Brown, 1246.
Independencia, 3601.
Cabildo, 2000.
Av. San Martín, 1771.
Belgrano, 2399.
Cánning, 299.
Constitución esquina 9 de Julio (San Fernando, F. C. C. A.).
25 de Mayo, 755-65 (Morón, F. C. O.).
Laprida, 201 (Lomas, F. C. S.).
José C. Paz, 200 (Lanús, F. C. S.).
Triunvirato, 4400.
Rivadavia, 308 (Quilmes, F. C. S.).
Carlos Pellegrini, 163.
San Lorenzo esq. Mitre, (San Martín, F.C.C.A.).
Entre Ríos, 1199.
Av Mitre, 702 (Avellaneda, F. C. S.).
San Martín esq. Francia, (Luján, F. C. O.).
Administración: Salta, Nº 1451.

Los cupones premiados podrán canjearse por juguetes dentro de los treinta días posteriores a la fecha del sorteo correspondiente, y pasado dicho término, carecerán de valor.

Siendo la circulación de "Caras y Caretas" muy superior a los 21 millares que intervienen en la Lotería Nacional, repetiremos la numeración tantas veces como sea necesario.



Nuevos Premios de $ 50.- m/n.

Desde el "Cupón Serie I" en adelante, todos los cupones cuyo número sea igual al del primer premio de la Lotería de Beneficencia Nacional del sorteo que se indica en los mismos, obtendrán un premio extra, en juguetes, por valor de CINCUENTA pesos moneda nacional, además del que les corresponda por las tres últimas cifras.

CUPON Serie Q

Grandes Sorteos Gratuitos de Juguetes de "CARAS Y CARETAS". Sorteo de la Lotería de Beneficencia Nacional del 17 de Octubre de 1933.

Nº 004688



TALLERES GRÁFICOS
DE CARAS Y CARETAS